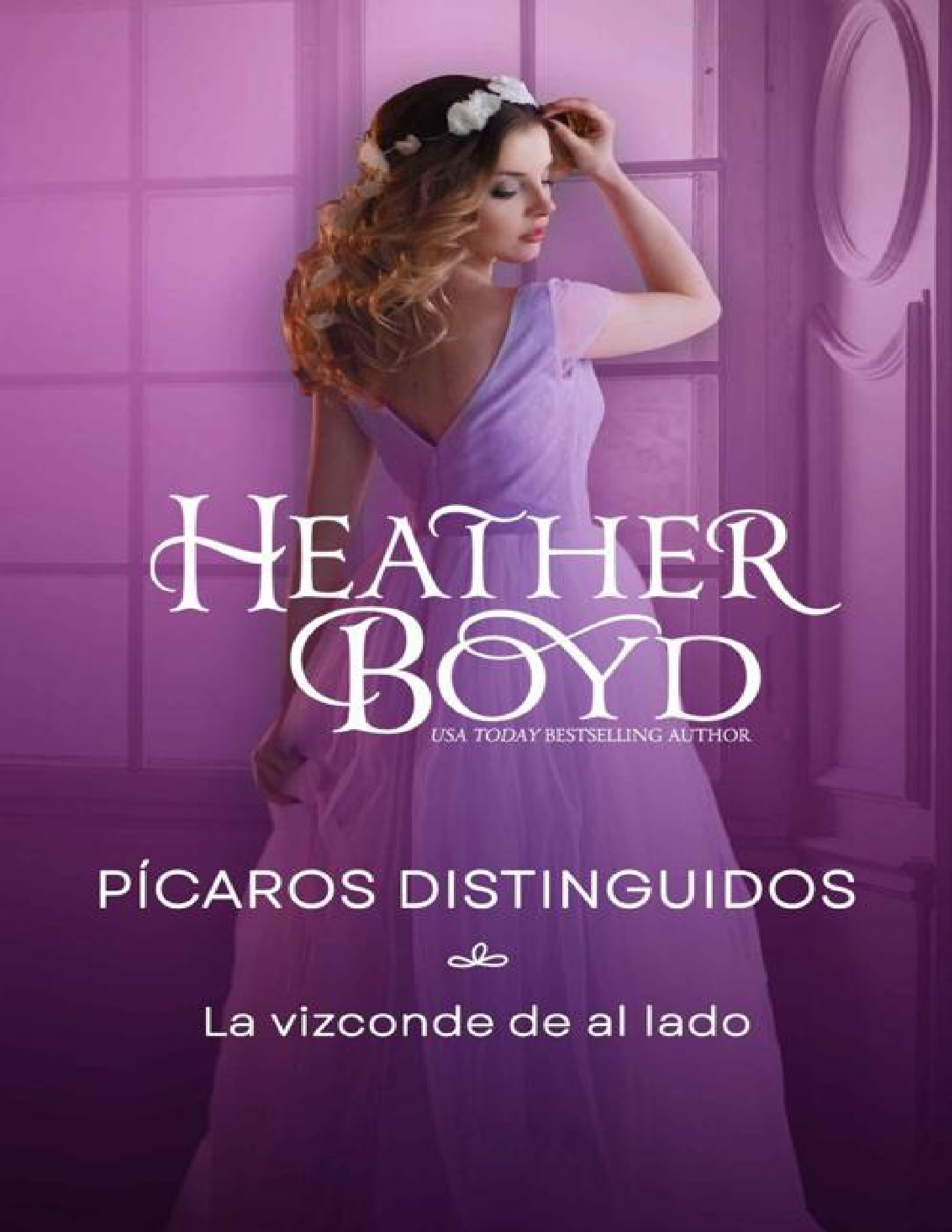


PÍCAROS DISTINGUIDOS

La vizconde de al lado

LA VIZCONDE DE AL LADO

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO 3

HEATHER BOYD

HEATHER BOYD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

OTOÑO, *1813*

Londres

—La niña está dormida ahora, señorita Birkenstock. Debería acostarla.

La voz cortante de la enfermera arrancó a Agatha de sus pensamientos rebeldes de huir a un mundo más simple donde la gente cumplía sus promesas.

Cansada, abrió los ojos. —Sí, creo que tiene razón, señora Bates.

Miró a la pequeña Betty Smith que yacía plácidamente en sus brazos por fin, y su corazón se estremeció. No importaba cuán fuertemente la bebé se aferrara a su dedo, o cuánto anhelara quedarse, no podía permanecer en el Orfanato de Grafton Street durante la noche para supervisar el cuidado de la niña. Los fideicomisarios nunca lo permitirían. Ni su abuelo.

Lentamente, Agatha se puso de pie. La bebé en sus brazos se sobresaltó con el movimiento y Agatha le dio un beso en la mejilla. —Tranquila, cariño, todo está bien.

Betty refunfuñó y, en lugar de entregar a la bebé dormida a los brazos extendidos de la enfermera, Agatha llevó a la niña a la cama, la arropó bien entre las sábanas y luego colocó su muñeca de trapo favorita a su lado. La enfermera chasqueó la lengua en señal de desaprobación ante el juguete.

Agatha acarició los pálidos rizos de la niña y sonrió al ver que Betty descansaba tranquila. —Por favor, avíseme si su noche se ve perturbada de nuevo, señora Bates. Estaré aquí temprano mañana por la mañana para visitarla.

—Como desee, señorita.

Por muy inofensivas que fueran las palabras, el tono de la vieja enfermera insinuaba que preferiría que Agatha se fuera del orfanato para no volver a interferir con sus protegidos. Bueno, eso no iba a suceder. Ni por asomo.

Después de pasar la mano sobre los pálidos rizos de la niña una última vez, Agatha se enderezó para mirar alrededor de la habitación. Seis camas estrechas se aferraban a las paredes imperfectas de la fría habitación, cada una conteniendo un par de ojos asomados pertenecientes a un niño necesitado de calor y cariño. Le encantaría sacarlos a todos de las mantas, colmarlos de afecto y quedarse hasta que estuvieran profundamente dormidos. Si pudiera llevárselos de este lugar deprimente a casa con ella esta noche, sería perfectamente feliz.

Pero su abuelo y la junta de fideicomisarios tampoco lo permitirían.

Agatha recorrió la longitud de la habitación, haciendo su mejor esfuerzo por ignorar la severidad deprimente del cuarto. Los cuerpos de los niños bajo las mantas deshilachadas no se movían ni un ápice. Estaba segura de que el miedo al desagrado de la enfermera Bates los mantenía quietos como estatuas. Tal adherencia estricta a las reglas la entristecía. Estos niños

necesitaban la libertad de correr sobre la hierba fresca y verde, de sonreír y ser tontos en lugar de que se esperara que parecieran perpetuamente agradecidos por el espacio de cama que ocupaban.

Les prometería que todo estaría bien, si no albergara un germen de duda de que pudiera cumplir sus propias promesas. El aguijón de la decepción era la emoción más difícil de conquistar. No les prometería más de lo que pudiera garantizar: su tiempo, su afecto y un partido de críquet en el pequeño jardín amurallado trasero si el clima lo permitía.

Aunque los niños no mostraban señales de estar despiertos, se aseguró de revisar a cada uno para cerciorarse de que estarían lo suficientemente abrigados para la noche que se avecinaba. Cuando Agatha llegó al final de la habitación donde las corrientes de aire eran peores, la enfermera se aclaró la garganta. La enfermera Bates siempre parecía ansiosa por que se fuera, pero Agatha se negaba a apresurarse. Revisó a los niños restantes y salió de la habitación cuando estuvo lista.

Su doncella esperaba en el vestíbulo, con las manos apretadas sobre la capa de Agatha. Nell se apresuró hacia adelante. —Es una noche espantosa afuera, señorita Birkenstock. La niebla está más espesa que sopa de guisantes.

Como Nell era una criatura tan fantasiosa, a menudo propensa a exagerar los eventos más leves convirtiéndolos en la peor calamidad posible, Agatha hizo caso omiso de sus palabras. Se puso la capa, aseguró su ridículo alrededor de su muñeca y luego se volvió hacia la puerta. —Es solo un poco de niebla, Nell. Apenas importa. Vamos.

El mayordomo les abrió la puerta y luego retrocedió. Sopa de guisantes, en efecto. Agatha no podía ver la calle claramente desde el escalón superior. Su confianza flaqueando un poco, bajó apresuradamente las escaleras y giró a la derecha hacia la niebla. La puerta del orfanato se cerró con un golpe pesado.

Pasos ligeros y apresurados detrás de ella confirmaron que Nell estaba a solo un paso de distancia. —La gente se pierde en la niebla de Londres, señorita —susurró Nell.

—Eso no nos sucederá a nosotras. Conozco perfectamente el camino a casa.

Sin embargo, Agatha se aferró fuertemente a su capa y mantuvo sus ojos fijos en su camino. Siguió las altas vallas delanteras a lo largo de Grafton Street, ignorando la inquietante manera en que las casas cercanas aparecían de la espesa niebla solo para desaparecer de vista un momento después. Era inquietante y silencioso y, con Nell apretujada contra su hombro izquierdo, el corazón de Agatha latía en un ritmo insensato.

El nerviosismo de la doncella contaminaba el estado de ánimo de Agatha. Giró a la izquierda en la esquina de Dover Street, reprendiéndose a sí misma por conocer esta ruta como la palma de su mano. Los puntos de referencia entre el orfanato y su casa eran distintivos. Si prestaba la atención adecuada, en lugar de entrar en pánico como parecía estar haciendo Nell, llegarían a casa tan rápido como si caminaran en un día claro y soleado.

Al acercarse a la siguiente esquina, la mirada de Agatha se desvió hacia la izquierda. Un tenue resplandor ardía desde las ventanas de una alta casa señorial, indicando que alguna diversión podría estar en marcha en su interior.

Una profunda tristeza se apoderó de ella. ¿Podría oír risas provenientes de la casa de Lady Carrington? Ralentizó sus pasos. Con la espesa niebla amortiguando todos los sonidos excepto su respiración, era imposible decir con certeza de dónde provenía la risa. Tal vez hubiera una cena en curso. Después de todo, a Lady Carrington le encantaba entretener, y tenía que mantener la posición de su hijo en la sociedad. La vizcondesa debía estar tan feliz de que Oscar hubiera asegurado un matrimonio tan ventajoso con la hija de un conde.

El ardiente aguijón de los celos quemó a través de su cuerpo. Reprimió la sensación, dejando

solo sus dientes por desapretar. La perfecta Lady Penelope. La rica y titulada Lady Penelope. Atributos deseables para el vizconde consciente de su imagen.

La puerta principal de la casa de Lady Carrington se abrió. Unas figuras oscuras —un hombre y una mujer, a juzgar por su atuendo— descendieron los escalones y subieron a un carruaje que esperaba. Agatha exhaló un suspiro brusco. No debería interesarse por los asuntos de la familia Carrington. Ahora estaba muy alejada de sus negocios.

Decidida a olvidarlos, emprendió la marcha de nuevo, pero sus ojos se desviaron hacia el magnífico carruaje que partía, y se preguntó quiénes irían dentro.

Agatha tropezó al salir de la acera hacia el cruce de Hay Hill y se detuvo bruscamente. Sus pasos la habían impulsado más rápido de lo que pensaba. Andar distraída en una noche de niebla era una insensatez extrema. Necesitaba mantener la cabeza despejada para evitar desorientarse.

Nell se aferró a su brazo.

—¿Nos hemos perdido?

—No, claro que no. Solo tropecé.

La criada soltó sus dedos del brazo de Agatha. Ella no había querido responder bruscamente, pero atormentarse por los errores del pasado era un esfuerzo inútil que ninguna cantidad de lágrimas o autorreproches podría solucionar. Estaba enojada por su propia ingenuidad insensata, no con la criada.

Con ese pensamiento firmemente en mente, Agatha giró a la derecha y se apresuró por la calle desierta, complacida de estar casi a mitad de camino a casa. Volvió a girar a la derecha y escudriñó la niebla, buscando la siguiente calle transversal a su izquierda. El confort de Berkeley Square debería estar muy cerca.

Si alguna vez un hombre necesitó comprensión y afecto de su propia mujer, entonces Oscar Ryall, vizconde de Carrington, estaba completamente falto de suerte esta noche. Se encontraba en medio de la alegre charla del salón de su madre, con la respiración superficial y acelerada. Por un momento, había imaginado que Bartholomew Barrette entraba en la habitación. Su pulso se aceleró. Sus palmas se humedecieron de sudor.

Pero Barrette estaba muerto.

Oscar lo había matado él mismo.

Decidido a volver a empujar el terror hacia los recovecos silenciosos de su mente, recorrió la sala en busca de mejor compañía. Una distracción mayor que la charla insustancial de la mujer con la que pronto se casaría restauraría su equilibrio.

Sin embargo, antes de dar muchos pasos, una mano lo cogió del brazo.

—Creo que Lady Penelope te irá muy bien, Oscar. Una vez que ella y yo nos conozcamos mejor, disfrutaré tomándola bajo mi protección para asegurarme de que sea aceptada en todas partes.

—Es hija de un conde, madre —murmuró Oscar—. Ya es aceptada en todas partes. Es muy agradable con todos los demás.

—Puede que sea aceptada en todas partes, pero debe causar una impresión mayor si quiere ascender con la crema de la sociedad como debe. Y debería ser agradable también con su futuro marido. ¿Acaso no te complace, hijo?

El impulso de soltar la verdad lo enloquecía.

—Por supuesto que sí —mintió—. Perdóname. Simplemente estoy fatigado esta noche.

Su madre, una mujer astuta y decidida, escrutó su rostro.

—Dijiste eso ayer, y la semana pasada también, en la velada de los Belmont. ¿Estás seguro de que gozas de buena salud, querido?

De nuevo, tuvo el impulso de soltar la verdad. Solo que esta vez quería gritarla a todo pulmón. No confiaba en no causar una escena embarazosa en su actual estado de ánimo. Tendría que abandonar otra velada temprano otra vez.

—No me pasa nada que una buena noche de sueño no pueda arreglar. Déjame en paz, madre. Todo se arreglará al final.

Oscar deseaba desesperadamente que así fuera. Pero los sueños, los recuerdos de aquella fatídica noche, solo crecían en intensidad hasta que había empezado a temer por su cordura. Cuando cerraba los ojos, imaginaba el lento deslizamiento de la sangre por la frente de Barrette.

Un toque ligero se posó en su brazo y se sobresaltó.

Su prometida, Lady Penelope, batió sus largas pestañas.

—Perdone la interrupción, milord, pero Lady Prewitt desea despedirse. Ha desarrollado una jaqueca y necesita descansar de inmediato.

Oscar forzó una sonrisa en su rostro para beneficio de su prometida.

—Por supuesto, Lady Penelope. Fue muy amable de su parte venir. Espero que su hermana se recupere rápidamente. Un dolor de cabeza es una aflicción terrible y puede durar días, según he oído.

Los labios de Lady Penelope se curvaron en una repentina sonrisa.

—Pueden durar, ¿verdad? Le transmitiré sus buenos deseos.

Cuando su madre se alejó revoloteando para cumplir con su deber de anfitriona, Oscar examinó a los invitados. Ninguno le prestaba la más mínima atención, así que se deslizó hacia el comedor contiguo y escuchó la suave conversación en el pasillo. Parecía haber cierto debate sobre la partida. Sin embargo, no interrumpiría para facilitar su salida. Simplemente no podía enfrentarse a otra tediosa despedida con la mujer con la que tenía que casarse. Esta noche no. Esta noche necesitaba mucho más que cortesías vacías.

Una vez que su prometida y su familia se hubieron marchado, Oscar se deslizó por el tranquilo pasillo, solo notado por el mayordomo. Bastante acostumbrado al hábito de Oscar de escapar sigilosamente, el mayordomo recuperó el sombrero y el bastón de Oscar sin decir palabra. Solo para asegurarse de que su prometida realmente se había ido, entreabrió la puerta principal y miró hacia afuera. El carruaje de Lady Penelope permanecía al pie de las escaleras. Oscar cerró la puerta de golpe y escuchó hasta que finalmente se alejó. Dejó escapar un suspiro de alivio y salió a la espesa niebla.

Como si la empalagosa alegría del interior no fuera suficiente, ahora tenía que atravesar una niebla opresiva. Con suerte, esta experiencia no se sumaría a sus sueños nocturnos. Tal como estaban las cosas, casi cada encuentro, grande o insignificante, se mezclaba en su repetido sueño de matar a otro hombre.

El hecho de que la razón de Bartholomew Barrette se hubiera deslizado hacia la locura seguía siendo un frío consuelo durante las solitarias noches de Oscar en las últimas semanas. Aún se preguntaba si podría haber habido otra manera de desarmar a Barrette sin matarlo. Sin embargo, sus acciones habían evitado que su mejor amigo, Daventry, y la mujer con la que planeaba casarse, Lillian Winter, sufrieran alguna lesión que pudiera haber resultado en su muerte.

Había actuado rápidamente para salvarlos. Aunque Lord Daventry había sido efusivo en su agradecimiento por su rápida intervención, la duda sobre sus acciones aún llenaba a Oscar de pavor.

Había hecho algo que jamás podría deshacerse. Había puesto una sombra en su alma. Y la única persona con quien podría sentirse mejor después de hablar, se negaba a dirigirle la palabra.

Oscar bajó las escaleras, metiendo las manos bajo los brazos para calmar el temblor. Tal nerviosismo hacía que la gente se quedara mirando y hiciera preguntas. Gracias al cielo, había logrado ocultar su miseria mientras estuvo en casa de su madre lo suficientemente bien por esta noche, pero ese no siempre era el caso. Con tantos miembros influyentes de la sociedad honrando su salón, cualquier señal de angustia se convertiría rápidamente en un rumor.

Suaves sonidos en la distancia le hicieron levantar la cabeza. Miró hacia adelante y vio dos figuras delgadas alejándose de su ubicación. Probablemente mujeres. Dos almas más que imprudentemente andaban por ahí en una noche más apropiada para quedarse en casa.

Oscar sacudió la cabeza para disipar el anhelo de unirse a las mujeres y quizás animarse y salir de su melancolía. Pero hacer el amor con una desconocida no cambiaría nada. Era un hombre comprometido y, como tal, se había comprometido a casarse con Lady Penelope. Hacer el amor con ella también estaba muy abajo en su lista de deseos.

Estaba comprometido. Los contratos estaban firmados. Las bendiciones de la alta sociedad habían llovido sobre su cabeza. Su futuro estaba tallado en piedra dura e implacable.

Iba a casarse con una mujer a la que no amaba.

Oscar se dirigió hacia su casa a paso tranquilo. No tenía nada ni nadie esperándolo, así que no había necesidad de apresurarse.

Delante de él, las rápidas pisadas de las mujeres que se dirigían hacia Berkeley Square resonaban en los edificios. Tal vez fueran algunas de sus vecinas. Pero estar fuera en una noche como esta era una tontería, por no mencionar peligroso.

Oscar alargó su zancada para alcanzarlas en caso de que necesitaran su protección.

CAPÍTULO DOS

AL ACERCARSE AGATHA al siguiente cruce, una oleada de calor le recorrió la piel. Esa sensación inusual hizo que su corazón se acelerara de nuevo. Temiendo que alguien la siguiera, miró hacia atrás. Pero no había movimiento, ni perturbación, ni figura oscura que las acechara.

La imaginación fantasiosa de Nell ciertamente se había apoderado de ella. Agatha cuadró los hombros, bajó de la acera y pisó la calle.

Una mano se cerró sobre su codo con un agarre doloroso. Agatha gritó al unísono con su doncella. Una mano fría y grasienta se apretó contra su boca, ahogando sus gritos de auxilio. El brazo de un hombre le rodeó la cintura con fuerza, apretándola contra un cuerpo grande. Intentó liberarse con los dedos, pero la levantaron en el aire. Agitó los pies, pateando al hombre que la sujetaba hasta que alguien más le atrapó las piernas. Cautiva como un cordero atado, Agatha fue llevada más adentro de Berkley Square.

—Quítale el bolso —urgió una voz ronca.

La mano sobre su boca se aflojó, y otra tanteó su muñeca.

Mordió con toda la fuerza que pudo.

Sus dedos tocaron el suelo mientras su agresor maldecía. Pero en lugar de soltarla como ella esperaba, el atacante de Agatha cambió su agarre, rodeándole el cuello con un brazo y apretando.

—Hazlo otra vez y te dejaré probar algo más de mí, zorra. Algo que yo disfrutaré más que tú. Quédate quieta.

Aterrorizada, obedeció la orden. No quería provocarlos tanto como para que se abalanzaran sobre ella como bestias hambrientas. Tal vez si dejaba de luchar y les daba los objetos de valor que tenía, la dejarían en paz. Esperaba que Nell hiciera lo mismo. Agatha gimió en señal de acuerdo.

Un rostro sucio y desdentado apareció ante ella desde la niebla y gritó sorprendida, retrocediendo contra su captor.

Detrás de ella, el bruto se rio entre dientes.

—No es una vista agradable, ¿verdad?

El otro hombre cacareó, pero luego arrancó el ridículo de Agatha de su muñeca. El desdentado lo metió dentro de su camisa abierta y alcanzó su pecho. Agatha gimió de nuevo, desesperada por que el desdentado no pusiera sus manos sobre ella.

El brazo en su cuello se apretó, levantando su barbilla hasta que tuvo que estirarse para seguir tocando el suelo y poder respirar.

—Conseguiremos nuestro pago de una forma u otra. Tienes mucho para satisfacerme sin tocar tu piel escuálida. Hay una cadena alrededor de su cuello. Cógela también.

Unos dedos ásperos se deslizaron por el pecho de Agatha y le arrancaron el collar del cuello.

Sus ojos se humedecieron cuando los dedos ásperos volvieron para morder cruelmente sus senos.

El desdentado se inclinó cerca.

—Te llegará a gustar eso, señorita.

El aire a su derecha silbó, y un fuerte gemido masculino de dolor resonó por la plaza. ¿Estaba Nell luchando contra su atacante? Apenas podía creer que la chica fuera capaz de defenderse. Pero si lo estaba haciendo, entonces podría haber esperanza para ambas. Agatha luchó contra las manos que la sujetaban mientras más gruñidos resonaban por la plaza.

Pero entonces todo quedó en silencio. Los atacantes de Agatha se giraron para enfrentar la amenaza, arrastrándola con ellos como escudo.

—Esta es nuestra. Lárgate —advirtió su atacante, tirando de ella contra su pecho, pero colocándose detrás del hombre desdentado para protegerse.

La plaza permaneció en silencio.

El desdentado se volvió hacia ellos, con incertidumbre clara en sus movimientos.

Su agresor se movió y luego retrocedió cuando un brazo oscuro apareció de la niebla para rodear la garganta del desdentado. Desapareció en la niebla, un desesperado jadeo de respiración fue la única indicación de que aún estaba cerca.

Luego nada. Silencio. El desdentado no reapareció, pero un fuerte golpe resonó a su alrededor.

Agatha gimió cuando el bruto que la sujetaba apretó su agarre en su cuello. Retrocedió unos pasos, girándola en todas direcciones mientras buscaba la ubicación del atacante del desdentado.

Otro fuerte crujido rompió el silencio. El bruto que sujetaba a Agatha se puso rígido, y luego ella cayó, golpeándose fuertemente contra el suelo. Un peso pesado cayó sobre ella y se arrastró lejos, levantándose rápidamente a una posición agachada para ver qué estaba sucediendo.

Los sonidos de la pelea se hicieron más fuertes. No podía ver más que el borrón de formas oscuras acercándose y desapareciendo de nuevo mientras los puños golpeaban la carne. Agatha no sabía hacia dónde girarse. Nada tenía sentido en la penumbra. Se arrastró hacia la izquierda y pasó las manos por el suelo, buscando febrilmente un arma que pudiera usar para defenderse.

Justo cuando sus dedos se cerraron sobre un palo delgado y duro, un fuerte golpe señaló la derrota de uno de los que peleaban. Agatha se encogió lo más que pudo y aferró el palo con ambas manos.

—Ahora las probabilidades están parejas, bastardos —gruñó una voz masculina desconocida —. El tipo de hombres que intentan agredir a mujeres en este vecindario son alimañas con una esperanza de vida muy corta.

Un gruñido nauseabundo indicó que alguien había dado un buen golpe, y Agatha se encogió cuando resonó un bajo gemido de dolor.

—Lo que no entiendo —continuó el hablante—, es cómo pueden soportar el saber que no sirven para nada más que para la paliza que les estoy dando. Cuando caigan al suelo, les sugiero que se queden ahí. Realmente no necesito mucha más excusa para golpearlos hasta dejarlos sin sentido.

Sonó otro golpe, y luego dos más. Después de cada puñetazo, los gemidos aumentaban en volumen. Se cubrió los oídos. Hubo un golpe nauseabundo más, y luego los sonidos de la pelea cesaron.

Se quedó donde estaba, apenas atreviéndose a respirar por temor a que la atención se dirigiera hacia ella. Alguien grande se movía en la niebla, pero no podía distinguir quién. Apretó su agarre en el palo. Un gemido ahogado y un forcejeo a cierta distancia insinuaban que sus atacantes se habían rendido ante la intimidante presencia de este desconocido luchador.

—Yo también me escabulliría, inútiles excusas de hombres —murmuró la voz profunda desde cerca. Agatha saltó cuando el sonido le crispó los nervios. Nunca había escuchado tal agresión masculina antes.

—¿Agredir a mujeres? Vuelvan a entrar en esta plaza y estén preparados para más que moretones. Saben qué, tal vez deberían volver. Todavía tengo ganas de inculcarles mejores modales a golpes.

Los sonidos distantes se apagaron, pero el desconocido se movía por el oscuro parque, sus botas arrastrándose por la tierra. Agatha se estremeció, más temerosa de este hombre que de los dos villanos juntos. Había algo extrañamente familiar en la forma en que hablaba mientras apaleaba a sus dos atacantes. No eran tanto las palabras que decía, sino la manera en que las pronunciaba lo que le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Dónde te has metido? Será mejor que salgas antes de que vuelvan. ¡Maldita sea! ¿Dónde he dejado caer mi bastón? Debería estar justo aquí. ¿Lo has recogido tú?

Agatha se mordió el labio para evitar responder. Tenía un bastón en las manos. Eso explicaba la madera lisa. Deslizó los dedos por el eje hasta encontrar una sólida cabeza de metal frío. Eso era bueno. Podría hacer daño. Ajustó su agarre para poder usarlo si fuera necesario.

—¿Aún no vas a hablarme? —El desconocido soltó un fuerte suspiro—. Esperaba que pudiéramos superar este pequeño problema, pero ni siquiera arriesgar la vida y el pellejo te complacerá ahora, ¿verdad? Tienes el bastón, ¿no es así? ¿Y estás planeando golpearme con él? Supongo que merezco una buena paliza de tu parte, pero ¿crees que podríamos hacerlo en un lugar más privado?

¿Cómo sabía que ella tenía el bastón? Estaba completamente sola en la oscuridad con un hombre extraño que podía leerle la mente. Ni siquiera el hecho de tener un arma en las manos la hacía sentir muy confiada. El ataque la había desorientado por completo.

Y estaba Nell de quien preocuparse. Necesitaba averiguar qué había sido de su doncella. ¿Habría logrado escapar y volver a casa en busca de ayuda?

El silencio se prolongó entre ellos.

—¿Te han hecho daño?

La preocupación en la voz del desconocido la sorprendió. Comenzó a ponerse de pie, con la esperanza de que su pálido vestido aún estuviera oculto bajo su capa más oscura, manteniéndola invisible para el extraño. Cuando estuvo erguida de nuevo, dio un paso tentativo hacia atrás.

La grava crujió bajo su bota. Se quedó inmóvil.

—Así que no estás herida. Simplemente no quieres hablar conmigo. —El desconocido gimió cuando Agatha dio otro paso atrás—. Sabes que vas en la dirección equivocada, ¿verdad? Tu casa está a tu izquierda. Y otra cosa, ¿qué diablos haces aquí sola? Una noche de niebla no es un lugar seguro para ti. En realidad, cuando lo pienso, ningún lugar es particularmente seguro para ti, especialmente sola. ¿Qué hacías caminando a casa sin una escolta adecuada? Tu abuelo se enfurecerá cuando se entere.

Agatha se quedó paralizada mientras intentaba ubicar aquella voz amarga. Le resultaba familiar, pero nunca la habían presentado a alguien tan taciturno como este. Tenía que escapar.

—Agatha, detente, o te darás contra el...

—¡Ay! —Un dolor le atravesó la cabeza al chocar contra algo duro. Se agarró la cabeza con una mano y el árbol con la otra, dejando que el bastón se le escapara entre los dedos.

—Árbol —terminó él—. ¿Sigues en pie?

—Sí —respondió Agatha enojada, horrorizada por su torpeza.

—¡Habla! Creo que necesito sentarme, pero quizás no en medio de Berkeley Square. Tus

amigos podrían volver en cualquier momento, y podrían traer refuerzos. —La grava crujió mientras el hablante se acercaba—. Aunque defender tu persona es mi mayor deleite, mis nudillos ya me duelen bastante. Gracias por darme la oportunidad de aplicar mis habilidades de boxeo. Aunque, debo decir, no fueron muy deportivos al respecto. No creo que conozcan las reglas del comportamiento apropiado. Dos contra uno es apenas justo. Al menos mi llegada a tu lado mejoró las probabilidades, pero debería haberte alcanzado antes. Perdóname.

El pesar en la voz del desconocido la sobresaltó. Quienquiera que fuese, sonaba como si creyera que tenía la responsabilidad de protegerla. Bueno, eso ciertamente no era cierto. Ella no necesitaba a un hombre en su vida. Ya no.

—Odio apremiarte, pero realmente deberíamos llevarte a casa —dijo él—. No queremos que nadie se entere de esta escapada, ¿verdad, preciosa?

Preciosa.

Solo un hombre la había llamado así alguna vez.

Esta vez, Agatha tembló por una razón completamente diferente. Sí conocía a este caballero parlanchín. Simplemente no lo había escuchado hablar recientemente. Y había cambiado; su voz ahora estaba tan desprovista de su calidez habitual que no lo había reconocido en absoluto. ¿Dónde había ido el caballero aclamado como el lord más encantador de Londres?

Agatha se desplomó contra el árbol, más que nada para evitar lanzarse al refugio engañosamente seguro de sus brazos. Él podría mentir para ganarse la vida y aun así ser visto como un inocente encantador. —¡Oscar! No puedes estar aquí. Prometiste mantenerte alejado.

Sus pasos se acercaron. —Nunca lo prometí. ¿Cómo pudiste pensar que dejaría que te pasara algo malo?

Una silueta oscura apareció frente a ella y entonces él estaba allí. Oscar Ryall, vizconde de Carrington, llenó su visión hasta que no vio a nadie más que a él. Unas manos fuertes, firmes y terriblemente cálidas envolvieron a Agatha y la apartaron de la seguridad del árbol. Se estremeció cuando la acomodó contra el fino lino y brocado que cubría el cuerpo de Oscar.

—Te tengo ahora, preciosa. Te tengo.

Agatha levantó el rostro del calor de su pecho. Un rápido jadeo le rozó la mejilla antes de que Oscar intentara reclamar su boca. Ella apartó la cara. —No puedes.

Moviendo las manos entre ellos para alejarse de su cuerpo, Agatha ignoró el familiar impulso de anhelo de abrazarlo con más fuerza. Lo había extrañado. Había extrañado demasiado al encantador mentiroso.

Pero la fría oleada de realidad la serenó. Él era un hombre comprometido para un matrimonio ventajoso. Iba a casarse con una heredera. Una mujer aclamada como una joya de la sociedad. En comparación, Agatha no tenía lugar en la vida de Oscar excepto uno sórdido como su amante.

Oscar gimió, intentando atraerla de nuevo. —Cambia de opinión.

Su ardiente susurro le trajo lágrimas a los ojos, pero ella empujó contra su abrazo hasta que hubo algo de espacio entre ellos. —No puedo ser tu amante.

Los dedos de Oscar se cerraron sobre sus manos y la atraparon firmemente en su lugar. —Por favor.

Agatha negó con la cabeza e intentó extraer sus manos de su agarre. Pero él curvó sus dedos alrededor de los de ella, entrelazándolos como lo había hecho tantas veces.

Las lágrimas cayeron de sus ojos ante el gesto familiar. —Sabes que es imposible. No puedo ser la mujer que deseas.

—La mujer que deseo eres tú. Exactamente como eres. ¿Cómo puedes negarnos nuestra única oportunidad de felicidad?

Agatha respiró hondo y exhaló lentamente. Había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre su comportamiento pasado, para darse cuenta de que se había dejado llevar por una lujuria impropia y arrullada por la intimidad de la proximidad frecuente. Debería haber tenido más cuidado con su corazón y mantenerlo a él, un hombre muy por encima de su posición social, a distancia.

Pero había sido tontamente cautivada por su encanto y había pasado por alto las señales obvias de que no tenían un futuro apropiado juntos. Oscar tenía opiniones muy diferentes a las suyas. Él la quería para calentar su cama, pero no para casarse con ella. ¿Por qué lo haría? Él vivía una vida encantada, cenaba entre los mejores círculos de Londres y malgastaba su tiempo en actividades sin sentido.

Para su horror, había descubierto que su objetivo siempre había sido casarse para mejorar su patrimonio, desposar a la hija de un par y elevar a su familia en su enrarecido mundo. El matrimonio con la nieta de un comerciante difícilmente encajaba en sus grandes planes.

Debió haberse divertido enormemente con su débil resistencia a su seducción.

Presionó sus manos contra el pecho de él y lo empujó con fuerza. —Me pides que cumpla un papel que es menospreciado. No seré tu amante. Me convertiría en una paria en la sociedad. No arriesgaré que me nieguen el derecho a trabajar con los huérfanos si se difundieran rumores de mi caída. Gracias a nuestra familiaridad pasada, ya tengo una reputación algo cuestionable. Pero no renunciaré a la oportunidad de una vida significativa porque tú no puedas aceptar un no por respuesta.

Oscar se tensó. —Pasas demasiado tiempo pensando en esos malditos huérfanos.

Agatha presionó la punta de su dedo contra el esternón de él. —Y usted, mi lord, no piensa en nada ni en nadie más que en sí mismo. Hace exactamente lo que se espera de usted, en lugar de lo que debería. Ahora apártese de mi camino. Voy a buscar a mi doncella.

CAPÍTULO TRES

UNA VEZ MÁS, la lengua mordaz de Agatha Birkenstock dejó a Oscar sin palabras. Inspiró profundamente, intentando calmar su corazón frenético. ¿Cómo se atrevía a tildarlo de bastardo sin corazón? ¿Acaso no acababa de luchar con uñas y dientes para mantenerla a salvo? Normalmente, su forma directa de hablar era una de las cosas que le gustaban de ella. Pero hoy no.

No cuando su sangre aún corría con un deseo salvaje de acabar con la vida de los hombres que se habían atrevido a tocar a su preciosa Agatha. No cuando Oscar aún estaba conmocionado por su propio comportamiento reciente. Un comportamiento que deseaba que nadie descubriera. Pero los secretos eran difíciles de mantener en sociedad en el mejor de los casos, y él estaba ganando tiempo hasta que la noticia llegara a los oídos ansiosos de la alta sociedad. Cómo lo consideraría la sociedad entonces era una incógnita. Cómo tomaría Agatha Birkenstock la noticia era otro asunto completamente distinto.

Delante de él, Agatha llamaba a su doncella y avanzaba a tientas por la plaza con los brazos extendidos. Él la alcanzó.

—Te estás pasando de la raya, Agatha.

Ella parpadeó.

—Pues usted, milord, no tiene derecho a decirme lo que debo o no debo hacer. Tenga la bondad de mantenerse al margen de mis asuntos.

—Tú eres mi asunto —Oscar la arrastró a sus brazos. Podría haber resultado herida. Podría haberla perdido. Forzó una gran bocanada de aire en sus pulmones y la dejó salir lentamente. Parecía ilesa, pero había sido por muy poco. ¿Y si no se hubiera frustrado tanto con la fiesta de su madre y hubiera escapado temprano? Quién sabe lo que habría encontrado.

Oscar pasó sus manos por la capa de ella, moldeándola más cerca contra él, intentando discretamente evaluar su estado de salud. Había pasado demasiado tiempo desde que la había visto sin una multitud o una ventana cerrada entre ellos. Demasiado tiempo desde que la había tocado. Sin embargo, cuando ella se resistió con fuerza a su abrazo, la dejó ir. Nunca obligaría a Agatha a quedarse, pero su necesidad de independencia le preocupaba.

Mientras ella lo rodeaba, Oscar la agarró del brazo de nuevo y la arrastró a su lado.

—No hemos terminado de hablar sobre tu falta de una escolta adecuada. ¿Por qué no te acompaña un lacayo o algo así?

Agatha se puso rígida.

—¿Es que no me escucha en absoluto, Lord Carrington? Manténgase. Al. Margen. De. Mis. Asuntos.

Sus ojos azules brillaban con desafío y el corazón de Oscar latía con más fuerza en su pecho.

Era, en una palabra, una mujer formidable. Muy parecida a su propia madre, con su determinación de trazar su propio camino en la vida. Pero el camino que Agatha había elegido los separaría, y Oscar, a pesar de saber que era lo mejor para ella, ya no estaba seguro de poder soportarlo.

Un gemido a la derecha de Oscar los sobresaltó a ambos.

Agatha se soltó de su agarre y corrió hacia el sonido.

—¡Nell! ¿Dónde estás?

—Maldita sea, Agatha —siseó Oscar, frustrado de nuevo por su incapacidad para continuar una conversación con ella. Justo cuando pensaba que tenía la oportunidad de defender su caso, ella se escapaba.

—Aquí, señorita. Estoy aquí.

La débil llamada lo hizo girar hasta que tropezó con Agatha, que estaba agachada en el suelo.

—Oscar. Nell está herida. Tienes que ayudarme.

La joven a los pies de Agatha gimió. Pobre chica. Había llegado demasiado tarde para evitar que sufriera daño.

Agatha tiró de la pernera de su pantalón.

—¿A qué esperas? Ayúdala a levantarse para que pueda atenderla.

—¡No! —chilló la doncella.

Oscar dio un paso atrás. Aunque estaba más que dispuesto a cumplir la petición de Agatha, como debería hacer cualquier caballero, entendía mejor que Agatha por qué la doncella podría no desear que él pusiera sus manos sobre ella. El canalla que había abordado a la chica había sido muy liberal explorando su cuerpo, a pesar de sus vigorosas protestas. Ella podría ver cualquier ayuda que él intentara darle como otra amenaza contra ella.

Oscar agarró el brazo de Agatha y la arrastró unos pasos para poder hablar libremente.

—La han tratado de la peor manera posible, Agatha. Sé delicada con ella. Sería un honor para mí ayudarte, sin embargo, creo que me teme.

Agatha lo miró parpadeando durante un minuto entero mientras evaluaba sus palabras. Luego sus ojos azules se abrieron con comprensión. Voló al lado de su sirvienta.

—Todo esto es culpa mía, Nell. Lo siento mucho. De verdad lo siento. Debería haber permitido que George nos acompañara.

Las lágrimas de la doncella comenzaron en cuanto Agatha la ayudó a ponerse de pie y se afanó en arreglarle el vestido.

—No nos vemos tan mal. Si nos preguntan por nuestro atuendo desarreglado, diremos que casi nos atropella un carruaje y caímos al duro suelo. Sin embargo, en lugar de volver abajo o a tu habitación, Nell, vendrás directamente a la mía. Diré que te necesito, así que no habrá miradas indiscretas hasta que te sientas más tú misma.

Oscar hizo una mueca. Agatha se involucraba demasiado en asuntos que era mejor dejar a los sirvientes. Debería mantenerse distante de sus contratiempos. Pero no importaba cuántas veces Oscar le había advertido que sus esfuerzos serían resentidos algún día, ella persistía en considerarlos sus amigos.

Agatha levantó la barbilla de la doncella para mirarla a los ojos.

—¿Nell?

La doncella sorbió por la nariz.

—Gracias, señorita.

Agatha pasó su brazo por la cintura de la chica y se alejó lentamente sin esperarlo.

Frustrado por ser ignorado de nuevo sumariamente, Oscar se apresuró a pararse frente a ellas,

con los brazos extendidos.

—¿Agatha? ¿Mi bastón?

Su resoplido de fastidio fue sonoro.

—Junto al árbol.

Después de dar unas cuantas vueltas alrededor de la base del árbol, Oscar lo vio y luego se apresuró a alcanzarlas. Pero para entonces las mujeres estaban en el borde del parque y, sin mirar atrás, cojearon al cruzar la calle.

Él se quedó entre las sombras del parque mientras ellas subían las escaleras de la entrada del edificio contiguo al suyo y desaparecían en el interior, apoyándose contra la verja de hierro forjado mientras su corazón se encogía. A pesar de todas las molestias que Agatha traía a su vida, la echaba terriblemente de menos. Sus sonrisas repentinas, su risa contagiosa y la forma en que su mirada solía posarse sobre él con una aceptación constante, a pesar de sus defectos.

Y tenía muchos. La sociedad podía afirmar que era el hombre más encantador de la alta sociedad, pero sus pensamientos internos a menudo eran menos que elegantes. Especialmente ahora, cuando la sociedad esperaba tanto de él y no le daba nada a cambio para ayudarlo a aceptar este matrimonio sin amor en el que se había visto atado.

Necesitaba confiar en alguien, pero no soportaba abrir su corazón a ninguno de sus amigos por temor a que lo mirasen de manera diferente después. Ni siquiera Agatha podía entender su dolor. No cuando quien aún lo guardaba lo miraba con tanto desdén.

Oscar se metió las manos bajo los brazos y se balanceó sobre los talones. Necesitaba desesperadamente hablar con Agatha en privado sobre un asunto personal, pero temía escuchar sus respuestas.

Oscar se apartó de la valla y se dirigió a casa, esperando parecer despreocupado por si se cruzaba con algún necio que anduviera por ahí en esta noche miserable. Subió apresuradamente los escalones de la entrada, sacó la llave del bolsillo y entró en la silenciosa casa. Pero no pudo evadir a su mayordomo.

—Tiene un mensaje urgente, milord.

Su mayordomo le tendió la pequeña bandeja. ¿Madre? ¿Ya? ¿Qué nuevo plan había tramado en la última media hora? Oscar se dirigió a su pequeña biblioteca, rompiendo el sello mientras caminaba.

Leyó rápidamente la nota redactada con elegancia. Otra invitación ineludible a otro almuerzo tediosamente aburrido. Y nada menos que para mañana. ¿Por qué no lo había mencionado esta noche? Una rápida mirada a su agenda le mostró que había prometido llevar a su futura esposa a pasear en carruaje por Hyde Park a las cinco, pero debería tener tiempo suficiente para encajar ambas salidas en su horario.

Oscar pasó el dedo por sus compromisos del resto de la semana. Penelope, Penelope, Penelope. Qué aburrido. Gimió y dejó caer la cabeza sobre la página abierta. La vida no iba como había planeado.

Pero ya no había nada que hacer. Solo ser el mejor marido que pudiera y olvidarse de Agatha Birkenstock. Excepto que eso estaba resultando más que difícil.

Por supuesto, vivir en la casa contigua a la de Agatha era ciertamente responsable de mantenerla en su mente. Ese lugar debería estar ocupado por Lady Penelope, una hija de conde socialmente aceptable.

Sin embargo, por más que Oscar lo intentara, no lograba generar el entusiasmo necesario por la muchacha. La belleza morena no le afectaba en absoluto. Su conversación no lo llevaba a una mayor comprensión de su carácter. Su sonrisa, cuando decidía concederle una, carecía de calidez.

Y a menos que las cosas cambiaran y ella saliera de la sombra de su familia el tiempo suficiente para hablar con él a solas, seguiría igual de ajeno el día de su boda.

Al menos su padre, el Conde de Thorpe, aún no había presionado para fijar una fecha de boda. De hecho, su cuñado, Lord Prewitt, había sido muy rápido en sugerir un largo compromiso para que pudieran conocerse mejor. Pero cómo se suponía que Oscar iba a hacer eso, cuando Lady Penelope nunca dejaba la compañía de su familia, lo desconcertaba.

Oscar se frotó la cara con la mano. Había pensado en hacer un matrimonio apropiado para beneficiar a su familia. Había pensado en casarse con una mujer de crianza y decoro impecables. Lo que consiguió fue ser descubierto en un estado de desaliño junto a Lady Penelope. Pero él no había sido quien desaliñó su recatado vestido.

No, eso era lo peor de todo.

Lord Thorpe había concluido, muy equivocadamente, que Oscar había sido el responsable del estado de su hija. Sin embargo, todo lo que Oscar había hecho fue tropezarse con ella justo después de tener a Agatha Birkenstock en sus brazos. Pero Lady Penelope había afirmado firmemente que él había sido quien lo había hecho, por así decirlo.

Por supuesto, sin una explicación repetible para su apariencia menos que prístina, las cosas rápidamente se salieron de su control. No podía decir que había tumbado a Agatha sobre el piano de Lady Archer. Así, su planeado cortejo lento de Lady Penelope se había convertido en un compromiso rápido, y luego, para su sorpresa, había perdido algo más precioso que el oro.

Agatha no era temeraria. A pesar de su extravagante oferta de carta blanca, ella se había negado a continuar como su amante. Instantáneamente. El recuerdo de esa dolorosa entrevista lo atormentaba, porque había descubierto que Agatha había presumido ser su futura esposa. Ofrecerle la posición de amante, cuando ella había asumido otra cosa, la había vuelto fría hacia él. Cuando se alejó sin mirar atrás, supo que había cometido un grave error.

Oscar se reclinó en su silla y consideró lo que tan tontamente había desechado. Él y Agatha se habían hecho amigos poco después de su llegada a la casa de su abuelo. Su rostro triste y apretado y su atuendo de luto de tonos oscuros habían conmovido su corazón, sentada como estaba, acurrucada en el alféizar de su ventana. Pero cuando se había dado cuenta de que él estaba tan cerca, se había ocultado de su vista.

Durante un mes de martes, había colocado una bolsa de dulces en el alféizar de su ventana, decidido a borrar el ceño fruncido infeliz del rostro de la chica en duelo. Cuando por fin ella no arrojó las bolsas de vuelta por la barandilla, atrapó un vistazo de su sonrisa. Después de ese día, había ganado su confianza, ganado su amistad y el deseo de no verla nunca más tan infeliz.

Había pensado que tenían el arreglo perfecto.

Pero entonces, nunca había dicho una palabra sobre su futuro, así que no sabía que cada uno tenía un plan muy diferente en mente.

Ahora estaba comprometido para casarse con una mujer que no conocía, por la que no sentía afecto y en la que ciertamente no confiaba, mientras que la que quería lo rechazaba. Hasta ahora, había sido incapaz de detectar un destello de vergüenza en los ojos de su futura esposa por cómo se había producido su compromiso. Si sufría por un corazón roto debido a su separación de su propio amante, ciertamente no podía percibirlo.

Se levantó de repente, con una resignación melancólica pesando sobre sus hombros. Quizás debería intentar un nuevo comienzo después de la boda, lejos de la ciudad. No podía seguir viviendo al lado de Agatha Birkenstock todos los días de su matrimonio. A pesar de su exigencia de que se mantuviera alejado, Oscar no sabía si podría mantener una distancia entre ellos. Eso lo irritaba.

Y al diablo con la cláusula de compromiso que establecía que tenía que residir en la residencia del Conde de Thorpe tras su matrimonio con Lady Penelope. Tal restricción a su vida no debía soportarse sin resistencia.

Quizás una casa en el campo sería lo mejor. La casa de Berkeley Square estaba vinculada, pero su fortuna era suficiente para comprar un pequeño lugar en el campo. Por supuesto, dada la posición de la casa de la ciudad, no tendría problemas para alquilarla durante la temporada, liberándolo de la tentación de regresar a Londres y ver a Agatha una última vez.

El pensamiento no le daba ninguna alegría.

Estos últimos meses desde el compromiso eran los peores de su vida, y no podía ver un final feliz a la vista.

Abatido, subió por la estrecha escalera hasta una puerta trasera del piso superior y salió al oscuro balcón. Caminó hacia la barandilla, pasó una pierna con cuidado por encima, atento a los pinchos en la parte superior del trabajo de metal, y pisó el balcón contiguo de Agatha.

Alguien se movía dentro de su dormitorio. Objetos tintineaban contra la madera, ¿o era el arrastre de una silla? ¿Seguía Agatha atendiendo a la pobre doncella?

Dio un golpecito en el cristal, dejó una bolsa de dulces en el alféizar y se dispuso a esperar hasta que ella apagara la luz.

Después de un rato, la ventana traqueteó y la cabeza de Agatha asomó en la noche.

—Tienes que dejar de hacer esto.

—Sal, preciosa.

La bolsa de dulces aterrizó a sus pies.

—No puedo —dijo ella, metiendo la cabeza de nuevo.

—Por favor, Agatha. Necesitamos hablar, y luego te dejaré en paz para siempre.

Ella soltó otro suspiro.

—Está bien. Pero debes comportarte.

La ventana se abrió un poco más y, tras un susurro de movimiento, ella estaba a su lado. Oscar le tomó la mano y se la llevó a los labios. Su piel suave y el dulce aroma de su perfume hicieron que su sangre hirviera. Rápidamente la condujo a la barandilla, pasó por encima y luego se volvió para ayudarla, con la intención de que el camisón no se enganchara en los pinchos de la barandilla.

Cuando sus manos se posaron en su cintura, el deseo hizo que sus palmas sudaran. Cuando ella estuvo de pie en su balcón, se apresuró a llevarla dentro antes de que los vieran juntos.

A pesar de su decisión anterior de dejarla en paz, Oscar estrechó a Agatha entre sus brazos, apretándola contra él. Tras un momento de duda, Agatha le devolvió el abrazo, rodeándole las caderas con los brazos.

Dios, era tan increíblemente estúpido.

Renunciar a Agatha iba a matarlo. La soltó con reticencia, le agarró la mano y la llevó a su dormitorio, donde ardía un fuego lo suficientemente fuerte como para ahuyentar el frío de la noche brumosa.

Al cruzar el umbral, la mano de Agatha se soltó de la suya.

—¿Qué quieres, Oscar?

En lugar de responder de inmediato, cruzó la habitación para sentarse y la observó. Hasta ahora no podía ver ningún cambio en su cuerpo que insinuara que pudiera estar esperando un hijo suyo. Pero tenía que estar seguro. A pesar de la oleada de deseo que lo invadía al verla de nuevo en su dormitorio, vestida para dormir con el familiar lino blanco, se obligó a mantener la distancia. Pero con el pelo suelto y cayendo espeso sobre sus hombros, era todo lo que siempre

había deseado y más.

—¿Cómo estás, preciosa?

Su pregunta pareció tomarla por sorpresa. Ella lo miró durante mucho tiempo. Su mirada recorrió su rostro. Una línea de preocupación apareció entre sus ojos.

—Mejor que tú, por lo que parece. Tienes un aspecto horrible.

Oscar asintió. No podía explicar su aspecto cansado sin contarle lo que había hecho, lo que las circunstancias le habían obligado a hacer en nombre de la amistad.

—¿Estás enfermo?

—Estoy muy bien, pero no he dormido lo mejor posible. Sin duda hay guisantes escondidos bajo mi colchón.

Agatha se burló y se puso de pie. Temiendo que fuera a marcharse, Oscar empezó a levantarse, pero ella acortó la distancia entre ellos para presionar su mano contra su cabeza, manteniéndolo en su sitio.

—No tienes más calor de lo habitual. ¿Hay algo que te preocupe?

Oscar cerró los ojos, saboreando la preocupación en su voz. Sus dedos se deslizaron por su pelo en una caricia íntima que había echado de menos. Oscar se estremeció.

—Aparte de echarte de menos como un demonio, ¿qué podría ir mal?

Sus dedos le acariciaron la mandíbula y luego se alejaron.

—Es más que eso, ¿verdad?

Agatha volvió a sentarse, pero se inclinó hacia delante, aparentemente ansiosa por escuchar su confesión. ¿Estaba tan hambrienta del sonido de su voz como él lo estaba de la suya?

No importaba la razón, no podía decirle la verdad.

—Te he pedido que vinieras para hablar de ti —ahora que había llegado el momento de hacer su pregunta, temía la respuesta—. Me preocupa especialmente que pudiera haber habido consecuencias de nuestras noches juntos. Una expectativa algo incómoda. Nunca me escribiste como te pedí que hicieras.

—¿Incómoda? —el rostro de Agatha se llenó de color al comprender el significado de su pregunta—. Oh, no hay consecuencias. Lo supe casi de inmediato.

Oscar agachó la cabeza, invadido por una profunda tristeza. En el fondo de su mente, había empezado a formular un plan para instalar a Agatha y al niño en algún lugar. Un lugar que pudiera visitar a menudo. Un lugar con campos verdes para hacer picnics. Cuando levantó la mirada, Agatha se pasó los dedos por las mejillas, enjugándose las lágrimas.

Se dejó caer de rodillas y se arrastró por la habitación para estrecharla entre sus brazos. Apartando su cabello a un lado, presionó su rostro contra la suave piel de su cuello y esperó a que se recompusiera.

Cuando finalmente levantó la cabeza, Oscar se sentó a su lado, apretando sus dedos entre los suyos.

—Es lo mejor, entonces.

Agatha asintió, pero él pudo ver que no estaba de acuerdo. Él tampoco se lo creía.

Con su cuello expuesto a la luz de las velas, se reveló una marca roja de ira sobre su piel.

—Te han hecho daño. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sus dedos rozaron su piel, luego dejó caer besos junto a la marca para hacerla sentir mejor. Durante un momento o dos, Agatha lo permitió, pero demasiado pronto se apartó de él.

Sus ojos, cuando los encontró, eran dos pozos de dolor.

—Debo volver a casa antes de que Nell se preocupe.

Oscar dejó que la visión de ella llenara su mirada, dejó que los preciosos recuerdos de su

amistad llenaran su mente, hasta que su corazón se asentó en un ritmo profundo y constante.

—Lo sé. ¿Cómo está ella?

Agatha se retorció los dedos nerviosamente.

—Bastante conmocionada, me temo.

—Dale tiempo para que se recupere —se puso de pie y le tendió la mano. Tras un momento, Agatha se acercó a él, dejó que la envolviera en un abrazo y finalmente le permitió besarla como había soñado.

La distancia y el anhelo caldearon el intercambio, hasta que ambos jadearon en busca de aire y el uno del otro. La delgadez de su camisón resultó una barrera insignificante para sus dedos inquietos, y sintió cada contorno, cada deliciosa curva y ondulación de su cuerpo.

Pero ella lo había rechazado. Él no la seduciría para que faltara a su palabra. —Agatha.

Ella gimió, entrelazando sus dedos en la cintura de sus pantalones de una manera que lo volvía loco. —Sí, Oscar.

Ignorando el tono ronco de su voz, él presionó sus labios contra su cabello. No cometería un error esta noche llevándola a su cama. No podía acostarse con ella de nuevo. El riesgo era simplemente demasiado grande. No querría parar. —No he dormido con otra mujer desde nuestro primer beso. Quiero que lo sepas.

—Si lo hubieras hecho, ya no sería asunto mío —Agatha sorbió por la nariz—. Déjame ir.

Supuso que se merecía eso. Pero Agatha necesitaba saber la verdad de sus labios. Debería haber sido honesto con ella desde el principio. Con un océano de arrepentimiento sobre sus hombros, Oscar la condujo hasta la parte trasera de su casa, la ayudó a pasar por encima de la barandilla y la vio llevarse su corazón.

CAPÍTULO CUATRO

VIVIR CON SU abuelo había sido, en un tiempo, muy fácil. Cuando Agatha era más joven y aún afligida por la repentina muerte de sus padres, Thomas Birkenstock había dejado de lado sus asuntos de negocios para aliviar su dolor. Había sido pacientemente amable con su deseo de mantenerse apartada del mundo. Desafortunadamente, ese trato comprensivo no había durado mucho más allá de sus dieciséis años, el momento en que él se dio cuenta de que tenía edad para necesitar un marido. El antes suave empujón se había convertido en una conferencia diaria, una entrevista en la que Agatha luchaba por ser una nieta agradable y obediente, pero sin comprometerse con ningún hombre que él favoreciera.

Agatha observaba disimuladamente cómo escaneaba el London Times mientras se sumergía en un plato repleto de carne de res frita y repollo con un platillo de aguamiel para acompañarlo. Normalmente, podía ignorar la combinación. Hoy, sin embargo, le costaba mantener la compostura cuando él eructó en su mano. Las horas de las comidas eran lo peor de vivir con él.

El movimiento del periódico señaló el fin de su silencio y la continuación de su rutina. Era un hombre de hábitos exactos, pulcro hasta la exageración, y cada vez más obsesionado con verla casada, ahora que era una solterona de veintiún años.

Ella contó las veces que doblaba el periódico: por la mitad, luego en tercios. Mientras él se ponía de pie y lo metía bajo su brazo, sintió el peso de su mirada posarse sobre ella. Los labios de su abuelo se habían comprimido, señalando que sus pensamientos probablemente se habían vuelto de nuevo hacia su estado de soltera.

—¿Nos reuniremos a las once hoy, niña? Tengo algunas cartas de negocios que escribir antes de nuestra discusión.

Un breve respiro, pero ciertamente no un escape de lo inevitable.

—Por supuesto, señor.

Sonrió hasta que él desapareció de la vista y luego dejó que su pose de dama se desmoronara. ¿Cómo se suponía que debía comprometerse a casarse con un hombre de su elección? No era que le disgustara la idea del matrimonio, un hogar, hijos o el feliz deslizamiento hacia una cómoda vejez. Sin embargo, su insensatez de hace tres meses había hecho que ese futuro respetable fuera totalmente imposible.

Agatha levantó su taza de té a sus labios y bebió un sorbo, mirando la sala de la mañana con ojo crítico. La habitación estaba en una posición brillante y soleada, estando en la parte trasera de la casa, y ella había reunido las mejores posesiones de su abuela para hacer que la habitación se sintiera acogedora para su abuelo. Era una buena ama de casa para él. ¿No podía estar contento de dejar que su situación siguiera siendo un arreglo a largo plazo?

Dejó que la taza resonara ruidosamente sobre el platillo. No, él no dejaría el asunto en paz,

pero tenía una hora para disfrutar de su vida antes de que la conferencia comenzara de nuevo. Tenía libertad temporal.

Dejando atrás la sala de la mañana, Agatha se apresuró hacia su pequeño rincón de la casa, una estrecha franja de habitación que había tomado por completo. El espacio desordenado contenía sus cosas favoritas: libros, bordados, una suave colcha que pertenecía a su madre y que le gustaba envolver alrededor de sus piernas en los días fríos. Las paredes oscuras y la cámara con aroma a lavanda le ofrecían a Agatha más consuelo que cualquier otra parte de la casa en estos días.

Arrastrando la pesada silla acolchada frente a su escritorio, Agatha se sentó para escribir el menú para la cena de mañana por la noche y luego escribió una respuesta a la carta de su amiga recién casada, asegurándose de hacer que su vida sonara más maravillosa de lo que realmente era. Virginia, Lady Hallam, no necesitaba saber la verdad de su situación.

No necesitaba saber que el corazón de Agatha se había hecho añicos la noche en que Oscar se comprometió después de comprometer a la incomparable Lady Penelope. La adinerada debutante poseía una saludable dote y un padre igualmente enojado. Los labios de Agatha se curvaron en una mueca poco femenina. Maldita sea esa ramera intrigante. Lady Penelope había insinuado que se había entregado a Oscar esa misma noche. Y para cuando Agatha había regresado sin ser observada al salón de baile, arreglada y una vez más respetable después de haber sucumbido a los afectos de Oscar, él estaba siendo amenazado por el iracundo padre de Lady Penelope.

Cuando la mirada de Oscar había caído sobre ella a través del salón de baile, su corazón se había detenido. Él había parecido despreocupado por su trampa. Había sonreído y había aceptado inmediatamente la unión. Con el corazón roto, Agatha había aplaudido junto con los otros invitados, y luego escapó tan rápido como pudo convencer a su abuelo de irse.

No fue hasta más tarde, cuando Oscar había golpeado en su ventana como si nada hubiera cambiado entre ellos, que descubrió su error.

El matrimonio de Oscar con Lady Penelope había estado en el aire todo el tiempo. Él la había estado cortejando a sus espaldas. Ella solo había sido una distracción del aburrimiento.

Furiosa por su duplicidad, por su plan de casarse con Lady Penelope y mantenerla como su amante, lo había echado. Pero más tarde, cuando la enormidad de su error se hizo evidente, lloró por lo que podría haber sido.

Su único consuelo ahora era que Oscar también parecía miserable.

Una sombra cayó sobre la mesa de Agatha, bloqueando la luz que se filtraba por la ventana mientras su mayordomo, George, pasaba camino al jardín de la cocina. Nell, de pie en un parche de brillante luz solar, estaba recogiendo tallos de lavanda junto a la pared lejana.

Agatha dejó caer su pluma sobre la mesa y se puso de pie. Después de lo de ayer, no estaba segura de cómo reaccionaría Nell ante los sirvientes masculinos de la casa. Había estado considerablemente angustiada anoche, y había requerido todos los poderes de persuasión de Agatha para convencer a Nell de que no iba a ser despedida. Después de todo, el asalto difícilmente era su culpa. Era una víctima inocente de un hombre lujurioso. Tal como Agatha lo había sido hace tres meses.

Apartó la cortina y miró hacia afuera. Con la ventana cerrada, no podía discernir de qué trataba la conversación, pero hasta ahora Nell parecía estar manteniéndose firme. George dio un paso adelante, más cerca de Nell, y bloqueó su vista.

Ansiosa de que no interrogara a Nell sobre sus deberes nocturnos, Agatha se dirigió al exterior para intervenir. El fresco aire matutino dio paso a la calidez del sol, pero con George

ahora dominando sobre Nell, Agatha no se detuvo a disfrutarlo.

—¿He hecho algo para ofender? —preguntó George, con un tono duro en su voz.

Nell dio un paso atrás. —No, por supuesto que no —La doncella retrocedió otro paso y George la siguió.

La ansiedad en la voz de su doncella conmovió el corazón de Agatha. Se movió hacia un lado, permitiendo que Nell viera su acercamiento. Los ojos de su doncella se agrandaron.

George se giró para observar el acercamiento de Agatha. —¿Puedo ayudarla en algo, señorita Birkenstock?

—No, gracias, George. Estoy aquí para hablar con Nell. Puedes continuar con tus tareas habituales.

El mayordomo parecía a punto de decir algo más a Nell, pero apretó la mandíbula conteniendo las palabras, asintió y luego giró sobre sus talones para regresar a la casa.

—¿Nell? —Agatha dio un paso y captó la expresión miserable en los ojos de su doncella. Oscar siempre había insistido en que debía mantenerse distante de los sirvientes, pero Nell necesitaba su apoyo, al menos por el momento. La chica ciertamente necesitaba una distracción —. Creo que las flores estarían mejor con un poco menos de presión alrededor de los tallos.

Como esperaba, Nell bajó la mirada e hizo ademán de revisar las pobres flores.

—¿Qué quería George?

Nell se encogió de hombros. —Quería saber si estaba enferma. Me perdí la cena anoche y apenas probé el desayuno porque mi estómago no deja de dar vueltas. Se comentó abajo.

—Es una lástima que no supiera que mi cena tardía de anoche era para ti, pero no importa —Agatha recogió algunas ramitas más y las metió en el ramo decaído de Nell—. Cuanto menos sepa sobre anoche, mejor, ¿no es así?

Nell levantó la mirada, pero su miseria seguía siendo tan clara como el día. Si mantenía esa expresión tan afligida, se enfrentaría a muchas más preguntas abajo.

—Intenta apartar ese recuerdo de tu mente —Sin hacer caso de la incorrección de comportarse con tanta familiaridad con una sirvienta, Agatha acarició el brazo de Nell. La doncella asintió justo cuando el reloj comenzó a dar las horas.

¡Ya las once! ¡Maldita sea! Ahora tenía que enfrentarse a su abuelo.

Agatha recogió sus largas faldas y se apresuró a entrar. La puntualidad, o la falta de ella, era otro de los temas favoritos para discutir extensamente. En la puerta del estudio de su abuelo, se alisó el cabello, luego golpeó la madera y esperó. Justo cuando sonaba la última campanada en la casa, él le indicó que entrara.

Casi de inmediato, Agatha se sintió transportada a su primer día en la casa. La estancia decididamente masculina la había intimidado entonces, igual que ahora. Esforzándose por parecer tranquila, por ser la nieta obediente que él esperaba, Agatha cruzó la habitación y tomó su asiento habitual.

Él agitó una carta hacia ella. —He recibido una invitación del marqués de Ettington para pasar la Navidad en su finca en el campo. Sin embargo, dadas ciertas circunstancias cambiantes, estoy indeciso sobre el valor de aceptar.

Preocupada, Agatha se inclinó hacia adelante. —¿Qué ha cambiado?

Él se frotó la mandíbula con la mano. —Dada la reciente oleada de matrimonios entre su círculo, temo que el tiempo y la molestia innecesaria de asistir no valdrían la pena. No te hace ningún bien relacionarte con caballeros ya comprometidos en matrimonio. Difícilmente puedo imaginar que el marqués ampliaría su círculo con hombres elegibles solo para asegurarse de que tuvieras la oportunidad de ser debidamente admirada.

Agatha apretó los labios para no gritar. ¿Rechazaría una invitación para pasar la Navidad con sus amigos simplemente porque no habría caballeros casaderos presentes? ¿Era esa la única razón por la que la había obligado a entrar en sociedad, a la presencia de pares muy por encima de sus expectativas cuando las invitaciones habían llegado de Ettington House? Anhelaba ver a Virginia, Lady Hallam, y a Constance, la marquesa de Ettington, de nuevo. Pero si él decía que no hoy, su decisión sería definitiva.

Determinando que era mejor no dejar ver su ansiedad, no dijo nada mientras él recorría la habitación. Si mostraba demasiado entusiasmo por el viaje, él intentaría hacer un trato con ella. Como típico hombre de negocios, la presionaría para que se comprometiera a conocer a otro caballero de su conocimiento a cambio de complacerla.

De repente, arrojó la carta al escritorio. Agatha exhaló lentamente, segura, dado su gesto apresurado, de que aún no había tomado una decisión final.

Rodeó el escritorio y se sentó como si estuviera negociando una reunión difícil. —Ahora, tenemos el té benéfico del orfanato mañana, y quiero que te pongas algo bonito. Hay muchas damas allí con hijos en busca de esposa que deben ser saludadas con la máxima cortesía. Después de eso, daremos una vuelta por Hyde Park en el nuevo carruaje, ¿eh?

Agatha juntó las manos para ocultar su nerviosismo. —Por mucho que me gustaría complacerte en esto, abuelo, ya estoy comprometida con deberes durante la actuación. Debo acompañar a los niños y proporcionar el acompañamiento en el pianoforte.

Su abuelo se pellizcó el puente de la nariz. Agatha esperó. Había dado su palabra de ayudar a llevar a los niños a Ascot House. Si cambiaba sus planes a estas alturas, sus acciones reflejarían mal a su abuelo y él también lo sabía. Quizás sería suficiente que ella tocara el pianoforte en público, una hazaña que él siempre intentaba organizar. Normalmente, actuar en público pondría sus nervios en caos, pero por la felicidad de los niños, estaba preparada para soportar la vergüenza.

—Muy bien, pero haz lo posible por ser agradable durante las presentaciones. Ahora tendrás muy poco tiempo para causar una impresión con tu conversación. Esperemos que haya un caballero en la sala con la capacidad de detectar tu interpretación superior bajo el ruidoso alboroto que armarán los niños. No me gustaría que la ocasión fuera una decepcionante pérdida de tiempo.

—Sí, por supuesto. Haré lo mejor posible para causar una buena impresión.

Cuando su abuelo asintió y volvió a tomar su periódico, Agatha hizo su escapada. Con suerte, pasaría desapercibida para los invitados que asistieran al concierto. Y con más suerte aún, los caballeros solteros sentados para el concierto serían sordos.

CAPÍTULO CINCO

A ESTELLA RYALL, Lady Carrington, no le gustaba nada más que ser el centro de atención en cualquier reunión social. Sin embargo, hoy no estaba tan entusiasmada con las sensaciones causadas por la cálida consideración que se le brindaba como de costumbre.

—Madre, ¿podrías quitar tus dedos de mi brazo? Tu agarre me está causando bastante incomodidad.

Estella miró sus rígidos dedos agarrando el brazo de su hijo e hizo un mayor esfuerzo por calmarse. Era una de las anfitrionas más influyentes de la alta sociedad y debería estar por encima de sentirse perturbada. Pero la contrariedad de tener a su amante y a su conocido más antiguo en la misma habitación estaba resultando un verdadero punto de conflicto. Tenerlos a ambos observándola tan de cerca, con exactamente la misma expresión depredadora, resultaba extremadamente inquietante. Nerviosa, se alisó el vestido como una debutante inexperta y luego se regañó en silencio por su tontería. Levantó la barbilla. —La actuación está a punto de comenzar, Oscar.

Sus ojos se iluminaron. —Sí, eso es lo que ya he mencionado varias veces. Quizás deberíamos tomar nuestros asientos.

Mientras Oscar inconscientemente trataba de maniobrarla más cerca de ambos hombres, Estella logró dirigirlo a una fila desocupada a cierta distancia. Las cejas de su hijo se arquearon interrogantes mientras se acomodaba en su silla. —Bueno, Madre, me tienes todo para ti. Debes tener un asunto algo urgente que discutir para rehuir la compañía de tus amigos.

Estella abrió su bolso para sacar su abanico. —Solo quería disfrutar de la actuación en paz contigo. En realidad, algunos de ellos no tendrán reparos en charlar durante toda la actuación. —Horrorizada por sus palabras directas, abrió su abanico de golpe mientras miraba a sus vecinos para determinar si alguien la había escuchado. Después de unos minutos ansiosos, exhaló un suspiro de alivio.

—Eso fue bastante atrevido, Madre. ¿Te encuentras bien? —Oscar se rio—. Entonces, ¿a qué tortura seré sometido hoy? ¿El chirrido de un violín o un arpa, la última debutante lamentándose por su amor perdido? Sabes que ese amor perdido será un hombre afortunado, ¿no?

Estella golpeó la rodilla de Oscar con su abanico. —Dices muchas tonterías. Pensé que ya habías superado tu naturaleza impaciente. Te sentarás y harás todo lo posible por escuchar con interés educado. Estamos aquí por el orfanato, como bien sabes.

Oscar se removió en su silla. —No, Madre. No creo que hayas mencionado ese fascinante detalle en tu nota. Dijiste que era un almuerzo.

Estella miró el rostro de su hijo y lo encontró sombrío con... Bueno, no estaba exactamente segura de qué emoción estaba sintiendo en ese instante. Pero definitivamente miró hacia la puerta

como si juzgara si podría escapar.

Seguramente los huérfanos no podían ser tan malos.

—Me han dicho que los niños han estado practicando con la señorita Birkenstock durante meses. Vaya, creo que han florecido positivamente bajo su mayor influencia. Ha dedicado muchas horas a su bienestar en los últimos meses y tiene muy buena mano con ellos. Como patrocinador, deberías estar ansioso por ver cómo tu generosa contribución ha mejorado a los niños. —Alarmada por la forma en que el rostro de su hijo había palidecido, Estella colocó una mano reconfortante en su brazo—. ¿Oscar?

Su tono fuerte hizo que algunas cabezas se giraran en su dirección y, después de otro largo momento, su sonrisa regresó. —Eso suena maravilloso, Madre. Me alegro de que los huérfanos tengan tan buen cuidado.

El pataleo de muchos pies pequeños llamó la atención de Estella hacia el escenario. Seis niños estaban de pie sobre el pequeño estrado elevado —el más joven y último huérfano ausente de sus filas, siendo demasiado pequeño para hacer más que llorar— esperando nerviosamente para actuar. Ella sonrió para alentarlos, pero dudaba que los pobres lo notaran. Sus rostros se volvieron como uno solo hacia un área lateral con cortinas donde se podía escuchar el arrastre de una silla o taburete de madera.

Mientras el público se acomodaba, Estella lanzó una mirada rápida a su hijo. Aunque su rostro parecía impasible, como casi siempre era el caso, había una tensión, una nueva presión en las facciones de Oscar que no había existido hasta hace poco. Dada su habitual disposición ecuánime, ella se preocupaba por él. Comprometerse con la hija de un conde debería haber aliviado las preocupaciones de Oscar, pero la mejora en sus conexiones parecía haber producido una nueva gravedad. Aunque había sido el brindis de la sociedad durante mucho tiempo, ya no parecía feliz consigo mismo. La inquietud parecía atraparlo, y Estella no había encontrado manera de discernir exactamente qué había cambiado.

Las fiestas y cenas ciertamente no lo habían animado.

Aunque descubrir el inicio de su desasosiego era importante para ella, las suaves notas de un pianoforte inundaron la sala y los niños comenzaron a cantar. Los huérfanos mantuvieron bien la melodía. La atraparon en la dulzura de la canción y el acompañamiento superior la mantuvo cautivada hasta la última nota. El público aplaudió con entusiasmo y los niños cantaron dos canciones más.

Durante el tercer set, miró a Oscar, segura de que estaría bostezando de aburrimiento. Pero estaba sentado con los ojos cerrados, la cabeza inclinada al ritmo de la melodía. Nunca lo había visto tan absorto en un concierto. De hecho, a juzgar por su falta de entusiasmo en actuaciones pasadas, Estella temía que encontrara alguna excusa y la abandonara después de la primera nota.

Cuando las últimas palabras se desvanecieron, él se puso de pie para aplaudir a los niños, haciendo que otros a su alrededor hicieran lo mismo. Tal reacción era sin precedentes para Oscar, pero ella se levantó y aplaudió a los niños risueños.

Mientras los huérfanos eran acompañados fuera de la sala, los ojos de Oscar los siguieron con una intensidad que ella encontró inquietante. Cuando se fueron, su animación murió.

—Veo que disfrutaste de la pequeña actuación después de todo.

Oscar la condujo al bufé dispuesto a lo largo de una pared lateral. —Sí, una actuación del todo tolerable. No me importaría escucharlos de nuevo algún día.

¡Actuación tolerable! Cualesquiera que fueran los demonios que atormentaban a su hijo no iban a ser fácilmente desterrados por una melodía conmovedora. Mientras añadía pollo y pequeños sándwiches a su plato, deseó que se confiara a ella. Pero sin importar cómo había

formulado sus preguntas estas últimas semanas, él había evitado cualquier tipo de respuesta significativa. La preocupaba. —Entonces me aseguraré de exigir tu escolta nuevamente.

Sus labios se torcieron en una sonrisa superficial. Se volvió para buscarle el té, la condujo a un pequeño grupo de mesas y sillas, y luego se fue a llenar un plato para sí mismo.

—¿Puedo acompañarla, Lady Carrington?

Estella alzó la mirada y forzó una sonrisa en sus labios. —Por supuesto, señor Manning. Por favor, únase a mi hijo y a mí. Él regresará en un momento.

Con gracia ágil, Manning sacó una silla a su derecha y colocó su taza de té frente a él. Desde una posición sentada, a Estella le resultaba más fácil soportar la mayor altura de Manning. La edad había salpicado su cabello pálido de gris, pero aún conservaba una cualidad juvenil, un recordatorio de su juventud. A pesar de ocupar el cargo de rector de St. George, todavía tenía una figura elegante.

Sus dedos largos pero dañados, aún enguantados para proteger las sensibilidades femeninas del shock, jugueteaban con la taza de té hasta que ella no pudo soportar más el silencio. —¿No se comportaron bien los niños hoy? Unas voces tan maravillosas deberían escucharse más a menudo.

Manning asintió, dio un sorbo a su té y se acomodó en su silla, estirando sus largas piernas frente a él como si planeara quedarse un rato. —Preferiría escuchar tu voz, pero he descubierto, para mi considerable decepción, que ya no actúas.

Estella ahogó una risa. —Manning, hace muchos años que no tengo el deseo de cantar en sociedad. Hay tantas voces más jóvenes y frescas para escuchar hoy en día.

Un ceño cruzó su rostro. —Solo dejaste de hacerlo cuando tu marido desaprobó la adulación que recibías. Nunca pudo soportar compartir la atención.

Estella apretó los labios. Aquí vamos. Otra ronda de quejas veladas dirigidas a la memoria de un hombre muerto. Su difunto esposo no había sido el hombre más agradable al final, pero ¿tenía Lynton Manning que sacar constantemente a relucir sus defectos?

Manning tocó brevemente el dorso de su mano con la punta de su dedo enguantado en cuero. —Todavía ciegamente leal a su memoria, ya veo.

Realmente, ¿qué esperaba que dijera a eso? Sin importar lo que hubiera sucedido en el pasado, Estella estaba decidida a nunca convertirse en una mujer amargada a medida que avanzaban sus años. Si albergaba malos sentimientos hacia el hombre que le había robado su juventud, nadie lo sabría jamás. Había trabajado duro para olvidar su vida con Charles Ryall y olvidar lo que podría haber sido si se hubiera casado con alguien más. —Realmente, señor Manning, suena muy diferente a un hombre que ocupa el cargo de rector de St. George. Esperaba que su vocación hubiera calmado su temperamento espinoso, pero parece que todavía se deja llevar por vuelos de fantasía.

Manning dejó su taza con un estrépito. No habló inmediatamente, pero su silencio hablaba por sí solo. Si no hubieran pasado veinticinco años desde su último desacuerdo, podría haber intentado apaciguarlo. —Mi memoria es sorprendentemente clara sobre ciertos eventos. ¿Debería recordártelos?

Estella tragó saliva, conmocionada hasta la médula de que Manning sacara a relucir su ridícula afirmación después de todo este tiempo. Revisitar el pasado no cambiaría nada. Ella y Lynton Manning no habían congeniado cuando eran más jóvenes y ahora que ambos eran mayores y más sabios, seguían sin hacerlo.

—Ah, señor Manning. Un placer verle de nuevo, señor —dijo Oscar mientras se dejaba caer en una silla a la izquierda de Estella.

—Carrington. —Manning encontró la mirada de su hijo y ella palideció ante su intenso escrutinio. No debería importarle lo que su conocido más antiguo pensara de su hijo mayor, pero estaba conteniendo la respiración. Se obligó a respirar normalmente de nuevo.

Los labios de Oscar se curvaron con diversión mientras miraba entre ellos. —¿Hay algún problema, Manning?

Manning negó lentamente con la cabeza. —No, nada. Es solo que tú...

Estella se rio para distraer a los hombres. —¿Olvidaste el desayuno esta mañana, Oscar? Creo que tienes suficiente ahí para alimentar a una persona de tamaño normal durante una semana.

Oscar le dirigió una rápida sonrisa y guardó silencio mientras comía. Cuando Manning también discontinuó su conversación, el silencio en la mesa se volvió incómodo de nuevo. Entre bocados, Estella era consciente de que la mirada de su hijo fluctuaba entre ella y el rector. Si tuviera una explicación que quisiera compartir, podría iluminar a Oscar sobre su distanciamiento. Tal como estaban las cosas, era mejor dejar a Oscar en la oscuridad sobre su enredado pasado.

Manning se movió en su silla, su pierna rozando la de ella bajo la mesa. Un desafortunado rubor de calor le recorrió las mejillas. Maldito hombre. ¿No podía dejarla en paz?

Manning se rio entre dientes ante su reacción inmediata. —Cuando tenga un momento, Lord Carrington, me pregunto si podría hablar con usted —pidió Manning con una rápida mirada en su dirección—. En privado, quizás.

Oscar se llevó una servilleta a la boca y luego la arrojó sobre su plato sin terminar. —Por supuesto, estoy a su inmediata disposición.

Manning le dirigió una mirada irónica. —Perdóneme, mi lady, odio privarla de la compañía de su hijo, pero si puede prescindir de él en este instante, mi asunto solo debería tomar unos minutos.

En un intento de ocultar sus nervios irracionales, Estella asintió con la cabeza en lugar de cuestionarlos. Los hombres se marcharon, dejándola con una sensación de hundimiento. Esto podría ser muy malo, en efecto.

—¿Por qué esa cara larga, mi querida dama? —El asiento a su derecha crujió cuando su amante se acomodó sin saberlo donde su antiguo pretendiente se había sentado momentos antes.

—Solo deseaba que los niños cantaran otra canción, pero todos han vuelto al orfanato, ¿verdad, Thomas?

Su mirada se posó en el hombre corpulento. Estaba decidida a olvidarse por completo de Lynton Manning. Thomas Birkenstock era amable, un hombre generoso que hacía pocas exigencias sobre su tiempo, excepto por sus encuentros poco frecuentes. Debería estar contenta.

Thomas puso los ojos en blanco. —Agatha los llevó de vuelta inmediatamente después de la actuación. Tiene una abeja en el bonete por el pequeño enfermo y no puede soportar estar separada del bebé.

Estella sonrió y le dio unas palmaditas rápidas en la mano. —Su compasión la honra y a ti también. Los niños se están llevando mucho mejor con su influencia más suave.

—Quizás su interpretación haya afectado a algún caballero soltero aquí hoy —refunfuñó él —. Su actuación en el pianoforte fue excepcional, pero no me gusta que se negara a quedarse y aprovecharlo.

—¿Esa era Agatha, hoy? Ciertamente toca maravillosamente. Oscar parecía cautivado por la actuación. Tal vez los otros caballeros también lo notaron.

—Mi nieta debería estar pensando en sus propios hijos a estas alturas, pero la obstinada pícara se ha empeñado en rechazar la idea del matrimonio. Me temo que siempre ha sido así y

ocultaba su descontento detrás de sonrisas educadas. Quizás tenga que recurrir a una casamentera para verla casada y segura —debajo de la mesa, Thomas le golpeó la rodilla con la suya.

Aunque Thomas imitó el gesto anterior de Lynton Manning, el cuerpo de Estella no respondió de la misma manera. Sus mejillas se mantuvieron obstinadamente frescas, su ritmo cardíaco a un paso regular y constante. Tragó saliva ante el descubrimiento. ¿Por qué no reaccionaba más a Thomas después de todo este tiempo? Era un buen hombre.

Estella forzó una sonrisa en sus labios. —Seguramente la situación no es tan mala como todo eso —suspiró y apoyó la barbilla en su mano—. Estoy segura de que todo lo que se necesita es que el hombre adecuado la conquiste. Agatha es una joven muy bonita. Me sorprende constantemente que algún caballero inteligente no haya reconocido su valía y se haya casado con ella ya.

Una mano presionó con fuerza su hombro y ella levantó la mirada para encontrar a su hijo cerniéndose sobre ella. Su expresión parecía afligida.

Estella se puso de pie inmediatamente. —¿Está todo bien, hijo?

Sus labios se torcieron en una mueca. —Todo está bien, pero parece que soy muy popular hoy. Varios miembros de la junta directiva del orfanato desean hablar conmigo sobre un asunto de cierta urgencia. ¿Te importa si te dejo al cuidado del señor Manning por lo que resta de la tarde?

Estella frunció el ceño, preguntándose por la agitación de los fideicomisarios. Sin embargo, su inquietud por quedarse en compañía de Manning también se agitó. No quería estar cerca de él. —El señor Birkenstock me está entreteniendo, Oscar. No necesito que me mimen.

—No obstante, le he pedido a Manning que te escolte a casa en mi lugar si no regreso en la próxima media hora. Veníamos a informarte, pero creo que Manning fue retenido por la señora Whittaker.

Estella miró alrededor de su hijo y encontró a Manning, efectivamente, atrapado por la notoriamente charlatana dama. Pobre hombre, pero aun así, ella no iría a rescatarlo. —Apenas necesito una escolta, Oscar. Estoy segura de que estarás libre de nuevo a su debido tiempo.

Oscar se pasó los dedos por su cabello pálido, perturbando su apariencia habitualmente pulcra. —Ojalá fuera cierto, pero he prometido llevar a Lady Penelope a pasear por el parque esta noche —sacó su reloj de bolsillo y comprobó la hora—. Tal como están las cosas, puede que llegue inexcusablemente tarde. Me tranquilizaría mucho si permitieras que Manning te acompañe a casa.

Maldita sea la necesidad de su hijo de mantener a todos contentos. Cuando era niño, le gustaba ese rasgo. No le había dado problemas, a diferencia de su hermana menor más aventurera. Sin embargo, como adulto, su constante necesidad de aprobación la sacaba de quicio. No todo el mundo necesitaba estar complacido.

—Por supuesto —pero por dentro, Estella temía el viaje.

No pasó mucho tiempo antes de que Manning le tomara el brazo después de que Thomas se despidiera. La sacó rápidamente por la puerta. Mientras se acercaba a su reluciente carruaje, trató de no parecer preocupada por estar a solas con su antiguo pretendiente. Sin embargo, la mano persistente que presionaba contra la parte baja de su espalda mientras entraba en el carruaje demostraba cuán interesado estaba Manning en mejorar su relación. Un rubor de calor le recorrió las mejillas de nuevo y ella agachó la cabeza para ocultar la reacción.

Decidida a sofocar el impulso de salir corriendo del carruaje, Estella respiró hondo para calmarse. —¿Sabes de qué quieren hablar los fideicomisarios con mi hijo? No es propio de ellos involucrarlo en sus pequeñas disputas —ahí estaba, podía ser educada con Manning y olvidarse

de todas esas inquietantes reacciones.

Manning frunció los labios, como si considerara si compartir sus pensamientos. Los miembros de la junta con frecuencia no compartían con ella la mayoría de las razones de sus decisiones. De hecho, era una afortunada coincidencia que algo sucediera allí en absoluto. Nunca había conocido a un grupo de hombres que discutieran tanto como ellos. Estella contuvo la respiración, esperando que Manning confiara lo suficiente en ella como para compartir esta confidencia, y trató de no pensar demasiado en esos labios fruncidos... o en los besos pasados que le habían otorgado.

—La junta desea que se lleve a cabo una evaluación del orfanato, pero no quieren traer a un forastero. Dado que la participación de tu hijo ha sido mínima hasta la fecha, han acordado que él será juez y jurado para su continuación.

La conmoción mantuvo su boca abierta, pero rápidamente recuperó la compostura. —De todas las decisiones descabelladas y tontas. Hacer que Oscar decida el destino de siete niños es ridículo. Apenas conoce el lugar —argumentó.

Manning se quitó los guantes de cuero y flexionó los dedos de una manera que atrajo su atención. La fea cicatriz en su mano izquierda y el dedo meñique faltante, un recordatorio siempre presente de tiempos pasados, hicieron que el corazón de Estella se acelerara con renovada ansiedad.

Cerró su mano dañada en un puño. —Exactamente. No se dejará influenciar por las alianzas dentro de la junta. Esperan que tome una decisión justa.

Estella se llevó la mano a la cara. Esto era simplemente espantoso. Los pobres niños. Ser juzgados de esa manera, sin ningún intento de entenderlos a ellos o a sus necesidades. Y el hábito de Oscar de tratar de complacer a todos le fallaría esta vez. Estaba segura de que alguien quedaría decepcionado con su decisión, fuera cual fuese.

El carruaje se inclinó cuando Manning cambió de lado y se apretujó en el asiento del banco junto a ella. Alarmada, se deslizó hacia un lado para poner distancia entre ellos de nuevo.

—No deberías preocuparte tanto, Essy. Estoy seguro de que tu muchacho hará un trabajo justo.

A pesar del uso de su antiguo apodo para ella, su sonrisa la heló hasta la médula. —Esto fue obra tuya. Todo.

Agitó su mano ilesa. —No tienes idea del dolor que me causa escuchar a esos cerebros de guisante. Una evaluación finalmente pondrá fin al asunto y entonces podremos seguir adelante. Tengo plena confianza en que Carrington votará a favor de la continuación. Pero nadie necesita saberlo más que nosotros dos.

Intentó alcanzar su mano, pero ella las apretó juntas y le negó la oportunidad de un comportamiento impropio. Su ceño se frunció. —¿Qué te pasa, Essy?

—No me pasa nada, señor Manning. Usted, sin embargo, está intentando de nuevo sobrepasar sus límites. Tenga la bondad de volver al otro lado del carruaje.

Manning resopló pero hizo lo que ella le pidió. Sin embargo, sus ojos mostraban un profundo desprecio. —¿Sabes? No quería creer los rumores, pero parece que, en efecto, podrían ser ciertos. ¿Sabías que dicen que has tomado a ese nuevo rico, Birkenstock, como tu amante?

Manning arqueó una ceja mientras esperaba que ella lo negara. Aunque el rumor era cierto, difícilmente confesaría sus asuntos más personales a un hombre de Dios. Especialmente porque ese hombre también aspiraba a ocupar el lugar de su amante, probablemente después de que se hubiera celebrado una ceremonia de boda respetable. Estella no tenía intención de volver a casarse. Su relación con Birkenstock le daba lo mejor de ambos mundos. Esbozó una sonrisa

forzada. —Lo que me asombra es que la alta sociedad no haya descubierto tu pasado perverso y te haya repudiado por ello.

Él levantó su mano dañada en el aire frente a ella y la agitó de nuevo. —Imagino que eso te aliviaría, ya que cualquier cosa cuestionable en mi pasado casi seguramente te involucró a ti.

Qué típico de un hombre, incluso de un hombre de Dios, culpar a una mujer por la maldad. Ella no había tenido nada que ver con la pérdida de su dedo. No se había enterado del duelo que causó su pérdida hasta años después. Hasta el día de hoy, le asombraba que se hubiera convertido en vicario. Dado lo que sabía de su pasado, era un hombre demasiado lujurioso para ese papel. ¿Cómo podía pararse frente a una congregación y ensalzar las virtudes de la frugalidad, la compasión y la evitación del pecado, cuando estaba tan bien versado en ellos?

—Por favor. Ahórrame tus mentiras.

El carruaje se detuvo antes de que Manning pudiera hablar. Cuando se abrió la puerta, él saltó al pavimento y luego extendió su mano dañada. Sin ganas de seguir discutiendo, Estella deslizó su palma suavemente sobre la de él y luego bajó del carruaje con alivio. Manning le colocó el brazo firmemente alrededor del suyo, la condujo escaleras arriba y la hizo entrar en su salón antes de que ella tuviera tiempo de objetar su actitud arrogante.

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en el espacio vacío. Manning la acorraló contra la madera, agachó la cabeza y presionó sus labios contra los de ella.

Al principio, Estella lo empujó. Pero cuando su lengua se deslizó por la comisura de sus labios apretados, ella jadeó, y él reclamó su boca de una manera que había olvidado. Posesión feroz y total.

Nadie creería que un vicario pudiera ser un peligro para la virtud de una mujer. Sin embargo, la reacción de Estella ante las acciones de Lynton Manning demostraba lo contrario. Su beso la emocionaba. Tocó su lengua con la suya, y su cuerpo vibró. Lynton la devoraba, comiendo de su boca hasta que ella levantó los brazos y entrelazó los dedos en su cabello. Él gimió cuando ella agarró su cráneo, enredando su lengua con la suya hasta que su cuerpo cantó de placer.

Necesitaba mucho más.

Aunque cualquier otro hombre habría manoseado su cuerpo, Lynton se mantuvo apartado, ofreciendo solo la precisión embriagadora de sus labios. Ella quería manos y la presión de un cuerpo duro contra el suyo.

Estella se arqueó apartándose de la puerta, pero en lugar de abrazarla, Lynton se alejó. —No son mentiras, Essy. El duelo fue por ti, y te perdí, y también parte de mi mano, debido a que ese bastardo tramposo organizó una distracción que casi me mata.

Le dio un beso rápido en la mejilla, luego el picaporte de la puerta se agitó mientras se preparaba para irse. —Para cuando el dolor había disminuido lo suficiente como para recuperar el sentido y aventurarme a salir de nuevo, ya estabas casada con Carrington y te habías ido. Nunca me fugué con una actriz, como él hizo creer a todos. Mi hermano hizo que su lacayo me atara a la cama mientras mi mano sanaba y no tenía forma de defenderme de las mentiras de Carrington. Ojalá Ambrose te hubiera buscado en lugar de revolotear sobre mí. He estado esperando casi veinticinco años por ti, y creo que ya es hora de que reciba mi recompensa por la paciencia. Probaré mi valía esta vez. Esta vez me elegirás a mí.

Manning salió furioso y cerró la puerta de golpe tras él.

Ella se alegró de que se hubiera ido, porque no sabía cómo reaccionar a su versión de los eventos del pasado. Estella deseaba poder recordar el pasado con más claridad de lo que lo hacía. Lo que sí recordaba era que Lynton Manning había desaparecido sin decir una palabra, y cuando el vizconde Carrington la había buscado cada vez más, ella se había sentido halagada. Él había

apartado su mente de la decepción y luego se había ganado su gratitud al contarle lo que todos habían estado susurrando durante semanas. Había parecido lo correcto aceptar a Carrington cuando le propuso matrimonio.

Sacudió la cabeza. El pasado, y Carrington, se habían ido.

Estella solo tenía que mantenerse feliz a sí misma y a sus hijos. Besar a dos hombres no estaba realmente bien de su parte.

Se desplomó en una silla. ¿Qué le pasaba cuando Lynton Manning estaba cerca? Estella dejó caer la cabeza en su mano y presionó sus sienes con fuerza. La enormidad de la infidelidad de Estella hacia Thomas surgió para ahogarla.

El rector piadoso y recto que se mostraba a la sociedad londinense era tan diablo como lo había sido en su juventud. ¿Cómo podía pensar en besar a una mujer cuando ella mantenía una aventura con otro hombre? Aunque no había confirmado sus acusaciones, él tendría que sospechar que tenía razón. ¿Por qué querría perseguirla después de todo este tiempo?

Tenía que asegurarse de que ese beso, y cualquier otro similar, nunca pudiera volver a ocurrir. No se convertiría en esclava de la lujuria. No de nuevo.

CAPÍTULO SEIS

CUANDO EL CARRUAJE de Oscar se detuvo frente a los escalones de la casa de su futura esposa, saltó del vehículo sin esperar a su lacayo y subió apresuradamente las escaleras. Aunque había accedido rápidamente a evaluar el orfanato, aun así había llegado diez minutos tarde para llevar a Lady Penelope a pasear por el parque. Odiaba ser descortés, especialmente con su futura esposa.

Se negó a entregar su sombrero y bastón al mayordomo. Después de todo, solo se quedaría un momento. Realmente no tenía sentido entregarlos si pensaba salir de inmediato hacia el parque. El mayordomo lo condujo a un salón vacío para que esperara y cerró las puertas tras él al salir, dejando a Oscar a solas con su creciente inquietud.

Sin saber cómo reaccionaría su prometida ante su tardía llegada, se estiró las mangas y tomó una posición cerca de la chimenea. El salón a su alrededor estaba opulentamente amueblado, elegantemente dispuesto y era una muestra de la riqueza de la familia Thorpe. La madre de Penelope había fallecido hacía algunos años, y se preguntó si la decoración era producto del gusto de Lady Penelope o de su hermana casada, Lady Prewitt, quien aún residía bajo el techo de su padre. Si su prometida había sido instrumental en la decoración, al menos Oscar podría estar seguro de tener un hogar confortable.

Lady Penelope entró majestuosamente en la habitación del brazo de su cuñado. Aunque su sonrisa educada —el único tipo que le dedicaba— debería haberlo reconfortado, no lo hizo. Sus cejas oscuras no se alzaron ni en acusación ni en deleite. Su rostro era una máscara en blanco que ocultaba sus emociones. Por lo que Oscar podía notar, a Penelope no parecía importarle en absoluto su llegada tardía.

Su cuñado, Lord Prewitt, sin embargo, frunció el ceño.

—Pensé que habías olvidado tu promesa, Carrington.

Oscar aceptó la reprimenda. Claramente, estaba equivocado, pero no era a su futura familia a quien se disculparía. No estaba aquí para verlos a ellos.

—Le debo mis disculpas a su cuñada. Perdóneme, Lady Penelope. Los lores Carter y Brooke querían discutir el asunto del Orfanato de Grafton Street. Me costó un demonio librarme de ellos. Y luego, por supuesto, sus hijas interrumpieron y tuve que saludarlas. Son un par tan vivaz.

Aunque la respuesta de Oscar pareció aplacar a Prewitt, la reacción de su prometida lo sorprendió. Ella lo miró de reojo bajo sus pestañas y sus labios se estiraron en una cálida sonrisa coqueta.

—Eres demasiado bueno al complacer a ese par. Nunca encontrarán maridos con tanta cháchara.

Atraído por la cálida sonrisa, Oscar dio un paso hacia ella.

—Son coquetas inofensivas. Todo el mundo lo sabe.

—Quizás deberíamos sentarnos, hermana —gruñó de repente Lord Prewitt.

Lady Penelope se sobresaltó y se acomodó en el sofá.

—Por favor, siéntese, milord —indicó ella, señalando una silla frente a ella mientras Prewitt elegía sentarse a su lado.

Oscar frunció el ceño pero tomó su lugar, frustrado porque el breve momento de calidez de Lady Penelope había sido aplastado por su cuñado. Quizás habría una oportunidad para ellos si tan solo pudiera alejarla de su familia.

Penelope se arregló las faldas, manteniendo la mirada baja.

—¿Pasó algún tiempo con los huérfanos, milord?

—No, realmente no. Actuaron en un pequeño escenario, un concierto muy entretenido para los patrocinadores y demás, y luego regresaron al orfanato. Me sorprende no haberla visto allí. Me habían dado a entender que mi madre le había enviado una invitación para que se uniera a ella y que usted había aceptado inicialmente. A ella le encantaría profundizar su relación con los amigos de la familia.

La mirada de Penelope se deslizó hacia su hermano.

Lord Prewitt se aclaró la garganta.

—Un asunto familiar impidió nuestra asistencia esta mañana. Mi esposa ofrecería sus disculpas si estuviera lo suficientemente bien para acompañarnos.

Dado que Lady Prewitt a menudo estaba enferma, Oscar se inclinaba a creerle. Y sin embargo, ¿por qué Penelope le defería a él en lugar de responder ella misma? ¿No se le permitía hablar de su hermana sin permiso?

Oscar se inclinó hacia adelante en su silla.

—Lady Prewitt tiene mucha suerte de tenerla, Lady Penelope. Por favor, transmítale mis mejores deseos para una pronta recuperación.

Penelope asintió, pero sus dedos se retorcían en su regazo.

—Lo haré.

Cayeron en un silencio incómodo, pero ninguno hizo ningún intento por llenar el vacío. Surgió la sensación de estar entrometiéndose, pero la dejó de lado. Estaba decidido a conocer un poco mejor a su prometida antes de que realmente se casaran. Golpeó suavemente su sombrero contra su rodilla.

—Espero que aún esté esperando con ansias nuestra salida de esta tarde. Mis caballos grises y el carruaje están listos para partir hacia nuestra tarde en el parque.

Hyde Park era el lugar para dejarse ver, especialmente para cualquier pareja recién comprometida cuya unión había deleitado a la alta sociedad. Había recibido más felicitaciones esa misma mañana, sugiriendo discretamente que había hecho una elección sabia. Pero nadie llegó a decir directamente que había buscado una alianza con la hija del conde por la conexión.

Lady Penelope miró a Prewitt de nuevo. Cuando él asintió, ella se puso de pie.

—Sí, por supuesto que deberíamos ir. Por favor, discúlpenme un momento.

Mientras Lady Penelope salía majestuosamente de la habitación, Oscar se esforzó por encontrar algo en el contoneo de su vestido que disfrutar mientras se iba. Desafortunadamente, no encontró nada. Su futura novia no despertaba sus sentidos en lo más mínimo, no de la manera en que lo hacía Agatha Birkenstock.

Oscar alejó la imagen de Agatha que se formaba en su mente. Regodearse en el recuerdo del gozo físico que compartían en presencia del otro difícilmente era apropiado para la situación. Tenía que dejar esos tipos de deseos firmemente en el pasado o de lo contrario se volvería loco y

pasaría el resto de su vida en absoluta miseria.

Con la resolución reafirmada, su mirada se dirigió al cuñado de Lady Penelope. Prewitt también había seguido su partida y ahora estaba de pie frente a las ventanas, cavilando sobre la vista. Su brazo señaló hacia el mundo exterior a través de la ventana.

—Veo que ha traído el carruaje cerrado otra vez.

Oscar se unió a él y miró hacia el cielo oscurecido a través del cristal.

—Parecía una decisión sabia, dada la amenaza de esas nubes que se ciernen. No deseaba que Lady Penelope sufriera indebidamente si los elementos resultaban desagradables.

—Sí, esa podría ser una explicación.

Oscar escuchó su insinuación: que había planeado el aislamiento del carruaje cerrado para tomarse libertades con su futura esposa, como se suponía que había hecho la noche en que se comprometieron. Pero en realidad solo había pensado en su comodidad.

—Antes de su matrimonio, mi hermana siempre se quejaba de los caballeros que no pensaban con anticipación en el clima. Una vez llegó a casa empapada hasta los huesos y tuvo que guardar cama durante casi dos semanas. Los gemidos nos volvieron locos a todos. ¿Conoce usted a mi hermana?

—No. No creo haber tenido el placer. Discúlpeme, iré a ver qué está demorando a Penelope —Prewitt giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Qué tipo tan quisquilloso. No importaba cuánto se esforzara Oscar, su futuro cuñado no estaba inclinado a abandonar su reserva. Quizás el alejamiento de la ciudad sería beneficioso. No tendría que lidiar con ceños fruncidos de desaprobación con demasiada frecuencia si pudieran residir a más de un día de viaje de Londres.

Animado por ese pensamiento, Oscar le preguntaría a Lady Penelope si prefería el campo o la costa durante su paseo de hoy. Y realmente, debería empezar a pensar en ella simplemente como Penelope para ayudar a que ambos se sintieran más cómodos el uno con el otro.

Cuando ella bajó la escalera principal, resplandeciente con una pelliza de cuello alto y falda, sombrero a juego y guantes de cuero, Oscar esperó que su corazón saltara de anticipación por el tiempo que pasarían juntos. El azul oscuro realmente favorecía su tez y el intenso rubor de sus mejillas indicaba que se había apresurado por él. Pero su corazón permaneció obstinadamente inactivo. Ofreció lo que esperaba fuera una expresión embelesada cuando ella se unió a él.

Penelope lo miró fijamente.

—Lord Prewitt entró a hablar con su esposa antes de despedirse.

Qué bien por él. A Oscar no podía importarle menos el paradero de Prewitt. Complacido de tener a Penelope a solas por un momento, Oscar se acercó.

—¿Le gusta el campo, Penelope?

La expresión indiferente de Penelope flaqueó, sus labios se curvaron hacia abajo.

—No me gusta en absoluto.

—Ah, entonces le gusta la costa —Oscar sonrió—. Hay tanta actividad en los puertos para disfrutar, ¿no cree? Yo me inclino por Portsmouth y Bristol.

Una pequeña propiedad junto al mar estaba dentro de sus posibilidades, incluso sin la dote de Penelope. Podrían estar bastante cómodos allí y aun así disfrutar de breves visitas a Londres durante la temporada.

—Usted me malinterpreta, milord. Solo me importa Londres. Nunca podría ser feliz viviendo en ningún otro lugar.

La feliz fantasía que Oscar había conjurado de una vida junto a la salvaje costa marítima se deshilachó ante sus ojos. Vivir solo en Londres sería imposible.

Penelope miró por encima de su hombro.

Lord Prewitt bajó apresuradamente las escaleras, poniéndose los guantes con rapidez. Oscar no vio señales de una doncella como carabina.

—Estoy listo cuando usted lo esté, Carrington.

—¿Viene usted con nosotros?

Prewitt asintió.

Oscar contuvo un gemido. Bueno, adiós a la conversación tranquila con solo un sirviente merodeando. El cuñado seguía a Penelope a todas partes, y ese hábito estaba poniendo a prueba los nervios de Oscar. Eso se detendría una vez que él y Penelope se casaran. Prewitt podría quedarse al lado de la cama de su propia esposa.

Molesto, Oscar decidió complacerse a sí mismo con respecto a su futura residencia. Prefería el campo. Prefería vivir más cerca de sus amigos, así que encontraría una propiedad ya fuera en Warwickshire o en Northamptonshire.

Penelope se acercó a su cuñado y tomó su brazo extendido. Oscar les permitió precederlo fuera de la casa y hacia la calle. Su cochero entró en acción, bajó los escalones y mantuvo la puerta abierta tan rápido como pudo.

Fue Prewitt quien ayudó a Penelope a subir al carruaje. Prewitt también se sentó a su lado. Según recordaba Oscar, solo había tocado a su prometida unas pocas veces fugaces. Sin embargo, Prewitt siempre parecía estar disponible para ayudarla.

Mientras se dirigían al parque, intentó entablar conversación con Penelope. Aunque sus respuestas eran educadas, había poco en ellas que alentara un mayor discurso. Oscar se quitó el sombrero ante los ocupantes de un carruaje que pasaba mientras rechinaba los dientes. Su reserva lo irritaba.

No era por naturaleza un hombre dado a los celos o la ira, pero no pudo evitar especular nuevamente sobre qué pretendiente anterior había arrugado sus faldas, atrapándolo en esta miserable desavenencia. El pensamiento de su estupidez le revolvió el estómago. ¿Hasta dónde se había dejado llevar por su pretendiente? Estudió su apariencia. Al igual que Agatha, parecía estar libre del bastardo de algún otro hombre. Aunque algunas mujeres ocultaban muy bien su condición durante muchos meses después de la concepción, él estaría vigilante. Mantendría un ojo más atento sobre ella y los caballeros que le prestaban atención. Ciertamente no le gustaría encontrarse criando al hijo de otro hombre como si fuera suyo.

Otro carruaje se acercó al suyo, y cuando se centró en los ocupantes, su corazón dio un vuelco. Luego latió con fuerza. El Sr. Birkenstock estaba tomando el aire del parque con su nieta a su lado. Agatha lucía impresionante con una muselina color limón pálido que favorecía la suave cremosidad de su piel a la perfección. Se le hizo agua la boca y sus manos ansiaban saltar entre los carruajes y tomarla en sus brazos para que todos lo vieran.

Los labios de Agatha se estiraron en una sonrisa forzada, y luego se adelantaron y desaparecieron de la vista. Decepcionado por que se la hubieran arrebatado tan pronto, Oscar volvió a prestar atención a sus acompañantes con desánimo.

Lord Prewitt lo observaba con una ceja levantada, divertido.

De repente, Penelope se apoyó en el hombro de su cuñado.

—Veo a la señora Leyton, Prewie. ¿Podemos parar?

Prewitt le sonrió a Penelope, su mirada llena de tanto afecto cálido que Oscar se sintió incómodo.

—Por supuesto. Carrington, detenga el carruaje. Mi hermana ve a una muy buena amiga nuestra.

Ni en sueños.

Oscar negó con la cabeza.

—La señora Leyton tiene una reputación algo cuestionable en la sociedad. No estoy seguro de que el padre de Penelope desee que fomente la amistad de su hija con semejante mujer sin conocer su opinión al respecto. Deseo pasar la tarde con mi prometida, no crear un escándalo. Pueden ver a la señora Leyton en su propio tiempo.

Prewitt se inclinó hacia Oscar, pero Penelope lo agarró del brazo y lo frotó de una manera que parecía tranquilizadora. Oscar se quedó mirando el gesto íntimo.

Prewitt se sacudió el agarre de Penelope.

—La señora Leyton es una amiga cercana. Haría usted bien en no interferir.

Sorprendido por la presunción de Lord Prewitt de controlar su tarde, Oscar golpeó el hombro de su lacayo con el bastón.

—El paseo ha terminado. Volvamos a Brook Street —ordenó.

Que lo condenaran si dejaba que Prewitt manejara sus relaciones sociales. Mantendría su posición respecto a la señora Leyton. Una mujer así podría causar un daño irreparable a la reputación de Penelope, y Oscar prefería evitar cualquier mancha adicional en su matrimonio.

Sí, una casa en el campo sería esencial. Enviaría consultas hoy mismo.

CAPÍTULO SIETE

EL HOMBRE AL otro lado de la habitación roncó, dormitando con los pies apoyados en el borde de la mesa y la cabeza ladeada. El sonido cubrió el siniestro crujido de las tablas del suelo bajo los pies de Oscar mientras se adentraba en la habitación. El desorden descuidado y desordenado de la oficina del orfanato contrastaba con la pulcritud del factor adormilado. Había papeles esparcidos por todas partes y libros apilados desordenadamente en el suelo. Semejante desorden era simplemente inaceptable, y ordenar esta habitación sería la primera tarea que Oscar exigiría.

Se suponía que el señor Dickson del Orfanato de Grafton Street debía estar esperándolo, no durmiendo en el trabajo. Pero Oscar no llegaba tan tarde como para que el factor se hubiera cansado de esperar y se hubiera quedado dormido. Quizás había sido una tontería dejar que los otros fideicomisarios dirigieran el lugar hasta ahora. Pensó que sabían lo que hacían. Dudaba que supieran del hábito del señor Dickson de dormir todo el día o que lo aprobaran.

Oscar se aclaró la garganta y el hombre frente a él se puso de pie de un salto.

—Lord Carrington, supongo.

Oscar inclinó la cabeza bruscamente en lugar de expresar su disgusto.

—Por favor, tome asiento.

Se acomodó en una silla, haciendo una mueca cuando crujió tan ominosamente como el suelo.

—Entendí que tendría todo listo para mí. ¿Necesita más tiempo?

El factor parpadeó rápidamente.

—Todo lo relacionado con el funcionamiento del orfanato está en esta habitación. ¿Qué más necesita?

¿Qué tal un sistema de orden? ¿De organización para las cuentas? Oscar se pellizcó el puente de la nariz y exhaló un suspiro frustrado.

—Se me ha pedido que revise las cuentas. Me aseguraron que todo estaría en orden para mi examen. Esto —hizo un gesto con la mano sobre los montones desordenados— no es lo que esperaba ver. Estaré aquí durante semanas.

Dickson enderezó una carta en su escritorio.

—La junta nunca cuestionó cómo dirigía el lugar antes.

—Bueno, quizás ya es hora de que lo hagan.

Dickson se echó hacia atrás en su silla como si Oscar lo hubiera golpeado, pero Oscar no tenía tiempo para calmar los ánimos del hombre. Cuanto antes pudiera terminar esto y volver a casa, mejor. No quería encontrarse con Agatha aquí. Le había prometido que mantendría distancia entre ellos, tanto en público como en privado. Las posibilidades de encontrarse con ella

eran muy grandes, dado las insinuaciones de su madre sobre cuánto tiempo pasaba en el orfanato últimamente.

—Me gustaría el libro de contabilidad de las cuentas de este mes, por favor. Y si pudiera organizar una taza de té, se lo agradecería mucho. Me temo que estaré aquí por un buen rato.

El factor parpadeó, luego metió la mano en el cajón superior, sacó un libro de contabilidad maltratado y se lo entregó.

—Estaré encantado de organizar el té, milord.

El hombre salió apresuradamente.

Cuando Oscar abrió el libro de contabilidad, se sorprendió gratamente al ver que el desorden solo llegaba hasta cierto punto. El libro estaba ordenado. Meticuloso, de hecho. Un alivio bienvenido, sin duda, después del impacto de su impresión inicial.

Complacido con este nuevo desarrollo, Oscar se levantó, rodeó el escritorio y se sentó en el lugar de Dickson mientras comenzaba sus cálculos. Cuanto antes empezara, antes podría terminar e irse.

Algún tiempo después, una risita sonó en la puerta, pero cuando miró hacia arriba, no pudo ver a nadie alrededor. Oscar sacó su reloj de bolsillo para comprobar la hora. Llevaba dos horas aquí y aún no había recibido la taza de té solicitada, ni había vuelto a ver al señor Dickson. Molesto y sediento, marcó su lugar en el libro con un trozo de pergamino y se puso de pie, decidido a encontrar al factor.

Mientras se estiraba la espalda, alguien se rió cerca, dentro de la habitación que ocupaba. Curioso, miró alrededor. Pero de donde fuera que viniera el sonido era un misterio. Tal vez el sonido venía del piso de arriba, no de la habitación en la que se encontraba.

Ignorando la distracción, dio un paso hacia la puerta, pero la visión de una tela gris desapareciendo bajo el escritorio llamó su atención. Oscar se agachó.

Un par de ojos solemnes lo miraban desde debajo del escritorio. La niña era diminuta. Una pequeña desaliñada, cuyos ojos se abrieron con sorpresa al ser descubierta.

No queriendo asustarla, Oscar sonrió antes de extender su mano.

—¿Cómo estás, señorita? ¿Te gusta mucho estar ahí debajo de la mesa?

—Nadie pensaría en buscarme aquí, ¿verdad? —susurró tan bajo que Oscar tuvo que inclinarse hacia adelante para escuchar.

—Me temo que podrían si escucharan con atención. Pareces tener la costumbre de reírte. Los demás oirán eso si están buscando.

Sus manos se taparon la boca.

—Así que por eso siempre me encuentran tan rápido —murmuró—. Ninguno de ellos dijo una palabra.

Divertido, Oscar se rió y levantó la mano de nuevo.

—Sospecho que no lo mencionan para asegurarse de ganar. Ven, debes considerarte encontrada. Sal ahora. Déjame verte.

Obedientemente, la niña salió gateando y, para su total sorpresa, se arrojó a sus brazos.

—¿Eres mi nuevo papá? ¿Has venido a llevarme a casa?

Sobresaltado, Oscar apartó a la niña y levantó una mano.

—No, niña, no soy tu nuevo papá. Soy Lord Carrington.

El rostro de la niña decayó ante la noticia.

—No pareces un lord.

—¿Cómo se ve un lord?

La niña arrugó la cara mientras consideraba su respuesta.

—Un nabo estirado y con ropa exagerada.

Oscar se irguió en toda su estatura, disgustado por sus palabras. La pequeña se escabulló de nuevo bajo el escritorio. Después de todo lo que la sociedad benéfica había hecho para mejorar sus vidas, el gasto y el esfuerzo de acoger a huérfanos abandonados por sus padres, estaba consternado de que alguien tan joven pudiera hablar mal de los fideicomisarios. La sacó de nuevo y la mantuvo en su lugar frente a él.

La niña temblaba como una hoja, y Oscar se calmó instantáneamente. Tal vez la niña no sabía hablarle de otra manera, pero necesitaba ser corregida. Y ahora, antes de que soltara esas palabras a alguien sin su paciencia.

Se sentó en la destartalada silla para no alzarse sobre ella. —No debes decir esas cosas —la niña asintió rápidamente con la cabeza, con los ojos brillantes por las lágrimas que amenazaban con derramarse—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mabel.

—Bien, Mabel, creo que no deberías volver a pronunciar esas palabras. No debes decir cosas tan desagradables a nadie.

—Pero se lo oí decir a alguien más. Alguien de la nobleza. Yo quiero ser una dama cuando sea mayor —Mabel se mordió el labio mientras una lágrima solitaria rodaba por su mejilla.

Oscar se sintió como un completo monstruo. —Estoy seguro de que lo serás, pero esas no son palabras que una dama diría.

—¿Lady Carrington no es una dama? Todo el mundo dice que lo es. Ella dijo esas cosas sobre Lord Carter —Mabel se acercó a su oído—. Él pellizca.

¡Su madre! Que el cielo lo ayudara. —Entonces mantente alejada de Lord Carter, pero lo que dijo mi madre estuvo mal, y también hablaré con ella sobre eso. Ahora, vete antes de que noten tu ausencia. Y que no te oiga hablar así de nuevo sobre tus superiores.

—Sí, señor —Mabel se dirigió saltando hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral y le frunció el ceño—. No la castigará muy severamente, ¿verdad, milord? No podría pegar ojo si metiera a Lady Carrington en demasiados problemas. Es demasiado buena para estar triste.

—¡No! No, por supuesto que no la castigaré —Oscar se frotó la frente. Como rara vez hablaba con niños, encontraba bastante desconcertante la manera en que esta en particular se expresaba. ¿A qué tipo de vida dura había estado expuesta antes de llegar aquí?—. Vete ya, Mabel.

La niña corrió de vuelta hacia él, le dio un beso en la mejilla y luego salió corriendo de la habitación. Oscar negó con la cabeza. Qué criatura tan peculiar.

Con la niña fuera de vista, Oscar tocó la campanilla. Tras una larga espera, finalmente apareció una criada. —¿Puedo ayudarle, milord?

—Sí, me gustaría que trajeran una bandeja de té y que le recuerden al señor Dickson que estoy impaciente por su regreso. Cualquier otra cosa que esté haciendo puede esperar.

La criada hizo una reverencia y se apresuró a salir. Mientras Oscar esperaba, inspeccionó la habitación. Por lo que había visto hasta ahora, la propiedad necesitaba un mantenimiento urgente. El papel de las paredes de esta habitación necesitaba reparación o reemplazo, y el vestíbulo de entrada también estaba bastante destartalado.

Sacando una pequeña libreta de su bolsillo, anotó los detalles de las reparaciones necesarias para esta habitación. Estos asuntos deberían ser señalados a los fideicomisarios en su informe. Tendría que pedirle al señor Dickson que le diera un recorrido completo del lugar para hacer un trabajo exhaustivo.

La criada regresó con la bandeja. La porcelana tintineó cuando la colocó torpemente sobre la

superficie desordenada de la mesa. —Disculpe, milord, pero no he podido localizar al señor Dickson.

—Entonces busque de nuevo. No estoy dispuesto a esperar todo el día por un empleado.

La criada hizo otra reverencia antes de apresurarse a salir.

Realmente, ¿cuán difícil podía ser localizar a un hombre en un edificio que albergaba a niños pequeños? Hizo una mueca mientras se servía una taza de té pálido, obviamente reutilizado muchas veces, y luego se acomodó para esperar.

Acababa de terminar su segunda taza cuando el mayordomo entró apresuradamente en la habitación. —Perdóneme, milord. Acabo de enterarme de que estaba buscando al señor Dickson. Me temo que salió poco después de su llegada.

—¿Salió? Pero el hombre sabía que lo estaba esperando.

—Lo siento, milord. Pero no dijo cuándo regresaría —el mayordomo permaneció rígido en su lugar, obviamente incapaz de explicar más sobre la repentina partida de Dickson.

—Tendré que arreglármelas sin él. Avíseme inmediatamente cuando regrese.

—Por supuesto.

El mayordomo desapareció, dejando a Oscar solo con el desastre. ¿Por dónde empezar, en nombre de Dios? Tenía el libro de cuentas, pero esos papeles realmente necesitaban ser archivados correctamente. Agarró un montón para ordenarlos por fecha, pero un pedido se destacó.

Tres barriles de ron.

¿Para qué demonios necesitaba un orfanato tanto ron? ¿O alguno en absoluto?

Pensándolo bien, ¿dónde había ido a parar la entrada de esa compra? No estaba en el libro de cuentas que él recordara.

Oscar rodeó el escritorio y hojeó las páginas del libro de cuentas. Cinco de marzo: nada.

Dejó la factura a un lado y miró la siguiente. Veintiuno de mayo: quince yardas de muselina. Pero sin la correspondiente entrada en el libro de cuentas. ¿Qué locura era esta?

Cuando el libro de cuentas no coincidió con las compras de cinco artículos más, Oscar se enojó. El lugar había sido estafado por más de unos pocos centavos. No era de extrañar que los fideicomisarios quisieran que el lugar rindiera cuentas de sus gastos. ¿Era esa la razón de la inexplicable partida del señor Dickson?

La única manera de estar seguro de lo que había ocurrido aquí era encontrar cada pedazo de papel que Oscar pudiera y reconstruir todo el maldito libro de cuentas. Le llevaría una eternidad. Mucho más tiempo del que podía esperar ocultar sus actividades a Agatha Birkenstock. ¿Qué diría ella si se enterara de que su preciado orfanato estaba bajo amenaza de cierre?

Así que este era el lord alto que había hecho llorar a la pequeña Mabel, ¿no? Agatha apretó los dientes y entró en la pequeña y desordenada oficina. —¿Qué cree que está haciendo con esos papeles, Lord Carrington?

Oscar lanzó un suspiro dramático y dejó caer los papeles sobre el escritorio. Cuando también se pasó los dedos por el pelo, Agatha se impacientó. Maldito fuera por sus vacilaciones. Ella quería una respuesta honesta, no una mentira cuidadosamente elaborada. —Estoy esperando, milord.

—Estoy ordenando este desastre.

—Esa es tarea del señor Dickson, si es que alguna vez se digna a ordenar el lugar. Lo que no

entiendo es por qué está usted aquí asustando a los niños.

—¿Te refieres a la niña pequeña, Mabel?

Agatha dejó su bolso sobre la mesa. —Sí, me refiero a Mabel. Acaba de pasar los últimos diez minutos confesando que usted la asustó hasta dejarla sin sentido.

—Las niñas pequeñas suelen exagerar. La atrapé limpiamente, escondida debajo del escritorio —Oscar le dedicó su sonrisa encantadora, pero ella no iba a caer en sus manipulaciones astutas hoy, ni ningún otro día a partir de ahora.

Agatha rodeó el escritorio.

—Entonces, ¿qué haces husmeando entre los papeles del orfanato?

Estar tan cerca de Oscar quizás fue un error. Podía ver lo cansado que estaba. Las oscuras manchas bajo sus ojos, que normalmente rebosaban alegría, la distrajeron por un momento. Dudaba que su separación le hubiera afectado tanto, y quería saber qué le pasaba. ¿Qué le había quitado su brillo, su alegría de vivir? Su aspecto le conmovió el corazón de una manera que no podía permitirse.

—Mis compañeros fideicomisarios me han pedido que evalúe el orfanato. Para ver si el lugar tiene un futuro viable.

Su respuesta le quitó el aliento. Se desplomó, apoyando la mano en el escritorio abarrotado para sostenerse. Esto no podía ser. ¿Por qué no había oído ni un susurro sobre esto antes? ¿O de su abuelo, ya puestos? Él también era fideicomisario.

Cuando Oscar le puso una mano en el hombro, ella se apartó. No podía dejar que se acercara. Su corazón no podía soportar más angustia.

—¿Y cuáles son tus conclusiones?

—Dame tiempo, Agatha. Acabo de empezar, y dado el estado de esta habitación, estaré aquí durante un tiempo. Lo siento mucho, Agatha. Es posible que tengas que verme todos los días durante un tiempo.

—Todos los días —No, eso era insoportable. Verlo tan a menudo sería un tormento doloroso e interminable. Cuando él le lanzó una sonrisa de disculpa, Agatha agarró su bolso y se apresuró hacia la puerta. Estaba a punto de irse por el día cuando vio a Oscar, así que no le dio la oportunidad de hablar de nuevo. La puerta se cerró de golpe tras ella y corrió hacia casa.

En casa, podría gritar su frustración donde nadie pudiera oírla. En casa, podría lanzar algo para librarse de su necesidad de estrangular a Oscar.

¿Cómo podía invadir su mundo? ¿Su orfanato? Maldito sea, ¿tenía que quitarle todos sus sueños?

En la plaza, por poco choca con un reluciente carruaje. En el último momento posible, un desconocido la agarró del brazo y evitó que se estrellara contra el lateral del vehículo que pasaba. Agradeció a quienquiera que fuese y luego miró a los ocupantes que no se habían detenido.

Lord Prewitt se tocó el sombrero mientras doblaban la siguiente esquina. Por supuesto. La futura novia de Oscar apenas le dirigió una mirada mientras se concentraba en las riendas al desaparecer de vista. Agatha se balanceó sobre sus talones y respiró hondo.

No dejaría que su descompostura por Oscar le quitara también la vida. Maldito sea. Que se vaya al infierno y vuelva.

Con más cuidado de su entorno, Agatha cruzó las calles y el parque sin más incidentes. Llegó a su casa y al pasillo superior con un semblante de decoro, segura de que su abuelo estaría fuera el resto del día. Pero en cuanto se cerró la puerta de su dormitorio y se aseguró de tener privacidad, gritó. Con fuerza.

—Realmente, eso no ha sido muy propio de una dama —le dijo Oscar.

CAPÍTULO OCHO

AGATHA MIRÓ A SU alrededor cuando Oscar entró de un salto a su habitación por la ventana abierta. A pesar de su apariencia acalorada y la posibilidad de que hubiera corrido a casa para hablar con ella de nuevo, no podía soportar tenerlo allí. —Lárgate.

—No. No te dejaré cuando estás tan enfadada. Podrías hacerte daño.

—La única persona que corre peligro de salir herida eres tú, Oscar. Sal de mi habitación. Sal de mi vida.

En lugar de obedecer, Oscar se acercó. —No quiero dejarte cuando estás enfadada conmigo.

—¿Enfadada contigo? ¿Por qué demonios iba a estarlo? —Se puso las manos en las caderas y lo fulminó con la mirada—. Te has divertido conmigo, me has convencido para que te dejara meterte bajo mis faldas, mientras cortejabas a la hija de un conde. Enhorabuena. Ahora puedes levantar la cabeza en sociedad entre los petimetres y calaveras que envidias. Pero has invadido el único lugar que me quedaba.

Agatha se ahogó con un sollozo. Cerró las manos en puños y se las presionó contra el vientre. Todas sus esperanzas estaban en ruinas. Todos sus sueños en peligro. Si perdía el orfanato...

—Eso es ridículo, Agatha. Tienes toda la vida por delante. Un día tú también te casarás y tendrás hijos, tus propios hijos, para cuidar. Los huérfanos son simplemente un capricho pasajero.

—¿Un capricho pasajero? —Agatha le lanzó la mano con furia, pero él la atrapó y la sujetó con fuerza.

—No lo hagas —suplicó, aflojando inmediatamente su agarre—. Tienes todo el derecho a estar furiosa conmigo, pero involucrarte en los problemas de los demás solo te traerá dolor al final. Créeme, sé que las buenas intenciones tienen consecuencias inesperadas.

—¿Qué sabrás tú de consecuencias? Nunca has antepuesto las necesidades de nadie a las tuyas, ¿verdad?

Él bajó la cara. —El pasado no se puede cambiar, pero ¿acaso el futuro es tan sombrío para ambos?

—¿Qué clase de tonto eres, Oscar? Soy mercancía dañada. ¿A qué tipo de hombre debería imponerme? No seré tu amante. Nunca me casaré. Me has arruinado.

Tragó saliva, y el movimiento de su garganta bajo su corbatín la distrajo. —Tú también me arruinaste a mí. —Le cogió la otra mano y la atrajo hacia sus brazos—. Por supuesto que te casarás. Pero no creas que me gustará la idea.

Mientras miraba su rostro familiar, luchando contra la suave atracción que la llevaría a hundirse más profundamente en sus brazos, se lamentó de nuevo por la pérdida de su futuro perfecto. Esta sería la última vez que se tocaran. Tenía que serlo.

—Debes irte.

Oscar llevó su muñeca a sus labios y le dio un beso en la delicada piel. Agatha se estremeció cuando el deseo recorrió su brazo. Sus labios se cernieron sobre su piel, y su siguiente aliento sobre la piel húmeda le arrancó un gemido de los labios.

—Lo sé.

Su agarre se aflojó y ella le presionó la mano contra el hombro, pero él le acercó las caderas hasta que pudo sentir su calor. Con su aliento caliente contra su cuello, Agatha se aferró a su ancho hombro para no caer contra él. Bastaban unos instantes para descarriarlos. Breves momentos de contacto disolvían el mundo a su alrededor hasta que lo único que importaba eran ellos mismos.

—Nunca imaginé que la decisión que tomé dolería tanto —susurró.

Agatha capturó la mirada de Oscar. Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de anhelo, su aliento era un jadeo rápido sobre su piel. —Pero duele.

Por impulso, lo besó, lo besó como había anhelado hacerlo desde que sus ojos se encontraron en su dormitorio.

Oscar la arrastró contra él. Los arrastró por la habitación y luego los tumbó en su cama. El rápido dolor ardiente de la negación se convirtió en una embriagadora suavidad de dulces caricias. Agatha deslizó las yemas de los dedos por su cuero cabelludo, disfrutando de la sensación de sus rizos entre los dedos.

Con un gemido, Oscar los giró hasta que ella quedó de espaldas mientras él se cernía sobre ella. Con la respiración agitada, se miraron, ninguno dispuesto a romper el silencio con palabras. Agatha alcanzó el alfiler de su corbatín y lo sacó suavemente. Desató su corbatín, dejó que la tela se deslizara lentamente de su cuello, mientras él cerraba los ojos. Estaba rígido de tensión; los brazos que la enjaulaban temblaban.

Con unos pocos movimientos de sus dedos, los botones de su chaleco quedaron abiertos, luego su camisa. Cuando tocó con los dedos la suave extensión de su pecho descubierta por su exploración, él jadeó su nombre y tembló de nuevo. Con tirones lentos y decididos, sacó su camisa de los pantalones.

Sus brazos fallaron y el calor de su cuerpo la envolvió. Agatha separó las piernas para acomodarlo. Apretados y estrechamente juntos, se besaron de nuevo. Besos profundos y consumidores, que silenciaron las voces que gritaban pidiendo precaución, exigiendo moderación. Nunca había logrado negar cuánto había deseado a Oscar en el pasado, así que no intentó luchar contra ello ahora.

La piel de Oscar le quemaba las yemas de los dedos. Acarició la dura curva de su cintura baja, hundiéndose en su fuerza engañosa, dejando que sus ojos se cerraran y ocultaran la realidad. Oscar le mordisqueó el cuello. Plantó suaves besos por la columna de su garganta y a través de su pecho. Su lengua se deslizó en su escote y ella se arqueó hacia su boca, deseando más de su especial tormento, más de su placer.

Él gimió y besó su pecho por encima de la tela, luego su boca caliente y abierta encontró su pezón y lo succionó, vestido y todo. Agatha entrelazó los dedos en su cabello, manteniéndolo cerca donde le gustaba.

Con la otra mano, encontró los botones de sus pantalones y los desabrochó. Oscar levantó las caderas para que pudiera deslizar su mano bajo la tela restrictiva. Su aliento caliente silbó contra su piel a través del vestido y luego la estaba besando, mostrándole más allá de las palabras cuánto la deseaba.

Agatha deslizó sus dedos alrededor de su longitud y lo acarició suavemente. Él flexionó las

caderas, deslizando su miembro lentamente por su palma, estableciendo un ritmo constante. Oscar apoyó su peso en un brazo y luego jugó con sus sentidos con su mano libre. Bruscamente, su vestido fue arrancado de su hombro, exponiendo sus pechos al aire. Sus dedos pellizcaron su pezón, retorciendo la punta hasta que ella jadeaba sin aliento.

Agatha abrió los ojos para encontrar a Oscar observando su cuerpo, su rostro libre de cualquier duda que lo hubiera atormentado antes. Los labios reemplazaron a los dedos en su pecho, pero él no había terminado con su tortura. El aire fresco acarició sus piernas mientras Oscar levantaba sus faldas cada vez más alto.

Cuando su cálida mano tocó su muslo, ella cerró los ojos de nuevo, sabiendo que la forma especial de tormento de Oscar apenas comenzaba. Lo deseaba tanto que todo su cuerpo temblaba. Oscar se tomaría su tiempo para llegar al placer definitivo. No se apresuraría a terminar.

Rozó su muslo interno con las yemas de los dedos. El ligero toque le hizo cosquillas, así que dobló una pierna y se abrió a él.

Oscar se rio entre dientes. —Tan impaciente, preciosa.

—¿Me culpas?

La besó de nuevo, suavemente, pero las yemas de sus dedos se movieron más cerca de donde ella los quería a un ritmo de tortuga. Frustrada, Agatha empujó su lengua en su boca con más insistencia de lo habitual, sujetando su cabeza cerca de la suya para que no pudiera controlarlo todo.

Finalmente, sus dedos tocaron sus rizos. Agatha flexionó sus caderas hacia su mano, desesperada por más. Ahora. Él separó sus labios inferiores, presionando en su cuerpo, deslizándose por su entrada húmeda.

Agatha apretó su agarre sobre su longitud, moviendo su mano contra el ritmo de sus caderas flexionadas. Cuando él jadeó, estremeciéndose lejos de su toque, Agatha se rio. Pobre Oscar, le había enseñado sus deseos demasiado bien. Ella también conocía cada pequeño truco astuto para darle placer.

Pero el pensamiento de no volver a tocarlo nunca más se filtró en el fondo de su mente. Nunca volvería a experimentar un momento como este. No quería a nadie más. Agatha enterró su cabeza en su hombro para ocultarle su tristeza.

—¿No quieres esto, verdad? —preguntó Oscar mientras dejaba caer su cabeza sobre su pecho, su aliento un jadeo rápido sobre su piel húmeda.

—No me dejes así, Oscar. Me volveré loca.

Sus labios presionaron contra su piel. —Entonces me volvería loco contigo.

Oscar se apartó de su agarre. Se cernió sobre ella, pero luego lentamente se colocó en su entrada. Agatha se retorció para hacerle espacio y entonces él se deslizó dentro. La lenta unión le quitó el aliento.

Cuando estuvo profundamente asentado, ella encontró su mirada. Los ojos grises se habían aclarado a un intenso plateado, manteniéndola fascinada mientras él se movía dentro de ella. Agatha capturó su trasero con una mano, su pezón con los otros dedos, y apretó. Su lento acoplamiento vaciló, pero pronto reanudó la firme posesión.

Ella enganchó sus piernas altas alrededor de su cintura, abriendo su cuerpo completamente a él, inclinando sus caderas en un mejor ángulo. Un dulce rubor de placer recorrió su piel.

—Eso es. Llévame más profundo dentro de ti.

Agatha agarró su trasero hasta su muslo, apretándolo más contra ella, permitiéndole poco movimiento. Sus ojos se abrieron con alarma, pero su cuidadosa pasión se rompió. Embistió más

fuerte, golpeando contra su cuerpo tan duro que ella se estremeció. El amante cuidadoso reemplazado por el salvaje.

El hombre menos gentil.

El que ella amaba.

Agatha dejó de explorar el cuerpo de Oscar, se aferró a su hombro con una mano, luego deslizó sus dedos por su propio cuerpo para tocarse. Aunque había elevado las pasiones de Oscar, quería llegar con él, sentir su cuerpo alcanzar el clímax cuando él lo hiciera.

Deslizó su mano entre ellos, humedeciendo sus dedos mientras la longitud mojada de Oscar entraba y salía de su cuerpo. Él gimió y luego inclinó su cabeza para capturar sus labios. Unida a él de todas las formas posibles, Agatha dejó que el placer la llevara al borde y más allá. Sollozó en su boca mientras su placer se disparaba, estremeciéndose alrededor de la rígida longitud incrustada dentro de su cuerpo. Oscar presionó profundamente, manteniéndose quieto mientras ella encontraba su liberación. Pero luego se sacudió libre y el ardiente calor húmedo de su liberación bañó su muslo.

Nunca se había retirado antes.

Humillada, Agatha parpadeó para contener las lágrimas. El deseo fútil de un para siempre con Oscar le había sido verdaderamente negado. Cuando él dejó de gemir, ella lo atrajo con fuerza contra su pecho y lo sostuvo hasta que recuperó el control de sus emociones.

Oscar giró la cabeza y besó su mejilla. —Te he extrañado tanto.

En lugar de responder, Agatha lo empujó. —Eso no viene al caso. No podemos ni debemos estar solos de nuevo. Que ese sea el fin.

Él se sentó con un gemido. —Lo sé. Tampoco confío en mí mismo. ¿Estás bien?

Agatha balanceó sus pies al suelo y se puso de pie temblorosamente. —Por supuesto. —Pero su vestido se pegó a su pierna y se apresuró hacia la palangana para limpiarse.

Detrás de ella, Oscar se vistió rápidamente. —Estaba loco al dejar que las cosas llegaran tan lejos contigo. Realmente lamento que no podamos seguir como estábamos.

Agatha se encogió de hombros, entristecida de que él también considerara su amistad un error. Una vez, cuando pensó que su compromiso era una terrible injusticia, había esperado que él dejara de lado la propiedad y la llevara a Gretna Green para una boda en el yunque. No sería exactamente lo que había soñado. Había esperado casarse en la Iglesia de St. George. Pero al menos se habrían casado.

Oscar se acercó y, en lugar de atraerla a sus brazos, simplemente besó su hombro. —Prométeme que tendrás más cuidado en las calles. Casi mueres hoy.

Agatha se volvió lentamente. —¿Me seguiste los pasos?

Él acunó su rostro. —Te atrapé antes de que te atropellaran. ¿Estabas tan enojada que no me oíste llamarte?

Agatha desvió la mirada, incómoda de que él hubiera estado tan cerca de ella, que la hubiera tocado, y ella no lo hubiera notado. Incluso en un salón de baile lleno, separados por la mitad de la alta sociedad, ella siempre había sido consciente de su ubicación en cualquier otro momento. Agatha siempre había tomado su conciencia de él como una razón más por la que estaban destinados a estar juntos. —Deberías irte.

Él presionó un beso en su cabello y se dirigió a la ventana. Sin embargo, dudó, flotando con una pierna levantada en preparación para el paso final a través de ella.

Pasos apresurados subieron por el pasillo y se detuvieron fuera de su puerta. —Señorita Birkenstock —susurró su doncella—. Su abuelo ha regresado y desea verla. Ahora.

—Iré enseguida —llamó Agatha.

Cuando se volvió para despedirse de Oscar, él ya había desaparecido.

CAPÍTULO NUEVE

LOS GRITOS INFANTILES de alegría hicieron que Oscar levantara la cabeza por tercera vez esa mañana. Se suponía que debía estar revisando las cuentas antes de su próxima cita, pero los chillidos de los huérfanos seguían atrayéndolo hacia la ventana.

Agatha estaba afuera jugando con el grupo revoltoso. La primera vez que se atrevió a mirar, la encontró rodeada de niños. Dos en sus rodillas, los otros revoloteando alrededor. Agatha estaba sentada dentro del círculo de niños, pero fue la expresión en su rostro lo que lo mantuvo junto a la ventana.

Los amaba. Los niños tenían su atención completa e indivisa.

Un niño mayor le estaba mostrando algo en la palma de su mano. Agatha lo había examinado cuidadosamente, sonrió, y luego el niño corrió a una esquina del jardín. Los otros niños lo siguieron, pero Agatha permaneció sentada con el bebé rebotando en su rodilla.

Era la visión de la alegría de Agatha lo que demolía lo poco que quedaba de la suya. Incluso a través del cristal sucio, podía ver que amaba al niño que sostenía. Su rostro era una mezcla de satisfacción y anhelo agudo mientras el niño le acariciaba la cara y le daba, sin duda, besos húmedos en la mejilla.

Desde el principio, la soledad de Agatha lo había conmovido. Los huérfanos parecían llenar un vacío en ella que la vida no podía llenar. Pero por tentadora que fuera, no había considerado casarse con ella. Se esperaba que buscara más alto para su novia. El amor no había figurado en sus cálculos. Sin embargo, echaba de menos a Agatha con un dolor feroz que no podía descartar fácilmente.

Suspiró. No podía mirar afuera de nuevo. Agatha lo había pillado la última vez y lo había mirado con tanta fiereza que temía volver a hablar con ella. Hoy le dolía el pecho, y era por los recuerdos de ayer. No había querido dejar el lado de Agatha. Había querido quedarse cálido y mimado en los brazos de Agatha, pero cuando la criada invadió su mundo privado, escapó sin una palabra de despedida.

Así que se había acabado. Finalmente.

Debería casarse con Penelope tan pronto como se pudiera arreglar. Sin embargo, su corazón se sentía como un peso de plomo, arrastrando su ánimo hacia abajo. Con el tiempo y suerte, las sensaciones se atenuarían hasta que pudiera pensar en Agatha solo con cariño. Pero hoy el pensamiento de ella era como mil cuchillos atravesando su corazón.

Así que se sentó en el escritorio, esforzándose por escuchar el mundo exterior mientras intentaba inútilmente sumar la misma columna de cifras.

—Querido, ¿por qué esa cara tan seria? —Su madre se detuvo en la puerta, con su brazo entrelazado con el del señor Birkenstock.

Arrojó la pluma con alivio. —No es nada, madre. ¿A qué debo este placer inesperado?

—¿Acaso una madre no puede preguntar por su hijo si lo encuentra por casualidad? —Se deslizó en una silla con un delicado resoplido, pero Oscar no se dejó engañar. Sus ojos recorrieron el escritorio, sin duda tratando de determinar su progreso.

—Por supuesto.

Oscar asintió hacia Birkenstock. El rostro del hombre mayor había perdido expresión, pero Oscar lo encontró bastante cansado hoy. —Por favor, tome asiento, señor. ¿Quiere que llame a su nieta? Creo que está en los jardines con los niños.

—No, no. —Birkenstock se secó la frente—. La buscaré yo mismo en un momento.

La decepción retumbó a través de Oscar, pero forzó una sonrisa en sus labios. —Muy bien.

Cerró el libro de contabilidad, más seguro que nunca de que nunca sumaría la página hoy. No es que tuviera prisa por confirmar sus sospechas: que el orfanato estaba luchando para mantenerse y lo había estado haciendo durante algún tiempo.

Miró expectante a sus visitantes. Como siempre, había una clara camaradería entre su madre y el abuelo de Agatha. Una sutil y tácita facilidad, que hablaba de una relación más profunda de lo que dejaban ver a los demás. Siempre habían estado en términos amistosos, incluso cuando su difunto padre vivía, pero francamente, Oscar estaba cansado de fingir que no sospechaba que eran más que simples amigos.

—¿Había algo que quisieran decirme?

Su madre se removió en su silla. —No. Nada fuera de lo común. Solo quería recordarte que pronto me dirigiré a Chertsey.

—Ah, sí, tu peregrinación anual para ver a tu vieja amiga de la escuela. Lo recuerdo, en efecto. Por favor, transmite mis saludos a la señorita Hill. —Miró entre ellos—. ¿Eso era todo?

El señor Birkenstock se movió incómodamente en su silla y luego dejó escapar un fuerte suspiro. —Lady Carrington me estaba contando su itinerario esta mañana, y como nuestros planes de viaje coinciden, pensé en llevarla en mi carruaje para ambos viajes. Mañana por la mañana me dirijo a Winchester por negocios, pero con gusto retrasaría mis planes para llevarla segura a Chertsey, dada la reciente ola de ataques de bandidos en los caminos.

Oscar se pasó los dedos por el pelo. —Sí, recuerdo haber leído sobre eso de nuevo esta mañana durante el desayuno. Hasta que me enredé en resolver este lío, estaba jugando con la idea de acompañar yo mismo a madre a Chertsey. Pero considerando que estuve ausente de la ciudad todo el mes pasado, dudo en abandonar a mi futura esposa de nuevo. Me complacería que usted pueda tomar mi lugar. Muy amable de su parte.

Oscar se volvió hacia su madre. Sus ojos se abrieron de asombro ante su fácil aceptación de la mentira. Él le dio una sonrisa cansada. Lejos estaba de él discutir sobre su búsqueda de la felicidad. Si Birkenstock la complacía, entonces él sería el último hombre en interponerse en su camino.

Birkenstock se puso de pie con dificultad. —Bueno, entonces, mi lady. Debo irme. Saldré un momento para hablar con mi nieta y volveré en seguida para escoltarla a casa.

Cuando se fue, la madre de Oscar suspiró. —Sabes la verdad, ¿no es así?

Oscar asintió sin encontrar su mirada.

—Gracias por tu comprensión, Oscar. Aunque no es asunto tuyo con quién salgo, Thomas estaba preocupado por cómo tomarías la noticia de nuestra relación.

Oscar sonrió, pero en su interior se le había ocurrido un pensamiento espantoso. ¿Y si su madre y el señor Birkenstock se casaban? Podría terminar emparentado con Agatha, y no de una manera que le agradara: verla con la familia en cada festividad. ¿Podría soportarlo?

Oscar sacudió la cabeza para deshacerse de la idea. Su madre nunca consideraría volver a casarse. Había sido más que clara al respecto a lo largo de los años desde la muerte de su padre. No podía creer que algún hombre pudiera capturar sus afectos. Le gustaba demasiado el torbellino social como para someterse de nuevo al dominio de un hombre. Recordaba las discusiones entre sus padres cuando era niño. Su padre había sido un hombre extremadamente difícil de complacer. Había estado celoso de cada pequeño cumplido que ella recibía y siempre afirmaba que su madre alentaba la adulación. No, Oscar no podía creer que su relación con Birkenstock llevara al matrimonio. Pero podía hacerse el sordo y el ciego ante todo lo demás.

Un movimiento en la puerta llamó su atención. Oscar hizo un gesto al señor Manning para que entrara y luego abrió su reloj de bolsillo. —Llega justo a tiempo, señor. Por favor, tome asiento.

Manning se hundió en la silla que Thomas Birkenstock acababa de desocupar y dirigió su mirada hacia la madre de Oscar. Ella se removió incómoda y se negó a mirarlo. —Essy.

—Señor Manning —se puso de pie, y Oscar también lo hizo. El rector se levantó lentamente, y cuando ella hizo un movimiento para pasar junto a su silla, Manning enganchó el borde de su vestido, dejándolo deslizarse entre sus dedos mientras ella pasaba.

La observó partir y luego dirigió una sonrisa melancólica a Oscar. —Su madre es una mujer encantadora. Ha cambiado poco desde la alegre muchacha que conocí en mis días de juventud. Era todo un partido, incluso entonces, y créame, lo intenté.

Oscar se dejó caer en su silla, atónito. ¿Acaso su madre tenía a dos hombres persiguiéndola? Y uno de ellos era el vicario más moral que jamás había conocido. Oscar tosió. —¿Conoció usted a mi madre cuando era más joven?

—Desde que yo llevaba pantalones cortos. Mucho antes de que se casara. Éramos... amigos cercanos, una vez.

Una sonrisa de pesar cruzó los labios de Manning, ¿un recuerdo agridulce? Oscar empezó a sentirse decididamente incómodo respecto a la vida amorosa de su madre. ¿Cuántos pretendientes tenía colgados de su brazo esta temporada? Seguramente uno era suficiente. —No había oído eso.

—No me sorprende —Manning se encogió de hombros—. Ella negará que exista alguna historia entre nosotros, pero dejó una impresión irreversible en mí y nunca la he olvidado.

—Ya veo —dijo cuidadosamente—. Perdóneme, pero nunca he notado que ella tuviera un interés particular en usted, o en volver a casarse.

Manning se encogió de hombros. —Tengo la intención de hacerla cambiar de opinión y persuadirla para que haga una alteración permanente en su estado.

Oscar se pasó una mano por la boca para ocultar una mueca. Su madre se dirigía a una estancia de una semana en el campo con su amante, Thomas Birkenstock, y el rector de St. George le estaba diciendo que planeaba cortejarla para casarse. Esto solo podía desembocar en un desastre social para la familia, algo que le habían enseñado a evitar con gran esfuerzo.

Quizás debería intentar desalentar sutilmente a Manning. —Eso podría resultar más complicado de lo que cree —murmuró.

Manning simplemente sonrió ante su advertencia, una expresión que presagiaba problemas para su madre y cualquiera que se interpusiera en su camino. Pero esa sonrisa desencadenó un recuerdo que no lograba ubicar. Le recordaba a alguien que conocía, pero el nombre se le escapaba en ese momento.

—¿Deseaba verme, señor Manning? —Agatha estaba de pie en la puerta, manteniendo su mirada firmemente en el rector, ignorando por completo la existencia de Oscar.

Manning le hizo un gesto para que se acercara. —Sí, niña. Pensé que ya que Lord Carrington se ha involucrado en el orfanato, debería recibir un recorrido de la persona que mejor conoce el lugar. Mi lord, la señorita Birkenstock ha investigado cada rincón de la casa y puede darle una historia detallada de las mejoras realizadas a lo largo de los años.

El rostro de Agatha se sonrojó ante los cumplidos. —Por supuesto, estaré encantada —Sin embargo, no parecía nada complacida.

Manning se rio entre dientes. —Bueno, ahora que está arreglado, los dejaré con el gran recorrido. Carrington. Señorita Birkenstock.

Manning se marchó, dejándolos solos. —Buenos días, señorita Birkenstock. Le aseguro que no tenía idea de que Manning haría eso. Supuse que estaba aquí para ofrecer consejos como suelen hacer muchos de los fideicomisarios.

Agatha frunció el ceño. —Buenos días, mi lord. Si me sigue, por favor.

Sin esperar a ver si estaba listo, Agatha desapareció más allá de la puerta. Oscar se apresuró a seguirla y la encontró esperando en el primer descansillo sobre su cabeza. A primera vista parecía impasible, pero su mirada hostil hablaba por sí sola. Oscar interpretó su mirada como que debía comportarse y mantener la distancia.

Se llevó las manos a la espalda y subió las escaleras apresuradamente.

El recorrido se realizó con una conversación exquisitamente educada. Vio los armarios de ropa blanca, la triste y fría habitación de los niños, el aula y los cuartos de los sirvientes en rápida sucesión. Supuso que debería haberse concentrado en cada palabra que Agatha pronunciaba. Sin embargo, el persistente aroma a rosas le hacía cosquillas en la nariz, recordándole que apenas habían pasado doce horas desde que la había tenido en sus brazos, sus cuerpos fusionados mientras la pasión los llevaba a nuevas alturas.

Agatha se giró. En ese momento, la luz del sol atravesó el cielo nublado, cayendo a través de la ventana y golpeándola con una luz brillante. Parecía celestial, y sin precaución, Oscar se acercó hasta que apenas un centímetro los separaba.

El tiempo se detuvo, y entonces Agatha retrocedió y lo rodeó, alejándose para poner una distancia respetable entre ellos de nuevo. —¿Desea ver el sótano, mi lord?

Oscar maldijo en voz baja por su estupidez. —¿Habrá ratas?

Agatha puso los ojos en blanco y se giró para comenzar a descender por las escaleras de servicio. —Siempre hay ratas, Lord Carrington. Pero si siente que está a punto de desmayarse, avíseme para que pueda apartarme. No tengo ningún deseo de ser aplastada por un lord caído.

Oscar soltó una carcajada. —De hecho, estaba preocupado por su delicada sensibilidad, señorita Birkenstock. No me gustaría que se enfrentara a esas temibles bestias en un espacio tan reducido. Podría haber buscado consuelo en mis brazos.

Agatha se volvió y lo atravesó con una mirada desdeñosa. —Puede que lo desee, milord, pero tal circunstancia no volverá a ocurrir jamás.

Oscar pasó delante de ella y tomó la delantera en las escaleras por si acaso ella se caía. —Mantendré la esperanza en mi pecho hasta que la eternidad termine. Es eso, o rondar por Berkeley Square, permaneciendo alerta ante su próxima desventura.

En la puerta inferior, Oscar metió la mano en su bolsillo. El reconfortante peso de la cadena de oro se deslizó entre sus dedos. Tomó la mano de Agatha y presionó la baratija en su palma. —Un reemplazo. Su cuello se ve desnudo sin su cruz.

Agatha examinó la joya a la tenue luz, con los labios apretados. Oscar había logrado encontrar un reemplazo casi idéntico para su collar robado, pero con toda la emoción de ayer, se había olvidado de ofrecérselo.

Verla mover la cadena entre sus manos lo inquietó. A juzgar por su expresión, estaba debatiendo si quedarse con la pieza o arrojársela a la cara. Esperaba que se quedara con la cadena. El regalo no era mucho; ni siquiera era realmente caro. Pero si Agatha lo conservaba, sabría que ella tenía algo para recordarlo. Recordaría que él se preocupaba mucho por ella.

Con un suspiro, Agatha metió la cadena en su bolsillo y presionó un pañuelo sobre ella. —Deberíamos continuar con el recorrido.

Aliviado, Oscar alcanzó el pomo. Pero la puerta no se abría. Estaba atascada, trabada más allá de su comprensión.

Detrás de él, Agatha resopló. —¿Qué está haciendo?

—Intentando ganar una ronda contra un pedazo de madera y un poco de latón. La puerta está atascada.

Agatha presionó una mano sobre su hombro y lo empujó. —Un bonito truco, milord. Déjeme intentarlo.

Divertido, Oscar la observó sacudir el pomo de la puerta repetidamente y luego dar un paso atrás para mirarla fijamente. Un resquicio de luz se filtraba alrededor del marco y la puerta, iluminando su expresión entrecerrada. De repente, dio un paso adelante, colocó sus manos sobre la madera y empujó hacia arriba.

—¿Qué está haciendo?

—Intentando ajustar la puerta. Creo que se ha descolgado en el marco. Ya no está a plomo.

Oscar se colocó detrás de ella para poder ver de qué estaba hablando. Era cierto que se filtraba menos luz por la grieta de la derecha que por la izquierda. Qué inteligente de su parte notarlo. Desafortunadamente, tendrían que trabajar juntos para llegar al otro lado.

Se movió detrás de Agatha, colocó sus manos más arriba en la puerta y depositó un beso en su cabello. —Levantaré la puerta. Tú gira el pomo y tira cuando te lo diga.

Dios, olía divinamente. Oscar respiró profundamente pero mantuvo sus manos en la madera. Por mucho que lo deseara, no crearía un escándalo con ella aquí. Las paredes serían de papel y los sirvientes chismosos no dudarían en hacer circular rumores sobre sus amos. Ya había corrido suficiente riesgo con su breve conversación.

Su cabeza asintió bajo sus labios, y Oscar se esforzó hacia arriba, observando la grieta de luz hasta que pareció uniforme tanto en el lado derecho como en el izquierdo. —Ahora, Agatha.

La puerta chirrió y se abrió hacia ellos hasta que la escalera se inundó de luz. Más allá de la abertura, las voces se alzaron con agitación y Oscar miró alrededor de Agatha.

Varios sirvientes estaban observándolos.

—La puerta estaba atascada —explicó innecesariamente.

—Lleva así una semana, milord. ¿Por qué usaron las escaleras de servicio de todos modos?

—La señorita Birkenstock fue lo suficientemente amable como para darme un recorrido. Claramente, no conoce todo sobre el orfanato o habría sabido sobre esta puerta atascada. —Captó su mirada mientras su piel se sonrojaba de vergüenza y se rio suavemente.

Ella recogió sus faldas y pasó junto a él. —No fui yo quien hizo la afirmación, milord. ¿Podría hacer provisiones para que reparen la puerta?

De vuelta a los asuntos del orfanato antes de que pudiera parpadear. —Creo que eso podría arreglarse.

Agatha lo guio por las cocinas, bajó por los sótanos y volvió a subir sin más incidentes. De todos modos, había muy pocos bienes en el sótano. Ciertamente no había señales del ron que el orfanato había pagado recientemente, ni de la tela. —¿Hay una bodega separada en el lugar?

—No... —Agatha retrocedió un paso tambaleándose. Alarmado, Oscar se apresuró hacia

adelante, pero descubrió que estaba inmovilizada por un par de brazos infantiles.

—Mabel —exclamó Agatha—. ¿Qué haces en esta parte de la casa? Deberías estar con tus hermanos y hermanas afuera a esta hora.

Mabel miró a Oscar y luego se encogió. —Querían que me escondiera de nuevo. Necesitaba un mejor lugar y aquí abajo está oscuro.

—Y será mejor que esta vez no te rías —intervino Oscar.

La pequeña duende le lanzó una rápida sonrisa. —¿Sabe dónde podría esconderme para que ni siquiera Simon pueda encontrarme?

Oscar lo consideró mientras Agatha acomodaba un rizo rebelde detrás de la oreja de la niña. Mabel era ligera, pequeña. Cabría fácilmente encima de un mueble alto. —Ven conmigo, Mabel, sé exactamente el lugar. Señorita Birkenstock, si su recorrido ha terminado, volveré a la oficina.

Agatha frunció el ceño cuando Oscar extendió la mano para que Mabel la tomara. La pequeña se dejó guiar hacia la oficina, donde él la levantó en sus brazos y la colocó encima de un alto escritorio. Los ojos de la niña se abrieron un poco, pero luego su sonrisa se volvió beatífica. Si lograba contener sus risitas, sería muy difícil encontrarla allí arriba. Para mayor seguridad, Oscar recogió una pequeña pila de libros y los colocó de manera que la cabeza de Mabel pudiera ocultarse detrás.

—¿Es aceptable así, mi señora?

—Oh, eres el mejor lord que he conocido jamás. ¿Te casarás conmigo algún día?

Oscar se atragantó. —No. De todas las ideas ridículas... —Pero esta niña las tenía por docenas. Sería una presa fácil si se encontrara en la calle, en caso de que el orfanato cerrara. La idea le hizo estremecerse, pero la ignoró y volvió a sus papeles para esperar a los confundidos buscadores de Mabel.

CAPÍTULO DIEZ

LA CREMA Y nata de la sociedad londinense giraba alrededor de Estella mientras ella permanecía con sus amigos en el límite de la pista de baile. Sonrió a los rostros felices a su alrededor y se pavoneó cuando más de una mirada envidiosa se dirigió hacia su círculo. Oscar estaba de pie con el brazo de Lady Penelope envuelto alrededor del suyo. Por fin parecía estar de buen humor, su posesividad era evidente mientras su mano cubría la de Lady Penelope. La miraba con un aire de satisfacción.

—Hacen una pareja interesante —murmuró una voz profunda en su oído.

Estella se giró e hizo una profunda reverencia. —Su Gracia, qué honor.

Ambrose Manning, el Duque de Staines, la reprendió con el dedo. —Vamos, vamos, Essy. No hay necesidad de que uses ese tono conmigo. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que intentes halagarme con afecto insípido y creas que me contentaré con eso.

Aunque Estella frunció el ceño, se puso de puntillas y presionó sus labios contra la mejilla bien afeitada del duque cuando él se la ofreció. Él le devolvió el beso en la mejilla con un chasquido de labios.

Estella se sonrojó. —Hombre brutal. Ahora las lenguas se pondrán en marcha.

Y, en efecto, el aumento de charlas a su alrededor parecía confirmar que todos los ojos y lenguas habían captado su afectuoso intercambio.

Cuando se enderezó, sus ojos se arrugaron de diversión. —No les gusta nada más que un buen cotilleo sobre nada. Además, pondrá a Lynton lívido de celos.

Estella desvió la mirada. La costumbre del duque de molestar a su hermano menor no era asunto suyo. ¿Qué importaba si Lynton se enteraba de ese beso? El duque no lo hacía con otra intención que llamar la atención sobre sí mismo. Lynton Manning podía irse al diablo. —Creía que ya habrías superado la etapa de provocar a tu hermano.

Staines entrelazó el brazo de ella con el suyo y los alejó del grupo. —Quieres decir que pensabas que por fin crecería y me comportaría como un verdadero duque. No finjas que no lo piensas. Es la acusación principal que mi hermano me lanza durante sus sermones semanales. Debo tener alguna forma de venganza. Solía tener un gran sentido del humor antes de tomar los hábitos.

Estella podía recordar eso, aunque las sonrisas y risas de Lynton parecían de otra vida ahora. —¿Y cómo te sienta que te sermoneen?

Él se encogió de hombros. —Por un oído me entra y por el otro me sale. Pero tengo a mi hombre, Redding, que presta atención y me da un codazo si me quedo dormido durante alguna parte importante.

Estella miró detrás de ellos. Redding, el sufrido lacayo del duque, ofreció un cortés

asentimiento, pero se mantuvo a tres pasos de distancia. —Ese hombre debe conocer muchos de tus secretos —rio ella—. ¿Crees que se le podría sobornar para que tu hermano pudiera pillarte en alguna ocasión?

La expresión del duque cambió. Miró a su lacayo, con una lenta sonrisa tirando de su boca. —No tendrías ninguna oportunidad con Redding. Es absolutamente incorruptible.

Estella se estremeció. —Nadie es incorruptible.

—Supongo que has aprendido eso por experiencia. —El duque señaló con su bastón hacia Oscar—. Veo que tu muchacho por fin ha dejado de ser un palillo. Pensé que nunca crecería hacia los lados.

Agradecida por el cambio de tema, Estella admiró el rostro de su hijo. Estaba un poco más delgado de lo habitual, pero ciertamente era más grande que la última vez que el duque lo había visto. Staines solía frecuentar círculos menos educados y, hasta donde ella sabía, había tenido poco motivo para conocer a su hijo en los últimos años. —Come sin parar —confesó ella—. Pero dónde va todo eso, está más allá de mi comprensión.

El duque se rio. —Juro que tuve que proteger mis intereses del apetito incesante de Lynton cuando tenía esa edad. Hasta el día de hoy, todavía creo que aligeraba mi bandeja de desayuno cada mañana mientras nuestro ayuda de cámara estaba de espaldas.

—Tales hábitos no le hicieron ningún daño duradero. Parece bastante esbelto.

El duque volvió a reír. —Me aseguraré de mencionar tu cálida admiración por la figura de Lynton la próxima vez que venga a reprenderme por mis pecados. Eso debería resultar muy divertido.

La boca de Estella se abrió de par en par. La cerró rápidamente. —No harás tal cosa. Simplemente dije que no se había echado a perder. No había nada de cálido en mi comentario.

El duque acarició su mano donde se había cerrado en un puño. —Cálmate, Essy. Eres demasiado divertida para provocar. ¿Podría convencerte de que bailes conmigo? Está empezando un vals y me estoy inquietando con esta fiesta.

Aunque molesta, Estella asintió. No le hacía ningún mal estar en buenos términos con el Duque de Staines. Durante un tiempo, incluso hubo un rumor de que recibiría una propuesta de él después de haber observado un período apropiado de luto por su difunto esposo. Staines nunca se lo propuso; simplemente la había provocado por admirar a Lynton y se había ido a perseguir a alguien más joven y bonita.

Mientras Staines la llevaba al vals, Estella levantó la barbilla. —Me sorprende verte aquí. Habría pensado que esto sería demasiado aburrido para ti ahora que tienes tu propio club de caballeros.

—Bueno, sabía que te encontraría aquí, así que ¿dónde más estaría?

Estella se rio mientras se alejaban. —Oh, no digas tonterías. ¿Qué demonios quieres de una vieja viuda? Difícilmente soy tu tipo habitual y ambos lo sabemos.

Las fosas nasales del duque se dilataron. Su mano se tensó en la espalda de ella. —¿Y qué sabes exactamente de mi tipo habitual, Lady Carrington?

Sorprendida por el cambio abrupto en su forma de dirigirse a ella, el corazón de Estella se aceleró. ¿Qué había dicho para molestarlo? La verdad siempre le había gustado en el pasado. Optó por mantener ese mismo hábito. —Que tienes dos jóvenes amantes en Conduit Street y consideras a muchas mujeres casadas como tuyas. Una viuda nunca te serviría.

La mano en su espalda se relajó y ella se preguntó qué había omitido en su recuento de su reputación que le hizo hacerlo.

—Nunca deberías escuchar a los chismosos, ¿sabes? No podría rebajarme a alojar a una

amante en esa parte de la ciudad. Demasiado cerca de mi hermano. Tiene tanto miedo al escándalo, tanto como es probable que cause uno él mismo.

El duque la hizo girar por la pista en silencio mientras Estella consideraba el cambio que se había producido en él. No era ajeno al escándalo, pero su lapso en una conversación seria sobre el escándalo la inquietó. Cuando terminó el baile, él se inclinó sobre su mano. —¿No sientes curiosidad por la indiscreción de mi hermano? Podría afectar a las personas que más amas.

Estella tragó saliva y se forzó a sonreír despreocupadamente. —No hay nada en la vida de tu hermano que pudiera afectarme a mí o a los que amo.

—¿Es así? —El duque frunció el ceño—. Entonces, ¿puedes explicarme por qué tu hijo y mi hermano podrían usar al otro como espejo para afeitarse? Me gustaría escuchar una explicación para eso. Al parecer, tengo otro pariente del que debería haber sido informado.

Estella contuvo la respiración. —No seas ridículo. Yo nunca haría algo así.

El duque la arrastró hacia un hueco de ventana desocupado. Estella miró por encima del hombro del duque mientras el lacayo de este tomaba posición para darles privacidad. —Estás pisando terreno resbaladizo, querida. No me mientas otra vez.

Estella se humedeció los labios. —Es una mera coincidencia.

—Tonterías.

Estella buscó una salida. No podía explicar el parecido que él imaginaba entre su hijo y Lynton Manning. A pesar de la suposición del duque, ella nunca había traicionado a su esposo. El parecido era obra de Dios. —Debo volver a mi fiesta.

El duque le puso la mano en el brazo y la mantuvo quieta. —No me gusta la conexión que ha hecho con la hija de Lord Thorne. Ella no es lo suficientemente buena para mi sobrino.

Estella miró al rostro del Duque de Staines y vio determinación en sus facciones. Se zafó de su agarre. —No importa lo que afirmes, él no es tu pariente y no tienes nada que decir sobre su vida.

Staines se puso las manos en las caderas. —Me malinterpretas, bastante deliberadamente, creo. Él es familia, y no aceptaré este emparejamiento para él. ¿Está claro?

A pesar de sus esfuerzos por ocultar sus sentimientos, Estella tembló. —Déjalo en paz.

Staines negó lentamente con la cabeza. —Estaré vigilando, Essy. Debería haber estado vigilando al chico todo este tiempo. Imagina mi sorpresa al ver la réplica de mi hermano desfilando como el hijo de Carrington. Cuando me vaya de aquí, iré a ver a mi hermano, y arrastraré su piadoso trasero desde el mismísimo altar de la iglesia si es necesario para finalmente escuchar algo de verdad. Ambos me han mentido. Uno por omisión, pues Lynton no puede desconocer los orígenes del chico, y tú directamente a la cara. Pasará bastante tiempo antes de que volvamos a estar en igualdad de condiciones, Lady Carrington. Hablaremos de esto de nuevo. Hablaremos muy pronto.

Estella negó con la cabeza. Estaba equivocado. Tenía que estar equivocado sobre Oscar. ¿Cómo podía ser el hijo de Lynton?

Tropezó dos pasos hacia adelante, pero fue sujetada por una mano firme bajo su codo. Cuando miró hacia arriba, Redding, el lacayo de Su Gracia, se había movido para sostenerla. Debió haberlo escuchado todo. Una vergüenza e incertidumbre innecesarias se apoderaron de ella, y miró frenéticamente a su alrededor hasta que su mirada se posó en su hijo.

Oscar se giró en ese momento y se apresuró hacia ella. —¿Madre? ¿Qué sucede?

La mente de Estella corría. No podía contarle sobre su confrontación con el Duque de Staines. No podía permitir que dudara de su lugar en el mundo. Miró hacia atrás. El Duque de Staines observaba desde las sombras. Estella sonrió rápidamente. —Me ha dado un mareo. No es

nada, pero creo que debería volver a casa.

Oscar tomó su brazo, agradeció a Redding por su ayuda y la escoltó hacia la puerta. —Iré contigo.

Estella se detuvo. —No, no. No me gustaría arruinar tu velada también. Debes quedarte con Lady Penelope.

Oscar miró detrás de ellos y resopló. —Lady Penelope desapareció sin decir palabra en cuanto solté su brazo. —De repente sonrió y tiró de ella hacia adelante—. Vamos a llevarte a casa y meterte en la cama. Tal vez pueda convencer a la cocinera de que prepare algo dulce para que tengas sueños agradables.

—Sí. Sueños agradables serían maravillosos. —Desterrarían el miedo de la acusación de Staines.

Mientras se acomodaba en el carruaje, Oscar le arropó las rodillas con una manta y le tomó la mano. Era un chico dulce. Un hombre amable.

Tenía muy poco de los modales de su marido, excepto la impaciencia.

¿Podría ser cierto?

Estella cerró los ojos y rememoró la época de la concepción de Oscar. ¿Había hecho lo impensable y se había acostado con un hombre que no era su esposo? Carrington rara vez hablaba cuando se acostaba con ella. Las velas siempre estaban apagadas. La oscuridad podría haber ocultado a un amante diferente, pero ¿cómo no había reconocido la diferencia?

Estella cerró los dedos en un puño. Si la habían engañado, nunca lo había sospechado. ¿Por qué Lynton se metería en su cama y la deshonraría de todos modos?

CAPÍTULO ONCE

EN EL PASADO, subir los escalones de la entrada de la residencia del conde de Daventry habría significado la caída total de una mujer en desgracia. Hoy, un mes después del escandaloso matrimonio del conde con la señorita Lillian Winter, su amiga más antigua, la visita de Agatha sería vista con considerable envidia.

Todo el mundo hablaba del inesperado matrimonio del conde, pero como Agatha tenía una amistad previa con la dama en cuestión, estaba llena de malos presagios. La última vez que había visto a Lillian, Agatha había llorado durante una semana. Lilly había estado en tal agonía, retorciéndose sobre la cama, gimiendo mientras le quitaban las sanguijuelas de los brazos y las piernas. El recuerdo aún la estremecía.

¿Cómo sobreviviría Lillian al matrimonio y todo lo que conllevaba?

Las anchas puertas se cerraron a su espalda, amortiguando los sonidos del mundo exterior. Entregó su sombrero, capa y guantes, y luego siguió al mayordomo. Delante de ellos, Agatha podía oír risitas y una risa profunda y retumbante. El mayordomo llamó a una puerta y esperó, lanzando una mirada compleja por encima del hombro, una que transmitía diversión y resignación. Los sonidos de movimientos apresurados cesaron detrás de la puerta y, después de un momento, Lord Daventry les dio permiso para entrar.

—¡Señorita Birkenstock! —exclamó Daventry—. Gracias por aceptar visitarnos con tan poca antelación.

—Es un placer, milord —la mirada de Agatha se desvió hacia su amiga.

Ya no quedaba rastro del cuerpo retorcido y atormentado. La rubia frente a ella aún le resultaba familiar, sus rasgos un poco cambiados con el paso a la edad adulta. La mujer bonita y sonriente estaba sujeta por su marido, sin embargo, y no podía moverse ni un centímetro de sus brazos. Agatha nunca había visto al conde comportarse con tanta familiaridad.

—Lady Daventry, un placer verla con tan buena salud —sin saber qué hacer a continuación, Agatha hizo una reverencia.

Lilly estalló en carcajadas.

—Oh, ¿cómo podías saber que Agatha haría eso? Eres una bestia, Giles. Vete y déjanos en paz —le dio un manotazo a los brazos de su marido que la sujetaban, y él la soltó con evidente renuencia.

Daventry sonrió y se puso las manos en las caderas.

—Ya desplazado por viejas amigas. ¿Qué haré sin ti?

La pequeña rubia lo fulminó con la mirada hasta que huyó de la habitación.

—Agatha, ni se te ocurra volver a hacer eso. Giles dijo que harías una reverencia, pero simplemente no podía creerle.

Agatha sonrió.

—Las cosas cambian. Ahora eres condesa. Se te deben ciertas cortesías.

Lilly se acercó.

—Entre nosotras, querida, tal cortesía es malvada. Te he echado tanto de menos —la pequeña mujer atrapó a Agatha en un abrazo y la mantuvo cerca por un largo rato. Cuando Lilly la soltó, ambas tenían lágrimas en los ojos.

Agatha acunó suavemente el rostro de su amiga.

—Me quedé tan asombrada al recibir tu carta el mes pasado. ¿A qué se debe tu rápida recuperación?

La sonrisa de Lilly se ensanchó.

—A mi marido, en realidad. Al parecer, había muchos beneficios en la vida disoluta que Giles llevó antes de nuestro matrimonio. Sus manos me curaron de mis males. Pero debe volver a aplicar sus tratamientos con frecuencia. El matrimonio parecía necesario para ajustarse a su horario.

El rostro de Agatha se encendió de calor.

—Creo que quizás esta es más información de la que al conde le gustaría que yo supiera.

—Tonterías —Daventry reapareció, y luego le siguió una doncella con una bandeja de té—. El arte debería haberse probado antes para ahorrarle a mi esposa tanto dolor y sufrimiento, pero puedo decir egoístamente que me alegro de que nadie más la haya tocado —Daventry sonrió con picardía a su esposa y Agatha los miró alternativamente.

Hablaban en acertijos y se comportaban de manera impropia de nuevo. El conde atrajo a Lilly en un abrazo, presionando besos en su frente. Agatha apartó la mirada, esperando que Daventry recordara que tenían compañía más pronto que tarde.

—Perdóneme, señorita Birkenstock. Mi esposa me ha cambiado bastante.

Agatha lo miró, vio el mismo brillo travieso en sus ojos que había vislumbrado durante encuentros anteriores con él en sociedad, y dudó que el cambio fuera muy significativo.

Los ojos del conde brillaron de diversión y sus manos acariciaron la piel expuesta de su esposa.

—Puede ser completamente honesta, señorita Birkenstock.

—Perdóneme, pero parece exactamente el mismo, milord.

Su expresión se volvió sobria.

—Ah, pero la diferencia es que mi mirada, y cada otra parte de mí, está firmemente sintonizada con la felicidad de mi esposa. No hay otra mujer como ella.

Lilly se giró en sus brazos, limpiándose las mejillas.

—Vas a ponerte ridículamente sentimental otra vez, ¿verdad? —ante el asentimiento del conde, le dio un rápido beso en los labios y lo apartó—. Ve a revisar el valor de tus inversiones o algo igualmente complicado, Giles. Preferiría no pasar la visita de Agatha llorando por tus declaraciones.

El conde sonrió de nuevo y salió por la puerta.

—Me retracto —murmuró Agatha.

Lilly rió con ganas.

—Es el hombre más devoto. Tan paciente conmigo cuando no entiendo la importancia de las noticias más comunes —Lilly tomó sus dedos y la llevó al sofá—. Se ha convertido en un amigo tan querido para mí.

La curiosidad carcomía a Agatha.

—¿Qué hizo para curarte?

Lilly le pasó una taza de té.

—¿Tienes alguna idea de los tratamientos que se aplican a las extremidades de los caballos después del esfuerzo? ¿Frotarlas, calentar los músculos o enfriarlos?

Agatha asintió. Su abuelo siempre estaba regañando a los mozos por su falta de atención a sus caballos en el frío.

—Giles dijo que mis extremidades estaban rígidas por la tensión, así que intentó ablandarlas. Funcionó sorprendentemente bien, pero necesito tratamientos regulares para mantenerme sin dolor.

—Eso fue terriblemente inteligente de su parte. ¿Nadie lo había intentado antes? Pensé que tu padre te había llevado a todos los médicos que pudo encontrar.

Lilly se recostó en un sillón lleno de cojines.

—Nadie lo sugirió siquiera, por lo que él podía recordar. De todos modos, no me gustaría que un completo desconocido me tocara.

—¿Y Lord Daventry determinó este tratamiento después de que os casarais?

Lilly se mordió el labio sobre una sonrisa.

—¿Entre nosotras? Antes.

Agatha se cubrió el rostro con la mano. Debería haber imaginado que habría algo de maldad involucrada, pero lord Daventry era famoso por sus reglas. Ni vírgenes ni mujeres casadas. Fue un shock descubrir que las había roto.

—Siempre fui suya, ¿sabes?

Agatha forzó una sonrisa, recordando el compromiso fallido de Lilly.

—Es cierto. No había olvidado que estuviste comprometida una vez. ¿Te ofreció honrarlo después de todos estos años?

—Sí, al final lo hizo —admitió Lilly—. Pero hice todo lo posible por rechazarlo. Pensé que no debería tener que lidiar con mis problemas el resto de su vida. Él no estuvo de acuerdo.

Conmovida, Agatha tomó la mano de su amiga.

—Bueno, sea como sea que haya sucedido, me alegra mucho verte bien y feliz.

—He sido más afortunada de lo que creo. Me ama, Agatha. ¿Cómo es eso posible?

—¿Porque eres tú? —Agatha abrazó suavemente a su amiga y la apretó con cuidado—. No tenía ninguna posibilidad de escapar de ti.

—En efecto, no la tenía —rio lord Daventry al acercarse—. Voy a salir un momento, querida. ¿Necesitas algo?

—Ya me has consentido lo suficiente. Que te diviertas.

Lord Daventry se inclinó para atrapar a su esposa y le dio un largo y posesivo beso en los labios. Finalmente, la dejó respirar.

—No tardaré mucho.

Lord Daventry salió apresuradamente.

—Vaya.

Lilly se abanicó.

—Exactamente.

Estallaron en risitas y pasaron una hora muy agradable hablando sobre el cambio en la vida de Lilly.

—Ahora, ¿qué hay de ti? —preguntó Lilly mientras se estiraba en un sofá.

—¿De mí?

—Sí, de ti. ¿Qué maravillas llenan los días de Agatha Birkenstock?

Agatha sonrió.

—Los niños del orfanato de Grafton Street ocupan la mayor parte de mi tiempo.

Lilly frunció el ceño y se removió para ponerse cómoda.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Paso mis días allí y administro la casa de mi abuelo.

Lilly se recostó de lado, apoyando su cuerpo contra el brazo del sillón.

—¿Nunca te has casado? Pero si eres tan bonita.

Agatha cubrió las piernas de su amiga con una manta ligera cuando esta se estiró para alcanzarla, luchando contra el rubor que le provocó el cumplido.

—No, nunca me lo han pedido.

Lilly le tomó los dedos y se los apretó.

—Lo siento mucho. Recuerdo que tenías ilusión por administrar tu propia casa, como yo alguna vez.

Agatha forzó una sonrisa. Esos días parecían tan lejanos ahora.

—Quizás sea lo mejor. Administro la casa de mi abuelo y no tengo que complacer las exigencias de un marido.

Una sonrisa pícara cruzó el rostro de Lilly.

—Las exigencias pueden ser muy placenteras.

Agatha se hundió en su silla, intentando ocultar que entendía las palabras de Lilly. Ella conocía el gozo que un amante podía brindar a una mujer, pero a pesar de las habilidades de Oscar, era bastante poco fiable. Cuando miró a Lilly, vio una pregunta flotando en su mirada. Una que no quería que le hicieran porque nunca la respondería con honestidad.

Lilly jugueteó con su manta.

—Giles está decidido a presentarme en sociedad pronto, y me preguntaba si me acompañarías como mi dama de compañía. Me preocupa que Giles se vea obligado a quedarse a mi lado toda la noche.

Agatha no estaba muy dispuesta a volver a unirse al círculo de conocidos del conde. Ya no se sentía cómoda allí.

—A juzgar por su comportamiento de hoy, puede que tengas problemas para que te deje. Además, sus amigos no te abandonarán cuando regresen a la ciudad.

—¿Te refieres a lady Ettington y lady Hallam? —Los dedos de Lilly pasaron con más fuerza sobre la manta—. Aún no las he conocido.

Percibiendo la inquietud de Lilly, se inclinó hacia adelante para detener sus manos.

—Ambas son mujeres maravillosas, muy amables y sin un ápice de frialdad. Te prometo que estarás en buena compañía con ellas. Con todos los amigos del conde, de hecho.

Lilly se incorporó.

—Ya he conocido a lord Carrington. Me dice que os conocéis.

El corazón de Agatha se detuvo por un minuto completo. En toda su alegría al saber del regreso de Lilly a la buena salud, había olvidado las conexiones que Lilly haría ahora debido a su matrimonio.

¿Habría sido Oscar indiscreto sobre su asociación? Esperaba que no. Si lo hubiera sido, Agatha tendría que negarlo y mentirle a su amiga.

—Su residencia en Londres está al lado de la de mi abuelo —respondió con cuidado—. Hemos conversado algunas veces a lo largo de los años. —Muy poco, en realidad. La conversación no era lo principal en sus recientes interacciones, solo un placer escandaloso y embriagador.

—Visitó a Giles recientemente —Lilly rio—. ¿Puedes creer que al principio no nos

llevábamos bien?

—No, la verdad es que no. Parece ser el favorito universal de las damas. —Agatha reprimió los celos amargos que le llenaban la boca de bilis. Incontables damas de la alta sociedad se arrojaban a los pies de Oscar. Nunca le habían faltado admiradoras.

—Vino a Cottingstone Manor mientras yo estaba allí. Me salvó la vida.

Las palabras de Lilly resonaron en la habitación.

—¿Te salvó la vida? —Agatha tragó saliva—. ¿Qué? ¿Cómo?

Los labios de Lilly se torcieron con disgusto.

—Te lo diré rápidamente, porque el recuerdo aún es muy desagradable. Mi primo, Bartholomew Barrette, estaba bastante loco y pretendía matarme, como había intentado hacer muchos años antes. Para acortar la historia, Carrington me salvó cuando pensé que Barrette me dispararía a mí o a Giles. La puntería de lord Carrington con la pistola fue mortal. Un disparo y Barrette ya no existía.

—¿Mató a alguien? —Agatha se llevó una mano al pecho y presionó sus dedos contra su piel —. No te creo.

Lilly asintió.

—Giles me dice que deberíamos mantenerlo en secreto, pero como eres mi amiga, no veo el daño. Tienes algo de aprecio por el vizconde, ¿verdad? No me gustaría que se corriera la voz sobre esta historia. El vizconde y yo, como te puedes imaginar, nos hemos convertido en los mejores amigos desde entonces.

Agatha sacudió la cabeza confundida, pero luego asintió rápidamente cuando la expresión de Lilly se tornó seria. —Por supuesto que guardaré el secreto.

Oscar había matado a alguien. ¿Podría eso explicar la mirada atormentada en sus ojos, la tristeza que persistía justo bajo la superficie? Y las noches de insomnio que había mencionado. Agatha se llevó la mano al rostro, horrorizada de que Oscar hubiera sido puesto en una situación donde matar había sido la única solución.

—Esto debe ser un shock para ti, vivir al lado de un hombre capaz de tal acto, pero puedes entender que estaré eternamente en deuda con él. Me temo que debo advertirte que vendrá en breve. Giles fue personalmente a invitarlo a almorzar con nosotros. Tenemos mucho que agradecerle.

Agatha se puso de pie de un salto. —Entonces debería irme.

Lilly sacó las piernas de debajo de la manta y se levantó también. —¿Estás segura? Ahora se me considera una acompañante adecuada. Puedes quedarte sin riesgo para tu reputación, y además, es un hombre comprometido.

El corazón de Agatha latía aceleradamente en su pecho. —No es eso —mintió—. Tengo deberes en casa que he descuidado. Gracias por la maravillosa visita. Me gustaría volver otro día, si me lo permites.

Lilly se acercó para abrazarla. —Por supuesto, espero verte mucho también. Hemos perdido tanto tiempo.

Agatha se dio la vuelta, recogió su sombrero y sus guantes, y luego salió apresuradamente por la puerta, ignorando las protestas del mayordomo de que su transporte no estaba listo. No esperaría un carruaje. El paseo refrescaría su mente del pánico.

Oscar había matado para proteger a Lilly y se había convertido en su amigo.

No cabía duda de que ahora se tropezaría con él constantemente. ¿Qué hacer? No podía romper su conexión con Lilly sin explicar su dilema y herir sus sentimientos. Sin embargo, su amistad había sobrevivido a la enfermedad de Lilly. Agatha simplemente tendría que esforzarse

más por ignorar a Oscar, si sus caminos se cruzaran mientras visitaba a su amiga.

CAPÍTULO DOCE

LAS TABLAS DEL suelo crujieron detrás de Agatha, y al girarse se encontró con su abuelo en el umbral de la puerta. Vestido con un costoso paño superfino y lino blanco inmaculado, la intimidaba sin siquiera intentarlo. Inmediatamente, cerró su libro y se puso de pie. —¿Puedo ayudarte en algo, señor?

—No, no. —Entró en la habitación, mirando a su alrededor y frunciendo el ceño ante sus pertenencias dispersas—. Solo quería preguntar cómo fue tu visita a Lady Daventry. Imagino que su salón estaría bastante concurrido.

Agatha alisó sus faldas ligeramente arrugadas. —Lady Daventry decidió recibir de manera limitada ayer.

Sus ojos oscuros se entrecerraron. —¿Cuán limitada?

Ella dio un cauteloso paso hacia un lado, con el pretexto de seguir arreglándose, pero temía que él se disgustaría mucho después de que hablara. —Solo vi a Lord y Lady Daventry, señor.

La mandíbula de su abuelo se tensó ante la noticia. Como ella había temido, él esperaba que el salón estuviera lleno con la crema de la sociedad londinense, todos ansiosos por echar un vistazo a la nueva novia. Y sin duda, lleno de potenciales candidatos para que ella se casara. Agatha se preparó para la inminente reprimenda, pero en lugar de hinchar el pecho y enfurecerse, él se hundió en un sillón profundo.

—Esperaba que Lord Daventry presumiera de su esposa, ahora que se ha molestado en casarse y trabajar en conseguir su heredero. ¿Acaso ella lo avergüenza?

Agatha jadeó, ofendida en nombre de Lilly. —Por supuesto que no. Él fue muy atento con su esposa. —Casi demasiado, pensó Agatha. Daventry estaba embelesado.

—Hmm, bueno, mantente alejada de ese hombre de todos modos, niña. Pronto volverá a sus escandalosas costumbres, una vez que el brillo de su matrimonio se desvanezca. La mayoría de los hombres son iguales.

Mientras Agatha luchaba por ocultar su sorpresa ante su franca confesión, su mente gritaba. ¿Cómo podía sentarse allí condenando... no, ni siquiera condenando, sino explicando a su propio sexo y esperar que ella se casara con uno de ellos?

Sus dedos tamborilearon sobre su rodilla. —Cuando regrese de mi viaje de negocios, tendremos que ampliar nuestro círculo de conocidos. Había esperado que mis prolongados tratos con el Marqués de Ettington y su círculo resultaran beneficiosos para ti. No importa. Creo que algunos vestidos nuevos y un aumento en tus compromisos sociales deberían hacer el truco.

Agatha asintió, manteniendo su rostro libre de expresión. Una docena de vestidos nuevos apenas importaría a los caballeros que le presentara si ella nunca les diera el más mínimo aliento, un hábito que había logrado ocultar a su abuelo durante la última temporada. —¿Cuánto tiempo

estará fuera esta vez, señor?

Una breve sonrisa cruzó su rostro y desapareció con la misma rapidez. —Regresaré el miércoles, tal vez tarde en el día. Las negociaciones deberían resolverse fácilmente.

Agatha se hundió en una silla, aliviada de que hubiera dejado la discusión sobre su asociación con Lord y Lady Daventry. —Bueno, eso es todo para bien. ¿No sería maravilloso si una simple carta pudiera manejar la situación en lugar de arrastrarte fuera de Londres con tanta frecuencia? Debes estar bastante molesto con la incompetencia del Sr. Carney.

—No es incompetencia, pero mis asuntos requieren una mano firme y el toque personal para mantenerlos funcionando sin problemas. —Su abuelo se rio entre dientes—. Recordarás que George debe acompañarte a ti y a la doncella cuando salgas de la casa de la ciudad en mi ausencia. No podría soportarlo si algo te sucediera mientras estoy fuera.

Agatha forzó sus labios a curvarse en una sonrisa. —Por supuesto que llevaré una doncella y también a George. Lo acordé, ¿no?

El abuelo se puso de pie con esfuerzo, cruzó la habitación y acunó su mano alrededor de la mandíbula de ella. —Siempre la nieta obediente. Pero veo resentimiento burbujeando en tus ojos. ¿Qué te preocupa?

Agatha se encogió de hombros, intentando desalojar sus dedos. —No me gusta que me sigan.

Sus dedos se deslizaron de su piel. —Es por tu propia protección. La virtud de una mujer, una vez perdida, es irremplazable. Solo estoy pensando en tu futuro. El hombre que se case contigo espera cierto tipo de mujer. Una intacta por las sórdidas trampas en las que las mujeres a menudo caen presas de los pícaros de la sociedad. Soporta la compañía de George para que yo pueda estar en paz.

Agatha bajó la cabeza. Una vez más, la desesperación se filtró en ella al pensar cómo reaccionaría él ante la noticia de que no le quedaba virtud que proteger. —Sí, abuelo.

Su gran palma presionó brevemente sobre su cabeza y luego sus pesados pasos cruzaron hacia la ventana. Ella levantó la cabeza y lo observó con cautela. Su presencia en la habitación la hacía sentir decididamente desordenada.

Después de un momento, él se volvió para mirarla de nuevo. —Me iré en un momento. Para que no te sorprendas indebidamente si alguien te lo cuenta, estoy escoltando a Lady Carrington parte del camino, hasta Chertsey para su protección. Está visitando a una amiga allí. Dadas las exigencias del compromiso de su hijo, él no está libre para acompañarla. Pensé que era prudente ofrecerme, dado las noticias de bandidos en el camino. Se ha hablado mucho de sus actividades en la prensa.

—Sí, había leído algo sobre eso. Qué aterrador debe haber sido. ¿Esperas problemas?

El abuelo tiró de su chaleco, alisando la tela ya precisa. A pesar de sus años avanzados, aún mantenía una figura esbelta, conservaba una vitalidad física muy admirada por las damas. Agatha había escuchado más de un susurro lascivo sobre él, y de direcciones sorprendentes.

—Siempre estoy preparado, pero he hecho arreglos para pasar la noche en el camino para no viajar por esa parte problemática del campo tarde en la noche. Mantendré a salvo a la buena dama.

Agatha sonrió. —Estoy segura de que ella aprecia tus esfuerzos.

Otra sonrisa fugaz cruzó sus labios mientras se inclinaba para besar la parte superior de su cabeza. —Sé una buena chica, Agatha. Te veré el miércoles.

Con un resorte en su paso, su abuelo salió apresuradamente de la habitación y comenzó a gritar órdenes a George. En un cuarto de hora, su carruaje se había detenido frente a la puerta y él se marchaba después de devolver brevemente el alegre saludo de Agatha.

Sin sermones, sin rutinas precisas que seguir.

Le esperaban cinco mañanas completas de pura dicha. Agatha dio una vuelta en el vestíbulo, decidida a aprovechar al máximo su libertad temporal.

Pasaría todo el día con los huérfanos y nada podría impedírselo.

—¿Puedes hacer que mi pelo sea tan bonito como el tuyo? —preguntó Mabel mientras Agatha pasaba el cepillo por sus brillantes mechones. Estaban acomodadas en la guardería, Agatha sentada en una de las camas abultadas mientras trenzaba y ataba el cabello de Mabel en una pulcra trenza.

Se inclinó hacia la niña y le besó la mejilla. —Puede que sí. Pero creo que tu pelo será mucho más hermoso. Admiro mucho tus rizos oscuros.

Mabel juntó las manos. —¿De verdad?

Agatha giró a la niña y le tocó la nariz. —De verdad. —Miró más allá de Mabel hacia la última niña que esperaba—. Ven, Kitty. Es tu turno.

Kitty tenía un cabello fino y liso, y Agatha trenzó rápidamente los pálidos mechones. Cuando terminó con ambas, se puso de pie y extendió las manos. Las niñas saltaron en el sitio y descendieron lentamente hacia los jardines traseros. Agatha arrugó la nariz. El sombrío patio apenas era un espacio bonito, pero los niños no conocían nada mejor. Era suficiente para su imaginación, y se preguntó a qué lugar fantástico sería transportada hoy. Un barco pirata, o uno de los navíos del Rey. Con los niños superando en número a las niñas, sus juegos tendían a ser mucho más rudos de lo que habían sido en su propia infancia.

—¡Alto ahí! ¿Quién se acerca? —exigió Simon al trío.

Kitty, la mayor, se puso firme. —La señorita Kitty al puente de mando, Capitán.

Mabel tiró de su manga. —Yo quería ser una dama elegante hoy.

Agatha se agachó. Pobre niña. Casi nunca tenían la oportunidad de jugar a ser damas. —Tal vez podrías ser una dama navegante, persiguiendo aventuras en alta mar.

Mabel le lanzó una mirada desconcertada, se encogió de hombros y luego corrió a jugar con sus hermanos y hermanas sin mirar atrás. Agatha se volvió para unirse a la niñera, que estaba sentada en un banco soleado junto a la pared con la bebé, Betty, jugando a sus pies. Con un grito feliz, la pequeña Betty se arrastró fuera de su manta, agarró el vestido de Agatha y tiró del material hasta que Agatha cedió y la levantó.

La abrazó con fuerza. —Oh, eres un ángel, cariño.

—Más bien un diablo disfrazado —murmuró la niñera—. Ten cuidado. Hoy está mordiendo con fuerza.

Agatha observó la boca húmeda de Betty. —Gracias por la advertencia.

La niñera se levantó. —Son tus dedos.

Rápidamente apartó los dedos de la ansiosa boca de Betty. —Niña traviesa. Los necesito para tocar el pianoforte. —Alcanzó la muñeca de Betty y giró a la niña para que pudiera mordisquear mientras observaba jugar a sus hermanos—. Vaya, Bates. Yo cuidaré de los niños sola por un rato.

La niñera asintió. —Tus oídos.

Una vez que la niñera desapareció, los niños la rodearon. Tenían todo tipo de preguntas y, en efecto, los oídos de Agatha le dolían después de veinte minutos de charla continua.

De repente, Simon tiró de su manga. —¿Quién es ese que nos está observando allí?

Agatha miró por encima de los niños y divisó el sombrero de un hombre en la valla del límite del jardín. —No lo sé. Kitty, ¿jugarías con Betty en su manta por mí?

Kitty aplaudió y Betty fue con ella felizmente. La mano de Simon se deslizó en la suya. —Deberías llamar a uno de los sirvientes —susurró.

—Tonterías. Seguramente no será nada.

—Entonces iré contigo. —Apretó su mano.

Agatha le revolvió el pelo. —Si debes hacerlo. Disfrutaré de tu escolta, joven caballero.

Brazo con brazo, se acercaron al extraño. Cuando estaban a pocos metros de la puerta trasera, se detuvieron. Mejor ser cautelosos. No sabía qué tipo de individuo se asomaría por una valla a un patio lleno de niños.

—Buenas tardes, señorita Birkenstock.

Mientras se protegía los ojos para observar al extraño, Simon apretó su agarre sobre la mano de Agatha. —Buenas tardes. ¿Puedo ayudarle?

El caballero se quitó el sombrero y Agatha se relajó. Era solo Lord Prewitt, el futuro cuñado de Oscar. —Lord Prewitt.

—Ah, bien. Me conoce. Vete, muchacho, mientras hablo con esta encantadora dama.

Simon no se movió.

Prewitt frunció el ceño hacia él y luego sonrió suavemente. —Querida, te ves preciosa entre esas espinas. Estarías mucho mejor del brazo de un caballero.

Todos los sentidos de Agatha se pusieron en alerta. —Estoy contenta donde estoy, milord.

Él colgó sus brazos sobre la valla, y un hermoso collar se deslizó entre sus dedos para deslumbrar a la luz del sol. —Una chica bonita necesita algo bonito alrededor de su cuello para mostrar que es apreciada. Algo más costoso que la baratija de dos peniques que llevas actualmente.

Agatha resistió el impulso de poner sus dedos sobre su collar. El regalo de Oscar era una mera nimiedad al lado de las finuras que Lord Prewitt hacía balancear. Pero ella conocía su valor. Lo que Prewitt ofrecía era un pago por servicios que ella debería rendirle en el futuro, muy probablemente. Servicios desagradables, a juzgar por la forma en que la miraba lascivamente. Lo que Oscar había ofrecido venía únicamente de la amistad.

A su lado, Simon se inquietó. Tiró de su mano, instándola silenciosamente a alejarse de Lord Prewitt y regresar a la seguridad de la vivienda.

Agatha apretó la mano de Simon. —Discúlpeme, milord, pero debo volver con mis protegidos. Que tenga un buen día.

La inquietud hormigueó en la espalda de Agatha hasta que Simon susurró que Lord Prewitt se había ido.

El adormilado pueblo de Staines era un lugar de gran consuelo para Estella Carrington, aunque no supieran quién era ella en realidad. Para sus sirvientes y vecinos, era la señora B., segunda esposa de Thomas. Después de tantos años, se había acostumbrado a la mentira. Mientras empujaba la puerta de entrada, respiró los limpios aromas de su jardín, tan añorados y deseados durante toda la temporada.

—Bienvenida a casa, señora B. Nos alegra mucho verla regresar sana y salva.

—Gracias, William —Estella miró a su cansado compañero—. Me ocuparé del correo por la mañana, pero por favor, suba una cena ligera para mi esposo.

—Por supuesto —el mayordomo retrocedió, regresando a las profundidades de la casa.

Thomas Birkenstock deslizó el brazo de ella por el suyo.

—Me gusta oírte dirigirte a mí de esa manera, aunque no sea cierto.

Thomas la condujo a través de la entrada principal y hacia arriba, a su dormitorio, sin mirar ni a izquierda ni a derecha. Ya habría tiempo suficiente para disfrutar de la casa mañana. Una vez seguros en su habitación, la soltó y se sirvió un brandy.

—¿Crees que sospechan de nuestro subterfugio?

Él dejó su vaso y soltó un suspiro.

—Me imagino que sí.

Ese pensamiento no era agradable. Había estado fingiendo ser la esposa de Thomas durante los últimos años, manteniendo la ficción de que viajaban mucho, pero siempre regresando a esta casa por breves períodos. Era un arreglo imperfecto, pero era el mejor compromiso al que podían llegar.

Estella deslizó su brazo alrededor de la espalda de Thomas y lo abrazó con fuerza. Él giró la cabeza y le sonrió, pero una pequeña arruga tiraba de la comisura de su boca.

—Entiendes que no podía permitir que te casaras por debajo de tu rango, ¿verdad?

Ella lo apretó con más fuerza.

—Y yo nunca quise volver a casarme. No hay discordia entre nosotros, ¿verdad?

Thomas se deslizó fuera de su agarre y se hundió en una silla.

—Sabes tan bien como yo que cualquier matrimonio entre nosotros habría avergonzado a tu hijo. Pero no podemos elegir de quién nos enamoramos. Me habría contentado con solo ver tu sonrisa de vez en cuando.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Y siempre las tendrás.

Sonó un golpe en la puerta y sus puntuales sirvientes dejaron una bandeja de cena repleta frente a Thomas. Una vez que se marcharon, Estella se quitó los zapatos, se sentó con las piernas dobladas debajo de ella en la cama y mordisqueó un poco de pan.

Thomas picoteaba su comida.

—¿No tenías hambre?

Él apartó el plato.

—Parece que no. Quizás coma más tarde esta noche.

Estella se puso de pie nuevamente y se acercó a él. Parecía más agotado por sus preocupaciones esta noche que de costumbre, así que lo puso de pie con la intención de desvestirlo.

La diversión arqueó su ceja mientras ella le desabrochaba la corbata y lentamente la sacaba de su cuello. Le quitó el abrigo, el chaleco y la camisa, luego se inclinó para desvestirlo por completo. Al levantarse, dejó que sus manos se deslizaran por sus costados hasta que pudo encontrarse con sus ojos. En lugar del deseo que esperaba ver, había un cansancio desprotegido en sus facciones. Sin decir una palabra, lo llevó a la cama y lo metió entre las sábanas.

Thomas no protestó ante sus cuidados maternales, así que ella lo dejó para quitarse su propio vestido, agradecida de haber elegido uno que no requiriera su asistencia. Cuando estuvo desnuda, se deslizó en la cama, solo para descubrir que Thomas ya estaba profundamente dormido.

Estella lo observó durante mucho tiempo, preocupada por su fatiga. Su ligero ronquido reverberaba en la habitación. Metió el brazo debajo de su cabeza y escuchó. Él estaba envejeciendo, mucho más rápido de lo que ella se daba cuenta. Con casi sesenta y cuatro años, Thomas Birkenstock seguía siendo un hombre de constitución poderosa, aún lo suficientemente

fuerte como para levantarla en sus brazos para una noche de amor. Pero esta noche, aparentemente no.

Estella se giró sobre su espalda y miró las sombras que parpadeaban en el techo. Él había comprado la casa porque a ella le gustaba jardinear, pero no podía hacerlo en Londres, donde muy poco florecía. También había comprado la casa para que pudieran fingir, aunque fuera por un corto tiempo, que las diferencias en su clase, en sus posiciones en la vida, no importaban. Estella nunca había pensado mucho en ello antes de conocerlo hace todos esos años. Pero con el tiempo había llegado a ver que la integridad y la fuerza de voluntad no estaban confinadas a la aristocracia. Tales características pertenecían al hombre.

Su marido no había sido un buen hombre. No lo echaba de menos.

A pesar de su ardiente persecución antes del matrimonio y las infrecuentes visitas a su cama para dejarla embarazada, él había preferido a su amante actriz para su placer y, más a menudo que no, ignoraba las necesidades de Estella. Pero no fue hasta que Carrington murió que ella inició una aventura con Thomas. El hombre mayor le había enseñado mucho sobre cómo satisfacer sus deseos.

Estella apagó la vela, pero el sueño tardó mucho en llegar. En su mente, seguía recordando cómo Lynton Manning la había besado con tanta urgencia, con tanto anhelo hambriento por sus labios. ¿Estaba mal acostarse junto a un amante dormido y pensar en el efecto que otro hombre tenía en sus sentidos?

Estella se alejó de Thomas y golpeó la almohada. Maldito Lynton por remover tal conflicto dentro de ella. Sus besos robados y sus insinuaciones de fidelidad eran muy perturbadores. Pero podía ignorarlo a él y las salvajes acusaciones sobre la paternidad de Oscar. Tenía que hacerlo si quería algo de paz.

Thomas se giró en su sueño y atrajo a Estella hacia sus brazos. Sintiéndose somnolienta y contenta, finalmente cerró los ojos.

Cuando llegó la mañana, estaba sola.

Estella se deslizó fuera de la cálida cama y arrastró su bata sobre su piel desnuda. Miró alrededor. Thomas tenía la costumbre de levantarse temprano incluso cuando estaba inmerso en el campo sin nada que hacer, y parecía que se había ido hace tiempo. Mientras tiraba de la campana para pedir ayuda con su aseo matutino, oyó a hombres hablando afuera.

Curiosa, apartó las gruesas cortinas y vio a Thomas sentado en el jardín, hablando con concentración sincera. El hombre con quien hablaba tenía el pelo oscuro, como lo había tenido Thomas, era alto pero sin nada de su fuerza física. Con la espalda del extraño hacia ella, no podía decir quién era y la curiosidad la mordió profundamente. Él nunca discutía negocios aquí, y el hombre no se parecía a ninguno de sus vecinos más cercanos.

Para cuando se hubo bañado y vestido para el día, los hombres ya no estaban a la vista. Sin embargo, aún podía oírlos dentro de la casa, y por instinto mantuvo sus pasos ligeros.

—Firme aquí y aquí. William, usted será testigo y firmará el otro papel con su marca también.

Estella se apoyó contra la puerta, tratando de escuchar más de la conversación, pero profundamente desconcertada por la necesidad de testigos. ¿Qué estaba tramando Thomas?

—Estoy encantado de complacer, Thomas. No necesito otra casa, ya que Londres no va bien con mi disposición. Soy mucho más feliz en Winchester, y está más cerca del puerto. Por favor, dale mis saludos a mi primo. Ha pasado demasiado tiempo desde que nos vimos.

—Así lo haré, Robert. Puedes girar contra mi cuenta tan pronto como quieras.

Estella se alejó silenciosamente y se apresuró a entrar en la sala de estar. Las voces se

hicieron más fuertes en el pasillo, y luego se acercaron los pasos pesados de Thomas. —¿Te despertamos?

Ella miró detrás de él, pero estaba solo. —No, por supuesto que no. ¿Quién vino a visitar tan temprano?

Thomas llenó un plato con comida y se sentó a su lado. —El nieto de mi hermano, Robert Birkenstock. Teníamos un pequeño asunto que discutir.

—¿Trabaja para ti?

Thomas masticó lentamente. La demora en responder le provocó una punzada de inquietud en la espina dorsal.

—Ha estado aprendiendo el oficio, por así decirlo, como empleado durante los últimos meses. Creo que llevará mis asuntos bastante bien.

—¿Llevar tus asuntos? ¿Le estás entregando el negocio?

Thomas se acercó y le apretó la mano. —Lo tendrá, con el tiempo. Es mi heredero. No puedo vivir para siempre, y tengo bastante gente que depende de que el negocio continúe para su supervivencia. Robert tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros y está ansioso por tomar las riendas.

Estella no sabía qué decir. Thomas estaba poniendo sus asuntos en orden. El pensamiento, llegando tan pronto después de sus preocupaciones de la noche anterior, le heló el corazón. Se aferró a su mano.

Él le dio unas palmaditas en la mano. —Vamos, querida, no hay necesidad de preocuparse. Un hombre con mis responsabilidades debe asegurarse de que sus compromisos se cumplan. Robert lo hará bien con el negocio, y con Agatha también.

—¿Con Agatha? Thomas, ¿qué está pasando?

Él tomó un respiro profundo y lo dejó salir lentamente. —Dados sus recientes estados de ánimo y la dificultad de encontrar un marido adecuado, he llegado a la conclusión de que Agatha podría no casarse nunca. Pensé en advertir a Robert de esta posibilidad. Con su acuerdo, hemos redactado documentos para permitirle vivir el resto de sus días en la casa de la ciudad en Londres, si así lo desea, y recibir una asignación regular de un fideicomiso. Como la esposa de Robert está nuevamente embarazada, él no desea añadir una posible disputa con otra mujer en su dominio. —Thomas apartó su plato sin terminar—. Agatha debería estar contenta. Tendrá una independencia limitada.

¿No querer casarse? Estella nunca había recibido esa impresión de su nieta. Siempre había pensado que era una lástima que Agatha no hubiera encontrado ya un marido merecedor. Tenía unos modales tan bonitos y una forma tan buena con los niños.

Thomas se aclaró la garganta. —Me gustaría pedirte, si tienes el tiempo y la inclinación, que vigiles el bienestar de Agatha si algo me sucediera. Solo al principio, entiende. Estoy seguro de que no requerirá mucha de tu atención. Pero la chica es demasiado ferozmente independiente para mi gusto, y temo que hará algo tonto una vez que yo me haya ido.

—Por supuesto que lo haré. No tenía idea de que estuviera en contra del matrimonio. ¡Qué extraordinario! —Estella tragó el dolor en su pecho. No le gustaba nada este giro mórbido de la conversación. Thomas era un hombre fuerte. Solo necesitaba relajarse más para superar su actual letargo. No podía morir.

Con ese pensamiento en mente, Estella se prometió hacer que los próximos días fueran lo menos exigentes posible.

—Lo oculta bien, principalmente para ahorrarme la vergüenza, creo. —Thomas se hundió en su silla con un suave gemido—. Ahora, ¿qué haremos hoy? Tu jardín se ve un poco solitario allá

afuera.

Estella forzó una sonrisa en sus labios. —¿Tal vez podríamos hacer que llevaran el sillón afuera y tú podrías leerme mientras yo jardino?

Su cálida sonrisa calmó su corazón ansioso. —Con gusto, querida.

CAPÍTULO TRECE

OSCAR SE OBLIGÓ a subir un pie tras otro mientras ascendía por los escalones de la entrada de la iglesia de San Jorge, siguiendo a la crema y nata de la sociedad londinense que acudía al culto dominical. Dado que el edificio no se derrumbó sobre él al cruzar el umbral, tomó su asiento habitual, pero mantuvo la mirada al frente en lugar de detenerse en quienes le rodeaban. Asistir a la iglesia nunca había sido una de sus prioridades. Era un evento que muchos de sus iguales evitaban, pero él estaba muy necesitado de orientación.

Mientras la fresca nave se llenaba con los elementos más puros de la sociedad, dejó que su mente divagara hacia aquella terrible noche y los espantosos días que siguieron. Había matado a un hombre. Le había disparado con su pistola a tres metros de distancia sin vacilar. Un tiro mortal que había extinguido una vida en segundos. La imagen de lo fácil que había sido no abandonaba la mente de Oscar.

No importaba que el magistrado le hubiera absuelto, que de hecho hubiera aplaudido su rápido pensar al salvar al conde de Daventry y a su prometida, Lillian Winter, de las intenciones asesinas de su primo.

En aquel momento, y en los pocos días que siguieron, había vivido en un estado de ensoñación, aceptando el profuso agradecimiento de sus amigos, incapaz de comprender la importancia total de lo que había hecho. Sin embargo, el estado temporal de calma se había diluido cuando estaba solo, y por la noche, revivía el momento con detalle excruciantemente. Las imágenes ahora se estaban transformando en una pesadilla de la que no podía librarse ni siquiera a la luz del día.

Oscar se puso de pie para el primer himno, su mente aún imaginando el lento reguero de sangre que corría por la sien del señor Bartholomew Barrette. Cantó con la congregación, pero las palabras estaban amortiguadas, atenuadas por el vasto horror en su mente. Cuando llegó el momento de sentarse, se sentó, notando por primera vez que algunos ojos se habían vuelto en su dirección. Su curiosa mirada le devolvió al presente, a la calma cordura de la iglesia. El señor Manning estaba en el púlpito, citando las escrituras con tal ardiente convicción que Oscar pronto olvidó sus problemas y prestó atención al aquí y ahora.

Manning era un orador apasionado. Se centraba con tanta claridad en su congregación y en el significado de sus palabras. Oscar inclinó la cabeza y rezó. Rezó para algún día encontrar una manera de desterrar las pesadillas de su mente. Desterrar también los pensamientos lujuriosos y perversos sobre Agatha. Tenía que hacerlo. No podía continuar como estaba y conservar una mente sana.

Cuando terminó el servicio, se puso de pie y miró a su alrededor. Claramente Dios no había escuchado su súplica de olvidar la lujuria. En la parte trasera de la iglesia, Agatha Birkenstock

guiaba a los niños del orfanato desde un banco hacia la puerta trasera. La luz del sol rebotaba en su cabeza dorada, tentándole con innumerables recuerdos secretos del pasado. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el vicario.

—¡Lord Carrington! Espere.

Oscar giró y encontró sus piernas atrapadas por un par de diminutos brazos pertenecientes a la irrefrenable huérfana Mabel. Estaba sola. Rápidamente la desenredó y buscó a Agatha entre la multitud. Desafortunadamente, no podía verla en ningún lugar cercano.

Miró a la inquieta niña.

—No deberías haberte alejado de la señorita Birkenstock, Mabel. Se preocupará por saber dónde has ido.

Mabel se balanceó sobre la punta de sus pies.

—Pero quería invitarle a tomar el té esta tarde, milord. La señorita Birkenstock dijo que tomaremos té y crumpets en el jardín. Por favor, venga.

Oscar miró a la niña con asombro, sin saber cómo responder. Por muy inocente que pareciera la invitación, Agatha no estaría complacida. Odiaba estropear el disfrute de la niña, pero tenía que declinar.

—Por mucho que me encantaría asistir, desafortunadamente tengo un compromiso previo esta tarde.

Los ojos de la niña se humedecieron, sus labios rosados se apretaron. Justo cuando temía que estaba a punto de llorar, una mano le palmeó el hombro. Oscar se sobresaltó, pero era solo el rector de San Jorge sonriéndole a él y luego a Mabel.

—Hola, señorita Mabel. Te ves notablemente bonita hoy.

La expresión de la niña cambió de suprema decepción a una amplia sonrisa.

—Gracias, señor —se apresuró a hacer una reverencia desequilibrada—. ¿Vendrá a tomar el té con nosotros hoy?

El rector le levantó la barbilla con el dedo.

—Estaré encantado de hacerlo, niña. Ahora vuelve al lado de la señorita Birkenstock. No quieres preocuparla, ¿verdad?

—No, señor —Mabel se dio la vuelta y saltó por el pasillo.

La niña llegó hasta Agatha y fue recibida con un abrazo. Agatha se inclinó para escuchar las noticias de Mabel, y luego condujo a los niños afuera.

—No esperaba verle en la iglesia hasta que se casara, milord. Bienvenido.

—Gracias. Yo... —Oscar arrastró los pies—. Bueno, verá... —No quería soltar sus problemas para que todos los oyeran. Solo quería encontrar paz de nuevo. Pero había demasiados oídos a su alrededor para desahogar su alma aquí.

Manning le palmeó el hombro de nuevo.

—Muy parecido a su madre. Ella tampoco podía ir directa al grano de un problema. Y a juzgar por su vacilación, usted no está del todo listo para desahogarse. Pero venga a verme más tarde. Mi puerta siempre está abierta para usted, hijo. Discúlpeme.

Manning se alejó para despedirse de sus feligreses, dejando a Oscar con la incómoda sensación de que el vicario conocía su pecado. No matarás.

Su malestar regresó.

Dirigiéndose hacia las puertas, se unió a la masa parloteante de la sociedad decente y salió a la brillante luz del sol. Momentáneamente cegado, parpadeó para disipar el efecto deslumbrante y descendió las escaleras. La mañana estaba despejada de lluvia por una vez, así que declinó los servicios de un coche de alquiler que esperaba y se dispuso a caminar a casa. Quizás el largo

paseo sería bueno para su espíritu.

Pero delante de él, Agatha y dos sirvientes ineficaces estaban guiando a los niños del orfanato a través del tráfico para cruzar la calle. Tenía la peor suerte para mantener su promesa de mantener distancia de Agatha.

Una vez que llegaron a la acera, dejó escapar el aliento que había contenido. Sus intentos de controlar a los niños estaban siendo recibidos con considerable resistencia. Los niños querían correr adelante; las niñas querían detenerse y admirar cada vista bonita que se pudiera ver. Avanzaban por la calle a paso de tortuga. Oscar podría adelantarlos fácilmente si quisiera, o podría desviarse del camino y tomar el camino más largo a casa. Pero entonces las voces de los niños se elevaron en desacuerdo por algo en el suelo, y Agatha se detuvo para hablarles con dureza. Incluso desde una distancia de varios metros, podía oír lo irritada que se había puesto.

Se apresuró tras ella. Agatha no debería tener que lidiar sola con esta chusma.

—¡Lord Carrington! —chilló Mabel, rompiendo filas con los otros niños para llegar a su lado.

Oscar frunció el ceño, imitando cómo se había comportado su propio padre cuando se veía obligado a caminar con él de niño. —Mabel, esa no es forma de comportarse. Vuelve a tu lugar junto a la otra niña y camina en silencio ahora.

Mabel se sonrojó. —Esa es Kitty.

Él se cruzó de brazos y miró hacia la fila de niños que lo observaban. —Entonces vuelve con Kitty. Parece que te está esperando.

Mabel corrió de vuelta a su lugar anterior y tomó la mano de Kitty de nuevo. Los otros niños también se apresuraron a volver a sus lugares en la fila. Como sospechaba, todo lo que necesitaban era una figura paterna para que se comportaran. Los niños aprendían temprano a no escuchar las sugerencias de un simple sirviente, y Agatha era demasiado blanda para su propio bien. Podría ser una buena influencia para ellos individualmente, pero en masa... no tenía esperanza.

Oscar dejó que su mirada recorriera la fila y captó la expresión ceñuda de ella. Se tocó el sombrero, pero no hizo ningún movimiento para unirse a ella. Había sido inflexible en que mantuvieran la distancia. Bueno, por hoy, la distancia sería de siete niños inquietos, una doncella y un mozo de cuadra. Debería haber suficiente decoro en eso para mantenerla contenta, al menos por ahora.

Con un rápido movimiento de sus manos para animar a los niños, reanudaron su caminata rápida. Oscar los siguió, vigilando atentamente el comportamiento de los niños, pero sus pensamientos eran sombríos, vueltos hacia sus propios problemas. ¿Debería confiar sus temores al moralmente recto vicario o guardar silencio?

El conde de Daventry no lo había entendido. No realmente. Oh, lo había intentado, pero luego el hombre había estado demasiado preocupado con su propio cambio feliz de circunstancias para comprender el alcance de la angustia de Oscar.

¿Alguien lo entendería? ¿Lo entendería Agatha?

Le gustaría mucho hablar con ella. Cuando estaban juntos, sentía una paz tan intensa, una simetría tan perfecta con el mundo. En estos días estaba empezando a olvidar lo que era ser feliz.

En Grafton Street, los niños subieron apresuradamente las escaleras de la entrada del orfanato y entraron ruidosamente al edificio. Agatha le lanzó una mirada extraña cuando se volvió para seguirla adentro. No tenía intención de hablar con ella, mirarla fijamente o pensar en sus suaves curvas deslizándose entre sus manos. Pero el trabajo que tenía que hacer para evaluar el orfanato lo distraería de sus pensamientos mórbidos quizás por una hora o más. Entregó su sombrero y

bastón y luego se dirigió al estudio. Cerró la puerta tras de sí. El trabajo, aunque fuera breve, debería distraerlo lo suficiente para permitirle sobrellevar otro día.

Al menos ese era el plan hasta que comenzó la música.

Oscar dejó caer la pluma sobre el escritorio, escuchando con cada nervio mientras la música de Agatha se filtraba por la casa desde el salón frente a su puerta. Tocaba una melodía lenta, una que no le era familiar, pero que al instante calmó su corazón acelerado. Recostándose, se la imaginó tocando en el pequeño salón frente a su despacho, de espaldas a la puerta, la suave línea de su cuello inclinada hacia el instrumento.

Su imaginación la despojó de su ropa, dejándola desnuda frente al pianoforte.

Tales pensamientos no ayudaban. Tenía que olvidarla, pero la delicada interpretación, música que lo conmovía en cuerpo y alma, lo volvería loco. Oscar cerró el libro y reunió algunos papeles. Este no era el lugar para olvidar el pasado. No cuando el pasado parecía decidido a mantenerlo firmemente en sus garras. Llevando consigo los recibos y el diario, salió silenciosamente al pasillo, sin querer llamar la atención sobre su partida.

Justo al otro lado, Agatha estaba sentada, tocando la melodía para los niños. Los huérfanos anteriormente revoltosos parecían hechizados, sus rostros vueltos hacia arriba, embelesados por la habilidad de Agatha. Así era como había encantado tan completamente a los niños. Había encontrado el uso perfecto para sus talentos.

El mayordomo se acercó.

—Mi sombrero y mi bastón, por favor —susurró Oscar.

—Sí, milord.

En el instrumento, la cabeza de Agatha se giró como si lo hubiera oído. Él dio un paso más cerca y la cabeza de ella se volvió en un ángulo casi doloroso. Que aún reconociera su presencia recorrió sus nervios clamantes. No podía quedarse. Quería más de Agatha Birkenstock de lo que se le permitía.

El mayordomo lo dejó salir, conduciéndolo a la brillante luz del sol, pero no sentía nada del calor. Su alma estaba helada hasta la médula.

A mitad de camino por la calle, una voz áspera lo llamó por su nombre.

Oscar se volvió y encontró a un caballero desconocido acercándose.

—Lord Carrington, ¿no es así?

—Sí. ¿Puedo ayudarle?

El otro hombre estaba curtido, vestido costosamente, pero era un completo desconocido para él. —Mi nombre es Leopold Randall, un comerciante de seda anteriormente de la India. Me preguntaba si podría dedicarme unos momentos de su tiempo. Estoy buscando información.

Eso explicaba la tez oscura y curtida, pero lo que el hombre podría querer de él se le escapaba. Randall parecía inofensivo, así que Oscar le hizo un gesto para que se acercara. —Le ayudaré si puedo. Sin embargo, me dirijo a Berkeley Square. ¿Por qué no me cuenta lo que está buscando mientras caminamos?

Randall miró detrás de él hacia el orfanato. Sus labios se apretaron, pero luego asintió y se puso a caminar a su lado. Sin embargo, no se lanzó inmediatamente a contar su historia.

Oscar se impacientó. —¿En qué puedo servirle?

El otro hombre lanzó un pesado suspiro. —He estado fuera de Inglaterra durante muchos años, en la India por negocios, y he perdido el contacto con mi familia. Esperaba buscar en los registros del orfanato cualquier información que pudieran contener sobre su paradero.

Oscar se detuvo, frunciendo el ceño. —El orfanato es un proyecto relativamente nuevo. ¿Cuándo fue la última vez que supo de ellos?

—Hace diez años, ahora sería. Los más jóvenes, mi hermano y mi hermana, tendrían veinticuatro y veintiséis años ahora.

Oscar sonrió disculpándose. —Entonces me temo que no puedo ayudarle. El lugar se estableció apenas el año pasado, y los niños tienen todos menos de once años, creo.

A su lado, el otro hombre maldijo. Los coloridos juramentos que brotaron de la boca de Randall sorprendieron a Oscar por su complejidad y veneno. Aunque estaba seguro de que ninguno iba dirigido a él, comenzó a caminar de nuevo. Randall se apresuró a alcanzarlo, pero mantuvo la boca cerrada. Sin duda, estaba profundamente decepcionado por las noticias de Oscar. Pobre hombre. —Debe ser terrible perder a la familia —dijo—. Lamento profundamente no haber podido ser de ayuda.

Al llegar al centro de la plaza, Oscar se detuvo y se dio la vuelta. El tipo se había quedado unos pasos atrás, así que lo llamó. —¿Randall?

El otro hombre levantó la mirada y asintió.

—¿No serás por casualidad uno de los Randall de Romsey?

La mirada del otro hombre se volvió cautelosa. —Soy primo del duque actual —admitió lentamente.

Oscar sonrió. —Bueno, eso sí que es una buena noticia. Había oído que hubo un acalorado debate sobre la sucesión del ducado. Lord Carmichael, en su momento, solicitó la tutela del duque, pero se encontró con resistencia. Deberías presentarte ante él de inmediato para que pueda estar tranquilo. Sé que habrá un gran alivio cuando se corra la voz de que se ha encontrado a otro Randall. —Oscar miró a su alrededor para ver si podía divisar a otro par cerca para transmitir la buena noticia.

Leopold Randall dio un paso atrás. —Si pudiera pedirle que no informe a nadie de mi paradero en este momento, se lo agradecería enormemente.

—¿Y por qué demonios haría yo eso?

Randall miró nerviosamente a su alrededor. —Porque creo que los antiguos Duques de Romsey fueron responsables de la desaparición de mis hermanos. Quiero encontrar a mi familia primero, mucho antes de dar a conocer mi existencia al duque actual y a cualquier otra persona estrechamente relacionada con el ducado.

CAPÍTULO CATORCE

ASOMBRADO POR LA DECLARACIÓN, Oscar se frotó la barbilla con la mano. —Es solo un niño. Un bebé babeante, si mal no recuerdo.

Randall seguía mirando nerviosamente a su alrededor. —Aun así, es mejor ser precavido.

Un recuerdo de una conversación susurrada en su club cruzó por la mente de Oscar. Era bien sabido que el viejo duque de Romsey no era un hombre con quien se pudiera jugar. La declaración de Randall, y el hecho de que la sucesión del ducado no estaba clara debido a la desaparición de todos los demás parientes Randall, inclinaron a Oscar a creerle. —Sin embargo, se acercó a mí. ¿Por qué?

El otro hombre lo miró directamente. —Aunque tenga poca fe en la benevolencia de la aristocracia, he tenido algunos tratos con el señor Thomas Birkenstock, un compañero hombre de negocios que vive aquí en Londres, en esta misma plaza. A lo largo de nuestros tratos, ha mencionado algunas de sus conexiones, y lo ha nombrado a usted una o dos veces. Lo visité antes, pero me informaron que estaba fuera de casa. Me invitó a contactarlo tan pronto como regresara de la India. Pensó que podría ayudarme.

Ah, así que Birkenstock era la razón de este acercamiento. Si Birkenstock admitía que este hombre era un amigo, entonces Oscar tendría cierta confianza en que Randall decía la verdad sobre su identidad. —Creo que está atendiendo sus intereses comerciales en Winchester.

El otro hombre asintió. —Gracias por eso. Tendré que suponer que no regresará a la ciudad por un tiempo. —Randall cuadró los hombros—. Debo irme. Gracias, mi lord, por su molestia.

Randall se tocó el sombrero e hizo ademán de marcharse.

—Espere —llamó Oscar.

Randall se volvió y Oscar se acercó a él. —Tal vez pueda ayudarlo en ausencia de Birkenstock. Si desea acompañarme a almorzar, podría proporcionarme más detalles. Tengo amigos a los que puedo acudir, hombres decentes de particular discreción, que tienen una amplia gama de intereses en todo Londres. —Cuando Randall negó con la cabeza, Oscar se apresuró a añadir—: No puede hacer daño intentarlo. No necesita confiarme sus direcciones.

Después de un largo momento, Randall asintió. —Es muy amable de su parte, mi lord. Pero no me gustaría causarle molestias.

Oscar sonrió, sintiendo que su ánimo se elevaba al tiempo que una oleada de anticipación lo llenaba ante la distracción. —Tonterías. Estoy encantado de ayudar en todo lo que pueda para ver a su familia reunida con usted. —Sería bueno ser útil. Oscar podría contratar mensajeros en nombre de Randall y mantener en secreto su paradero. Sintiendo que la pesadilla del pasado se desvanecía por fin, Oscar condujo a Randall al interior de su casa y lo llevó a su biblioteca. Deslizó las cuentas del orfanato a un lado de su mesa.

Randall miró a su alrededor con una sonrisa divertida. —No me había dado cuenta de que vivía al lado de Birkenstock. No es de extrañar que lo mencionara con tanto cariño.

Oscar sonrió, pero no explicó por qué Birkenstock podría pensar en él con cariño. —¿Le apetece un brandy?

Randall asintió y se sentó frente al ordenado escritorio de Oscar.

Poco acostumbrado a tal silencio en sus compañeros, Oscar sirvió las bebidas y se acomodó detrás de su escritorio, sacando su pequeña libreta y pluma para tomar notas. —¿Cuándo vio a sus hermanos por última vez?

—En la Navidad de mil ochocientos tres. —Randall bebió otro sorbo de brandy, pero su rostro se había ensombrecido de emoción—. Había regresado de la escuela para pasar las fiestas con mi familia en Romsey.

—¿La finca ducal?

—No, el pueblo. Mi padre ya estaba en desgracia con el duque, por tener la mala forma de producir demasiados hijos sanos, creo. La línea ducal producía pocos descendientes que sobrevivían a la infancia, mientras que la mía producía muchos más. Vivíamos en una casa pequeña en el borde de la finca.

Oscar se levantó y sacó su Burke's Peerage de la estantería. La entrada del Duque de Romsey fue fácil de encontrar sin la ayuda de Randall. Lo que decía era cierto. El duque actual no tenía tíos restantes. Los únicos parientes lejanos eran de la línea de Leopold Randall.

—Mi hermano y yo habíamos regresado a la escuela un mes completo antes de que nos enteráramos de la muerte de nuestros padres. Un accidente de carruaje, me dijeron. No se mencionó a mis hermanos menores en ese momento, pero mis padres eran inusualmente cariñosos y siempre viajaban con sus hijos. No he sabido de su paradero desde la Navidad del '03. Luego, unas semanas después de la muerte de nuestros padres, Oliver, mi hermano menor por dos años, se escapó de la escuela durante la noche.

Oscar frunció el ceño. El relato era bastante fantástico, pero si el hermano se había escapado por su propia voluntad, no había misterio en absoluto. —¿Su hermano era infeliz en la escuela?

La expresión de Randall se oscureció aún más, si eso era posible. —No, Oliver era más feliz cuando estaba rodeado de sus libros. Debíamos encontrarnos esa mañana antes de clase. Dijo que tenía un secreto que contarme. Nunca llegó a la hora acordada, y luego me llamaron a la oficina del director y me informaron que se había marchado.

Bastante fantástico. Oscar no sabía si creerle o no.

—Puedo ver que duda de mí —dijo Randall en voz baja.

Oscar decidió ser franco. —No estoy seguro de qué creer, pero está claro que teme lo peor. ¿Por qué cree que los hicieron desaparecer?

—Porque el Duque de Romsey tuvo la osadía de amenazar con hacerles daño si yo me negaba a hacer cualquiera de sus trabajos sucios en los años posteriores. No me dio motivos para dudar de que estuvieran vivos. Mi familia no representaba un peligro real para su poder, ni para Edwin, su heredero, pero no aflojaba su control sobre mí. Yo era el heredero de su hijo hasta que la duquesa actual dio a luz a un varón.

—Si lo que dice es cierto, me sorprende que lo dejara con vida después de eso.

—Yo tenía mis usos. —Randall se rio, un sonido amargo que le heló hasta los huesos—. No represento ningún peligro para el niño. El viejo bastardo se aseguró de que nunca representara una amenaza.

Oscar quería preguntar cómo, pero por la feroz expresión en el rostro del hombre frente a él, Randall no confiaría lo que obviamente era un recuerdo desagradable. Anotó la fecha del

accidente y el intervalo hasta la desaparición de Oliver. —¿Recuerda cómo se ven sus hermanos?

Randall metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y arrojó un montón de dibujos sobre la mesa. —Estos son un buen parecido, pero tienen más de diez años y puede que no sean de mucha utilidad ahora.

Oscar hojeó tres bocetos. Las imágenes eran de niños, pero podía ver un fuerte parecido con Leopold Randall. Oliver, Rose y Tobias Randall. Un corredor experimentado debería poder hacer uso de ellos. —Son un comienzo. ¿Puedo quedármelos?

Randall se hundió en su silla, el cansancio borrando la animación de su rostro. —Por supuesto. He hecho otras copias.

El tono apagado de Randall hizo que los propios temores de Oscar volvieran a surgir. Mientras Randall hablaba, se había olvidado por completo de sus propios problemas. Si mantenía su mente enfocada en las investigaciones para Leopold Randall, tal vez sus propias preocupaciones desaparecerían. Guardó los dibujos en su bolsillo interior junto con su cuaderno, justo cuando se anunció el almuerzo.

Una vez que Randall estuviera de camino de vuelta a donde se alojaba, Oscar visitaría a Lord Daventry y al rector de St. George para ver qué le aconsejaban hacer. El hombre santo y el ex pecador podrían arrojar algo de luz sobre el destino y la posible ubicación de tres niños que el Duque de Romsey había considerado prescindibles.

Agatha entreabrió la ventana de su dormitorio, dejando que una suave brisa acariciara sus muslos a través del camisón. No debería abrir la ventana, pero su día había estado acechado por imágenes de la angustia de Oscar. A pesar de saber que él estaba para siempre fuera de su alcance, deseaba hablar con él.

Había vislumbrado su expresión mientras estaba sentado en la iglesia esa mañana. La tensión era tan evidente que su corazón se había acelerado, acelerado tanto que casi había corrido hacia él, a pesar de los numerosos miembros de la sociedad sentados entre ellos. Pero esa misma acción habría arruinado el resto de su vida.

Luego él los había seguido a casa, lanzando una mirada severa a los niños para que se comportaran correctamente por una vez. El hecho de que Oscar tuviera un efecto calmante en los niños la había sorprendido. Él era, simplemente, el hombre más despreocupado. Pero ya no, al parecer. Su silenciosa desaprobación de sus altos ánimos los había calmado más rápido que cualquier palabra que ella hubiera pronunciado esa mañana.

Una vez de vuelta en el orfanato, los chicos la habían acribillado a preguntas sobre el vizconde. Querían saberlo todo: quién era su sastre, si montaba un gran cazador, si conducía un faetón, y si era whig o tory. Agatha había intentado parecer menos conocedora de lo que realmente era. No estaba del todo segura de haberlo logrado, porque su doncella, que remendaba la ropa de los niños junto a la ventana, no dejaba de lanzarle miradas extrañas. Agatha se alegró mucho cuando Manning llegó para distraerlos a todos y salieron a tomar el té.

Agatha asomó la cabeza por la ventana de su dormitorio y dejó que su mirada se posara en el balcón contiguo. Oscar no estaba allí. Todavía no. Dejó caer la cabeza, decepcionada, y notó una bolsa de dulces esperando. La señal de su constancia le hizo doler el corazón. Había pensado que ya dejaría de dejarle esos pequeños regalos.

Sopesó la bolsa y la lanzó de una mano a otra. En realidad, no debería aceptarlos. Debería devolverlos y decirle de nuevo que dejara de ser tan amable. Su constancia en esta pequeña cosa

era un dolor agudo que nunca la abandonaba realmente.

El ruido de un pomo de puerta llegó a sus oídos. Agatha retrocedió, sabiendo que el sonido provenía de la casa de Oscar. El sonido agudo de las botas resonó en el azulejo, luego un roce de tela y un golpe pesado.

Cuando volvió a asomarse por la ventana, Oscar estaba sentado de espaldas a ella en la terraza. El cristal tintineó contra el azulejo y ella oyó su profundo suspiro. Apoyó los brazos en el alféizar y dejó caer la cabeza para descansar allí, mirando fijamente la nuca de Oscar.

Él se mantuvo obstinadamente de espaldas, bebiendo lentamente de su vaso. Cuando el vaso estuvo vacío, se levantó y se sacudió la ropa. Su cabeza giró ligeramente, finalmente reconociendo su presencia. —Todavía te echo de menos.

Luego desapareció dentro de su casa.

Agatha levantó las manos hacia el marco de la ventana, la cerró y luego se secó las lágrimas de los ojos.

CAPÍTULO QUINCE

—ENTONCES LO QUE está diciendo es que el orfanato no puede mantenerse por sí mismo —resumió Lord Carter, de manera bastante incorrecta, para fastidio de Oscar.

Oscar frunció el ceño mientras miraba al otro lado de su biblioteca, donde unos cuantos fideicomisarios del Orfanato de Grafton Street se habían apretujado en el diminuto espacio. Su opinión sobre Lord Carter disminuía cada vez que este hablaba.

—No. No estoy diciendo eso en absoluto. Necesito más tiempo. Parece que el industrioso señor Dickson tiene que explicar su uso excesivo de los fondos del orfanato. Hay un gran número de discrepancias entre su contabilidad y los hechos tal como los encuentro. Dios sabe dónde han ido a parar todas sus compras, pero no están en el orfanato, y no veo evidencia de que alguna vez hayan llegado allí.

—Caballeros, este es un acontecimiento alarmante —concedió el señor Manning—. Pero no es lo peor que podría ser. Como Carrington nos ha prometido, los gastos del orfanato están bien dentro de los límites de las contribuciones anuales combinadas hechas al fondo. Si tan solo el señor Dickson no hubiera malgastado tanto, podríamos estar mucho mejor. Y los niños también.

Los otros fideicomisarios murmuraron entre ellos. Habían tomado la noticia sorprendentemente bien. Pero los robos del señor Dickson, que habían pasado desapercibidos durante el último año, habían descartado el gasto de intentar cualquier reparación en las instalaciones, al menos por este año. Había mucho por hacer y no había fondos disponibles para llevar a cabo la tarea. Apenas había suficiente para alimentar, vestir y dar calor a los niños y a los pocos sirvientes para el invierno que se avecinaba, a menos que se fomentara una mayor inversión.

Mientras los argumentos opuestos entre los fideicomisarios se elevaban a un fuerte rugido, Oscar se encontró con la mirada del señor Manning. Había algo bastante familiar en el rostro del hombre. Oscar sentía que debería conocerlo mejor y estar feliz de pasar más tiempo con él. Pero se movían en círculos completamente diferentes, siendo su única conexión el Orfanato de Grafton Street y su ocasional asistencia a la iglesia.

Manning sonrió y acortó la distancia entre ellos para susurrar:

—Estarán así durante horas, se lo aseguro. Envidio su anterior renuencia a involucrarse en los asuntos del orfanato. Podría haberme ahorrado una considerable molestia si hubiera seguido su ejemplo.

—La caridad es el proyecto favorito de mi madre. Solo continué con mis contribuciones para complacerla.

—Estoy seguro de que ella lo aprecia. Es bastante apasionada con el bienestar de los niños —murmuró Manning con aprobación—. ¿Cuándo regresa de visitar a su amiga?

—No hasta el miércoles.

—Ah, bien. ¿Se da cuenta de que Birkenstock también está ausente? —Manning miró alrededor de la habitación con una expresión amarga—. Eso explica por qué se convocó esta reunión improvisada. Quieren evitar involucrar a él y a su madre en esta ronda de debate.

¿Sabría Manning que su madre estaba con Birkenstock? Eso podría resultar incómodo si descubriera la verdad sobre su viaje.

Sin embargo, la curiosidad carcomía a Oscar.

—¿Había algo en particular que deseaba hablar con mi madre?

—No, realmente no. —Manning se mordió el labio—. Sin embargo, tengo curiosidad por saber si su madre parecía estar de buen humor antes de dejar Londres. —Suspiró—. Solo lo pregunto porque el Duque de Staines puede ser un poco entrometido, y tengo entendido que intercambiaron algunas palabras recientemente. Lo suficiente como para que parezca haber algunos chismes escandalosos circulando sobre la pareja.

Oscar recordaba muy bien la noche en que había visto a su madre hablando con el duque. No parecía una conversación amistosa al final.

—Mi madre parecía molesta esa noche. Pero no eligió confiar en mí. Dijo que se sentía mareada y, dado su melancolía en el viaje de regreso a casa, no di mucho crédito a los rumores de ningún tipo de aventura entre ellos desde entonces. Si acaso, parecía que habían tenido una discusión.

La mirada de Manning cayó al suelo y se balanceó un poco de un pie al otro.

—A mi hermano le gusta coquetear y agitar a la sociedad. No hay nada entre ellos ahora, ni lo ha habido en el pasado, se lo aseguro.

Oscar había olvidado la conexión entre el Duque de Staines y el señor Manning. Conocía a Staines solo por su reputación, pero seguramente un hermano sabría la verdad sobre cualquier aventura.

—Entonces me alegra oírlo, pero ¿qué cree que discutieron?

Manning se balanceó de nuevo sobre la punta de sus pies.

—Diga, Manning. ¿Qué opina de esta idea? —llamó Lord Carter y se llevó al señor Manning. Pero ahora Oscar estaba bastante intrigado sobre cuál podría haber sido la respuesta de Manning. ¿Qué asuntos podrían tener en común su madre y el duque?

Oscar se reincorporó a la conversación mientras se discutía extensamente sobre la persecución del señor Dickson.

—Me niego a permitir que me estafen de esta manera —se enfureció Lord Carter.

—Todos fuimos estafados —refunfuñaron varios.

—El orfanato fue el estafado —les recordó Manning suavemente.

—Sí, bueno, eso es realmente irrelevante. Uno no estafa a la nobleza. No se tolerará —afirmó Lord Carter con fuerza.

Manning ofreció una sonrisa tensa en respuesta.

La conversación se movía en círculos.

Cuando Oscar cruzó su mirada, Manning puso los ojos en blanco, pero rápidamente ocultó el gesto. La visión de la fugaz expresión de Manning le recordó a Oscar que siempre le había caído bien el hombre. Lo había encontrado bastante inteligente —con un duque por hermano, ciertamente debería serlo— y, a su manera, bastante divertido. Para ser un vicario, sus actitudes eran únicas.

Parecía una lástima que su madre desdeñara así las atenciones del hombre. A su madre le gustaba reírse, y siempre regañaba a Oscar cuando ponía los ojos en blanco como lo acababa de

hacer Manning. Parecía que compartían el mismo sentido del humor. La sociedad no se inmutaría si su madre decidiera emparejarse con Manning. Su relación con un duque suavizaría cualquier pluma erizada si Manning convencía a la obstinada madre de Oscar de volver a casarse.

Con asombro, Oscar se apoyó contra su pesado escritorio y consideró su línea de pensamiento. Podría aceptar fácilmente el cambio si Manning lograra convencer a su madre de casarse. Pero no podría decir lo mismo si ella eligiera casarse con Birkenstock algún día. ¿Qué tenía Manning que lo tranquilizaba?

Examinó a Manning críticamente. Alto, tan alto, si no un centímetro más, que Oscar. Pálido, su cabello pulcro estaba salpicado de gris. También era delgado. Al igual que Oscar, Manning no tenía ni un gramo de carne de sobra. Ojos azules, un tono más claro que los de la madre de Oscar. En su juventud, debió haber sido muy admirado. Entonces, ¿por qué no había logrado conquistar a la madre de Oscar ahora?

Quizás Manning le recordaba demasiado a su propio hijo. Había algunas similitudes entre ellos, como la altura, la constitución y la tez. Luego estaba la mano dañada de Manning. Oscar no podía creer que su madre fuera tan remilgada como para descartar a un hombre por una discapacidad. Honestamente, estaría más inclinado a afirmar que nada podía estar mal con Manning en absoluto. Era el hermano de un duque, uno que parecía discretamente dedicado a vivir una buena vida. Tampoco era pobre, si los rumores eran ciertos. Y parecía un tipo agradable y caballeroso.

Oscar estaría orgulloso de tenerlo como segundo padre si tuviera éxito en el cortejo.

—El Duque de Staines, mis lores.

Oscar levantó la vista sorprendido cuando su mayordomo se hizo a un lado para permitir que el Duque de Staines irrumpiera en la habitación.

¿Qué demonios?

—Ah, Lynton. ¿Qué diablos haces discutiendo con este grupo de viejas cabras?

Varios de los fideicomisarios se sonrojaron. Uno gruñó:

—Nada que te concierna.

El duque, sin embargo, se rio.

—Lynton, estoy aburrido. Diviérteme —Con una rápida mirada a la cámara, se acomodó detrás del escritorio de Oscar y apoyó los pies sobre la superficie.

—Su Gracia —dijo Manning con la mandíbula apretada—. Tal vez podría visitarte en casa cuando termine aquí.

El duque ignoró a su hermano y miró a Oscar en su lugar.

—¿Hay posibilidad de un poco de brandy? Estoy sediento.

La pregunta lastimera hizo sonreír a Oscar. Sirvió una copa y se la pasó sin comentarios. Qué tipo tan gracioso para aparecer aquí en busca de diversión. No había nada entretenido en los fideicomisarios.

Manning le dio la espalda al duque.

—Entonces, ¿hemos decidido dejar las cosas como están por ahora?

Varios de los fideicomisarios miraron hacia el duque y asintieron, luego, en unos minutos, todos se habían marchado, excepto Manning y el Duque de Staines.

Staines se aclaró la garganta.

—Me alegra ver que no he perdido mi toque para despejar una habitación de criaturas pendencieras. Al menos ahora que la molesta chusma se ha ido, podemos pasar a asuntos serios. La casa de mi sobrino en la ciudad es demasiado pequeña.

La boca de Oscar se abrió, sorprendido por el rápido cambio de tema. La cerró rápidamente.

—Dónde elija vivir no es asunto tuyo —gruñó Manning—. ¿Por qué tienes que entrometerte?

—Porque para eso está la familia —Staines vació su vaso y lo extendió—. Más, por favor.

En realidad, ¿qué diablos estaba haciendo el Duque de Staines en la biblioteca de Oscar? ¿Cómo se le sugería sutilmente a un duque que se marchara? Tenía cosas que hacer para el orfanato, y le gustaría discutir más sus hallazgos con Manning antes de que se fuera hoy. Su Gracia estaba en el camino.

Sirvió el brandy y se lo pasó.

—Buen chico. No me hagas caso, siempre soy así. Solo pregúntale a Lynton aquí lo molesto que puedo ser cuando quiero algo.

Manning frunció los labios como si hubiera mordido limones agrios.

—Ahora, ¿dónde está esa encantadora mujer? Essy y yo tenemos algunos asuntos más que discutir.

Manning se puso las manos en las caderas.

—Ella no está aquí, Ambrose, y será mejor que la dejes en paz, o te tiraré al suelo de un puñetazo y te dejaré allí.

—Mira nada más. Solo hace falta un posible escándalo para que pierda su reserva sermoneadora —dijo Staines a Oscar. Se volvió hacia su hermano—. Recuerda, Lynton, no fui yo quien se portó mal. Esperaba algo mejor de ti que mantener algo de esta importancia en secreto.

Manning lanzó una mirada de disculpa hacia Oscar.

—No estaba seguro antes. Es algo impactante después de tanto tiempo sin pensar en ello.

—Descuidado de tu parte —murmuró Staines—. Carrington debe haber estado supremamente molesto.

Oscar dio un paso adelante.

—Manning y yo no estamos en malos términos, Su Gracia.

Staines sonrió de repente.

—Me alegra saberlo. Esperemos que eso no cambie pronto —Se puso de pie y se acercó a Oscar—. Tienes los ojos de tu madre, pero el resto eres todo tu padre —rio. Cuando Staines extendió su mano, Oscar la tomó y devolvió el firme apretón. Luego el duque salió apresuradamente.

Oscar se volvió hacia Manning.

—¿Qué demonios fue todo eso?

Manning se pasó la mano por la mandíbula.

—Felicidades. El Duque de Staines ha decidido que le agradas. Me temo que no has visto lo último de él.

—Ah —¿Podría ser eso algo bueno o malo para su posición en la sociedad? Por la forma en que Manning lo expresó, parecía dudar que pudiera ser bueno. Mantendría su distancia del duque hasta estar seguro de hacia dónde soplaba el viento. Aunque, podría terminar con una invitación al garito privado de Staines, el Hunt Club, si continuaba agradándole a Oscar.

La mirada penetrante de Manning lo atravesó. —Ni se te ocurra pedirle que te admita en su club. Tu madre te estrangulará si terminas allí.

—¿Cómo supis...?

Una sonrisa irónica cruzó el rostro de Manning. —No siempre estuve comprometido con la iglesia. Ambrose abrió el club antes de que yo tomara los hábitos. Soy muy consciente de lo que ocurre allí. Por eso impuso una regla de excluir a la familia. Su propio hijo no puede cruzar el

umbral. Dada su afición por Essy, no te dejará ni respirar el aire de la fachada.

—¿Es tan malo?

—Peor, y ciertamente no es lugar para ti.

Aunque molesto porque, uno, Manning pudiera leerle la mente, y dos, que no dudara en ofrecer su opinión sobre su improbable admisión al Hunt Club, Oscar dejó pasar el asunto. Tenía otras preocupaciones más apremiantes. —Me preguntaba si podría pedirle consejo. Hoy recibí la visita de un tipo que busca a sus hermanos perdidos. Desaparecieron hace unos diez años. ¿Tiene algún contacto en el Hospital de Expósitos al que pueda acudir para obtener información?

Manning lo meditó. —Tal vez. ¿A quién buscas?

—Yo... Ah... Preferiría no decirlo por ahora.

Manning arqueó una ceja ante su vacilación. —Eso dificulta bastante el poder ayudar.

—Lo sé. Pero estoy obligado por honor a guardar silencio por el momento.

—Si es un hombre común, podría dirigirse directamente a ellos, pero podría pasar algún tiempo antes de que atiendan el asunto. —Manning arqueó una ceja—. Si se trata de alguien más importante, como presiento que podría ser en este caso, dada tu vacilación para mencionar su nombre, estaré encantado de actuar como intermediario.

Oscar asintió. No sabía si confiar o no. Tendría que discutir el asunto con Randall primero. —Agradecería tus esfuerzos, pero necesitaré pedir permiso.

—Por supuesto. ¿Había algo más?

—No, no.

—Entonces, si me disculpa, milord, debo regresar a St. George. Que tenga una buena tarde.

Mientras Manning salía de la habitación, Oscar lo siguió. —Dígame, Manning, ¿qué pasará con los niños si el orfanato cierra?

Manning se colocó el sombrero, pero su expresión se tornó triste. —Supongo que irán a donde va todo niño no deseado. De vuelta a las calles, a menos que alguien más esté dispuesto a dar un paso adelante para encargarse de su cuidado. Es un asunto que persiste en mi mente. No me gustaría verlos desaparecer para siempre. Me he encariñado particularmente con los pequeños.

CAPÍTULO DIECISÉIS

OSCAR SE LLEVÓ el puño a la boca para ocultar su reacción ante el hedor de la multitud en el vestíbulo del Theatre Royal. El teatro más popular de Londres podría ser el lugar donde había que dejarse ver, pero palpitaba con la vasta masa de gente sin lavar y perfumada en exceso, amenazando con abrumar sus sentidos. Estiró el cuello, mirando por encima de la cabeza morena de su prometida, con la esperanza de ver a su amigo y a su esposa antes de que los aromas empalagosos le provocaran náuseas. El conde y la condesa de Daventry habían rechazado visitas hoy, pero Daventry había enviado más tarde una nota prometiendo estar en el teatro esta noche. Aún no podía verlos. Maldita sea.

Lord y Lady Prewitt, junto con Penelope, se movían entre la multitud sin esperarle. Oscar se apresuró a alcanzarlos, mirando a su grupo con creciente frustración. Lord Prewitt llevaba a su esposa en un brazo y a Penelope en el otro. Dado que Prewitt se negaba a soltar a ninguna de las dos en el camino a sus asientos, abría un amplio paso entre la multitud.

El corredor superior estaba repleto de la alta sociedad, y Oscar fue detenido una vez demasiadas como para tener voz en la disposición de los asientos de su palco. Tanto Penelope como Lady Prewitt ocuparon los asientos delanteros. Prewitt se sentó detrás de Penelope, dejando a Oscar tomar un lugar detrás de Lady Prewitt, diagonalmente opuesto a su prometida, e incapaz siquiera de susurrarle en privado durante la función. De hecho, parecía que las posibilidades de una conversación agradable quedaban suspendidas para la velada. Ni Lord ni Lady Prewitt parecían dispuestos a hablar, y Penelope ignoraba todo excepto el escenario vacío.

Oscar se acomodó en la silla y contuvo una mueca. Francamente, estaba harto de todo este asunto de casarse. La posibilidad de cualquier intimidad con su futura esposa antes de que se casaran aparentemente no estaba abierta a discusión. Se le mantenía muy firmemente a una distancia respetable. Cualquiera podría pensar que no iban a casarse en absoluto.

El teatro bullía de actividad. Oscar escudriñó los otros palcos, buscando e inclinando la cabeza hacia los conocidos, pero esperando encontrar a Lord Daventry entre la multitud. Su palco habitual aún estaba vacío, pero Oscar no podía verlo presentando sus respetos a ningún otro grupo. Quizás Daventry había cambiado de planes y decidido quedarse en casa con su encantadora esposa. Aunque, la puntualidad podría no ser una prioridad alta para un hombre recién casado. Y Lilly a menudo estaba enferma. Si bien el corto viaje en carruaje no debería hacerle daño, el conde podría recorrer las calles de Londres con más precaución ahora.

Cuando se elevaron voces airadas desde el foso, Oscar miró hacia abajo. La multitud estaba inquieta esta noche, empujando y forcejeando sin mucha consideración por el decoro. Nunca había querido aventurarse abajo. Siempre había tenido un palco desde el cual observar el drama de la noche. Una mujer chilló y luego la multitud se rio. Oscar vislumbró a una mujer arrojada

sobre el hombro de un hombre mientras este marchaba por la puerta opuesta.

Sus labios se curvaron. Al menos alguien tenía suerte esta noche.

Oscar giró la cabeza hacia la izquierda cuando la figura oscura de Leopold Randall merodeaba entre la multitud de abajo. Su camino aparentemente aleatorio sugería a Oscar que estaba buscando entre la multitud áspera los rostros familiares de su familia. ¿Había mencionado Randall que alguno de ellos tenía afición por el teatro? Oscar trató de recordar, pero no creía que hubieran tocado el tema de los talentos o inclinaciones de los hermanos. Esa información también podría ser útil.

Pensando en Randall buscando abajo, Oscar volvió su atención a los palcos superiores, observando atentamente a cada mujer presente esta noche, y particularmente a las damas que no conocía bien. No estaba fuera del reino de lo posible imaginar que el viejo duque había casado a la hermana de Randall con otro par. Podría haber comprado la lealtad del hombre arreglando tal distinguida conexión, con una generosa dote añadida para rematar.

El pensamiento le enfermaba. Pero ninguna de las damas que avistó guardaba un fuerte parecido con la hermana de Leopold Randall. Por un minuto, Oscar no pudo recordar su nombre. Rose. Ahora lo recordaba. Toda sonrisas dulces y un carácter espinoso cuando se la contrariaba, según Randall. Si la muchacha había mantenido su temperamento díscolo, sería mucho más fácil de identificar.

A menos que su espíritu ardiente hubiera sido aplastado por su situación.

Oscar se sacudió. No le hacía ningún bien albergar pensamientos tan mórbidos. Los hermanos serían encontrados, vivos y bien, y todo volvería a estar bien en el mundo.

Bueno, bien para todos excepto para él.

Cuando las luces de la sala se atenuaron, Oscar notó movimiento en el palco del conde de Daventry. Habían llegado justo cuando la ópera estaba a punto de comenzar. Daventry acomodó a su esposa, vestida con un revelador vestido color clarete, en su asiento con tal concentración que nunca notó a la multitud reconociendo ruidosamente su llegada tardía.

Oscar se inclinó hacia adelante, más cerca de Lady Prewitt, para poder susurrarle al oído y ser escuchado claramente.

—Disculpe, Lady Prewitt, pero debo dejar nuestro grupo por unos minutos. Tengo un asunto urgente que discutir con el conde de Daventry, que acaba de llegar.

Lady Prewitt asintió, giró la cabeza ligeramente, y luego sus labios se movieron suavemente contra su mejilla.

—Informaré a mi hermana.

Desconcertado por el contacto íntimo, Oscar retiró la cabeza un centímetro.

—Gracias.

En lugar de vergüenza, el triunfo tiró de los labios de Lady Prewitt en una sonrisa complacida. Oscar se apresuró a salir del palco, horrorizado de que pudiera haber ofrecido aliento involuntariamente en algún momento. No podía y no actuaría de manera tan vergonzosa hacia su futura cuñada.

Se apresuró por el corredor desierto, arrastrando el aire más puro profundamente en sus pulmones. Aquí el ruido de la multitud estaba amortiguado, la mayoría de los asistentes ya habían encontrado sus asientos, y llegó al palco de su amigo sin interrupción.

—No has perdido el tiempo —exclamó Daventry mientras se estrechaban las manos.

—Por supuesto, ¿cómo podría perder la oportunidad de presentar mis respetos prontamente la primera vez que Lilly asiste al teatro?

Sonriendo, como siempre, Lilly se giró para que Oscar pudiera tomar su mano y apretarla. El

matrimonio le sentaba bien. O más precisamente, el matrimonio con el conde de Daventry le sentaba bien. Se veía radiante esta noche. Lilly le devolvió la presión, pero sus ojos se desviaron de vuelta a la multitud después de un breve momento.

—Veo que no soy una compañía lo suficientemente interesante —comentó Oscar con ironía a Daventry. Difícilmente se sentía ofendido por la preocupación de Lilly. Le agradaba Lilly. Hasta hace poco, ella había tenido muy poco que ver con el mundo, estando confinada en cama durante gran parte de su vida reciente. Su transparente fascinación por el teatro le dibujó una sonrisa en los labios. Era refrescantemente natural y estaba profundamente enamorada de su marido. Un hecho al que hacía tiempo que se había acostumbrado, pero aún no podía evitar asombrarse de que Daventry la amara tan profundamente a su vez.

Daventry se rio.

—No seas duro con ella. Nunca ha ido al teatro antes. Mi mayordomo mencionó que parecías bastante decepcionado cuando no estábamos disponibles esta mañana. ¿Qué puedo hacer por ti?

Daventry permaneció en silencio mientras Oscar le relataba su conversación con Leopold Randall, revelando su identidad al único hombre en quien confiaba que no lo repetiría. Sus cejas se arquearon un par de veces, pero aparte de eso, no interrumpió. Sabiendo que su amigo nunca se apresuraba a ofrecer consejos, Oscar esperó, manteniendo sus ojos en la multitud y el escenario, ignorando cómo la mano de su amigo se movía inquieta sobre la pierna de su esposa. Claramente, el matrimonio no había disminuido su fascinación por el sexo opuesto. La había enfocado en una sola mujer.

Oscar envidiaba la felicidad de Daventry.

Al otro lado del teatro, la futura esposa de Oscar estaba sentada tan remota como el mármol, mirando fijamente al escenario y abanicándose lánguidamente. No sentía ningún impulso de regresar, así que consideró permanecer en el palco de Daventry mucho más tiempo del que originalmente había planeado y contempló a Penelope desde la distancia.

En la superficie, se sentaba con una elegante compostura, un grado de decoro mucho mayor para alguien tan joven. A los diecinueve años, eclipsaba a muchas de las debutantes que se presentaban en sociedad, pero nunca rivalizaría con el atractivo de Agatha sobre sus sentidos, y temía que nunca igualara el reclamo de Agatha sobre su corazón.

Daventry le dio un golpecito en la rodilla.

—Me inclinaría a creer al hombre si piensa que su vida y las de sus hermanos están en peligro —reconoció—. Los Romsey son una estirpe oscura de hombres, a pesar de su tez clara. Hay años de rumores sin fundamento flotando sobre ellos. Randall hace bien en desconfiar de todos.

—Hmm, yo también estaba convencido de su sinceridad, pero no tengo mucha idea de cómo llevar a cabo una investigación sin alertar a toda la Cámara de los Lores de que se ha localizado a un Romsey de repuesto. Randall fue muy enfático en mantener en secreto su paradero. Por suerte, nunca mencionó dónde se aloja, así que no tengo que preocuparme por mentir.

—Inteligente de su parte —el conde frotó su mano a lo largo de la pierna de su esposa otra vez y ella se volvió, con una sonrisa que tiraba de sus labios en una expresión encantada. Devoción, adoración, amor. Daventry era un hombre afortunado. Los dedos del conde se deslizaron hasta el mentón de su esposa y acariciaron su mandíbula—. Ven a verme mañana. Podemos repasar todo de nuevo y discutir por dónde empezar tus indagaciones. Hazlo más tarde en el día, alrededor de la una.

Oscar asintió.

—Una cosa más. Tengo la intención de comprar una propiedad en el campo —echó un

vistazo a su prometida y la encontró con la cabeza inclinada para escuchar cualquier ocurrencia ingeniosa que Lord Prewitt se negara a compartir con su esposa. La frustración volvió a surgir en él—. Algo a más de un día de viaje en carruaje desde la ciudad. ¿Por casualidad sabrías de algo adecuado?

El conde miró al otro lado del teatro, donde Penelope estaba sentada escuchando cada palabra que pronunciaba su cuñado. Un ceño frunció la boca de Daventry como si hubiera probado algo amargo.

—Eso debería molestar bastante a Lord Thorne. Desafortunadamente, no se me ocurre nada en este preciso instante. Pero podemos discutir lo que quieres en una propiedad mañana también. Ven a almorzar. Creo que Lilly ha invitado a Agatha Birkenstock para la tarde también.

Estuvo a punto de negarse. Agatha querría que se mantuviera alejado, pero con el conde y la condesa como carabinas, podrían ser sociables sin que ningún escándalo se adhiriera al evento. Tendría que mantener sus manos, y otras partes de su anatomía, para sí mismo, pero podría escuchar hablar a Agatha.

—Los veré a ambos a la una en punto. Lady Daventry, un placer volver a verla.

Lilly sonrió radiante, pero sus ojos pronto volvieron a su marido. Oscar se escabulló de su palco antes de que las cosas se calentaran demasiado entre el conde y su nueva esposa. Hacían el amor a la menor provocación, un pañuelo, o sus bonitos ojos grises. Daventry no podría haber hecho una mejor elección al casarse con Lilly.

El pasillo estaba desierto. Oscar caminó sin prisa de vuelta a su palco, sin ninguna prisa por volver con sus invitados. Afuera, se detuvo, respirando profundamente el aire perfumado antes de reunirse con su grupo. Lo que quería hacer era dar la vuelta, volver a casa y entrar por la ventana de la casa de Agatha para hablar con ella. La quería en sus brazos con un poderoso dolor.

Anoche, su presencia vigilante, seguramente escondida dentro de su alcoba, lo había calmado. Pero había estado a punto de saltar la barandilla. Si ella hubiera hablado, le hubiera ofrecido cualquier tipo de aliento, él habría hecho todo lo posible por meterse en su cama de nuevo.

Oscar apartó la cortina y dejó caer su mirada sobre Penelope. Toda su atención estaba centrada en el escenario, pero entonces notó su brazo colgando torpemente al lado de su silla. Intrigado por la extraña postura, se adentró en el palco. Gracias a los anchos hombros de Prewitt, no podía ver lo que estaba haciendo. Pero Prewitt la estaba observando. Estaba seguro de eso.

Oscar dio otro paso, dejando que las cortinas se cerraran detrás de él, envolviéndolo en las oscuras sombras del palco. Pero debió haber hecho algún ruido, porque Prewitt se volvió, con un rubor oscuro en su piel. Los hombros de Penelope se cuadraron, y levantó la mano para abanicarse con la misma languidez de antes.

Prewitt no dijo nada, pero se removió en su silla cuando Oscar se sentó, con su rostro fijo en el escenario una vez más. La sensación de estar entrometiéndose surgió de nuevo, y se preguntó en qué se estaba metiendo con este matrimonio. Aunque hizo todo lo posible por acallar el sabor cada vez más amargo en su boca, decidió que podría ser de su interés vigilar a su prometida y a su cuñado. Había una conexión extraña entre ellos, una que nunca había notado entre otros hermanos. Era casi como si...

Oscar apartó el pensamiento y forzó sus ojos a mirar a otro lado. Simplemente estaba buscando excusas para librarse de este matrimonio. Seguramente su mente le estaba jugando una mala pasada.

Su mirada se posó de nuevo en Penelope y Lady Prewitt. A pesar del lánguido abanicarse de

Penelope, Lady Prewitt era un marcado contraste. Parecía cegadoramente feliz por su regreso. Le devolvió la sonrisa y se acomodó en su asiento para la interminable noche que era el teatro. Dado que las sillas estaban incómodamente juntas para sus largas piernas, estiró una frente a él, al lado de Lady Prewitt, y dirigió su atención al escenario.

Algo le tocó la pierna. Bajó la mirada hacia su extremidad, escudriñando en las sombras. Otro toque... y entonces se dio cuenta de que Lady Prewitt estaba pasando sus dedos por su pierna.

Conmocionado, Oscar retiró la pierna. La dama volvió a colocar su mano en su regazo. ¡Qué extraño!

Qué bizarro.

¡Qué absolutamente repugnante!

¿En qué demonios de familia se estaba metiendo?

CAPÍTULO DIECISIETE

OSCAR SE PUSO de pie cuando las damas entraron en el salón de Lord Daventry. Se le cortó la respiración al observar la postura rígida de Agatha. Hoy lucía elegante en muselina color ciruela, nada de estampados insípidos para ella, y sus ojos brillaban con un calor contenido que él absorbió rápidamente.

Lillian pasó junto a él en un susurro de seda verde y dejó que Daventry la envolviera en sus brazos. —¿Has tenido una mañana agradable, cariño? —le susurró a su esposa mientras sus manos recorrían su espalda y descendían más abajo.

Oscar apartó la mirada, dándoles privacidad. Desafortunadamente, su mirada se posó de nuevo en Agatha. Su antigua amante también miraba a cualquier parte menos a la pareja recién casada. Oscar cruzó la habitación, manteniendo a la pareja besándose oculta tras su espalda, para pararse frente a ella. Más que nada, deseaba tomarla también entre sus brazos. Ella debió de leer sus intenciones porque su cuerpo se balanceó un poco hacia atrás.

En lugar de abrazarla, echó un vistazo por encima del hombro a la pareja casada. —Pueden ser un poco desconsiderados al mostrar sus afectos a veces, pero creo que la pasión en un matrimonio debe hacer la vida más cómoda.

—Son felices —susurró Agatha.

Sus miradas se encontraron y sostuvieron. —Lo son. Pero nunca he conocido a una pareja tan propensa a olvidar que tienen compañía —Oscar pronunció las últimas palabras con más fuerza, esperando que la pareja que se besaba las oyera y terminara su abrazo.

Lilly soltó una risita. —Mis disculpas de nuevo, Lord Carrington. Giles saca lo peor de mí.

Oscar se giró y sonrió. —Por lo que he visto, hacen una pareja perfecta. Y por favor, llámame Oscar.

Lilly arqueó una ceja hacia Agatha. —Quizás podríamos ser informales hoy. Me parece bastante agradable. ¿Le importa, señorita Birkenstock?

—Lo que la condesa ordene me parece perfectamente aceptable —Agatha se rio mientras Lilly se abalanzaba sobre ella, apartándose de la fingida furia de la condesa—. Está bien, está bien, Lilly será.

Las dos mujeres se abrazaron rápidamente, pero luego Lilly entrelazó sus brazos. —Caballeros, hoy comeremos de manera informal también. El almuerzo se servirá en la sala de las rosas en menos de media hora.

—Por supuesto —murmuró Oscar.

El dolor de Lilly volvía más rápidamente si se la obligaba a cenar formalmente en cada comida. Para compensar, y mantenerla feliz, Daventry cenaba de manera muy informal. La sociedad se escandalizaría si supieran que el conde y su esposa obligaban a sus invitados a comer

recostados sobre el suelo lleno de cojines.

Con un guiño pícaro a su marido, Lilly arrastró a Agatha fuera de la habitación.

—Se llevan bien —murmuró Oscar, echando de menos a Agatha en el momento en que desapareció de su vista. Sus pasos se desvanecieron por el pasillo, y luego todo quedó en silencio de nuevo.

Daventry le dio una palmada impactante en el hombro. —Son las mejores amigas. Me alegra que Lilly tenga compañía femenina de vez en cuando.

Oscar se giró, captando una expresión extraña en el rostro de su amigo. —Habría pensado que la querrías toda para ti. A menudo me he sentido un estorbo cuando vengo de visita.

Daventry hizo una mueca. —Créeme, agradezco cualquier distracción.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿No estás tan felizmente casado como parece?

Daventry se pasó los dedos por el pelo. —Mi esposa es imposible de resistir.

Oscar no pudo evitar la risa que se le escapó. El libertino más disoluto de Londres, domado por una simple mocosa. La idea sería absolutamente absurda si no estuviera seguro de que era cierta. El conde de Daventry era un hombre enamorado, profundamente devoto de su esposa y fiel hasta la médula.

—No te rías. Lilly quiere un hijo.

Oscar se dejó caer en el brazo de una silla, desconcertado. —¿Y tú no?

El conde no respondió al principio. Parecía dudar en confirmar o negar la pregunta de Oscar. Se dio la vuelta y volvió a pasarse las manos por el pelo. Dio un tirón brusco a sus mechones pelirrojos y luego se giró. —Sí quiero hijos —susurró el conde—. Es solo que Lilly es...

—Delicada —Oscar terminó por él cuando pareció no poder acabar la frase. Por supuesto, esa era una preocupación para cualquier hombre. Pero en el caso de Daventry, sus temores por Lilly podían tener cierta validez. Por lo que entendía, la condición de Lilly había cambiado drásticamente una vez que el conde le puso las manos encima, literalmente la misma noche. Su habilidad para la seducción había reducido significativamente su dolor, pero un parto... él tampoco sabía cómo iría.

—¿Has hablado con Lilly sobre esto?

Daventry se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en el respaldo. —No. No quiero decir nada que pueda decepcionarla. Ya ha tenido suficiente de eso.

En algún momento, cerca de cuando Lilly y el conde se habían reencontrado, la familia de Lilly había renunciado a que recuperara su salud. Que estuviera lo suficientemente bien para mantener una conversación racional y no estar profundamente drogada con láudano era enteramente gracias al comportamiento inapropiado y escandaloso de Daventry. Oscar respiró hondo. Lo que Daventry necesitaba era consejo: consejo de mujeres que perdonaran cualquier pregunta directa e indelicada, pero que no cotillearan sobre él después. Necesitaba a su familia. Pero su madre había muerto hacía años y su hermana era una verdadera arpía que armaría un escándalo.

—Dudo que algo que hagas pueda decepcionar a esa mujer, pero deberías hablar con ella sobre tus temores —Daventry no parecía convencido—. Al menos, considéralo. Mientras tanto, ¿debería pedirle consejo a mi madre por ti? Siempre está parloteando sobre las dolencias de las mujeres. Está fuera de la ciudad en este momento, pero regresa mañana.

Daventry inclinó la cabeza. —Está invitada a la cena de mañana por la noche. ¿Lo sabías?

—En realidad, no. Si la encuentro cuando llegue a casa, podrías hablar con ella en privado un momento sin que Lilly se dé cuenta. ¿Quién más viene?

Daventry, si era posible, parecía decididamente incómodo mientras enumeraba las

aceptaciones.

Oscar se puso de pie, preparado para salir corriendo de la casa. —¡Dios mío! ¿En qué estabas pensando? —Su antigua amante y su futura esposa cenarían juntas en la misma casa, la misma noche, en la mesa de su mejor amigo. Sería una catástrofe. Era su peor pesadilla hecha realidad.

Aunque, pensándolo bien, su vida actual era tan pesadilla como podía ser.

Daventry le agarró el brazo con fuerza. —No pude convencer a Lilly de los problemas, y te prohíbo que hagas la velada más difícil para ella. Ya está hecha un manojo de nervios.

—¿Se le informó a Agatha de la lista de invitados?

—Agatha ha ayudado a Lilly a planear la cena, hasta los arreglos de los asientos. Sabe exactamente quién viene y no dijo ni una palabra. —Daventry le dio una sacudida brusca al brazo y luego lo soltó—. Nos las arreglaremos. De alguna manera.

Oscar se sentó en una silla. Agatha tendría una noche incómoda y no había nada que pudiera hacer al respecto.

La campana del almuerzo sonó y la ansiedad de Oscar regresó con la última campanada.

Daventry salió apresuradamente de la habitación, sin duda dirigiéndose a su almuerzo informal. Pero Oscar se quedó, tratando desesperadamente de idear qué podría hacer o decir para que la noche siguiente fuera menos difícil para Agatha. Desafortunadamente, su mente se había quedado completamente en blanco de sugerencias ingeniosas, inteligentes o incluso desesperadas.

Tal vez debería haberse interpuesto entre Bartholomew y Lilly y dejar que él apretara el gatillo. El dolor de la muerte podría haber sido breve, pero habría sido muy preferible al infierno que tenía que vivir. Cualquier cosa sería mejor que su vida actual.

Un tímido golpe en la puerta le hizo levantar la cabeza. Agatha estaba esperando, con los dedos enrollados alrededor del marco de la puerta. —Me dejaste sola con ellos. —Su rostro estaba serio, pero sus ojos brillaban divertidos.

—Lo siento. —Oscar se puso de pie con esfuerzo y caminó los pocos pasos hasta que estuvieron uno al lado del otro.

Sus ojos azules se agrandaron. —Realmente no te encuentras bien.

Cuando su mano se levantó para acunar su mandíbula, él cerró los ojos y se inclinó hacia su toque. No pudo evitarlo. De repente tuvo el impulso de confesar cada uno de sus temores, de contarle sobre la interminable pesadilla de sus sueños. Pero no podía hacer eso aquí. No había razón para que sus amigos descubrieran lo mal que estaba afectado.

El pulgar de Agatha rozó su labio inferior. Él respiró hondo, las lágrimas le escocían los ojos ante la ternura de su toque. No intentó asegurarle a Agatha que estaba bien, porque tenía la sensación de que había empezado por este camino en el momento en que la dejó ir.

Agatha presionó su mano contra su pecho y él dio un paso atrás, con los ojos aún cerrados. No podía evitar reaccionar físicamente a Agatha aunque no quisiera. La cena de mañana por la noche sería extremadamente incómoda si no podía ocultar su anhelo por ella.

El sonido de la puerta cerrándose y el pestillo encajando le hizo abrir los ojos. Agatha los había encerrado. Estaba de pie con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, mirándolo con preocupación. Él trató de recomponerse, pero recuperar la compostura estaba más allá de sus posibilidades. Los brazos de Agatha se deslizaron alrededor de su cintura y lo abrazó contra ella.

Él cedió, ajustando un poco su altura para que descansaran más cómodamente juntos, las piernas de ella acuñadas entre las suyas bien separadas, sus labios a centímetros de su piel.

Las manos de Agatha recorrieron su cintura, los pulgares deslizándose sobre su chaleco, las puntas de los dedos hundiéndose bajo la cintura de sus pantalones. El calor de su toque encendió

su cuerpo. Luchó contra ello, esforzándose por mantener el juicio en un mar de deseo. Agatha respiró profundamente y luego levantó su rostro hacia el de él.

Sus labios se tocaron sin esfuerzo. El calor los presionaba juntos, el deseo hacía que sus cuerpos estuvieran tan inquietos como el viento. Agatha deslizó su lengua más allá de sus labios. Él la dejó ser la agresora. Por mucho que la deseara, nunca podría obligarla a actuar tan temerariamente en la casa de su mejor amiga.

Debería detenerla.

Pero los dedos de Agatha se hundían bajo su ropa inquietamente, tirando de su ropa con manos impacientes. Su camisa se liberó de sus pantalones y las manos de Agatha abrasaron su carne.

—Agatha, no.

Sus dedos apretaron su carne con fuerza, su cabeza se hundió en su hombro. —¿Te casarás pronto?

Oscar presionó sus labios contra su cabello. —Sí.

—Serás un esposo fiel. Esta es nuestra última oportunidad. —Los dedos impacientes de Agatha desabrocharon los botones de sus pantalones.

—Daventry vendrá a buscarnos. No podemos actuar según nuestros deseos aquí.

—Lilly tiene planes para el conde. Desea pasar un tiempo a solas con él. Yo debo distraerte mientras ellos hablan.

—Está funcionando —susurró él. Privacidad y una cómplice dispuesta para su encuentro. ¿Qué más podía pedir un hombre desesperado?

Oscar apretó a Agatha contra su pecho, atrapando la mano de ella entre sus piernas mientras ella trabajaba para excitarlo. No tenía que esforzarse mucho. Bastaría muy poco para llevarlo al límite. Deslizó una mano sobre la cadera de ella, disfrutando de la firmeza de su cuerpo. Cuando sus dedos alcanzaron el límite de su alcance, ella dobló la rodilla, curvando sus caderas contra el muslo de él. Él la meció contra sí mientras ella se estremecía y se esforzaba más por excitarlo. La mano de ella apretaba y tiraba en un delicioso ritmo, desintegrando por completo su resistencia.

Se giraron, y Oscar presionó a Agatha contra la librería. Sus dedos vagaron por la pierna de ella y luego, lenta y muy deliberadamente, le subió el vestido por encima de las rodillas.

—Detenme.

La mano libre de Agatha le acarició el rostro.

—Jamás.

Sus labios se posaron de nuevo sobre los de él, buscando y destruyendo su capacidad de pensar. Ella estaba, simplemente, voraz por él. Dado que Oscar sentía lo mismo, le subió el vestido el resto del camino hasta que sus dedos se curvaron alrededor de sus cálidos muslos. Ella estaba inquieta, hambrienta, y cuando sus dedos rozaron sus rizos, la encontró húmeda para él.

No podía detenerse.

Agatha separó las piernas.

Sonó un golpe en la puerta cerrada. Oscar abrió los ojos y miró a su alrededor con culpabilidad. Aún estaban solos. Presionó su frente con fuerza contra la de Agatha.

—Casi.

Los dedos de ella se deslizaron de su mejilla, su cuerpo lo abandonó lentamente, una tierna despedida que amenazó con deshacerlo una vez más. Su aliento jadeaba rápidamente sobre su garganta.

—Quizás la próxima vez tengamos más suerte. Supongo que deberíamos volver con nuestros anfitriones.

A pesar de la decepción, Oscar se rió entre dientes.

—¿Es necesario?

Agatha le mordisqueó la mandíbula.

—Lilly se decepcionaría si nunca saliéramos.

—Y Daventry se ofendería si eso sucediera.

—Maldita sea, claro que sí —gruñó Lord Daventry desde el otro lado de la puerta—. Únanse a nosotros en cuanto estén presentables de nuevo.

Los pasos del conde se alejaron apresuradamente.

Agatha le sonrió a Oscar.

—No tenemos elección. Por ahora.

El deseo aún se apoderaba de Oscar. Su miembro le dolía. Sacudió la cabeza con tristeza.

—Ninguna en absoluto.

Agatha lo besó ferozmente. Cuando empujó contra su pecho, él se tambaleó.

—¿Hasta más tarde esta noche, entonces?

El corazón de Oscar latía con fuerza. Su cuerpo, su sangre, exigían acción. Sus manos no necesitaban nada más que la dulce suavidad de Agatha Birkenstock en sus brazos una vez más. A juzgar por el intenso rubor de Agatha, sus deseos estaban en perfecta sintonía una vez más.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LA OSCURIDAD OCULTABA bien el deseo, pero Agatha podía sentir la presencia de Oscar por el remolino de niebla que oscurecía su casa. Avanzó, su cuerpo ya vibrando con la esperanza de que él la hubiera estado esperando toda la noche como ella lo había hecho. Las horas transcurridas desde que se besaron en la casa de Lady Daventry parecían haber sido hace demasiado tiempo. Cómo había logrado pasar la tarde mientras Lord Daventry le sonreía con suficiencia, no lo sabía. No esperaba que él estuviera divertido o siquiera consciente de su liaison secreta, pero parecía que Oscar le había contado a alguien sobre ellos.

Al menos la persona a quien le había contado aborrecía los chismes. Sin embargo, le dolía que Lilly tuviera que permanecer en la ignorancia. Probablemente estaría tan decepcionada con Oscar como lo había estado Agatha cuando se enteró de sus mentiras. Pero Oscar iba a casarse con otra. No había nada que pudiera hacer para cambiar su camino e incluirla a ella. Solo podía tenerlo así. En encuentros secretos y fugaces de los que nunca tendría suficiente.

Oscar apareció de entre la niebla. Silencioso. Con el cuerpo tenso. Agatha extendió sus brazos y él la alzó por encima de la barandilla, la apretó contra su cuerpo y se apresuró a entrar en su casa.

Agatha le rodeó la cabeza con la mano y acercó sus labios a los de él mientras atravesaban el oscuro pasillo. La ligera presión pronto se difuminó en posesión y complacencia. Cada uno de ellos dando y tomando lo que necesitaban del intercambio. La oscuridad se desvaneció cuando Oscar la llevó a su dormitorio iluminado por velas y cerró la puerta con llave para mantener al mundo alejado.

Lentamente, la dejó en el suelo, pero Agatha no lo soltó. Aún no. No completamente. Lo necesitaba demasiado para perder su contacto tan pronto.

Meneó las caderas contra él y su respiración silbó entre sus dientes. Ella lo silenció con más besos. No necesitaba decir una palabra. Ambos deseaban y ambos podían tener. Compartiría esta última noche con él, y tenía la intención de grabar el recuerdo de su pasión profundamente en su alma.

Pero eso no sucedería si él controlaba su placer. Su hábito de atender primero las necesidades de ella iba en contra de sus planes para la noche. Él tenía sus propias necesidades que rara vez le había pedido satisfacer, y al final de la noche, ella haría lo posible por cumplir cada una de ellas.

Suavemente, Agatha lo empujó hasta que quedó un pie de aire entre ellos.

El rostro de Oscar se había sonrojado intensamente y su pecho subía y bajaba en un ritmo agitado.

—Siéntate en la cama, mi amor —susurró ella.

Él arqueó una ceja, una sonrisa divertida tiraba de sus labios, pero hizo lo que ella le pidió,

dejando colgar sus largas piernas por el costado. Ella admiró sus piernas mientras levantaba las manos hacia su cabello. A Oscar le gustaba jugar con los largos mechones sobre su pecho, así que lentamente se quitó las horquillas. Cuando la pálida masa cayó, Oscar gimió.

Agatha sonrió y llevó los mechones hacia adelante para cubrir sus pechos, luego lentamente deshizo el nudo de su cintura. La tela oscura de su bata se acumuló a sus pies, y Oscar se mordió el labio. Ella aflojó su camisón y lo fue bajando poco a poco.

Oscar encontró su mirada. —¿Recurriendo a la tortura, eh?

—Espero seducirte.

Él sonrió. —Me tienes, preciosa. Siempre me has tenido.

Mientras su camisón se deslizaba por sus piernas, ella sonrió. Su mirada recorrió su cuerpo con hambre, su bata abultada por su erección oculta. Lo tenía por una última noche, y si una noche era todo lo que podía tener, entonces la haría contar. Dio un paso adelante y jugó con las puntas de su largo cabello, consciente de que al hacerlo, su pezón aparecería y desaparecería ante él. Dio otro paso hasta que estuvo frente a él.

Agatha señaló su bata. —Quítatela.

Aún sonriendo, se quitó la bata y se sentó ante ella en toda su gloria desnuda.

—Hermoso —susurró ella, pasando sus dedos por sus muslos expuestos y subiendo para rozar ligeramente su miembro con las yemas de los dedos. Él se estremeció.

Agatha separó sus piernas para poder acercarse más. Su mirada se elevó a la de él. Mientras se inclinaba para besarlo, también recogió los mechones de su cabello y los pasó sobre su erección. Un jadeo áspero escapó de sus labios. Ella sonrió ante lo simple que podía ser su lujuria. Un toque, un roce de aliento cálido, y ambos estaban jadeando.

Oscar le acunó el rostro y la besó. Ella sabía que debería resistirse un poco más, pero el placer de estar completamente desnuda con él dejó su cuerpo demasiado inquieto para protestar. Se subió a la cama hasta que lo montó y empujó su lengua en su boca una y otra vez. Los dedos de Oscar se hundieron en su cuerpo. Ella se arqueó cuando un fuerte estremecimiento la sacudió. Él sabía exactamente cómo provocarla en respuesta. Aunque no deseaba nada más que dejarlo entrar en su cuerpo, meneó las caderas alejándose de sus dedos hasta que pudo tocar su miembro con sus labios.

Pasó su lengua por la cabeza y luego presionó pequeños besos en la suave piel. Sobre su cabeza, Oscar gimió su nombre. Ella sonrió y lo envolvió con su mano.

Una gota de fluido se formó en la punta y ella la lamió con avidez. Abriendo la boca ampliamente, luchó por tomarlo. Él gruñó cuando su cabeza se asentó en su lengua, y ella lamió el eje para ayudar a su progreso. Subió y bajó de nuevo, tomando más, lubricándolo con su saliva, e hizo lo mejor para ignorar el dolor entre sus piernas. Sus pezones se endurecieron cuando sus dedos los acariciaron y pellizcaron. Agatha se hundió más, y luego subió y bajó, apretando y relajando su agarre sobre él hasta que gimió de nuevo.

Oscar se retorció, una mano acariciando su trasero, la otra penetrándola desde abajo. Agatha gimió alrededor del miembro en su boca, pero no se detuvo, a pesar de la distracción. Deslizó una mano hacia sus testículos y los acarició.

Él apartó su mano. —Si haces eso, terminaré demasiado pronto.

Su miembro salió de su boca con un pop y ella movió su trasero para desalojar sus dedos. —Entonces tienes que prometer no hacerme terminar demasiado pronto tampoco.

Él gruñó y la arrojó sobre su espalda. —¿Puedo evitar ser irresistible? —Cubrió su pecho con su mano y lo amasó—. ¿O que ames todo lo que hacemos juntos?

Él atrajo el pezón a su boca y lo succionó con fuerza, luego lamió la punta rápidamente.

Agatha enredó sus dedos en el cabello de él y lo mantuvo allí, pero su cuerpo temblaba, su pulso se aceleraba. Ella enroscó su pierna alrededor de la cadera de él, abriéndose de nuevo. —Te amo. No podría hacer esto con nadie más.

Oscar enterró su rostro en el cuello de ella, su respiración áspera y caliente contra su piel. —Y no lo harás. Me encargaré de eso mañana. Eres mía, ahora y para siempre.

Unas lágrimas le escocieron los ojos. Su caída final. Su amante.

La suerte estaba echada, el hecho consumado. ¿Por qué luchar contra lo inevitable?

Agatha buscó sus labios de nuevo y se sumergió en su nueva vida. Lo provocaría y complacería para que nunca considerara dejarla por otra.

Oscar parecía muy dispuesto ante su cambio de actitud. Sus manos se curvaron sobre las nalgas de ella y las apretaron, atrayéndola contra su erección. Ella inclinó sus caderas y él se deslizó un poco. Cuando ella se meció contra la intrusión, él la reclamó un poco más. Ella estaba desesperada por que el placer de él se impusiera al suyo. Cerró los ojos y pellizcó los pezones de él. Oscar se elevó sobre ella y sus embestidas aumentaron en fuerza, obligándola a aferrarse a él con fuerza con sus piernas para mantenerlos unidos.

De repente, se detuvo. Agatha abrió los ojos y lo miró fijamente. Su rostro mostraba una sonrisa tonta y ella le devolvió la sonrisa, contenta de compartir este pequeño momento de perfección con él. Él miró hacia donde estaban unidos y luego volvió a mirarla a la cara.

—Cásate conmigo, preciosa —sonrió de nuevo—. Me gustaría hacer esto contigo por el resto de mi vida.

—¿Matrimonio?

—Sí. Matrimonio —deslizó su dedo por la mejilla de ella, limpiando sus lágrimas de felicidad—. Debería haber hecho lo honorable desde el principio. Perdóname.

Comenzó a moverse de nuevo, y el corazón de Agatha se elevó. Matrimonio. Pero ¿cómo? Oscar le separó más las piernas, mirando alternativamente su rostro y el lugar donde invadía su cuerpo. Ella se estremeció ante su feroz expresión.

—Tócate, Aggie, amor. Déjame verte hacerlo.

Agatha pasó su mano sobre su vientre y entre sus pliegues. El duro botón hormigueó ante la creciente atención y ella se incorporó para verlos hacer el amor. Aunque sus dedos pulsaban sobre su botón con velocidad creciente, observaba el grueso miembro de Oscar entrar y salir de su cuerpo. Saber que Oscar también estaba mirando, con su cabeza presionada fuertemente contra la de ella, aumentó su placer, y el precipicio se acercó demasiado rápido. Ella retiró su mano.

—No, no te detengas, preciosa. Te estoy esperando. Esperando.

Ella encontró su mirada mientras su mano regresaba, luego gimió cuando su cuerpo se apretó alrededor de Oscar y él gruñó al unísono. Él movió sus caderas con fuerza, una y otra vez. Colapsaron en un montón desparramado, sus miembros pegajosos con el sudor de sus esfuerzos. Sin embargo, él no los dejó descansar así. La recogió contra él y echó una colcha sobre su piel enfriándose.

—Uno de estos días, preciosa, me vas a romper con ese control tuyo.

Agatha lo empujó para ganar un poco de espacio. Le besó la mejilla. —Tonterías. Eres tú quien me rompe cada vez.

Él sonrió tontamente. —Así que somos iguales. Me gusta eso.

Agatha frunció el ceño. —¿De verdad?

—Oh, sí —se levantó de repente, retiró las sábanas correctamente y los acomodó a ambos en su cama—. Me mantienes muy bien a raya. Soy un mejor hombre cuando estoy contigo.

La atrajo contra su pecho, su agarre suelto pero reconfortante. Constante.

—Eres un buen hombre incluso sin mí, Oscar —ella agarró sus manos—. Sé lo que hiciste por Lilly, mi amor.

Oscar se quedó inmóvil, y ella se preguntó si no debería haberlo mencionado. Pero los secretos eran malos entre ellos. Él necesitaba saber que ella lo sabía todo. De lo contrario, podría no encontrar nunca la paz.

—Él me atormenta —dijo.

Ella frotó sus manos sobre las de él enérgicamente. —No serías un buen hombre si no cuestionaras tus acciones, Oscar. Él era peligroso y tú tenías un tiro claro, según me han dicho. Si alguien más hubiera tenido una mejor idea, habría actuado mucho antes que tú.

Oscar permaneció en silencio detrás de ella.

—Lilly vive y es feliz. Daventry la adora y está contento. No te tortures con los "qué pasaría si" y te niegues la oportunidad de una vida feliz. Vive el presente y nunca mires atrás.

—Es solo que... —exhaló—. Ya no duermo. Me resulta imposible relajarme. Tengo pesadillas terribles.

Agatha frunció el ceño. Eso no sonaba nada bien. —¿No duermes nada?

—No lo suficiente.

Agatha apretó sus manos donde se habían curvado sobre sus pechos. —Entonces piensa en lo que tienes en lugar de en lo que no tienes. Cierra los ojos, mi amor, y duerme. Yo mantendré tus demonios a raya.

Oscar se acurrucó más cerca. —Nunca pienso en él cuando estoy contigo. No te vayas antes de que despierte. Por favor.

Qué hombre tan dulce y confundido. El amante perfecto, pero tan inseguro de sí mismo por el pasado. Ella miró por encima de su hombro. —No acapares las mantas esta noche como la última vez.

Pero él ya se había quedado dormido y no se movió hasta temprano en la mañana.

Se estiró. —¿Estás despierta?

Agatha le apartó el cabello de los ojos mientras él parpadeaba para quitarse el sueño. —No he dormido. Te estaba cuidando.

Oscar la atrajo hacia sí. —Sin sueños. Parece que eres exactamente lo que necesito en mi vida. Hablaré con tu abuelo tan pronto como pueda, y luego podremos ponernos en marcha.

Agatha se sentó y se abrazó la sábana contra los pechos. —¿En marcha hacia dónde?

—A Gretna Green, por supuesto. Lord Thorpe estará molesto por todo esto, pero me ocuparé de él cuando regresemos.

Agatha se mordió el labio. —Demandará por incumplimiento de promesa, ¿no?

—Muy probablemente, pero nos las arreglaremos de alguna manera. Quiero casarme contigo y solo contigo. Madre podrá suavizar las cosas con la alta sociedad eventualmente.

—Vaya por Dios. No es un muy buen comienzo —Agatha se mordió el labio de nuevo y se deslizó fuera de la cama. No había forma de saber cómo vería su abuelo el escándalo. ¿Seguiría pagando su dote a Oscar bajo circunstancias tan escandalosas?—. ¿Thorpe te arruinará?

—No tengo ni idea —Oscar sonrió con picardía—. Ya basta de los Thorpe y del futuro. Ven aquí. Una mujer muy sabia que conozco sugirió que dejara de vivir en el pasado y me aferrara al presente. Ahora mismo, me gustaría aferrarme a ti.

Mientras Agatha gateaba por la cama para posarse de nuevo en su regazo, notó la ausencia de círculos oscuros bajo sus ojos y la sonrisa fácil que los iluminaba. Estaba contento otra vez. ¿Habría sido su presencia la causa de eso?

Oscar la atrajo hacia sí y ella hizo todo lo posible por besar y alejar sus preocupaciones restantes.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—HOGAR, dulce hogar —murmuró Estella mientras miraba el vestíbulo de entrada con absoluta satisfacción, admirando todas las cosas que más amaba en su vida. Sus posesiones le brindaban consuelo mientras le devolvían el guiño bajo la luz del sol que se colaba por una ventana alta. Cada vez que se iba, siempre se alegraba de volver a casa.

—Es bueno tenerla de vuelta, milady —dijo su mayordomo mientras se encargaba de distribuir sus pertenencias en los pisos superiores de la casa.

Diablos, qué bueno era estar en casa. Estella se quitó los guantes con alivio. Su breve interludio con Thomas no había sido el asunto tranquilo que había anticipado. Thomas había sido difícil. No le había gustado nada que ella lo mimara. Oh, en realidad no había intentado mimarlo, pero él estaba cansado y Estella había intentado animarlo a realizar actividades más sosegadas.

Ni siquiera habían hecho el amor, la primera vez que viajaban juntos y no lo hacían.

Estella se quitó el sombrero. ¿Qué había cambiado para ponerlo tan a la defensiva? ¿Se habría cansado de su aventura?

Estella descartó ese pensamiento. Si Thomas hubiera terminado, seguramente se lo habría dicho. Era un hombre directo en todos sus tratos y no la engañaría sin una explicación completa si hubiera retirado su afecto. Quizás la culpa estaba en él. Le había costado levantarse de la cama la mayoría de las mañanas y, al final del viaje, tenía oscuras ojeras.

Tal vez estaba frustrado por envejecer. Cielos, Estella a veces se miraba en el espejo, lamentando la aparición de una línea más en su rostro.

—¿Le apetece un té, milady?

—Sí, creo que sí. Envíelo arriba a mis aposentos, junto con algunas galletas de mantequilla.

Estella subió las escaleras. Ansiaba la soledad de la tarde antes de la cena de Lord Daventry esta noche. Pensó que podría acostarse y descansar una buena hora. Su doncella podría despertarla cuando fuera hora de levantarse y vestirse. Sí, un poco de soledad sería maravilloso, de verdad.

Sin embargo, cuando Estella cruzó el umbral de su dormitorio, se escuchó un fuerte golpe en la puerta principal. No era la aldaba, porque no la habían puesto. Era el puño pesado de un hombre. Se dio la vuelta y se asomó por la barandilla para espiar quién podría ser.

—Lord Lynton para ver a Lady Carrington.

Estella retrocedió por dos razones. Una, por la conmoción de que Lynton hubiera venido a verla en el momento en que regresaba a casa, y dos, porque usaba su título en un intento de intimidar a su personal.

—Su señoría no está recibiendo visitas, milord —entonó Graves.

—Ella me verá.

—¡Cómo se atreve! —gruñó Graves mientras Lynton subía la escalera a toda prisa adelantando al mayordomo.

Estella se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. —Está bien, Graves. Estaba esperando a Lord Lynton.

Aunque el mayordomo frunció el ceño ante la noticia, se marchó. Estella fijó su mirada en su inesperado visitante. Lynton estaba mejor vestido que su habitual sobriedad. Le recordaba al joven lord que solía ser, excepto que se movía sin el contoneo seguro de sí mismo en su paso. Ahora mismo, parecía intranquilo. —¿En qué puedo ayudarte?

—Necesitamos hablar, Essy, en privado.

Aunque no le agradaba particularmente la idea, se retiró a su dormitorio, dejando que Lynton la siguiera si se atrevía. Probablemente ya había causado suficiente cotilleo exigiendo verla de esta manera. ¿Qué era un escándalo más para rematar el día?

Él cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra la madera. —Lo siento por mi hermano.

Estella se encogió de hombros. —Tu hermano tiene algunas ideas extrañas en la cabeza. Pronto desaparecerán, como suelen hacerlo todos sus arrebatos de fantasía.

—Creo que esta vez no. —Lynton hizo una mueca—. Hizo una visita inesperada a tu hijo mientras el chico estaba ocupado con asuntos del orfanato. Staines no se anduvo con rodeos al desear que todos los fideicomisarios se fueran de la casa de Carrington.

El corazón de Estella se agitó. —No ha perdido su toque para despejar una habitación. ¿De qué habló?

Lynton se puso las manos en las caderas, con la mirada preocupada. —Nada específico, pero no ha perdido su costumbre de entrometerse. Preveo que continuará su nueva asociación con tu hijo. Se comentará y la sociedad se dará cuenta. El rumor actual es que tú y Staines tuvieron una pelea de amantes, y su visita a la casa de tu hijo, cuando obviamente estabas fuera de la ciudad, será combustible para la especulación. Si consideran al chico y a Staines demasiado de cerca, podrían imaginar un parecido con el duque.

Estella cerró los ojos, forzándose a no recordar el parecido entre su hijo y este hombre. Pero estaba ahí, a pesar de que no sabía cómo podía ser cierto. Oscar había tenido esa misma expresión de arrepentimiento en su rostro cuando lo regañaban de niño, cuando estaba equivocado y lo sabía. Abrió los ojos.

Lynton no se había movido. Estaba quieto como una estatua, una versión mayor de su hijo. Muy similar. Demasiado similar para que el azar hubiera tenido algo que ver en la creación de Oscar. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo podía haber compartido la cama con Lynton Manning y no haberse dado cuenta?

Estella se dio la vuelta, presionando sus manos juntas sobre su estómago revuelto.

—La primera noche de la fiesta en casa de los Whitcombe —susurró él—. Esperabas a tu marido esa noche. Lo sabía. Lo vi. Carrington te había susurrado al oído toda la tarde, y tuve que aguantar esa interminable cena mientras él te sonreía y hacía que tus mejillas se sonrojaran intensamente.

Estella recordó que ese día y esa noche habían sido los mejores de su matrimonio.

Manning se acercó. Se detuvo detrás de ella, pero no la tocó.

—Había salido para calmar mi temperamento después de que te retiraste a la cama. Estaba celoso y con el corazón destrozado otra vez, como cuando te casaste con ese canalla. Mientras desahogaba mi furia en la oscuridad de la noche, él salió de la casa. Pasó justo a mi lado con Lady Whitcombe y Lady Realford, una en cada brazo. No me vieron. Las mujeres se reían de ti, esperando en vano al bastardo.

El corazón de Estella se aceleró de rabia por un hombre muerto y su infidelidad, y por Lynton aprovechándose de ella esa noche.

—Así que decidiste tomar su lugar.

Las manos de Lynton se posaron ligeramente sobre sus hombros y luego se retiraron.

—Esa no era mi intención. No sé qué estaba pensando. Supongo que fui a decirte dónde estaba y qué estaba haciendo. Quería señalar sus defectos para que lo dejaras.

Estella se abrazó a sí misma, recordando aún más de aquella rara noche de lo que creía posible. Había sido un recuerdo perfecto hasta ahora. Había pensado que su esposo la había tomado de la manera que siempre había imaginado y necesitado.

—No dijiste ni una palabra. Ni una sola.

—No pude. Cuando entré en tu alcoba, me di cuenta de que no lo dejarías. Que evitarías cualquier escándalo y te quedarías con él para preservar tu buen nombre —Sus manos se posaron de nuevo sobre sus hombros.

—No sé qué habría hecho si me hubieras dicho la verdad. Al menos me habría preparado para el resto de mi matrimonio —espetó Estella. Forzó una respiración profunda y calmante en sus pulmones y la dejó salir lentamente—. ¿Por qué tomaste su lugar?

Detrás de ella, la cabeza de Lynton se apoyó contra la suya.

—Me tocaste.

Estella frunció el ceño.

—Eso difícilmente es un estímulo para compartir la cama de la esposa de otro hombre.

Su respiración áspera detrás de ella hizo que su corazón se acelerara.

—Contigo, es como fuego en la hierba después de una larga sequía. Te he amado toda mi vida. Aún te amo.

Lynton no se movió, pero su respiración entrecortada sobre su cuello hizo que su pulso se acelerara. De nuevo, ella reaccionó ante él con asombrosa facilidad. Y también lo había hecho la noche en que él había tomado el lugar de su esposo. Había sido... minucioso. Gentil. Y maravilloso.

Estella se cubrió el rostro con ambas manos. Temblaba y luchaba contra el impulso de darse la vuelta. Pero ver su rostro haría real todo lo que había hecho sin saberlo. Haría que esta conversación fuera completamente imposible de negar.

Lynton frotó sus manos arriba y abajo por sus brazos.

—Tu hijo mira mi rostro y frunce el ceño, amor. Es solo cuestión de tiempo antes de que junte las piezas del rompecabezas.

Un sollozo se escapó de la garganta de Estella. Dios mío, ¿qué haría Oscar cuando descubriera la verdad? ¿Qué pensaría de ella entonces?

—Creo que, tal vez, deberíamos decirle la verdad al chico antes de que Staines le regale a su nuevo sobrino una casa más grande en la ciudad. Mi hermano ya ha amenazado con hacerlo.

Estella bajó las manos.

—Estoy segura de que tu hermano disfrutará a mi costa.

Cuando Lynton la atrajo a sus brazos, Estella no luchó contra la sensación de consuelo que la invadió. Se aferró a él y secó sus lágrimas en su abrigo.

—Está emocionado de descubrir que tiene nueva familia a la que mimar. Ya sabes cómo es, siempre consintiendo a quienes puede —Lynton le dio un beso en la frente—. Tiene buenas intenciones. Solo está molesto conmigo por guardar secretos. Siempre quiso que formaras parte de la familia, y odia que yo tomara los hábitos. Quizás esté más feliz ahora que dejo la iglesia.

Estella se apartó.

—¿No te vas por esto, verdad?

Él sonrió y le acarició la mejilla con los nudillos.

—No, no del todo. Pero temo mucho por los niños del orfanato. Carter quiere retirarse, y sabes que si lo hace, los demás también se irán. No puedo soportar la idea de que los niños vuelvan a quedarse sin hogar. Princeton Park se está reabriendo en preparación para las pequeñas llegadas.

Estella se dio la vuelta.

—¿Los llevas a casa?

—Disfrutarán del aire fresco y mayores oportunidades para hacer travesuras y ejercicio. Sé que yo lo hice cuando era niño. Princeton les sentará muy bien a todos —Se acercó de nuevo y tomó sus dedos—. También hay amplio espacio para visitantes. Me complacería tenerte a ti, a Birkenstock y a la señorita Birkenstock bajo mi techo cuando deseen venir.

—No podría hacer eso —susurró Estella.

Él le apretó los dedos.

—La oferta sigue en pie, de todos modos. Te amo demasiado para preocuparme por Birkenstock. Los niños querrían verte de nuevo, y yo también.

Aunque su boca sin duda colgaba abierta, Estella no pudo encontrar el ingenio para cerrarla. Lynton le besó la mejilla y se marchó, dejando la puerta abierta a su paso.

Ella se quedó mirándola. ¿Cómo se había vuelto su mundo tan confuso? Le gustaba el orden y una vida sin escándalos. ¿Cuándo había cambiado todo?

Respiró hondo y caminó hacia la puerta, con la intención de cerrarla e intentar dormir para calmar su ansiedad. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Oscar apareció en el umbral, con una expresión indescifrable y una mirada inquisitiva.

—Oscar, no sabía que habías llegado.

—Sí, llevo aquí algún tiempo.

—Oh —Estella se lamió los labios y luego maldijo el gesto nervioso—. ¿Cómo has estado, querido?

—Mucho mejor. Estoy contento de nuevo —Miró detrás de él y Estella adivinó que había estado fuera de su puerta mientras Lynton estaba allí, profesando su amor. Pero, ¿habría escuchado la primera parte de la conversación?

No podía saberlo.

Él se aclaró la garganta.

—Vengo por encargo de Lord Daventry y me temo que debo ser un poco indiscreto. Desea hablar contigo en privado sobre asuntos de parto. Tiene preocupaciones sobre Lilly quedando embarazada.

Estella se aferró a la distracción y dio un paso adelante, ansiosa por ayudar de cualquier manera posible. —¿Ya está encinta?

—No. No que él sepa —Oscar negó con la cabeza—. Pero sin una amiga que lo tranquilice, se ha convertido en un manojo de nervios. Ya sabes cómo es con su esposa. ¿Podrías intentar encontrar un momento para hablar con él a solas esta noche antes o durante la fiesta? Pensé que podrías aconsejarlo, o al menos tranquilizarlo.

Estella asintió. —Haré lo mejor que pueda.

—Gracias, madre. Ellos significan todo para mí y no me gustaría verlos infelices.

—Eres un buen amigo, Oscar. Estoy muy orgullosa de ti.

Una repentina sonrisa cruzó su rostro. —No siempre bueno, pero pretendo serlo de ahora en adelante. ¿Estabas muy contenta con tu posición en la sociedad, madre? Lo pregunto porque

tengo la sensación de que las cosas cambiarán muy pronto, y quizás no seamos tan bien vistos en el futuro.

Las lágrimas le picaron los ojos. Lo había escuchado todo. —Oscar, puedo explicarlo.

—La propensión al escándalo parece ser de familia, ¿no? —Dio un paso atrás—. Intenta no enfadarte conmigo, y yo haré lo mismo contigo.

Estella frunció el ceño y extendió su mano hacia Oscar. —¿Qué más hay que no me estás contando? —Él la tomó y ella la apretó, mirando fijamente su rostro y esperando encontrar las respuestas que se le habían escapado durante todas estas semanas.

—Lo sabrás pronto —Oscar se inclinó y también besó su mejilla, y se apresuró a salir.

CAPÍTULO VEINTE

AGATHA ENTRÓ EN la sala del brazo de su abuelo y cada nervio del cuerpo de Oscar vibró. Ella estaba aquí por Lilly, no por él, y ese conocimiento le retorció las entrañas como una banda aplastante. Debería estar de su brazo y a su lado. Todavía tenía que hablar con su abuelo y obtener su permiso para casarse antes de poder intentar obtener una licencia especial o huir a Gretna Green. Si pudiera conseguir una licencia, tal vez podría persuadir al señor Manning para que los casara también.

Su padre. Su verdadero padre.

Oscar bebió un trago. No estaba tan sorprendido como probablemente debería estarlo por lo de su madre y Manning. Pero acostumbrarse a la verdad llevaría tiempo. Creía haber escuchado toda la conversación, y la débil excusa de Manning por compartir su cama. Difícilmente podía guardar rencor al hombre que le dio la vida. Se lo confiaría a Agatha tan pronto como pudiera. Ya no le ocultaría más secretos.

Oscar se acercó mientras Lord y Lady Daventry la saludaban. Su sencillo vestido de seda color borgoña con finos bordes de encaje acentuaba la larga y suave curva de su garganta y el cabello rubio firmemente recogido sobre su cabeza.

Se veía encantadora.

Se veía nerviosa.

Su mirada recorrió la habitación y se detuvo brevemente en un rincón lejano, donde Lady Penelope estaba con su padre, su hermana y su omnipresente cuñado, Lord Prewitt. Se esperaría que Oscar estuviera conversando con su grupo, no retrasando su regreso con charla sin sentido con otro de los amigos de Daventry. Pero él quería a Agatha.

Mientras apuraba el último trago de su bebida, una fortificación necesaria para la larga cena que se avecinaba, notó cuán a menudo los ojos de Penelope se dirigían hacia su cuñado. Claramente le tenía afecto, aunque nunca había nada en el comportamiento de Prewitt que sugiriera que estuviera afectado de manera similar. Su hermana también miraba adorablemente a Prewitt, pero de la manera aceptable en los círculos educados para una esposa: una sonrisa pícara, un toque suave.

Ansiaba el día en que Agatha pudiera estar así de cómoda con él en sociedad. Anhelaba el momento en que pudiera presentarla como su esposa.

Aceptó otra copa, tragó un sorbo y luego contempló su nueva copa. No estaba borracho. La bebida había tenido poco efecto en él hasta ahora, pero iba camino a sentirse más él mismo de lo que había estado en meses. Un hombre que estaba seguro de una cosa.

La mujer que amaba más que a nada en la vida había entrado en la habitación.

En cuestión de momentos, estaba a su lado.

—Señorita Birkenstock, ¿puedo decir que se ve encantadora esta noche?

Agatha parpadeó ante su repentina llegada, y luego rápidamente hizo una reverencia.

—Es usted muy amable, milord.

Tan formal, tan correcta. Demasiado distante. Eso no serviría. Tomó su mano y besó el aire sobre ella. Dejó que un poco de su deleite se mostrara en su sonrisa, pero solo lo suficiente para que Agatha lo notara. Se volvió hacia su abuelo.

—Señor Birkenstock, señor. Es bueno verlo de vuelta en la ciudad. ¿Fue agradable su viaje?

—Sí, sí. Sin problemas en absoluto —resopló Birkenstock—. Aunque no me gustó estar ausente de mi nieta.

—Estoy seguro de que estar a cualquier distancia de la señorita Birkenstock es bastante inquietante.

Oscar decía la verdad. En el momento en que Agatha estaba cerca, todos sus problemas se desvanecían. Su corazón ya no se aceleraba, excepto con anticipación. Pero habría muy poco contacto esta noche. Tenía que comportarse de la mejor manera posible o arriesgarse a arruinar la velada de Lilly.

Una pequeña campana sonó en el pasillo y se dirigieron hacia el esplendor de la mesa del Conde de Daventry. La habitación era perfecta, resplandeciente con luz dorada, fina porcelana y cristal. Los sirvientes esperaban pacientemente para asegurar que la primera cena de Lady Daventry fuera un éxito, cada uno determinado a hacer que la noche fuera perfecta.

Oscar bordeó la mesa hasta que encontró a un sirviente sosteniendo su silla. Cuando Agatha se movió para sentarse en el espacio a su lado, se sorprendió momentáneamente. Por derecho, Lady Daventry podía colocar a sus invitados donde quisiera, por supuesto, pero su elección esta noche era interesante. Había esperado sentarse junto a Lady Penelope. De hecho, había temido ese mismo evento. Pero Penelope estaba sentada lejos de él, y cuando todas las damas se sentaron al unísono, no se sintió decepcionado en lo más mínimo.

Pero Agatha se removía inquieta, claramente incómoda con su ubicación a su lado. Una mirada al otro lado de la mesa mostró que más de un ojo se volvía hacia ellos, considerando la extraña disposición de los asientos. Lady Daventry encontró su mirada y le guiñó un ojo, realmente le guiñó un ojo a través de la larga extensión de caoba. Si no supiera que su corazón estaba firmemente capturado por su posesivo esposo, se sentiría incómodo con el gesto. Pero conociendo la naturaleza de Lilly, concluyó que Daventry le había contado sobre su apego a Agatha, y ella había tomado medidas para colocarlos juntos.

Su madre, siempre dispuesta a desviar la atención de cualquier faux pas cometido por las nuevas anfitrionas, inició una conversación animada y muy oportuna con sus anfitriones como distracción. Pero sus miradas en su dirección insinuaban que lo interrogaría más tarde. No había satisfecho su curiosidad anteriormente en el día, y tampoco lo haría esta noche.

Una vez que toda la atención se desvió con la entrega del primer plato y más conversación, Oscar se aclaró la garganta.

—Entiendo que has sido de gran ayuda para nuestra amiga en común. Daventry me dice que ayudaste mucho a Lilly con la planificación de esta velada. Todo se ve maravilloso.

—La ayudé con algunas cosas, pero esto, la disposición de los asientos, fue enteramente obra suya. A pesar de su aspecto delicado, es la criatura más obstinada.

Se rio y señaló que rellenaran la copa de Agatha, así como la suya. —Debo recordar agradecerle a Lilly como es debido más tarde. Es una mujer decidida a conquistar mi corazón.

—¿Tu corazón? ¿Acaso tu corazón se deja capturar tan fácilmente por un guiño pícaro?

Oscar se llevó la servilleta a los labios para ocultar su sonrisa. —El afecto y la lealtad

parecen demasiado tibios cuando se me ofrece un servicio tan grande. Me ha sentado junto al deseo de mi corazón, y unas pocas palabras no bastan para expresar mi alegría. Verás, puedo hablar contigo toda la noche sin causar ningún gran escándalo simplemente porque debo ser atento. La mayoría de las anfitrionas no han sido tan amables conmigo en el pasado.

Los labios de Agatha se curvaron divertidos mientras centraba su atención en el pescado.

Bajo la mesa, Oscar presionó su pierna contra la de ella. —Ahora ves por qué debo amarla como a una hermana. Pero una hermana agradable, no como mi propia hermana, Mirelle. Ella nunca sería tan buena conmigo.

Agatha giró la cabeza y encontró su mirada. Su mano cayó sobre su regazo y luego, mientras jugueteaba con la servilleta, sus dedos se deslizaron hacia un lado para rozar el muslo invasor de él. Un pequeño hormigueo de conciencia le recorrió la ingle y, cuando ella lo hizo de nuevo, le costó un demonio no devolver la caricia.

Afortunadamente, la cena apenas había comenzado. Tendría tiempo de sobra para recuperar el control antes de verse obligado a ponerse de pie cuando las damas abandonaran la mesa. —Veo que los Ettington y los Hallam no están presentes.

Las manos de Agatha volvieron a los cubiertos. —No. Desafortunadamente, o afortunadamente, desde su perspectiva, las damas se encuentran en condiciones algo delicadas, y sus maridos prefieren que no viajen. Lilly espera verlas en Navidad.

Oscar bebió un sorbo de vino. —Como deberías tú.

La mirada de Agatha se disparó hacia un lado. —Mi abuelo aún no ha tomado ninguna decisión sobre si aceptar la invitación de Ettington. Espero poder ir.

Oscar tomó un bocado de cordero y miró alrededor de la mesa mientras masticaba. La mayoría de las parejas estaban enfrascadas en profundas conversaciones o devorando el banquete del conde con gran entusiasmo. Nadie les prestaba atención. Le ofreció a Agatha una rápida sonrisa tranquilizadora. —Puedes contar con ello. Estarás en Hazelmere para la fiesta. Nosotros iremos.

Los ojos de Agatha se agrandaron.

—Lo visitaré mañana —asintió hacia su abuelo—. Te lo prometo.

Ella volvió rápidamente su atención al plato, y Oscar se relajó. Sería agradable llevar a Agatha fuera de Londres. No creía que hubiera salido desde que vino a quedarse con su abuelo hace tantos años. Años maravillosos, en los que habían llegado a ser los mejores amigos.

Pasaron el siguiente plato en silencio, pero le resultó imposible contener la lengua. —No pude visitar a los niños del orfanato hoy. ¿Cómo va la pequeña Betty?

—Muy bien —respondió Agatha, después de que un lacayo se llevara su plato—. Está llena de salud y vivacidad otra vez. Y los otros niños están igual que siempre.

Oscar se rio. —¿Llenos de energía y listos para la aventura?

—Exactamente.

—La mayoría de los niños son así, y las niñas también, a temprana edad, antes de que se les enseñe a imitar solo a sus madres. —Una sonrisa revoloteó por el rostro de Agatha ante sus palabras—. ¿Qué?

—Los niños sentían mucha curiosidad por ti el otro día. Me acribillaron con todo tipo de preguntas. Te has convertido en toda una novedad. Pero creo que los niños también aprenden mucho de sus padres, sin darse cuenta. Es una lástima que estén destinados a no tener uno.

—No siempre seré una novedad para ellos —Oscar tomó un rápido trago de su clarete—. Con suerte, llegarán a hartarse de mí.

Agatha sonrió. —No sucederá. Es bueno que los niños tengan tu influencia en esta etapa de

sus vidas. He notado una mayor atención a su apariencia por parte de los mayores, pero debo conseguir un sastre para algunos de ellos. Han crecido mucho. Los brazos de Simon son muy largos ahora.

—¿Cómo llegó Simon al orfanato? —Oscar ajustó su silla para estar un centímetro más cerca —. Hay muy poco anotado sobre él en los registros.

—Sabemos poco más. Lo encontraron esperando en los escalones de la entrada una mañana, con un saco de ropa a su lado y un puñado de monedas apretadas en su puño. Había una nota, un trozo de pergamino muy doblado con el nombre de mi abuelo escrito en él.

—¿Tu abuelo lo reconoció?

Ella negó con la cabeza tristemente. —Para nada. Y como Simon nunca hablará del pasado, tenemos poco más en qué basarnos. Sin embargo, es una buena influencia para los niños más pequeños.

—¿En qué sentido?

La sonrisa de Agatha regresó. —Sabe leer. Su caligrafía es bastante superior a lo que se esperaba al principio. Incluso ha comenzado a ayudar a los pequeños a aprender las letras.

Eso sí que era sorprendente. —Bueno, quizás sus habilidades le preparen para una carrera cuando sea mayor. Me aseguraré de hablar con él mañana.

La sonrisa de Agatha se apagó. —Eso puede resultar difícil. No es muy aficionado a los caballeros, en general, y hace todo lo posible por pasar desapercibido. Es bastante frustrante estar siempre buscándolo.

—Obviamente no ha salido a la señorita Mabel —Oscar rio con fuerza y todas las miradas se volvieron hacia ellos de nuevo. Dirigió su atención a las delicias que le servían con considerable reluctancia. Le gustaba hablar con Agatha sobre las necesidades de los niños. Y sentía una curiosidad increíble por ese chico Simon. Leer y escribir tan bien como para impresionar a la edad de diez años era todo un logro para un huérfano. Quizás sus circunstancias actuales distaban mucho de sus orígenes. Interrogaría al chico con cuidado para no asustarlo y luego vería qué se podría hacer por su futuro.

Al final de la comida, una vez que las damas se hubieron retirado al salón, Oscar se desparramó descuidadamente en su silla. No tenía ganas de conversar; sus pensamientos se demoraban en los huérfanos y en los pasos que debía dar para hacer de Agatha su esposa lo antes posible.

—Tienes una buena pieza ahí.

Oscar miró a Lord Prewitt y frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—No lo niegues. Prácticamente le hiciste el amor sobre la mesa.

Oscar se puso de pie.

—La señorita Birkenstock y yo hablábamos del orfanato, de hecho. Le sugiero que se guarde sus bajas acusaciones.

—Solo recuerda que te casarás con Lady Penelope este mes. No tolerará que la avergüences públicamente coqueteando con tu fulana delante de sus narices otra vez.

Oscar dejó pasar la revelación de que Prewitt creía que se casaría con Lady Penelope ese mes. No iba a tolerar la calumnia de Prewitt contra Agatha.

—Mañana mi...

Daventry puso su mano en el hombro de Oscar y lo empujó hacia atrás. El conde se interpuso hábilmente entre ellos.

—Si hay alguna palabra despectiva que decir contra la amiga más cercana de mi esposa,

entonces seré yo quien lo rete a duelo. Después de todo, esta es mi casa, y si un invitado ha bebido demasiado y deja de hablar como debería hacerlo un caballero, entonces estaré más que encantado de pedirle cuentas mañana al amanecer si es necesario.

Prewitt miró a uno y otro, sopesando la amenaza de Daventry. Finalmente, ofreció una sonrisa torcida.

—Quizás tenga razón. Usted sirve una mesa excelente, milord. Debería retirarme por esta noche.

La sonrisa de Daventry era fría.

—Quizás debería.

Lord Prewitt recogió a su suegro y, con una última sonrisa burlona, abandonó la habitación.

Daventry alejó a Oscar de sus invitados.

—¿Has perdido el juicio?

—Insultó a Aggie.

—Y ahora estará más curioso sobre su lugar en tus afectos. Podrías haber manejado eso mejor.

Oscar se encogió de hombros.

—Poco importa ya.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Oscar dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Dicen que el cambio es bueno para el alma. Estoy harto de jugar según las reglas de la sociedad.

Daventry se llevó las manos a las caderas.

—Si estás a punto de fugarte, por el amor de Dios, baja la voz.

Oscar sonrió.

—No me fugo. Al menos, no todavía.

—Bien —Daventry se pasó los dedos por el pelo—. Lilly está planeando organizar tu desayuno de bodas. No la decepciones.

—Ni se me ocurriría. ¿Hablaste con mi madre?

—Sí, gracias. Fue un gran consuelo —Daventry se movió inquieto—. Deberíamos reunirnos con las damas. Mi esposa se estará preguntando dónde nos hemos metido.

Daventry se marchó con los otros hombres, pero Oscar se rezagó. Se puso al paso de Thomas Birkenstock. Este le lanzó una mirada extraña y rápidamente se acercó al lado de su nieta, echando a perder su oportunidad de flirtear con Agatha otra vez esa noche.

CAPÍTULO VEINTIUNO

AGATHA SE SIRVIÓ la última taza de té y se dejó caer en la silla más cercana. Mantener sus emociones bajo control esta noche estaba resultando más que un poco difícil. Pensó que podría soportar la tensión de socializar con la prometida de Oscar, pero honestamente sus pensamientos se estaban volviendo un tanto violentos. La elegante belleza morena y su igualmente admirada hermana mayor estaban dominando la conversación un poco apartadas de Lilly.

Ambas parecían decididas, por accidente o por diseño, a hacer que Lilly pareciera una visitante en su círculo social. No es que Lilly —dulce pero ligeramente ingenua Lilly— tuviera la más remota idea de su desprecio. Pero Lady Carrington lo había notado. La vizcondesa se había situado junto a la recién casada y estaba dirigiendo la conversación hacia aguas más tranquilas donde Lilly se sintiera cómoda.

Las puertas principales crujieron al abrirse, y los caballeros se unieron a ellas justo a tiempo. Tanto Lady Prewitt como Penelope se abalanzaron sobre Lord Prewitt, ignorando al resto de la compañía masculina que regresaba. Agatha no podía entender su fascinación por Lord Prewitt. Ni siquiera era tan atractivo a la vista. Quizás tenía cualidades ocultas que contribuían a su atractivo.

—Ah, ahí estás, niña —jadeó su abuelo mientras se sentaba.

Agatha estudió su rostro. Parecía más cansado que cuando había regresado a casa. —¿Te encuentras mal?

—No, no —respondió su abuelo mientras se secaba la frente—. Solo un poco de indigestión. Lord Daventry pone una buena mesa. Estaré bien en un momento.

Aliviada, Agatha le dio unas palmaditas en el brazo. —Así es. Lilly afirma que todos sus dientes son dulces, no solo uno.

Su abuelo le lanzó una mirada astuta y asintió con la cabeza. —Estás muy encariñada con Lady Daventry, ¿verdad?

—Sí, señor. Es mi muy buena amiga.

—¿Y la disposición de los asientos esta noche? —Su abuelo levantó la vista hacia la puerta y sorprendió a Oscar mirándolos.

—No sé a qué te refieres, señor.

A su lado, su abuelo se desplomó un poco. —Tuve una corazonada hace tiempo, pero cuando no sucedió nada, descarté la idea. Me equivoqué al hacerlo, ¿verdad?

Las mejillas de Agatha se encendieron. Rayos. Había intentado tanto parecer indiferente, pero la atenta conversación de Oscar esta noche lo había arruinado todo. Ahora tenía que mentir. —El vizconde es un hombre encantador como compañero de cena. Habría sido grosero de mi parte ignorar su conversación.

—¿Fue de alguna manera atrevido en su discurso? Si lo fue, le cortaré la cabeza.

Agatha puso una mano tranquilizadora en el brazo de su abuelo, alarmada por el alto color en sus mejillas. —Fue muy correcto en su discurso, señor. No hay motivo de preocupación.

Su abuelo se calmó, pero el alto color permaneció en sus mejillas. No le haría ningún bien alterarse por una simple disposición de asientos. Esperaba que no se angustiara igualmente si Oscar venía a visitarlos mañana. Dado que Oscar ya estaba comprometido para casarse, Agatha se preguntaba cuán angustiado podría llegar a estar su abuelo por el potencial escándalo. Pero si Oscar pudiera convencerlo de que estaban enamorados, ¿no suavizaría las cosas?

Para su alivio, los Prewitt y Lady Penelope se marcharon temprano.

Buen viaje. Ahora todos podrían estar tranquilos de nuevo.

—Agatha, ¿te importaría buscar a un sirviente para que me traiga una bebida? No están mirando en esta dirección —resopló su abuelo, secándose la frente una vez más.

Agatha se levantó. —Por supuesto, señor. Volveré enseguida.

Mientras cruzaba la habitación, Agatha tuvo que pasar directamente al lado de Oscar. Él atrapó las cintas que colgaban de su vestido y tiró de ellas. Agatha lo ignoró. ¿Qué más podía hacer? Pero esperaba que su abuelo no lo hubiera notado. Ya la estaba preocupando lo suficiente, sin necesidad de enfadarse por Oscar. Él entendería todo mañana, una vez que Oscar hubiera hablado con él.

Aceptó una copa de champán y comenzó a regresar hacia su abuelo. Pero la multitud se había movido y Agatha quedó atrapada con Oscar en su camino. Él le sonrió traviesamente y puso su mano en su brazo.

—Disculpe, mi lord. ¿Puedo pasar?

—Aún no. Necesito decirte algo.

Agatha se sacudió su agarre, temerosa de lo mucho que deseaba dar un paso hacia sus brazos y ser abrazada. —¿Ahora?

—Puede esperar hasta mañana, pero es muy importante.

Su rostro se volvió serio y Agatha de repente temió que hubiera cambiado de opinión sobre desafiar las convenciones y casarse con ella. En pánico, miró a su alrededor, pero su abuelo se había movido de su asiento. —¿Ve usted al señor Birkenstock, mi lord?

—No. —Oscar tomó sus dedos para guiarla a través del grupo de caballeros—. Pero lo encontraremos juntos si quieres.

Lord Daventry se acercó. —Perdóneme, señorita Birkenstock, justo venía a buscarla. Su abuelo desea marcharse y solicita su presencia en el vestíbulo principal.

Con otro apretón, Oscar soltó sus dedos. Agatha se dirigió hacia Lilly, le deseó buenas noches y luego se volvió para encontrar a Lord Daventry esperando pacientemente. Él le ofreció su brazo para guiarla a través de la habitación llena de gente.

—Gracias, mi lord.

Lord Daventry se inclinó cerca. —Me preguntaba si podría tener unas palabras antes de que nos reunamos con su abuelo. No me pareció que se viera particularmente bien hace un momento. No dude en enviar aviso si alguna vez necesita asistencia.

El corazón de Agatha comenzó a latir con fuerza. Así que no era solo su imaginación. Había pensado que su abuelo había empezado a parecer más viejo y débil últimamente. Sin embargo, se había negado obstinadamente a considerar las implicaciones por completo. Él se acercaba a los sesenta y cuatro años. No viviría para siempre, por mucho que ella deseara lo contrario.

Agatha forzó una sonrisa tranquilizadora en sus labios, pero por dentro temblaba. —Estoy segura de que no es nada grave. Buenas noches, mi lord. Gracias por una velada maravillosa.

El conde frunció el ceño de nuevo, pero luego hizo una señal a los lacayos para que abrieran las puertas sin decir una palabra más. Ella miró a su alrededor, pero no pudo ver a su abuelo. El mayordomo estaba de pie en la puerta, listo con su chal, luego la escoltó afuera y la ayudó a subir al carruaje. Dentro, su abuelo parecía estar descansando con los ojos cerrados. El carruaje se sacudió y por un breve momento sus ojos se abrieron, pero se cerraron rápidamente de nuevo.

Sin saber qué pensar de su reticencia, Agatha observó el constante subir y bajar de su pecho. Solo estaba cansado. Mañana lo obligaría a quedarse en casa hasta que recuperara sus fuerzas.

Mientras el carruaje traqueteaba por las oscuras calles de Londres, Agatha reflexionó sobre su velada. Hasta la última parte, lo había disfrutado. Cenar al lado de Oscar era una hazaña que nunca antes había logrado. Era un conversador cautivador. Pero por primera vez, apreció estar en su órbita. Aunque apenas la había tocado durante toda la noche, la había hecho sentir valorada y especial. ¿Sería lo mismo cuando fuera su esposa?

¿O se desviaría, como hacían tantos hombres?

Aunque el futuro aún guardaba muchos problemas desconocidos, dejaría sus preocupaciones de lado por esta noche. Mañana, le enviaría a Lilly la bolsa de dulces más grande que pudiera encontrar como agradecimiento por haberlos sentado juntos.

El carruaje se detuvo con un estruendo frente a su casa. Su abuelo se despertó y salió del carruaje. Finalmente, justo cuando ella había comenzado a sospechar que ya la había dejado, su mano se extendió para ayudarla a bajar del carruaje. Agatha deslizó su mano en la de él, notando inmediatamente la humedad del agarre de su abuelo.

—¿Señor?

Él deslizó su brazo alrededor de los hombros de ella, y ella casi se dobló bajo la tensión de sostenerlo. Su mayordomo, George, se apresuró a ayudar y pasó su brazo alrededor de la espalda de su abuelo, tomando la mayor parte de su peso. Juntos subieron las interminables escaleras y llevaron a su abuelo al vestíbulo. Con la mayor iluminación, el brillo de su piel empapada en sudor y el color anormalmente claro de sus ojos la preocuparon.

—¡Wallace! —gritó George, luchando por tomar más peso de su abuelo de los hombros de ella. El lacayo se apresuró hacia ellos y ayudó a George a sostener a su señor por la larga escalera. Desde abajo, Agatha observó su inestable progreso, con el temor creciendo en una ola constante. La cabeza de su abuelo se balanceaba hacia adelante, su mirada fija en mover sus pies. Pero sus movimientos eran torpes, y cuando llegaron a la cima, ambos sirvientes lo levantaron entre ellos para llevarlo a su habitación.

Una mano tocó su brazo. Nell observaba lo que sucedía con lágrimas en los ojos. La doncella de Agatha claramente esperaba lo peor. Pero aún no podía ser su momento. Todavía era demasiado joven, demasiado vital para que el frío de la tierra lo tragara. Agatha subió corriendo las escaleras y se dirigió a la habitación de su abuelo. Los sirvientes lo habían maniobrado hasta la cama y le estaban quitando los zapatos y desatando su corbatín. Su abuelo yacía en silencio, permitiendo que los sirvientes se afanaran sin comentarios.

Ella miró su pecho. Todavía subía y bajaba con un ritmo constante... pero entonces escuchó el fuerte jadeo de su respiración cuando la habitación quedó en silencio.

Todos se volvieron hacia la cama, tal vez contando las respiraciones laboriosas. Agatha se acercó y agarró el brazo de su abuelo, luego deslizó sus dedos sobre su ancha mano. Su mano estaba floja, sin fuerza y anormalmente fría.

George acercó una silla detrás de ella y se sentó a ciegas. Estaba muriendo ante sus propios ojos.

Agatha tomó grandes bocanadas de aire mientras su corazón latía aceleradamente por el

miedo. —Traigan a un médico. Ahora.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—ME TEMO QUE no hay nada que hacer, señorita Birkenstock.

Esas palabras seguían resonando en la cabeza de Agatha hasta que pensó que le estallaría de angustia. Nada. Ni una sola cosa. Agatha acarició con sus dedos la mano inerte de su abuelo, sintiendo cómo un escalofrío se apoderaba de sus huesos. Podría no tardar mucho, podría llevar toda la noche, pero de cualquier manera, estos serían sus últimos momentos con su familia.

Después de eso, una vasta soledad la esperaba.

Sin familia, sin marido aún y sin hijos.

Un susurro en la puerta alertó a Agatha de su visitante de medianoche. Después de que el médico hiciera su pronunciamiento una hora antes, Agatha había enviado dos cartas: una a su prima en Winchester y otra a Lady Estella Carrington aquí en la ciudad. Era demasiado pronto para que su prima llegara, pero no para la amiga más cercana de su abuelo. Aunque no debería saber del romance entre ellos, Agatha era observadora y había hecho la conexión hace mucho tiempo.

A pesar de cualquier posible incomodidad, enviar la carta era un acto de bondad.

Estella Carrington se apresuró hacia la cama y acunó el rostro de su abuelo entre sus manos. Su expresión, tan llena de angustia y preocupación, convenció a Agatha de que había tomado la decisión correcta al informar a la vizcondesa, incluso a riesgo de que una vigilia en el lecho de muerte pudiera traer escándalo al nombre de los Carrington.

Agatha bajó la mirada a sus manos, esperando que la dama asimilara el cambio por venir, que se compusiera para el final. Ignoró los sollozos que Lady Carrington no podía contener e intentó pensar en lo que tendría que hacer. Su primo sería dueño de la casa. Tontamente, nunca había discutido qué sería de ella si su abuelo moría antes de que se casara. Y él había sido tan insistente en que se casara pronto.

La mano fría bajo la suya se estremeció y ella miró el rostro de su abuelo. Sus ojos estaban abiertos. Agatha se puso de pie para estar más cerca de su cabeza.

—Mis ángeles.

Agatha se apresuró a limpiar una lágrima que caía por su mejilla y apretó con fuerza su mano. No podía pensar en qué decir, pero temía que estos momentos fueran los últimos. Una mirada a Lady Carrington le mostró que no estaba sola en su dolor. Las lágrimas corrían espesas por las mejillas de la mujer mayor, dejando su rostro en un palpable dolor.

—Oh, mi Thomas. No nos dejes.

Pero no hubo respuesta a sus palabras. Sus ojos se ensancharon mientras tomaba aliento y nunca lo dejó salir de nuevo.

El repentino silencio era sofocante.

Estella Carrington se arrojó sobre el pecho inmóvil del abuelo de Agatha y lloró amargas lágrimas de pérdida. Agatha observaba, entumecida, incapaz de comprender por qué él permitiría tal demostración de emoción en su presencia. Y entonces recordó. Se había ido. Nunca más diría a nadie que lo dejaran en paz.

La mano en su agarre se deslizó. La miró fijamente, esperando un movimiento que probara que esta noche no era más que una pesadilla surgida de sus sueños más profundos. Sin embargo, no se movió ni un ápice.

Un sollozo en la puerta llamó su atención. Se movió, girándose para ver quién lloraba.

Nell estaba en la entrada, con lágrimas corriendo por sus mejillas, llorando por su empleador con más emoción de la que Agatha sentía.

No podía haberse ido. En cualquier momento, se levantaría y les diría a todas que terminaran con sus llantos femeninos. Afirmaría que le dolían los oídos y se dirigiría a su estudio para enterrarse en sus papeles.

Pero cuando notó los dolorosos intentos del mayordomo por no derramar una lágrima, Agatha tuvo que enfrentar el futuro.

Sola.

Sin nadie que volviera a sermonearla jamás.

Agatha puso su mano en el poste de la cama para estabilizarse, el dolor y la pérdida finalmente forzando a su cuerpo a reaccionar. No quería esto, pero tenía exactamente lo que pensaba que había deseado todo el tiempo. Libertad.

Su vista se nubló mientras caían las lágrimas. Las paredes desaparecieron cuando unas manos fuertes la empujaron a una silla y luego presionaron un suave lino en su palma. Un pañuelo. Un pañuelo de hombre.

Ese simple gesto rompió su último gramo de autocontrol, y se entregó a sus lágrimas hasta que pensó que su corazón podría romperse.

Oh, Dios, dolía tanto.

Agatha envolvió sus brazos alrededor de su pecho en un vano intento de control.

Otra mano tiró de ella. El cálido y delicado aroma a lavanda ofrecía consuelo. Agatha enterró su cabeza en el hombro de Estella y dejó fluir su dolor. La vizcondesa la abrazó, acarició su espalda y la meció suavemente mientras lloraba.

Agatha ignoró lo extraño que era ser consolada por la mujer, y una mujer llorosa además. Era la madre de Oscar, una figura necesariamente distante. Pero qué extraño era ser abrazada por la amante de su abuelo.

Agatha se apartó y manoseó el pañuelo en sus manos. Tenía que recuperar algo de control; había tantas cosas por hacer. No podía quedarse sentada llorando cuando su abuelo se había ido. Se secó los ojos y tomó una profunda bocanada de aire, tratando de calmarse para enfrentar el futuro.

Cuando levantó la cara, se sorprendió al ver a Lady Carrington arrodillada a sus pies. Se apresuró a ayudarla a levantarse.

—Por favor, Lady Carrington, arrugará su vestido.

—Estella, por favor —Devolvió una débil sonrisa y se hundió en su silla—. El vestido apenas importa a esta hora, niña. No te preocupes por mí.

George, de pie pacientemente en la puerta, se aclaró la garganta.

—Perdone la intrusión, señorita, pero en nombre de todo el personal, queríamos expresar nuestras condolencias. Era un buen hombre, un excelente empleador, y será muy extrañado.

Las palabras de George hicieron que sus ojos se llenaran de más lágrimas, pero no podía

dejarlas caer ahora. Más tarde, cuando sus deberes estuvieran completos, lloraría de nuevo. Por ahora, tenía que hacer de la partida de su abuelo un tributo.

Agatha se volvió hacia la gran cama y el caparazón vacío de su abuelo. Con la ayuda de George, enderezó sus extremidades, arregló la ropa de cama y, con una última mirada a su rostro inmóvil, puso su mano sobre sus ojos para cerrar los párpados. George estaba preparado con monedas y las deslizó sobre sus ojos.

—Gracias, George.

Ya no quedaba nada más que hacer sino mantener la vigilia. —¿Podrías traer otra silla, por favor? Luego puedes retirarte por la noche.

—Por supuesto —murmuró George, pero primero se ocupó del fuego, una tarea en la que Agatha no había pensado, antes de colocar otra silla junto a Estella y luego alejar a los sirvientes que rondaban afuera de la puerta de vuelta a sus camas.

Agatha se acomodó en la silla y apoyó la cabeza en el respaldo. Nada que hacer. Esas palabras rebotaban una vez más en su cabeza, burlándose de ella con la incertidumbre del futuro. No tenía nada. Pronto se quedaría sin hogar. Y nadie se preocuparía cuando eso sucediera. ¿Oscar aún querría casarse con ella ahora que estaba de luto?

Las lágrimas volvieron a picarle los ojos y se aferró al brazo de la silla para mantener a raya el creciente pavor. Tenía que ser fuerte y prepararse para este futuro incierto. Las lágrimas nunca la habían ayudado en el pasado. Serían prácticamente inútiles en el futuro.

Los cálidos dedos de Estella envolvieron su tensa mano y la apretaron. No estaba tan sola esta noche. Por ahora, tenía el consuelo de la compañía de Estella mientras mantenía la vigilia. Agatha se preguntaba cuánto tiempo permanecería la mujer mayor.

Giró la cabeza y encontró los ojos de la otra mujer llenos de preocupación.

—Sé que este es un momento desafortunado. Quizás pienses que soy insensible al mencionar un tema tan delicado, pero no tienes que temer, no en un momento tan cercano a su partida. Thomas ha hecho arreglos para ti. Que tu mente esté tranquila en ese aspecto —susurró Estella.

Sin embargo, la paz duró solo un momento. —¿Qué arreglos?

—No los conozco todos con precisión, pero Thomas habló recientemente con tu primo y obtuvo su acuerdo de que no serás expulsada de esta casa tras su muerte. Tengo los papeles en mi posesión, en caso de que sea necesario recordarle a tu primo el acuerdo. Parece que tu abuelo tenía más que una leve sospecha de que su tiempo se acercaba rápidamente.

Agatha comenzó a temblar, angustiada por haber pasado por alto las señales de que no estaba bien. —¿Sabías que estaba enfermo?

Estella levantó la mano temblorosa de Agatha y besó el dorso. —No, niña. Nunca me habló de su salud. Pensé que simplemente estaba cansado de sus negocios. Eran una gran carga para él.

Al menos no era la única que se había visto sorprendida. Arrullada por la suave caricia de los dedos de Estella en el dorso de su mano, Agatha se relajó. Ninguna de las dos tenía la culpa, pero ambas lo extrañarían.

Un fuerte golpeteo en la puerta principal sacó a Agatha de un breve sueño. Se frotó los ojos cansados y por un momento se preguntó qué hacía en la habitación de su abuelo. La oscura habitación estaba en silencio, excepto por su propia respiración. Estella ya no estaba sentada a su lado.

Una conversación en voz baja se filtró desde el vestíbulo. La voz profunda de un hombre retumbó por la casa. Intrigada por quién podría ser, se puso de pie con dificultad. Aunque inestable, echó un vistazo a la figura inmóvil de su abuelo y luego salió al rellano. Abajo, Estella susurraba con el señor Manning, el rector de St. George. La vizcondesa debía haberle enviado un

mensaje mientras Agatha dormía. Debía recordar agradecérselo más tarde.

Lentamente, Agatha descendió las escaleras.

Manning se apresuró a escoltarla. —Mi niña, qué gran tragedia. Por favor, acepta mis condolencias. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Agatha logró esbozar una débil sonrisa mientras él la miraba. Sus ojos pálidos estaban grabados con genuina preocupación y sabía que podía contar con él para que su abuelo fuera enterrado con respeto. Hizo un gesto hacia el estudio de su abuelo. —Gracias por venir.

Cuando todos estuvieron instalados frente al escritorio de su abuelo, ella luchó por controlar sus emociones. El aroma a cigarro era fuerte en la habitación y los recuerdos hicieron que sus ojos volvieran a arder con lágrimas. —No estoy segura de cómo proceder con los arreglos, señor. Mi abuelo nunca mencionó ninguna preocupación sobre su salud o sus deseos para el entierro.

El vicario se aclaró la garganta y le dio una breve descripción de sus opciones. Su elección era un entierro de buen gusto sin la pompa y ceremonia que Estella seguía sugiriendo.

Cuando la tensión entre ellos se volvió insoportable, Agatha levantó ambas manos para silenciarlos. —Por favor. No deseo escuchar discusiones hoy.

Manning tuvo la gracia de parecer avergonzado. —Perdónenos, señorita Birkenstock. Tenemos una vieja disputa entre nosotros que, por supuesto, debería tratarse en otro momento.

Eso era sorprendente. Agatha había pensado que Manning y Estella se llevaban de maravilla. —No importa, señor. Supongo que ambos estamos afectados por el dolor de perder a alguien a quien queríamos mucho.

Agatha captó la mirada dolida de Estella. Su dolor era prueba de que su abuelo había sido bendecido con el amor de dos mujeres.

Manning se movió en su silla, como si estuviera incómodo. —Era un hombre excelente... pero teníamos opiniones opuestas sobre muchas cosas, incluido nuestro afecto por Lady Carrington. Ese tipo de situación hace imposible una amistad cercana entre hombres. Su felicidad y bienestar son mis principales preocupaciones. Dígame lo que desea que se haga y no discutiré más.

Agatha presionó sus manos frías sobre el escritorio. La apariencia exangüe le recordó a su abuelo, y rápidamente las enterró en su regazo. Tomó un profundo respiro. —Creo que mi abuelo habría preferido un servicio más sencillo, acorde con nuestra posición en la sociedad. No deseo ofender, Lady Carrington, pero lo que usted sugiere, aunque ofrecido con la mayor prueba de su apego a él, es un asunto elegante más adecuado para los de su rango elevado. Mi abuelo era simplemente un caballero del comercio, y conozco nuestro lugar en el mundo. —Se volvió hacia el vicario—. Me complacería si pudiera actuar en este asunto en mi nombre. Me gustaría el servicio más sencillo que usted describió, con el entierro en el cementerio de la iglesia.

Agatha se frotó la sien. La tensión de la noche anterior la estaba alcanzando. Estaba tan cansada, tan lista para que esta pesadilla terminara. Sin embargo, no podía descansar hasta que todo estuviera en marcha. —No obstante, recuerdo una conversación con mi abuelo hace algún tiempo, pero era un tema tan angustioso que me cuesta mencionarlo.

El vicario se movió al borde de su asiento. —Por supuesto, pero si la discusión tranquilizaría su mente, por favor, debe desahogarse.

Agatha tragó saliva. —Mi abuelo tenía miedo a los ladrones de tumbas. No me gustaría que le pasara nada a sus restos una vez que descanse en paz.

El vicario asintió con una mueca sombría. —El robo practicado por los resurreccionistas siempre es una preocupación entre nuestros feligreses, pero hay formas de frustrar tales actos despreciables. Un mortsafe ha demostrado ser muy eficaz. Es una jaula de hierro que se coloca

sobre el ataúd y que impide cualquier intento de extraer el cuerpo. Pero también podemos emplear sirvientes para que velen por su abuelo. Haré esos arreglos también.

—Gracias por su ayuda.

El vicario se puso de pie. —Si me disculpan, me marcho para hacer los preparativos. Señorita Birkenstock. Essy. Volveré más tarde con noticias.

El silencio que dejó a su paso fue ensordecedor. Estella sostuvo la mirada de Agatha sin pestañear, pero sus labios estaban fuertemente apretados.

—¿Qué le preocupa, mi lady?

—Lo siento mucho.

Agatha frunció el ceño. —¿Por qué?

—Por involucrarte en una conversación que no era apropiada que escucharas. Pensé que tu abuelo y yo habíamos sido discretos.

Agatha inclinó la cabeza. —No he oído ni un susurro al respecto, pero claro, vivía... vivía en la misma casa que mi abuelo. Siempre estuve atenta a sus cambios de humor. Siempre estaba más feliz después de verte.

Estella la miró con tristeza. —Te quería muchísimo. Una de nuestras últimas conversaciones fue sobre tu futuro. Le irritaba enormemente que no te hubieras casado.

¿Podría compartir la noticia de que Oscar le había propuesto matrimonio? Por supuesto que no. Tendría que esperar para ver si aún la quería. —Preferiría no hablar de matrimonio hoy.

Agatha se levantó y le dio la espalda a la vizcondesa. No podía tener esta conversación con la madre de Oscar. Tampoco podía confiarle sus razones para desalentar a los pretendientes anteriores. Responder con sinceridad, como preferiría hacer, causaría una tensión innecesaria entre ellas.

Mejor guardar silencio y esperar a ver. Después de todo, no había nada que hacer.

Cerró los ojos con fuerza.

—Tenía la sensación de que había sido algo ogro con respecto al matrimonio. En mi experiencia, la mayoría de los padres lo son. He azuzado a mis hijos para que consigan matrimonios influyentes, pero a veces me pregunto si sus vidas serán más felices que la mía.

Las palabras de Estella le provocaron un escalofrío. —¿Fue usted infeliz en su matrimonio? —En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió de la pregunta tan directa. No podía esperar que una mujer de la posición social más alta de Estella revelara detalles tan personales.

—Mi marido era algo así como un matón. Por suerte, ninguno de mis hijos se parece a él. Oh, sé que mi hija tiene fama de ser un poco chillona, pero mi hijo es más tranquilo, poseedor de una mente fina y abierta en cuestiones del corazón.

Oh, esta conversación tenía que terminar ya. —Estoy segura de que lo es.

Por suerte, George eligió el momento perfecto para interrumpir. —Me he tomado la libertad de preparar el desayuno en la sala matutina para usted y Lady Carrington. ¿Es aceptable?

¿Qué haría sin George? —Gracias.

Estella la condujo hacia el pasillo, alejándola de sus pensamientos mórbidos, y hacia un desayuno que las esperaba. Aunque su estómago se rebelaba ante la idea de consumir alimentos, era mejor que comiera algo. Tenía que mantenerse fuerte para sobrevivir al entierro que se avecinaba y mantener la mente despierta mientras hacía planes para su futuro. Al menos todavía tenía a los huérfanos para amar.

Con ese pensamiento en mente, llenó un plato y sorbió una taza de chocolate caliente, mientras observaba a la vizcondesa picotear su comida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

DOS PUNZADAS DE dolor atravesaron el cráneo de Oscar cuando un rayo de sol matutino le dio en la cara al cruzar la bulliciosa calle. ¿Qué demonios lo había poseído para beber tanto que había agradecido cuando Daventry le ofreció una habitación de invitados?

Desesperación, lo más probable. Justo cuando empezaba a imaginar cómo colarse de nuevo por la ventana del dormitorio de Agatha, Daventry se lo sugirió. Pero nunca lograría trepar sin ser detectado. No mientras Birkenstock estuviera en la residencia. Así que había pasado la noche fuera de casa, soportado las divertidas risitas de Lilly ante su estado esta mañana, evitado desayunar porque su estómago estaba en plena rebelión, y se había lanzado a la mañana londinense con su traje de anoche apresuradamente planchado.

Necesitaba un baño, afeitarse y varias horas más de sueño para volver a sentirse un caballero y estar presentable. Necesitaba enfrentarse a Birkenstock esta mañana y obtener su consentimiento para casarse. No podía hacer eso hasta que pudiera caminar en línea recta sin esfuerzo.

Oscar gruñó al chocar con una figura oscura. El hombre lo agarró del brazo para estabilizarlo, y Oscar se lo agradeció enormemente.

—Tenga cuidado, milord.

Unos amables ojos claros penetraron en los pensamientos de Oscar. El señor Manning. Su padre. Qué momento tan inoportuno. Seguro que olería el agrio whisky en su aliento y notaría su aspecto desaliñado. ¿Se vería sometido ahora a una reprimenda paternal?

—Buenos días, señor.

La expresión seria de Manning se clavó en su miseria.

—No, no lo son. No son buenos días en absoluto. Un comienzo de día muy angustioso. Pero el momento de todos llega cuando tiene que llegar. No somos más que siervos del propósito de Dios.

Oscar frunció el ceño. No entendía la divagación piadosa de Manning, pero sonaba condenadamente deprimente. Oscar no tenía tiempo para los problemas de nadie más esta mañana. Tenía mucho que hacer.

—Por supuesto. Si me disculpa...

El vicario se acercó y le puso una mano en el brazo para retenerlo.

—Debería estar preparado para una escena angustiosa. Ella estaba muy apegada a él. Le necesitará.

—¿Cómo dice?

¿Por qué la gente tenía que hablar con acertijos a estas horas de la mañana? Oscar pensó que era poco amable, dado su estado actual, que su padre no dijera directamente lo que quería decir.

—Birkenstock. ¿Seguro que ya se ha enterado? —El vicario miró a su alrededor y luego echó un vistazo a la ropa de Oscar—. ¿Ha estado de juerga toda la noche?

Oscar se sintió como un colegial regañado otra vez. No era tan inusual volver a casa a esta hora y en este estado. Demonios, era prácticamente un novato en cuanto a desenfreno se refiere.

—¿Y qué? —preguntó Oscar, con una voz más alta de lo que pretendía debido a su beligerancia. Un dolor feroz volvió a asaltar su cabeza, recordándole su delicado estado—. ¿Qué quiere decir con Birkenstock? ¿Enterarme de qué?

—Falleció anoche —dijo Manning simplemente, con las manos extendidas ante él.

—¡Dios mío, Agatha! Discúlpeme.

Oscar pasó junto a su padre y corrió hacia casa, a pesar de que su cabeza amenazaba con partirse en dos. ¿Cómo pudo haber elegido anoche para excederse? ¡Pobre Aggie!

Oscar subió las escaleras de un salto, golpeó la madera con la palma de la mano y rebuscó la llave de la puerta. Cuando la puerta se abrió antes de que pudiera introducirla en la cerradura, dio las gracias por su eficiente sirviente. Sólo cuando una mano se enroscó en su brazo y lo retuvo se dio cuenta de que no estaba en su propia casa, ni a punto de entrar en la casa de Agatha por la ventana. Ya estaba en su casa. En el vestíbulo de la entrada principal, para ser exactos. Y su mayordomo parecía indignado por su presencia.

Oscar se sacudió el agarre.

—¿Dónde está?

—¿Su madre, milord?

—No, mi madre no. Agatha. ¿Dónde está?

Los ojos del mayordomo se dirigieron involuntariamente hacia arriba, y luego frunció el ceño, tirando del brazo de Oscar en un intento justo de expulsarlo de la casa.

—Debo pedirle que se marche inmediatamente. La señora no recibe visitas hoy.

—Me recibirá a mí.

Oscar esquivó su agarre y corrió hacia las escaleras, ignorando la voz de advertencia que sonaba tras él. Subió los escalones de dos en dos, pero en lo alto dudó. Nunca había explorado la casa de Agatha más allá de su dormitorio, pero parecía de diseño similar a la suya. ¿Estaría en su dormitorio o haciendo vigilia?

Oscar optó por lo segundo y se dirigió silenciosamente hacia lo que suponía que sería la habitación de su abuelo. Su preciosa muchacha estaba de pie a los pies de la cama, de espaldas a él, con el pelo pálido recogido en un severo moño, ya vestida de luto para marcar el fallecimiento. Pero su mirada seguía fija en la figura inmóvil que yacía en la cama.

Los ojos cubiertos de peniques le pusieron los nervios de punta, recordándole tanto sus pesadillas que empezó a temblar. Al menos no había un agujero abierto en la cabeza de Birkenstock. Pero la piel blanca y lisa como la cera hizo que su pulso se acelerara. Reprimió el miedo, se obligó a ver los restos por lo que eran. Ninguna amenaza para él. Ningún ejemplo de sus acciones. Thomas Birkenstock había sido un anciano. Había vivido una vida plena y parecía en paz en la muerte. Podía hacer esto.

Además, Agatha lo necesitaba.

Forzándose a dar un paso tras otro, cruzó la habitación hasta que se situó detrás de ella y rodeó lentamente con sus brazos la esbelta figura de Agatha. Ella no se resistió ni reaccionó inmediatamente, pero cuando sus manos se alzaron para aferrar los brazos de Oscar, este posó sus labios en la sien de ella en un suave beso.

—Oh, cariño, lo siento mucho.

Los hombros de Agatha se estremecieron y ella sorbió por la nariz.

—Era su momento, pero ya echo de menos sus modales bruscos.

Él la abrazó con más fuerza.

—Lo sé. Lo amabas. Y él te amaba a ti.

Enfrentarse de nuevo a la muerte no era tan inquietante como Oscar temía. Podía mirar el rostro sin vida y cuando cerraba brevemente los ojos, veía paz, no visiones retorcidas y dolorosas. La pesadilla lo había abandonado, y esperaba que fuera para siempre.

Tomó a Agatha en sus brazos y la sacó de la habitación. Ella no protestó, no forcejeó, sólo permaneció quieta en sus brazos, con una respiración acelerada como único signo de emoción.

En el vestíbulo, su mayordomo los vio pasar con evidente asombro en su rostro, la boca abierta como un pez en el mercado. Oscar ignoró todo y llevó a Agatha de vuelta a su alcoba. Se sentó en la cama y la sostuvo contra su pecho. Ahora ella estaba sola. Privada de la protección que su abuelo podía brindarle.

—Pensé que nunca vendrías —susurró ella.

Él le besó el cabello. —Lo siento. —Oscar le quitó algunas horquillas del cabello fuertemente recogido, soltando los mechones hasta que ella se vio más como ella misma, menos afectada por su dolor—. Pero ahora estoy aquí, y no te dejaré de nuevo.

Agatha se acurrucó contra su pecho, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pañuelo. Después de sonarse la nariz delicadamente, sus dedos se aferraron a su chaqueta. —Llevabas esto anoche.

Un suspiro cansado se le escapó. —Aún no he ido a casa.

Ella se incorporó, con las manos extendidas sobre su pecho. Los ojos de Agatha estaban rojos de tanto llorar, sus mejillas manchadas de un color furioso, pero la cautela tensaba sus ojos. —¿Adónde fuiste? ¿A los infiernos?

Él pasó las yemas de los dedos por su mejilla húmeda. —Daventry me ofreció un lugar para dormir. Hablamos hasta tarde.

—¿Ah, sí? —Ella sorbió—. Quieres decir que bebisteis hasta tarde. Apestas, milord.

—Lo siento. —Oscar la atrajo contra su pecho, disfrutando de la sensación de sus brazos alrededor de su cuello—. Debería ir a cambiarme, pero, francamente, no me gustaría dejarte sola.

Agatha se quedó quieta en sus brazos y luego comenzó a apartarse. —No estoy sola.

Él deslizó suavemente los dedos por su mandíbula. —Sé que tu abuelo aún está aquí, pero me gustaría quedarme. Déjame. Por favor.

La noticia se extendería, y todos sabrían a estas alturas que había corrido hasta su puerta y se había metido en una casa de luto. Los rumores llegarían eventualmente a Penelope.

La sensación de que todo estaba bien creció mientras la sostenía en su regazo, ofreciéndole consuelo en su momento de necesidad. No iba a dejarla. No de nuevo. Lord Thorpe lo demandaría por incumplimiento de promesa, y Oscar se casaría con Agatha. Si el nombre de los Carrington se arrastraba por el barro en el proceso, no podía arrepentirse.

Un movimiento en la puerta llamó su atención. Giró la cabeza y se encontró con la expresión de asombro de su madre. Su expresión se transformó en una mirada fulminante.

Hubo un tiempo en que esa mirada lo habría intimidado. Pero esos días habían terminado. No podía complacer a todos, y ya era hora de que intentara complacer a una sola persona.

Acarició la espalda de Agatha, agradecido de que ella no pudiera ver la desaprobación en el rostro de su madre. Se habría avergonzado, y Agatha no tenía nada de qué sentirse culpable hoy. Ella lo necesitaba tanto como él la necesitaba a ella.

Cuando Oscar presionó sus labios contra el cabello de Agatha, ella se acurrucó más profundamente en sus brazos. Su madre dio un paso atrás, llevándose la mano a la boca para

contener un jadeo.

Sí, madre, estoy abrazando a la mujer que amo. ¿Puedes darte cuenta desde donde estás?

Aparentemente podía, porque sus ojos se llenaron de lágrimas brillantes y giró la cabeza para darles privacidad.

En sus brazos, Agatha se movió y lo miró. Ella siempre lograba hacerlo sentir un hombre mejor de lo que era. Tenía que decirle sobre su madre en la puerta. Pero, oh, cómo lo miraba ella con tanto anhelo.

Sin importar la presencia de su madre en la puerta, el cuerpo sin vida al final del pasillo y el escándalo de la situación, bajó la cabeza para presionar un suave beso en sus labios. Ella olía deliciosamente, cálida, y en todos los sentidos suya.

Mantuvo sus besos ligeros, sin exigencias, ofreciendo su amor, fuerza y cualquier otra cosa que ella quisiera tomar. Cuando sus labios se separaron, su suspiro de satisfacción demostró que lo había necesitado.

—Mi madre está esperando en el pasillo —susurró, manteniéndola quieta cuando ella habría saltado de sus brazos—. Es demasiado tarde para ocultar algo, preciosa. No más mentiras. No más secretos. ¿De acuerdo?

Agatha parpadeó mirándolo y luego sus ojos se suavizaron. Enmarcó su rostro con ambas manos y le devolvió el tierno beso. —No más secretos.

¿Cómo había estado tan ciega? El pobre Thomas había pensado que nadie podría ganar el interés de su nieta, pero eso era porque el corazón de Agatha ya había sido reclamado. Cuán equivocados habían estado ambos. Estella apartó la taza de té frío con un suspiro cansado. Cómo su hijo había llegado a estar tan íntimamente involucrado con Agatha Birkenstock, no lo sabía, pero se lamentaba por la chica.

Su corazón estaba destinado a romperse por su matrimonio si no lo estaba ya.

—¿Te estoy molestando, madre?

Ella levantó la mirada. El rostro de Oscar estaba lleno de contrición e incertidumbre, exactamente la misma expresión que Lynton había mostrado ayer. Cerró sus cansados ojos, deseando que el día de sorpresas hubiera terminado. —No. Por supuesto que no.

Cuando los abrió de nuevo, Oscar estaba sentado en una silla frente a ella. —Lamento tu pérdida, madre. Debe ser difícil.

Estella se enderezó de su posición encorvada. —Debería haberlo esperado. Ya no era un hombre joven.

—No. No, no lo era. —Oscar se removió en su silla—. Manning dijo que estabas bastante alterada por su muerte. ¿Puedo hacer algo por ti ahora?

—¿Lynton dijo eso? —La amargura por la muerte de Thomas añadió un toque de ira a sus palabras. Lynton probablemente estaría feliz de tener a Thomas fuera de su camino.

Oscar simplemente negó con la cabeza. —A pesar de cualquier historia que haya entre tú y Manning, ahora o en el pasado, madre, él estaba verdaderamente abatido por la muerte del señor Birkenstock. Como lo estamos todos.

Estella tomó una respiración profunda para calmarse. —Perdóname. Ha sido un largo día y noche.

—Agatha estaba exhausta y se durmió rápidamente, pero ¿has estado aquí toda la noche con ella?

Estella asintió. —Me mandó llamar poco después de que llegué a casa de la cena de Daventry. Tú, me imagino, debías estar bien metido en la niebla para entonces.

Oscar bajó la mirada. —Quizás no fue la mejor noche para probar tan extensamente la bodega de Daventry, pero estoy aquí ahora y tengo la intención de quedarme.

—No puedes quedarte —negó ella con la cabeza—. Piensa en su reputación. O en lo que pueda quedar de ella, después de tu llegada indecorosa.

—Su reputación es mi única preocupación, y prometo corregir el daño que he causado lo antes posible.

La boca de Estella se abrió de par en par. No podía referirse a casarse con Agatha Birkenstock, ¿verdad? Ya estaba comprometido. —¿Pero qué hay de Lady Penelope?

El rostro de Oscar se torció en una mueca de desagrado. —Más bien espero que su padre me demande por incumplimiento de promesa. No me importa en lo más mínimo mi propia reputación, aunque me destroce ante la sociedad. Penelope puede ir a buscar otro caballero crédulo y forzar un matrimonio con él.

—Oh, Oscar —exclamó ella—. Qué lío estás armando. Puede que nunca nos recuperemos de esto.

Oscar se inclinó hacia adelante con las manos sobre las rodillas. —Por más indelicado que sea decirte esto, planeo mejorar los esfuerzos de mi padre por ser feliz. Me casaré con Agatha y nos mudaremos de la ciudad. Si podemos encontrar un lugar lo suficientemente grande, y los fondos lo permiten, nos haremos cargo de los niños del orfanato y los criaremos nosotros mismos.

Estella se dejó caer en la silla. ¿Tiraría por la borda todo por lo que ambos habían trabajado tan duro, su posición en la sociedad, un matrimonio sumamente beneficioso, y todo por amor?

Lo miró fijamente. No había creído posible amar más a su hijo, pero ahora lo hacía.

—No parezcas tan sorprendida, madre. Me criaste para ser un caballero, para hacer lo honorable. Debería haberme casado con Agatha hace meses, mucho antes de que Lady Penelope hiciera su acusación. Una mentira, por cierto. Ni siquiera he tomado la mano de Penelope.

Estella tragó saliva. —¿Está Agatha encinta?

—Desafortunadamente no —sonrió él—. Pero dame tiempo y te daré felices noticias en un futuro cercano, estoy seguro.

—Oscar, esto no es motivo de broma. Es algo serio.

—Y ya es hora de que me tome las cosas en serio y cumpla con mis obligaciones —se puso de pie y caminó por la habitación—. Agatha será mi esposa, y para hacernos felices a ambos, tendremos a los huérfanos con nosotros. Si no puedes soportar perder tu posición en la sociedad debido a mi decisión, eres libre de repudiarme tan alto como te atrevas. Pero si haces una escena delante de Agatha, nunca volveré a hablarte.

Estella tragó saliva. Apenas reconocía al afable caballero en el hijo que tenía delante. Le recordaba demasiado a Lynton. —Oscar, me agrada mucho Agatha, como bien sabes, pero ¿realmente has pensado bien en esto?

Su hijo puso las manos en el respaldo de una silla. —He pensado en poco más desde que firmé ese maldito documento de compromiso. Cometí un error entonces, pero sería un tonto aún mayor si no me casara con ella. Amo a Agatha con todo mi corazón, y no cometeré el mismo error que mi padre. No tengo miedo de lo que dirá la gente. El escándalo más grande sería no casarme con ella en absoluto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

OSCAR SUBIÓ APRESURADAMENTE los escalones de entrada de su casa de la ciudad, ansioso por recibir a sus inesperados visitantes. Había pasado los últimos días en casa de Agatha, principalmente consolándola mientras lloraba, y apenas había pensado en el mundo exterior. Sin embargo, ya debería haber completado su evaluación del orfanato y se sentía un poco culpable por haber sido convocado. Tendría que disculparse por no haber entregado antes sus conclusiones a los fideicomisarios.

Al cruzar el umbral de su salón, se detuvo de repente al ver los rostros serios de los fideicomisarios del Orfanato de Grafton Street. Cada caballero torció el gesto al verlo llegar. ¿Estaban tan enfadados con él por el retraso? Tendría que pensar rápido para apaciguarlos y tal vez le concederían un poco más de tiempo.

—Caballeros, me alegro mucho de verlos. ¿A qué debo este inesperado placer?

Se miraron entre sí y luego Lord Carter dio un paso adelante.

—Nunca en todos mis años he tenido que entablar conversación con un caballero de tal depravación. Si no fuera por nuestro asunto urgente, no tendría motivo alguno para visitarlo.

Oscar parpadeó ante la sorprendente declaración. Miró a su alrededor a los presentes, viendo diferentes grados de violencia en sus expresiones. ¿Todo esto porque llegaba tarde? Quizás no habían venido por las cuentas, después de todo.

—¿En qué les he ofendido?

Lord Carter se llevó las manos a las caderas.

—Por enredarse con esa... esa... oh, apenas puedo decir las palabras. Su propio abuelo, un hombre siempre consciente de su lugar en el mundo, aún yace en reposo dentro de la casa, y sin embargo usted retozan con la chica, sin duda en su mismo lecho de muerte.

Los caballeros más cercanos a Lord Carter miraron a todas partes menos a él. Oscar estaba conmocionado hasta la médula.

—No ha habido ningún retozo, como usted lo llama. La señorita Birkenstock es una muy buena amiga y está profundamente afligida por la muerte de su abuelo. Le estoy dando consuelo, no corrompiéndola. Pero pueden quedarse tranquilos. Es mi intención casarme con ella y restaurar su reputación.

—No nos importa un bledo la chica. Si no tiene el sentido común de echarlo de la casa, entonces se merece todos los males que le vengan. Nosotros, mis colegas y yo, estamos preocupados por asuntos más importantes.

—¿Y qué exactamente importaría más que sus erróneas suposiciones sobre Agatha Birkenstock y yo?

Lord Carter extendió la mano. El señor Manning, su querido padre recién descubierto, salió

de la parte trasera del grupo donde Oscar no lo había visto antes, con un papel en la mano. Manning no lo miró a los ojos. Carter tomó el papel, lo sacudió un poco y luego se lo entregó a Oscar.

Desdobló la nota y leyó.

«Encontrará todo en orden. Usted no está ahora, ni ha estado nunca, íntimamente involucrado con el Orfanato de Grafton Street. Le agradecemos su interés, pero no podemos aceptar su contribución al proyecto».

Oscar levantó la cabeza del ridículo trozo de papel.

—Pero esto es una mentira. Es un hecho bien conocido que mi familia ha estado íntimamente involucrada. No tendrían el apoyo financiero de Lord Ettington si no fuera por nuestra asociación.

Carter lo fulminó con la mirada.

—Difícilmente creo que pueda atribuirse el mérito de eso. Lord Ettington es un marqués, benefactor de muchas causas benéficas y un caballero superior que no se asocia con la chusma. Nunca desearíamos una relación con un individuo de su bajo carácter moral. Debemos pensar en nuestras reputaciones. Podrían ser irreparablemente dañadas por la mancha de su asociación. Me duele dar el corte directo a cualquier mujer, pero cruzaré la calle para evitar a Lady Carrington desde este momento. Así debería hacerlo cualquier buena mujer de la sociedad, si de mí dependiera.

—¡No se atreva! —Su decisión y acusaciones lo dejaron atónito. Oh, sabía que sufriría una pérdida de estatus al casarse con Agatha, pero esto iba mucho más allá de lo que había imaginado. Estaba horrorizado de que también se volvieran contra su madre.

—Usted no está en posición de decirnos lo que podemos o no podemos hacer. —Carter chasqueó los dedos imperiosamente hasta que Lord Brooke le entregó otro papel para que lo tomara—. Esto concluye nuestro asunto. Buenos días.

Oscar abrió la nota. Un pagaré de mil libras le devolvió la mirada. ¿Era eso lo que su familia había contribuido? Seguramente no. La suma era asombrosamente menor de lo que sus cuentas mostrarían. Pretendían reprenderlo y estafarlo también. Dobló cuidadosamente la nota y la guardó en su bolsillo mientras los fideicomisarios salían. Ni siquiera se molestó en mirarlos.

Tenían razón, por supuesto. Sus acciones con Agatha lo habían puesto en una posición indefendible para estar involucrado con los huérfanos. No se había comportado como debería hacerlo un caballero y sería visto como una mala influencia. ¿Pero Madre?

Levantó la mirada. Su padre estaba frente a él.

—Debería, por derecho, tener algo mordaz que decir sobre tu comportamiento. Sin embargo, como está la situación, tengo la intención de desafiarlos por la afrenta que pretenden lanzar sobre tu madre. Desafortunadamente, si digo una palabra, ellos, y ella, podrían no volver a hablarme nunca. Hay demasiado en juego para que eso suceda todavía.

Oscar se pasó los dedos por el pelo. Esto era una catástrofe de las peores proporciones.

—Tienen razón, padre. Estoy completamente equivocado.

Manning soltó un silbido.

—¿Tu madre te lo contó?

—Por supuesto que no. ¿Acaso madre admitiría alguna vez cualquier escándalo?

Manning se rio de repente.

—No. No, no lo haría.

El hombre mayor observó a Oscar detenidamente. Él le devolvió el intenso escrutinio, reconociendo los ángulos familiares que le habían desconcertado antes. ¿Cómo había pasado por

alto la conexión de las similitudes?

Las había pasado por alto porque su madre nunca le había dado motivos para sospechar de su infidelidad mientras su padre vivía. A puerta cerrada, siempre había sido mordaz con las mujeres que se alejaban de sus maridos. El hombre al que había llamado papá había estado de acuerdo con ella. Solo ahora Oscar sabía que su papá había sido débil y fácilmente seducido por otras mujeres. Cuán avergonzada debía estar madre ahora. Especialmente porque, sin saberlo, había hecho lo mismo que su infiel marido.

Oscar sonrió a su verdadero padre.

—Apenas sé cómo llamarle.

—Lynton bastará —sus ojos brillaron con lágrimas contenidas, y rápidamente apartó la mirada—. ¿He oído bien que planeas casarte con la señorita Birkenstock?

Bastante emocionado, Oscar se tomó un momento para recomponerse antes de responder.

—Tan pronto como sea posible. Sin embargo, si no puedo obtener una licencia especial, viajaremos a la frontera sin demora después del funeral. He causado demasiado daño tanto a Agatha como ahora a mi madre para esperar a que se publiquen las amonestaciones.

—Bien hecho, muchacho —Manning le dio una palmada en el hombro a Oscar—. Quizás pueda ayudarte con la licencia especial. Staines puede añadir presión a mi solicitud si fuera necesario.

Oscar se acomodó en una silla, bastante agotado por los acontecimientos de la mañana. Pero una cosa aún le intrigaba.

—¿Por qué visitó mi casa el otro día?

—¿Staines? ¿No es obvio? —Lynton volvió a reír—. Ama a su familia.

Oscar entrecerró los ojos mirando a su padre.

—¿Y el sobrino que necesitaba una casa nueva? ¿Qué sobrino?

—Se refería a ti —Lynton frunció los labios—. Oscar, pronto aprenderás que mi hermano es una fuerza terrible una vez que ha decidido actuar. Aunque no puedo reconocerte abiertamente como mi hijo, él ignorará todo eso para proveerte. Le encanta ser el cabeza de familia e imponer su opinión sobre todos nosotros. Hemos discrepado sobre mi decisión de tomar los hábitos estos últimos veinte años. Te sugeriría, por una vida tranquila, que es en tu mejor interés dejar que se salga con la suya. O al menos considerar que probablemente perderás. Seguramente ya esté considerando propiedades para comprarte. Espero que te guste Oxfordshire. Sin duda encontrará una propiedad cerca de casa.

Oscar tomó la palabra de Lynton sobre la propiedad. Solo conocía a Staines por su reputación, y según todos los informes, no era un hombre al que contradecir. Pero bien podría estar en contra de su matrimonio con Agatha. Después de todo, su abuelo había sido comerciante; no tenía título, como el padre de Lady Penelope. ¿Qué diría sobre Oscar casándose con una mujer sin conexiones elevadas? ¿Le importaría que la amara?

Paseó por la habitación, preocupado. Quizás tendría que huir a Escocia para casarse después de todo. Haría bien en hacer planes para ello por si acaso. Sin embargo, se le ocurrió una idea.

—Lynton, quería preguntarle, y Agatha también lo deseaba. ¿Consentiría en casarnos, si obtenemos una licencia especial?

Si Lynton aceptaba, podría influir en la decisión del duque de apoyar el matrimonio.

Pero Lynton permaneció en silencio. Con el estómago revuelto por la ansiedad, Oscar se dio la vuelta.

Una sola lágrima rodó por el rostro de su padre antes de que la secara rápidamente.

—Sería un honor para mí —suspiró—. Incluso podría lograr persuadir a mi hermano para

que entregue a la novia. Eso debería restaurar vuestras reputaciones a los ojos de la sociedad.

Oscar se desplomó aliviado.

—Gracias —sonrió—. Ahora, me gustaría volver con Agatha al lado. ¿Nos acompaña para que podamos compartir la buena noticia de que usted oficiará?

—Ah, no. Me temo que no podré ver ni a ti ni a Agatha hasta el funeral. Tengo algunos asuntos urgentes que atender en los próximos días que no pueden posponerse. Por favor, transmite mis saludos y afectos a tu madre y a la señorita Birkenstock. Los veré a todos muy pronto.

Cuando Lynton salió apresuradamente por la puerta, se llevó consigo el optimismo de Oscar. Parecía que a pesar de que él estaría encantado de enmendar el haber arruinado a Agatha, algunas cosas eran imperdonables, incluso para un padre que no se preocupaba por asociarse con él.

Salió por la puerta, caminó por la calle y subió las escaleras hasta la casa de Agatha.

El mayordomo de Agatha lo recibió con el ceño fruncido.

—Lady Carrington le espera en el salón.

Pobre hombre. El mayordomo también estaba bastante molesto con él. Dar sepultura a Birkenstock y casarse con Agatha no podía llegar lo suficientemente pronto. Después de eso, alguien además de Agatha podría realmente sonreírle de nuevo.

—¿Qué querían esos viejos charlatanes?

Oscar le sonrió a su madre como si no tuviera una preocupación en el mundo. No había encontrado una manera amable de decir que los habían echado debido a sus escandalosas acciones. Se lo diría con delicadeza después del funeral.

—Nada demasiado serio, madre. Solo algunos papeles para revisar.

—Supongo que piensan que he abandonado la empresa. Iré esta tarde.

Él se sentó a su lado y le tomó la mano.

—No es necesario. Fueron bastante insistentes en que te tomes todo el tiempo del mundo. No tiene sentido alterar la rutina actual de los niños.

—Oh —susurró ella. El silencio se prolongó—. No quieren que vuelva, ¿verdad?

Él atrajo a su sabia, sabia madre entre sus brazos y le dio un abrazo.

—Decir que lo siento no parece suficiente, pero lo estoy. No había previsto que te condenarían a ti también por mis acciones.

Ella sorbió por la nariz.

—Supongo que si te hubiera repudiado, como me diste permiso para hacer, me habrían tolerado. Pero me preocupo por Agatha. Estar aquí tan a menudo le brinda el poco apoyo que puedo.

—Ella lo aprecia, aunque no haya mostrado cuánto. Con el tiempo, su dolor disminuirá y volverá a ser ella misma contigo.

Su madre le lanzó una mirada divertida.

—Agatha y yo no somos tan extrañas como para que me ofenda fácilmente. Está muy sumida en su dolor, y sería una mala suegra si le negara tiempo para llorar. ¿Estaba Manning con los fideicomisarios?

—Sí. Lynton estaba entre ellos.

—¿Y?

Oscar la atrajo de nuevo entre sus brazos y la apretó.

—Oh, madre. Tu vida amorosa es un lío más grande que la mía. Mi padre envía sus afectos y saludos para ti y Agatha. Recordé mis modales y le pedí que os visitara aquí, pero tenía otros asuntos que atender. Lo veremos en el funeral del señor Birkenstock y después.

—¿Después?

Oscar se acomodó en la silla y cruzó los tobillos. —Sí, por supuesto. Agatha y yo queremos que él nos case, y ha accedido.

Una profunda arruga le surcó la frente. —Entonces aún no ha dejado la iglesia.

—No. Nunca dijo nada al respecto. Ha accedido a obtener una licencia especial para nosotros, con la ayuda del duque si es necesario. Una vez que la tenga, espero casarme lo antes posible.

Su madre resopló con amargura. —Debí haber sabido que fingiría dejar la iglesia para ganarse mi simpatía. —Se puso de pie—. Voy arriba a sentarme con Thomas.

Antes de que llegara a la puerta, Oscar la llamó. —Oye, madre, ¿Lynton realmente tiene propiedades en Oxfordshire?

—Las tuvo una vez. ¿Por qué?

—Porque afirma que el duque querrá que viva allí. Si eso sucede, ¿vendrías a vivir con nosotros?

Su madre se tambaleó y luego se enderezó. —Dos mujeres bajo el mismo techo crean un hogar discordante, Oscar. Estaré bien por mi cuenta. Discúlpame.

CAPÍTULO VEINTICINCO

UN VIENTO FRÍO sopló a través del cementerio, apresurando a más de un doliente a cruzar los terrenos hacia la tumba donde Agatha lloraba al lado de Oscar. A pesar de su nacimiento humilde, parecía que Thomas Birkenstock había sido muy querido. Había rostros que Oscar no reconocía. Algunos sí. El conde de Daventry estaba allí, con un librero de Bond Street a su lado. Al fondo de la multitud, Oscar divisó a Leopold Randall, haciendo todo lo posible para mantener su presencia lo más discreta posible y aun así presentar sus respetos.

Lynton Manning mantuvo el servicio junto a la tumba breve, sus palabras alentadoras a pesar de la triste ocasión. Oscar lo agradeció por el bien de Agatha. Ella estaba tomando la pérdida de su abuelo muy duramente. Su pérdida de apetito y falta de sueño adecuado ensombrecían sus facciones con tristeza.

Su primo no estaba presente. Había enviado aviso de su llegada, y luego mandó una nota escueta para declinar. Que desdeñara el funeral era culpa de Oscar. Se habían extendido rumores de que prácticamente se había mudado a la casa de los Birkenstock, y su nota había sido mordaz sobre el carácter de Agatha. También había retirado todo su apoyo financiero.

Se habían convertido en el escándalo del año.

Oscar cambió el peso de un pie a otro. El invierno se acercaba, si el frío de hoy era una indicación. Las manos enguantadas de negro de Agatha no dejaban de cerrarse y abrirse hasta que no pudo soportarlo más. Alcanzó sus dedos inquietos y los capturó en un agarre firme. Agatha se balanceó hasta que se apoyó en su hombro. Realmente no debería haber venido, pero no pudo convencerla de lo contrario. Y porque Agatha estaba aquí, también lo estaba su obstinada madre.

Oscar dudaba que pudieran superar esta falta de etiqueta pronto.

Más de un doliente fruncía el ceño a Agatha, pero no las personas que más la querían. Ellos sabían lo duro que lloraba por el señor Birkenstock, con qué facilidad habían fluido las lágrimas estos últimos días.

Lynton concluyó su sermón y cerró su libro de oraciones mientras bajaban el ataúd. Su mirada se dirigió a sus manos unidas, luego rodeó la tumba y llevó a Agatha un poco apartada de los otros dolientes para hablar con ella en privado. Como siempre, Oscar los siguió, pero no demasiado cerca, listo para ofrecer apoyo si ella lo necesitaba.

—Lo ha llevado mucho mejor de lo que esperaba —murmuró su madre al alcanzarlos.

—Sí, pero temblaba todo el tiempo —Oscar miró a la multitud murmurante—. Necesitará descansar cuando volvamos a casa.

Su madre le ofreció una débil sonrisa.

—Bueno, lo peor ya ha pasado.

Lo peor no había pasado.

—Ya veremos.

Los dolientes se alinearon para despedirse de Agatha. Ella lo hizo bien, aceptando las condolencias de todos, ofreciendo agradecimientos por su presencia en tonos suaves. Randall se tocó el sombrero hacia ella, pero no hizo ningún intento de conversación. Oscar le hizo un gesto a su madre para que tomara su lugar junto a Agatha, y luego se dirigió hacia el señor Randall.

—Está corriendo un gran riesgo con la reputación de la dama —comentó Randall mientras se estrechaban las manos—. Debo advertirle que hay más de una persona indignada por su presencia y su comportamiento. Podría encontrarse fuera del favor de la sociedad.

—Ya estamos firmemente fuera de favor —Oscar se encogió de hombros—. No se puede evitar.

Randall se frotó la barbilla.

—Me voy de Londres en unos días.

—¿Tan pronto?

Randall cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hasta ahora, mi búsqueda ha sido infructuosa. Incluso en los lugares más desagradables. Supongo que usted tampoco ha tenido suerte.

Oscar había olvidado las preocupaciones de Randall tras el fallecimiento de Birkenstock. Hizo una mueca.

—Lo siento mucho. Con todo lo que ha pasado, le he fallado.

Randall miró por encima del hombro de Oscar.

—Correré el riesgo y volveré a casa para solicitar una audiencia con el joven duque. Quizás la actual duquesa sea más comunicativa que su predecesora. Solo se puede esperar. No se preocupe por mis asuntos; su joven dama lo necesitaba más.

Oscar se volvió y vio a Agatha sola junto a la tumba. Buscó entre los dolientes que aún quedaban y no pudo ver ningún signo de su padre en ninguna parte. Su ánimo decayó. Manning debía estar más molesto con él de lo que había dejado ver. Si la memoria no le fallaba, tampoco había dirigido una sola palabra a su madre.

Su corazón dolía por Agatha. En qué gran lío la había involucrado. Ella decía poco sobre el tema. Su pena la consumía. Por muy escandalosos que fueran ahora los Carrington, Randall tenía razón. Había hecho lo correcto al ponerla a ella por encima de todo lo demás. Al diablo con la sociedad y su impaciencia.

Se volvió hacia Randall.

—Deje sus direcciones en mi casa antes de irse, y asegúrese de enviar una carta para hacerme saber cómo le va en Romsey. Si no tengo noticias suyas, haré el viaje al sur. Se lo juro.

Randall asintió con un rápido movimiento de cabeza, pero sus ojos se empañaron.

—Birkenstock tenía razón sobre usted. Es un verdadero caballero.

Eso dolió. No había hecho lo correcto por Agatha antes, ni por asomo. Pero lo haría ahora. Ella era lo único por lo que valía la pena vivir, y pronto pondría su reputación en orden.

—Buen viaje, Randall.

Randall extendió su mano.

—Mucha suerte a ambos. Cuídela.

—Cuente con ello.

Oscar se dirigió hacia donde Agatha estaba ahora con Lord Daventry a su lado. Oscar pasó el brazo de Agatha por el suyo y la alejó de la tumba nuevamente. Inclinó la cabeza para ver mejor su expresión.

—¿Estás bien, preciosa?

Agatha dejó escapar un suspiro cansado.

—Ahora sí.

Oscar se volvió hacia Daventry, que los había seguido.

—¿Podría abusar de su confianza y pedirle prestado su carruaje más grande en un futuro cercano? Es posible que necesitemos hacer un largo viaje muy pronto.

Daventry entrecerró los ojos.

—¿Cuán largo será el viaje?

Oscar lo pensó detenidamente. Nunca había viajado a Escocia antes, pero pensaba que era un viaje largo y agotador. Si se detenían con frecuencia, el ánimo de Agatha podría levantarse con los nuevos entornos.

—Creo que deberíamos volver en aproximadamente una semana o diez días.

—¿Una boda en la frontera? Seguramente no llegará a eso —Daventry puso su mano en el hombro de Oscar y lo apretó—. Pero ya era hora de que hicieras de ella una mujer honorable. Felicidades.

—Gracias —murmuró Agatha, girando el rostro hacia el hombro de Oscar para ocultar su sonrojo.

Daventry sonrió.

—Empezaba a pensar que tendría que retarte a duelo por no proponerle matrimonio a esta paciente joven. Lilly estará encantada de que vayáis a casaros, aunque lamentará perderse la boda. Sin embargo, mi carruaje está a vuestra disposición en cuanto lo necesitéis. Llamadme a cualquier hora del día o de la noche.

—Gracias —Le asombraba haber tenido la suerte de contar con tan buenos amigos. Eran muy indulgentes con sus defectos. Aunque, pensándolo bien, Daventry tampoco era un santo en lo que respectaba a su esposa.

Cuando Daventry se marchó, llevándose a la madre de Oscar para el viaje de regreso para que él y Agatha pudieran tener privacidad, Oscar rodeó a Agatha con sus brazos. Apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Deberíamos irnos, preciosa.

—Lo sé, es solo que...

El ruido metálico de la reja mortuoria siendo transportada hacia la tumba abierta resonó detrás de ellos. No podía dejar que Agatha se quedara a ver cómo la bajaban. Podría tener pesadillas si presenciaba eso. Oscar le besó la mejilla.

—Has hecho todo lo que una nieta devota podría hacer y más. Él estaría orgulloso de ti.

Agatha sorbió por la nariz.

—No creo que estuviera orgulloso de cómo nos estamos comportando, y en público, nada menos. ¿Dónde está mi cabeza? ¿Mi sentido del decoro?

—Extraviado con el mío. No te preocupes por eso —Oscar rodeó su cintura con el brazo, la levantó del suelo y la colocó en dirección a su carruaje—. Una vez que estemos casados, los murmullos se apagarán y surgirá otro escándalo que ocupará el lugar del nuestro.

Pero aún le preocupaba cuánto tiempo tardaría. Los murmullos y las miradas dirigidas a Agatha y a su madre le molestaban mucho más de lo que dejaba ver. Nadie visitaba a su madre. Ninguna de las dos recibía invitaciones a eventos sociales. La única compañía que habían tenido era entre ellas mismas y con el conde y la condesa de Daventry. Ni siquiera su nuevo padre había venido a visitarlos.

Sin embargo, después de esta noche, las cosas cambiarían. Había esperado lo suficiente. Se

aseguraría de que Agatha durmiera bien y luego, mañana, si Lynton no llegaba con noticias de una licencia especial, partirían hacia Escocia.

Esperaba que Agatha no se decepcionara demasiado por el largo viaje y por casarse sin amigos a su lado en Escocia. Pero su vida estaría libre de escándalos una vez que se pronunciaran las palabras que los unirían como marido y mujer. Y después de eso, verían qué tan bien serían recibidos por la sociedad.

Con el brazo rodeando los hombros de Agatha, la condujo hacia el carruaje que los esperaba. Agatha subió con dificultad, dejando escapar un profundo suspiro al hundirse en los asientos bien acolchados. Aunque parecía cómoda sentada sola, Oscar la atrajo a su regazo tan pronto como el carruaje se puso en marcha.

—Te amo.

Agatha acunó su rostro. Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo, pero Oscar tenía la esperanza de que fueran lágrimas de felicidad, no de tristeza. Ella presionó sus labios contra los de él, urgente, desesperada y tan llena de su propio amor que el corazón de Oscar se aceleró.

Cuando se apartó, ambos estaban sin aliento.

—¿Estás molesto con el señor Manning por haberse marchado tan apresuradamente?

—Bueno —Oscar la acomodó en su regazo hasta que estuvo más cómodo—, Lynton no me habló hoy sobre la licencia especial, como esperaba. Me pregunto si podrá obtener una después de todo. Quiero que nos casemos, y pronto.

Agatha frunció el ceño.

—¿Y si no puede obtener una licencia, entonces quieres que nos casemos sobre un yunque?

Oscar deslizó las yemas de los dedos por su mejilla hasta que las líneas del ceño desaparecieron.

—Puede que sea necesario. Quería estar preparado, por si acaso —Hizo una mueca ante la imagen que evocaban las palabras de Agatha. Una boda sobre un yunque difícilmente sería el sueño de cualquier joven. Agatha merecía algo mucho mejor que un asunto apresurado lejos de sus amigos—. ¿Me perdonarás por eso también?

Ella sonrió.

—Tu madre se sentirá decepcionada. Pero yo no. No si realmente quieres casarte conmigo.

Oscar apoyó su cabeza contra la de Agatha y respiró profundamente.

—Oh, mi preciosa niña, por supuesto que quiero. ¿Qué hice para merecerte?

Una suave risa escapó de ella.

—Eres amable conmigo cuando más te necesito. Exactamente como lo fuiste cuando mis padres murieron y vine a vivir con mi abuelo. Me hiciste amarte entonces, y nada ha cambiado excepto que mi amor se ha vuelto más fuerte.

Conmovido por sus palabras, la abrazó fuertemente durante el corto trayecto hasta Berkeley Square. Estaban destinados a estar así: juntos contra el mundo. Nada los separaría. Él se encargaría de eso y la haría sonreír todos los días.

Cuando el carruaje se detuvo, la ayudó a bajar y la guió suavemente por las escaleras, protegiéndola de las miradas de sus vecinos. Una vez dentro, le besó la mejilla.

—Haré que te suban el té si quieres.

Ella asintió y subió las escaleras con cansancio. Él se uniría a ella más tarde y dormiría en su cama esta noche, en lugar de la silla que había ocupado desde la muerte de su abuelo. Tal vez si la abrazaba durante toda la noche, no parecería tan triste por la mañana.

No había nada que pudiera hacer hasta la noche. Se dirigió hacia el pequeño rincón de Agatha en la casa para continuar leyendo el libro que había comenzado el día anterior.

Sin embargo, antes de llegar allí, el mayordomo de Agatha se aclaró la garganta.

—¿Puedo hablar con usted un momento, milord?

Oscar sonrió, esperando ganarse al sirviente de Agatha.

—Por supuesto, George. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quería preguntar sobre un puesto, milord.

Oscar parpadeó.

—¿Un puesto? ¿No estás empleado aquí?

George se irguió aún más.

—Por el momento, milord. Sin embargo, ha llegado a mi conocimiento que tiene una vacante, y preferiría seguir empleado aquí en la ciudad, o donde sea que resida la señorita Birkenstock.

—¿Una vacante? No tengo ninguna vacante en mi casa.

—¿Entonces aún no has ido a casa? —George hizo una mueca—. Ah, odio ser portador de malas noticias, mi lord, pero su mayordomo se marchó hoy para ocupar un puesto en otra casa. Y luego la mayoría del personal de su hogar se fue también. En este momento, no tiene a nadie dirigiendo su casa. Los rumores sobre las partidas corren de arriba a abajo por la calle.

—Oh, por el amor de Dios.

George sonrió titubeante. —Esas fueron mis palabras exactas. Un comportamiento inexcusable, si me permite decirlo.

—Te lo permito. —Oscar examinó al mayordomo de Agatha. Ella nunca había dicho una mala palabra contra George, y necesitarían a alguien para administrar su hogar de manera eficiente. Mientras pudiera superar su disgusto por la situación actual, no había razón para no emplear al hombre si hablaba en serio—. ¿Qué hay de tu puesto aquí?

—Pensamos, el personal y yo, que la señorita Birkenstock estará más cómoda con caras familiares a su alrededor. Nos preocupa que no sea ella misma. Si usted aceptara mi solicitud para el puesto de mayordomo, tengo varios otros candidatos del personal doméstico para proponerle en reemplazo de los sirvientes que ha perdido.

Divertido por este giro de los acontecimientos, Oscar arqueó una ceja. —¿Y qué pasa con el primo de Agatha? ¿No se molestará el señor Birkenstock con todos ustedes por irse?

George tiró de su chaleco. —No debería haber retirado su apoyo financiero a la señorita Birkenstock. Debería haber honrado los últimos deseos del señor Birkenstock. Estamos seguros de que el señor Birkenstock habría querido que su nieta estuviera bien cuidada después de su fallecimiento, y no lo está.

Oscar hizo una mueca. —Todavía no. Pero haré lo mejor posible para corregir la situación cuando nos casemos.

George sonrió de repente. —Eso es lo que esperamos, mi lord. ¿Cuándo le gustaría que comenzara en mi nuevo puesto?

Cuanto antes, mejor. Si los rumores se estaban extendiendo como George afirmaba, era poco probable que encontrara reemplazos adecuados de buen carácter con tan poco tiempo. —Posiblemente a partir de mañana. Discutiré el asunto con Agatha después de que haya descansado, pero espero que sea mi esposa para mañana por la noche. Con su acuerdo, puedes asumir tus nuevas funciones tan pronto como sea conveniente. Boda o no, espero llevar a Agatha a mi casa mañana. Arthur Birkenstock estaba muy ansioso por recuperar la casa.

—Muy bien, mi lord. —George asintió—. En nombre del personal, nos gustaría felicitarle por su sabia decisión de casarse con la señorita Birkenstock. Es una mujer extraordinaria.

Oscar asintió. —Es verdaderamente extraordinaria, pero seguramente yo no soy sabio.

Todavía no, en cualquier caso. El destino es responsable de mi buena fortuna, George. Nunca lo dudes.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL CAOS REINABA alrededor de Agatha mientras los sirvientes de su casa se trasladaban junto con las pertenencias de Agatha a la residencia contigua de Oscar. El ruido del cierre de la casa era realmente ensordecedor después de la tranquilidad de los últimos días, y aunque aún no estaban casados, ella ansiaba el cambio de ubicación. Como Oscar había dicho, ya fuera aquí o allá, causarían escándalo hasta que se casaran. Pero de todos modos tenía que mudarse. Su primo la quería fuera de su casa, así que ella había accedido a mudarse de inmediato. Ya casi estaba hecho.

Exhaló un suspiro al salir a los jardines traseros. Aquí fuera reinaba el silencio. Paz. Un respiro temporal de las exigencias del mundo. Se abrió paso entre los huertos, divertida por los huecos en la tierra. La cocinera debía haber desenterrado sus hierbas favoritas que podrían trasplantarse fácilmente al huerto de Oscar. Pero los agujeros la preocupaban. Arthur podría enfadarse aún más de lo que ya estaría por la pérdida de sus sirvientes en Londres. Amaba el orden tanto como su abuelo. Así que, al ver una pala tirada descuidadamente en el suelo, la recogió y rellenó los hoyos.

Aplanó la tierra con firmeza usando el dorso de la pala y luego se apoyó en ella mientras miraba alrededor. Había pasado la mayor parte de su vida aquí en esta casa, en este diminuto jardín, y aunque solo se mudaba a una casa de distancia, lo echaría mucho de menos.

Agatha llevó la pala al borde del jardín y la apoyó contra la pared donde no estorbaría. Nadie tropezaría con ella aquí en la esquina, donde una vez soñó que vivían las hadas. Una enredadera crecía sobre un marco robusto, y sonrió al recordar cuántas veces había jugado debajo, pensando que estaría oculta de la vista de todos.

Pero ahora sabía que la invisibilidad era imposible. Su abuelo la había vigilado incluso cuando ella pensaba que estaba ocupado en otra parte. Tenía ojos en la nuca, le había dicho ante su sorpresa.

Agatha se secó rápidamente una lágrima. No podía seguir llorando así. Su abuelo se había ido, y ninguna cantidad de lágrimas lo traería de vuelta.

A él le disgustaría verla tan triste.

Tenía que dejar ir el pasado y enfrentar el futuro.

Agatha miró hacia la casa y luego dirigió su mirada a las ventanas traseras de Oscar. Él estaba de pie en una de ellas, observándola rememorar, con preocupación arrugando sus facciones. Agatha levantó la mano, y cuando él le devolvió el saludo, su corazón dio un feliz aleteo. Pronto se casarían, y después de que terminara su período de luto, y la sociedad los perdonara, se asentarían en una vida cómoda juntos en Londres. ¿Aceptaría la sociedad su matrimonio?

Odiaría que Oscar llegara a arrepentirse de su decisión.

Un ruido de roce la hizo darse la vuelta. Escudriñó el jardín trasero, pero no pudo detectar ningún signo de compañía. Sin embargo, la puerta trasera estaba entreabierta, lo suficiente como para que un bribón que pasara con intención de robar pudiera echar un vistazo y encontrar algo útil para llevarse. Aunque ya no era su hogar, no le gustaba la idea de extraños merodeando por ahí.

Agatha se apresuró hacia la puerta para cerrarla por última vez.

Cuando puso la mano en la puerta abierta, una mano sucia se cerró sobre su muñeca y la arrastraron a través de ella hacia el callejón.

Aturdida, antes de que pudiera siquiera gritar en protesta, la arrojaron sobre un hombro ancho y se la llevaron.

Detrás de ella, el cristal se hizo añicos mientras Oscar gritaba su nombre. Agatha luchó y se debatió, pero las manos que la sujetaban eran implacables. Cuando tomó aire profundamente para gritar pidiendo ayuda, sus captores la arrojaron dentro de un carruaje oscuro. Su cabeza golpeó con fuerza contra el costado de madera y la empujaron más adentro mientras otros se unían a ella.

Luces bailaban ante sus ojos. Mareada, no emitió más sonido que un gemido. El carruaje arrancó y ganó velocidad. Sin aliento, con la cabeza dando vueltas de dolor, no pudo gritar más que un quejido. Agatha forcejeó frenéticamente con la ventana del carruaje, pero por supuesto no había pestillo, ni forma de escapar. Sus manos y pies fueron rápidamente atados, y antes de que pudiera gritar, le presionaron un paño sobre la boca y se lo ataron alrededor de la cabeza.

No podía hacer más ruido que un gemido.

Una vez que sus ojos se adaptaron a la tenue luz del interior del carruaje, volvió a gemir.

Desdentado, su atacante del parque, le sonrió.

—Bonita señorita —dijo.

A la luz del día, se veía infinitamente peor. Su boca floja se abría, su nariz torcida goteaba, y su piel estaba cubierta de mugre oscura. Ni siquiera una zambullida a fondo en el Támesis haría mucha diferencia.

El carruaje giró bruscamente en una esquina, y ella fue lanzada con fuerza contra el otro hombre. Se volvió para echarle un vistazo y se encogió tan pronto como lo hizo. Era enorme. Tan grande como el villano que la había atacado en el parque la última vez. La miró lascivamente.

Agatha se estremeció de miedo. Nunca escaparía de ellos. No a menos que Oscar corriera más rápido que cualquier hombre vivo jamás lo había hecho.

El bruto agarró a Desdentado por la camisa y lo acercó.

—Recuerda, nada de tocar esta vez. Nos están pagando bien, y no se nos permite estropear la mercancía. La quieren sin daños.

Desdentado jadeó buscando aire. Pero cuando lo soltaron, su mano se lanzó y arrancó la cruz de oro del cuello de Agatha. El reemplazo que Oscar le había dado colgó ante sus ojos por un momento, luego él se guardó la preciosa posesión en el bolsillo.

El bruto le dio un golpe en la mandíbula.

—Más te vale no haberle dejado marca en el cuello o te haré pasar un infierno por reducir nuestras ganancias. La quieren presentable. Parece que tienen hombres haciendo fila para una cosa nueva para meterse.

Desdentado rió sin hacer ruido, su mano cubrió su entrepierna, y se frotó groseramente.

Agatha cerró los ojos. ¿Por qué?

¿Por qué ella?

¿Por qué ahora?

Pero no tenía respuestas, a menos que toda la sociedad se hubiera vuelto contra ella para salvar a Oscar de sus garras. Si ella desaparecía, él sería libre y podría recuperar su lugar en la sociedad. Incluso podría casarse con Lady Penelope, si ella aún lo aceptaba, y librarse del escándalo.

El carruaje aminoró la marcha y giró hacia una calle lateral. Estaba oscuro aquí y apestaba a cosas que prefería no conocer. Avanzaron a paso de tortuga y luego se detuvieron. Agatha se estremeció por el frío que se le colaba en los huesos. ¿Y ahora qué?

El carruaje crujió cuando el bruto salió torpemente. Se volvió, agarró sus manos atadas y la arrancó hacia él. Agatha intentó mirar más allá de él para determinar adónde la llevaban. Desesperadamente, esperaba poder escapar. Tenía que intentarlo. Pero cuando el bruto la arrojó sobre su hombro de nuevo, su cabeza golpeó la pared del callejón y no vio nada más.

Oscar acunó su mano sangrante contra su pecho mientras cojeaba de vuelta a casa. Había perdido a Agatha. A pesar de sus mejores esfuerzos, el carruaje había sido demasiado rápido, la caída desde el primer piso lo había aturdido durante demasiado tiempo, y para cuando llegó a la entrada del callejón, el carruaje de Agatha estaba al final de la calle. Había corrido tan fuerte como pudo, pero aun así los perdió de vista a las dos calles.

Iba a castigar a quienquiera que fuera responsable de arrebatarle a Agatha. No descansaría hasta que ella estuviera a salvo de nuevo, y los responsables hubieran pagado con sus vidas.

Entró cojeando en su casa para encontrarla en un alboroto mayor que cuando se había ido.

Su padre había llegado, y también su madre. Había esperado que Lynton llamara hace una hora, pero ahora mismo la vista de su padre y su madre no era nada útil.

Su madre gritó al ver su mano ensangrentada, con la mano en la garganta.

Lynton se apresuró hacia adelante.

—Por el amor de Dios, muchacho. Te dejo solo unos días para concluir mis asuntos, ¿y te enfadas y rompes ventanas? ¿Qué te ha pasado?

Oscar hizo una mueca cuando su padre le apartó la mano del pecho para inspeccionarla.

—Mi mano no es nada. Se han llevado a Agatha.

Ambos le agarraron los brazos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé —Oscar movió los dedos para comprobar que su mano aún funcionaba como debía—. Creo que fueron los mismos rufianes que la acosaron en el parque. Esta vez fueron más rápidos y estaban mejor preparados. Tenían un carruaje listo en el callejón. No pude alcanzarlos.

Lynton le dio la vuelta a su mano con cuidado.

—Essy, apóyate en la pared como una buena chica antes de que te desmayes.

Por una vez, su madre no discutió.

Lynton encontró su mirada. La preocupación nublaba sus facciones.

—Esto no es tan malo, pero habrá que limpiarlo y vendarlo para prevenir una infección.

Oscar negó con la cabeza.

—Mientras aún pueda disparar, puede esperar. Una vez que tenga a Agatha de vuelta y a salvo, puedes hacer lo que quieras con ella.

Sin esperar a ver si estaba de acuerdo, Oscar se dirigió a su biblioteca. Necesitaba sus

pistolas y decidir qué hacer. No podía hacer eso con su padre preocupándose y su madre a punto de desmayarse por la vista de sangre en cualquier momento.

Abrió de un tirón el cajón que las contenía y las inspeccionó cuidadosamente. Cebadas y listas para disparar. Gracias al cielo.

Lynton se apresuró hacia él.

—¿Qué demonios estás haciendo? Baja eso.

Miró a su padre y se encogió de hombros.

—Tengo la intención de recuperar a mi Agatha por cualquier medio necesario. Si tengo que asesinar a alguien de nuevo, ciertamente no dudaré.

—¿Asesinar? —Los ojos de su padre se agrandaron—. Por Dios, cierra la boca. No estás pensando con claridad.

Oscar ignoró la advertencia. Estaba pensando con claridad. Estaba intentando recordar cada detalle desde que Agatha puso su mano en la puerta hasta que perdió de vista el carruaje. Dos hombres dentro con ella, otros dos azotando el reluciente carruaje oscuro, pero sin escudo ni identificación de ningún tipo en las puertas. El carruaje era caro pero desconocido para él. Todo lo que tenía para seguir era ese tipo flaco y desdentado y su corpulento compañero. ¿Sería fácil encontrar una combinación tan inmunda?

—¿Qué diablos está pasando? —bramó de repente el Duque de Staines—. ¿Por qué está sangrando? ¡Redding, ven aquí! —Empujó a su hermano a un lado para dejar paso a su sirviente.

Aunque Oscar preferiría estar en camino, dejó que Redding inspeccionara la herida. ¿Podría Staines ayudarlo? Se sabía que el duque tenía los dedos metidos en muchos pasteles. Tal vez podría ser útil.

Redding pidió suministros para vendar la herida, y George, que había estado nerviosamente detrás del Duque de Staines cuando llegó por primera vez, ya los tenía.

Redding asintió en agradecimiento.

—Esto le escocerá, milord.

Oscar apretó los dientes mientras vertían brandy sobre las heridas. El dolor amplificó su ira. Los haría sufrir si dañaban un solo cabello de la cabeza de Agatha.

Staines se puso las manos en las caderas.

—Aún no he oído una explicación.

Oscar frunció el ceño.

—Alguien se ha llevado a mi futura esposa. Agatha Birkenstock fue secuestrada hace no más de treinta minutos.

Staines se acercó, mirando por encima del hombro de su sirviente, con la mano apoyada ligeramente en la espalda de Redding.

—Sé tan rápido como puedas, Redding. Necesitaremos tu experiencia para encontrarla antes de que le hagan daño.

Redding asintió, pero ignoró el toque persistente de su amo mientras limpiaba la herida y luego comprobaba si había fragmentos de vidrio incrustados.

Cuando terminó, Oscar flexionó un poco los dedos. Había algo de dolor, pero el firme vendaje ayudaba.

—Gracias.

Redding encontró su mirada.

—Todo lo que recuerde. Desde el principio, milord.

Así que Oscar les contó todo lo que recordaba, y cuando le presionaron, también sobre el primer ataque en el parque. Cuando terminó, miró entre Redding y su nuevo tío. Pero se

apartaron para consultar en privado.

Su madre se acercó a él y puso sus manos sobre su brazo ileso.

—Tan valiente, mi Oscar. Deberías habérmelo dicho.

—No soy valiente, madre. Estoy completamente desesperado. No podía soportar perder a Agatha entonces, y ciertamente no puedo ahora —Le besó la frente—. Discúlpame, debo irme.

—Ten cuidado. Tráela de vuelta sana y salva, y envíame un mensaje aquí si me necesitas.

—Lo haré —Oscar se desenredó de su abrazo, se metió las pistolas en los bolsillos del abrigo y se acercó a su tío—. Estoy listo.

—Yo también —convino su padre.

Staines miró a su hermano.

—Tú quédate aquí por si nuestra chica encuentra el camino a casa. Mantén a Essy tranquila si puedes.

—Pero...

—Nada de peros —Staines le dio una palmada en la espalda a Oscar—. Redding tiene una corazonada, y sus corazonadas suelen ser sorprendentemente acertadas. Vamos. Tenemos que librar una guerra contra un burdel.

—Maldita sea —protestó Lynton—. Deja de tratarme como a un niño. No soy un crío.

Staines se acercó a su hermano y puso las manos sobre sus tensos hombros.

—No, sigues siendo un hombre de Dios y, como tal, no deberías ponerte en una situación en la que tengas que disparar a alguien, si fuera necesario. No tienes experiencia en nada de eso, y prefiero que siga siendo así. Puede que no estuviera de acuerdo con tu elección de profesión, pero envidio tu corazón puro. Si te sirve de consuelo, después puedes sermonearme todo lo que quieras. Nosotros tres podemos arreglárnoslas y hacer lo que sea necesario.

—A pesar de que se han llevado a Agatha, me temo que esto tiene algo que ver con Oscar —Lynton agarró el brazo de su hermano—. Él también podría estar en peligro.

—Oh —gimió su madre, mientras se desplomaba en el suelo desmayada.

Lynton corrió a su lado y la incorporó hasta sentarla en el suelo.

Staines se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Por qué tenías que decir eso en voz alta? Pensaba que tenías más sentido común.

—Oh, cállate —refunfuñó Lynton mientras pasaba los dedos por la mejilla de ella hasta que sus ojos se abrieron parpadeando. Ella encontró su mirada y una tierna sonrisa se dibujó en sus labios.

Ver a su madre en los brazos de Lynton parecía correcto. Sin duda, había tenido suerte en el amor al contar con la devoción constante de Lynton. Podrían estar muy bien juntos. Lynton solo necesitaba tiempo para defender su caso. Pero no podría hacerlo si Oscar lo ponía en peligro persiguiendo a los secuestradores de Agatha.

Salió, pero oyó claramente a su nuevo tío.

—Hermano, cuida bien de la querida Essy por nosotros. Estoy seguro de que aún puedes usar tu encanto para hacerla olvidar sus problemas. Volveremos antes de que te des cuenta, así que no te entusiasmes demasiado. Ah, mira, conseguí dos licencias especiales, no solo una como pediste. Sé un buen hombre y haz que la pérdida de seis cajas de mi mejor brandy valga la pena. Me encantan las bodas dobles.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—ALÉJATE DE LA VENTANA, Essy. Es demasiado pronto para tener noticias.

Aunque Lynton tenía razón, Estella no quería apartarse de la ventana. No cuando una licencia especial para casarse descansaba sobre una mesa cercana. Staines, ese viejo entrometido, había ido demasiado lejos esta vez. Ella no iba a casarse con Lynton solo porque el duque lo exigiera, o porque lo hubiera hecho increíblemente fácil de lograr. El Duque de Staines no entendía que ella estaba de luto por Thomas. No había pretendido encontrar consuelo en los brazos de Lynton después de desmayarse. Staines había malinterpretado su familiaridad y había saltado a la conclusión equivocada.

Además, dados los escándalos que envolvían a su familia, Lynton debería desear estar a kilómetros de distancia de ellos. ¿Qué hacía aquí ahora? No había mostrado interés en hablar ni con su hijo ni con ella en el funeral de Thomas. Ese desaire público daría más credibilidad a los chismes de las lenguas viperinas. Si no fuera por la orden de Staines, ¿ya se habría escabullido?

—No puedo evitar preocuparme por mi hijo y Agatha.

Lynton suspiró sonoramente. —Ambos nos preocupamos, pero Oscar tiene a Staines y a Redding con él. Está en buenas manos. Redding los protegerá a ambos y traerá a Agatha de vuelta muy pronto. Tiene fuentes ilimitadas en la ciudad. La encontrará tan rápido como pueda.

Estella se abrazó a sí misma. —¿Por qué Staines mantiene a un hombre así a su lado? Si Redding es tan peligroso como insinúas, ¿debería estar con mi hijo?

—Redding es un buen hombre, la pareja perfecta para mi alocado hermano. Lo mantiene a raya y aleja a quienes intentarían aprovecharse de él. No querrás cruzarte con Redding. Una vez casi muere por salvar a mi hermano del peligro. Staines lo rescató a cambio, y desde entonces Redding ha sido su sombra.

Estella asintió. Eso explicaba la presencia casi constante de Redding detrás del duque. —No había oído hablar de ese incidente. Tu hermano tiene mucha suerte.

—Fue hace años, justo después de que yo tomara los hábitos. Redding tiene mi eterna gratitud por mantener a mi hermano al menos parcialmente respetable todos estos años. —De repente, soltó una risita—. El arqueo de ceja de Redding puede aplastar uno de los descabellados planes de mi hermano mejor que cualquier sermón que yo pudiera dar. Me quedo tranquilo sabiendo que está ahí.

Estella se mordió el labio. Ansiaba hacerle a Lynton una pregunta sobre la conversación anterior, pero temía que se ofendiera una vez que surgiera el inquietante tema. No quería esperar noticias sola, pero la mención de asesinato por parte de Oscar la preocupaba. Hoy parecía muy poco el hijo que ella había criado. Sin embargo, si discutía el asunto con Lynton, tendría una idea de si tenía alguna intención de forjar una amistad más cercana con su hijo y si seguiría presente

en su vida. Oscar parecía haber tomado la revelación con calma, pero Estella encontraba inquietante la idea de haber hecho el amor con Lynton.

Tomó una respiración profunda, preparada para ser abandonada en cualquier momento. —¿Captaste, por casualidad, la mención de asesinato de Oscar?

Lynton se levantó y se acercó. Su piel se erizó cuando él cerró la distancia entre ellos hasta quedar a centímetros de su espalda. —Staines me contó ayer sobre un incidente desafortunado que involucró a Oscar. ¿Supongo que el muchacho no te lo ha confiado?

Estella negó con la cabeza, aterrada ante la idea de que su hijo fuera un asesino.

Lynton suspiró, agitando el cabello de su nuca con su aliento. Ella se estremeció. —Redding descubrió un incidente reciente que involucró a Oscar, Lord Daventry y su nueva esposa. Aunque puede que no te guste, nuestro... nuestro hijo hizo algo muy valiente. ¿Quieres los detalles?

El corazón de Estella se aceleró. Con razón Oscar estaba tan unido a Daventry esta temporada. Negó rápidamente con la cabeza. —Él me lo contará cuando esté listo, pero te agradezco que me tranquilices. Ha estado tan sombrío últimamente que no sabía qué pensar.

La mano de Lynton se posó en su brazo y acarició suavemente su piel. —Imagino que ha tenido mucho que asimilar. No sería el hombre que es si pudiera quitar una vida sin reflexionar.

—¿Y hoy? —Estella se estremeció—. Si le ocurre algo a Agatha, no sé qué hará. ¿Viste su expresión? Me asustó, Lynton.

Lynton la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él. —Shh. Sigue siendo el mismo muchacho que criaste.

Aunque debería resistirse, su abrazo la reconfortaba más de lo que podía admitir. Puso sus manos sobre los brazos que la rodeaban y le permitió entrelazar sus dedos.

—Debería disculparme de nuevo por mi hermano.

Estella esperó a que continuara, pero no dijo nada más. Su aliento rozaba ligeramente su oreja, y un hormigueo de deseo se arremolinó dentro de ella. Una vez más, debería luchar contra su atracción por Lynton Manning. Pero era difícil hacerlo cuando él era tan silencioso en sus seducciones.

Cerró los ojos e inhaló. Olía tan bien. Limpio, como un bosque nuevo después de la lluvia. Lentamente, Lynton la giró en sus brazos y la atrajo hacia él. —Debería disculparme... pero no lo haré.

Estella abrió los ojos para encontrar a Lynton sonriéndole; una pequeña sonrisa conocedora que elevaba las comisuras de su boca y fijaba su atención en sus labios. La lenta combustión del deseo se aceleró. Mientras sus manos recorrían su espalda, ella deseaba que bajaran más. Desafortunadamente, él no complació. Pero la sostuvo firmemente contra él.

La dura protuberancia de su erección presionaba contra su vientre, y sus propios labios se curvaron en una sonrisa. —¿Estás intentando seducirme, Lynton?

Sus labios se fruncieron. —Si esa fuera mi intención, ya estaría bajo tus faldas. Pero no haré eso hasta que consientas ser mi esposa. Te deshonré una vez, Essy. Un arrepentimiento que he albergado toda mi vida.

Estella se apartó. —¿Te arrepientes de mí?

Su mano se deslizó por su espalda y sobre su trasero. —Me arrepiento de no haber luchado más duro para ganarte a Carrington antes de que te casaras con él. Me arrepiento de no haberte hecho el amor abiertamente esa noche. Y especialmente me arrepiento de no haberte cortejado en el momento en que el cuerpo de Carrington se enfrió en la tumba. Siento que me he perdido toda tu vida.

Las manos de Manning amasaron su trasero y Estella se estremeció. —Mi vida aún no ha terminado.

Sonrió de repente y sus manos se detuvieron. —No. Pero como no has consentido en compartir el resto conmigo, puede que aún me lo pierda. Cásate conmigo, Essy. Puedes regañarme y hacerme ganar mi lugar a tu lado, pero no me alejes —Sus manos se movieron de nuevo, apretándola más contra él y levantando una de sus piernas en el proceso—. No cuando podemos sentirnos así juntos después de todos estos años.

Lynton la besó de repente. Estella gimió y abrió la boca para él. Una ardiente oleada de sensaciones la envolvió mientras luchaban por tocarse en cualquier parte que pudieran. Ella jugueteó con su lengua hasta que él le gruñó, y Estella se rindió a la lucha contra él y sus deseos. Lo quería en su vida y en su cama.

Había sido muy buena mintiéndose a sí misma.

Él frotó sus caderas contra ella mientras se besaban hasta que Estella pensó que enloquecería. El pobre Thomas nunca la había hecho sentir así, ni siquiera en su día más apasionado. Se apartó, calmando a Lynton con sus dedos sobre sus labios. Él los besó y luego los atrajo hacia su boca. La inesperada succión elevó sus sentidos. Él movió sus caderas en círculos contra ella. Su cuerpo se tensó inesperadamente al llegar al clímax. Tembló. Jadeó. Enterró su rostro en el cuello de Lynton para ocultar su vergüenza.

Él la obligó a mirarlo de nuevo. Sonrió como el mismo diablo. —Me alegra ver que no he perdido mi toque.

Aunque todavía asombrada, le devolvió la sonrisa y rodeó su cuello con los brazos. —Cielos. ¿Cómo lo has...?

—No soy tan santo como creías —Se rio de repente—. Créeme, tengo años de fantasías que cumplir contigo. Cásate conmigo para que pueda seducirte como es debido.

Besó suavemente sus mejillas ardientes mientras Estella luchaba por pensar. Si podía hacer eso sin considerarlo una seducción, estaba en graves apuros si lo hacía. Miró ciegamente a través de la habitación mientras sus besos avanzaban hacia su cuello.

Claramente, había empleado los últimos años sabiamente, quizás no tan santamente como se esperaría. Deslizó un brazo por su espalda hasta llegar a su cadera, y como había espacio entre sus cuerpos, posó su mano sobre su erección.

Lynton siseó. —Eso fue un "sí" al matrimonio, Essy. No creas que no te lo voy a recordar.

Estella encontró su mirada mientras movía su mano. Lynton se estremeció y la llevó a un sofá. Ella acunó su rostro entre sus manos mientras él se cernía sobre ella. —Oh, sí.

Agatha abrió los ojos por tercera vez para ver el mismo techo hundido suspendido sobre ella. Había esperado tanto que esto fuera un sueño, no una pesadilla hecha realidad. Pero a juzgar por los sonidos ásperos que se filtraban en la habitación, estaba en una casa de mala reputación en algún lugar. Los gemidos masculinos y el golpeteo de un armazón de cama contra la pared detrás de su cabeza le recordaron, una vez más, que estaba indefensa.

Probó de nuevo las ataduras que sujetaban sus manos y pies. No le daban la más mínima esperanza de una fuga exitosa, pero si gritaba pidiendo ayuda y llegaba la asistencia, podría estar en más problemas. Le habían quitado el vestido y yacía vestida solo con una fina camisa en la cama. La posición en la que la mantenían debería excitar a cualquier hombre con pulso que atravesara la puerta.

Levantó la cabeza para ver la puerta cerrada. Hasta ahora, no había visto a nadie más que a sus dos secuestradores. No recordaba nada después de que el carruaje se detuviera en el callejón. No recordaba esta casa ni que le quitaran su recatado vestido negro. Esperaba desesperadamente que la puerta estuviera cerrada con llave.

Se recostó. No había nada que ganar entrando en pánico. Nada podía cambiar hasta que esa puerta se abriera y un salvador o un pecador cruzara el umbral.

Se acercaron pasos y sonaron llaves en una cerradura. Agatha levantó la cabeza para ver quién se acercaba. Era una mujer que no reconocía, pero supuso que era la abadesa de este establecimiento en ruinas.

La mujer que debía haber contratado a esos matones para secuestrarla era una dama mayor bien vestida, una mujer que podría caminar por la calle y ser llamada elegante. Cerró la puerta tras ella y se acercó. —Por fin has despertado.

Agatha asintió con cuidado, consciente de su dolor de cabeza.

—Bien. Dime tu nombre.

Agatha frunció el ceño y mantuvo la boca cerrada. ¿No debería la abadesa saber quién era? Agatha había asumido que la mujer la había secuestrado. ¿No era ese el caso?

Miró alrededor de la habitación. Nada en su campo de visión le daba pista alguna de dónde estaba, excepto por el golpeteo rítmico contra la pared. El papel descascarado era viejo y descolorido, al igual que la colcha bajo su cuerpo. La ventana estaba cubierta por cortinas descoloridas, por lo que no podía ver el mundo exterior ni adivinar la hora del día. La casa parecía vieja, posiblemente una en una parte más pobre de Londres. Sin embargo, esta mujer estaba elegantemente vestida. Parecía como si acabara de regresar de un paseo en carruaje durante la hora de moda con amigos. Pero su mirada no contenía calidez. Parecía inmune a la situación indefensa de Agatha.

La mujer frunció el ceño. —No es propio de mi amigo regalarme una chica sin una explicación lógica. Tengo una casa ocupada que dirigir y no me gustaría la inconveniencia de lidiar con una familia iracunda si no eres la mercancía de lujo que deberías ser. ¿Quién es tu padre?

Agatha mantuvo los labios cerrados. Si respondía honestamente, estaría firmando su propia caída. No había nadie legalmente obligado a cuidar de ella ahora. Ni siquiera Oscar.

Las manos frías y secas de la abadesa se deslizaron sobre las suyas. —Suaves. ¿Una dama de ocio?

La mujer inspeccionó su piel expuesta. Agatha sufrió la indignidad del toque frío sin respuesta durante todo el tiempo que pudo, pero cuando la mujer levantó su camisa para mirar debajo, se sacudió para alejarse.

La abadesa frunció el ceño. —Si estás limpia, puedo pedir un precio más alto por tu primer caballero. Hay muchos hombres que con solo mirarte como estás, exigirían una noche entera en esta cama —La abadesa probó las ataduras en sus tobillos y manos—. No suelo recurrir a tales precauciones, pero Prewie insistió en que no debías escapar. Tendré que pedir más detalles sobre ti antes de que procedamos.

¿Prewie? ¿Se refería a Lord Prewitt? Pero ¿por qué la habría traído aquí? No había hecho nada más que rechazar su escandalosa oferta de compartir su lecho. Sospechaba que la familia de Lady Penelope estaría furiosa por el comportamiento de Oscar, pero ¿por qué Lord Prewitt se vengaría de una manera tan cruel?

Los golpes contra la pared terminaron con un gruñido áspero.

La abadesa sonrió. —Otro cliente satisfecho. Discúlpeme, necesito atender a mi cliente y ver

si su compañera sobrevivió a ese ataque —Se llevó un dedo a los labios—. Nunca entenderé por qué los caballeros libertinos intentan ser buenos. Solo lleva a un frenesí innecesario en la alcoba una vez que llegan allí. Es malo para el negocio tener que reemplazar siempre a las chicas rotas. Desafortunadamente, todas ustedes tienen una vida laboral corta. Asegúrate de disfrutar lo que puedas de ella.

La abadesa se deslizó por la puerta y la encerró de nuevo. Agatha golpeó su cabeza contra el colchón con frustración.

Oscar nunca pensaría en buscarla aquí.

Nadie la encontraría jamás.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

OSCAR AGARRÓ EL abrigo de Redding y lo acercó hacia él. —¿Estás seguro de que es aquí?

—Quita las manos de encima a mi sirviente, muchacho —gruñó Staines.

Redding se zafó del agarre de Oscar y hizo una mueca. —Sí, desafortunadamente. Mis fuentes dicen que la trajeron aquí alrededor del mediodía. Los dos matones que la agarraron son bien conocidos, lo suficientemente conocidos como para ser evitados a toda costa. Les pagó la abadesa y ahora están hasta las cejas de ron en los muelles. Esos son dos menos. Pero aún tenemos que lidiar con los lacayos de la señora Leyton. No emplea hombres pequeños.

Staines se alisó el abrigo de lacayo. —¿Cuántos hay dentro?

—Los suficientes para ser un problema. Dos o tres por cada uno de nosotros.

Staines hizo una mueca. —Podríamos montar un asalto frontal.

—¿Y arriesgarnos a que te disparen? —Redding rio suavemente—. No lo creo.

El duque se cruzó de brazos y frunció el ceño. —No soy un imán para las balas perdidas, Redding.

—A pesar de todas las pruebas que indican lo contrario. —Redding se mordió el labio, con los ojos clavados en el burdel a lo lejos. Staines no parecía poder dejar que su sirviente tuviera la última palabra y continuó discutiendo.

La situación era peor de lo que Oscar había temido. En un burdel, podrían obligar a Agatha a hacer muchos actos indecibles, y nadie la ayudaría. Harían la vista gorda ante su angustia, o probablemente animarían a algún maldito canalla. Oscar apretó los puños, luchando contra su creciente frustración. Superados en número o no, iba a sacar a Agatha de ese lugar. Debía estar aterrorizada.

Miró al duque y consideró cuáles serían sus posibilidades de pasar por encima de Redding para amordazarlo. El duque y su lacayo habían estado discutiendo así toda la tarde. Aunque estaban hablando y proponiendo formas y medios para rescatar a Agatha, Oscar no acababa de decidir cómo tomarlos. Se comportaban como un viejo matrimonio, lo cual era ridículo ya que el duque era un conocido mujeriego. Sin embargo, había una intimidad entre ellos que ninguno de los dos intentaba ocultar. Parecían genuinamente afectuosos el uno con el otro, a pesar de las diferencias en sus posiciones sociales.

Redding se reclinó en su asiento y miró al duque. —¿Qué tan amoroso se siente hoy, Su Gracia?

Una sonrisa divertida cruzó las facciones del duque, con interés y algo más detrás de su sonrisa. —Estamos en una misión para rescatar a la damisela en apuros, Redding. Difícilmente es el momento para experimentar.

Oscar se quedó boquiabierto. No quería sacar conclusiones precipitadas, pero este par lo

hacía ridículamente fácil. Que el cielo los ayudara si algún miembro de la sociedad notaba esta estrecha amistad y escuchaba sus bromas. El duque y su sirviente podrían ser arrestados simplemente por la sospecha de afecto antinatural. La reputación del duque, y toda su familia, podría arruinarse como resultado de un rumor infundado. Si se probara que es cierto, ambos podrían perder la vida.

Redding suspiró y señaló hacia el burdel. —Me refería a que hay mujeres allí dentro, Su Gracia, y si la memoria no me falla, ha pasado bastante tiempo desde que seleccionó una nueva.

El duque se rio entre dientes. —Vaya, Redding, no me había dado cuenta de que prestabas tanta atención a mi vida personal. Pero tienes razón. Siento cierto anhelo incluso mientras hablamos.

Una expresión resignada cruzó el rostro de Redding mientras se alejaba. —El Club de Caza necesita otra cara bonita para reemplazar a esa chica que fue y se casó. —Redding extendió la mano para tomar una de las pistolas de Oscar—. Usted es conocido por entrevistar personalmente a las candidatas potenciales, ¿no es así?

—Así es. —El duque extendió la mano para tomar la otra, pero Oscar no complació a ninguno de los dos—. Redding es un genio. Tú te quedarás aquí, muchacho. Tenemos más posibilidades de sacarla sin ti con nosotros. Redding sospecha que este secuestro está dirigido a ti personalmente, y que Agatha es la parte inocente en todo esto. Sé que tu sangre clama por venganza, pero yo puedo entrar allí y exigir acceso a la cama de cualquier mujer con Redding pisándome los talones sin que nadie arme un escándalo. Probablemente él podría verme acostarme con la chica y nadie lo notaría.

Redding puso los ojos en blanco. —Apenas necesitas público para excitarte, Su Gracia.

El duque soltó una carcajada, pero por una vez no pareció tener una respuesta lista. La sonrisa de Redding apareció y desapareció mientras el silencio se prolongaba.

¿Podría Oscar confiar en que el duque le traería a Agatha ilesa? —¿Siquiera saben cómo es Agatha?

El duque le quitó suavemente las pistolas de las manos a Oscar y le entregó una a Redding. —Cabello rubio, ojos azules, cara de ángel. ¿Responde al apodo de preciosa?

Oscar asintió aturdido. —¿Hay algo de mi vida que no puedan averiguar? ¿Seguro que algunas cosas son privadas?

El duque se rio entre dientes. —Duermes en el lado izquierdo de la cama y prefieres una posición sexual en particular. La...

Redding le tapó la boca al duque para callarlo. —Ya es suficiente. Si dices algo más, es probable que el chico nunca vuelva a hablarte.

Cuando Redding quitó la mano, el duque estaba sonriendo. —¿Ves por qué lo mantengo conmigo, Oscar? ¿Quién más se atrevería a mantenerme a raya de esa manera? Volveremos con tu Agatha tan rápido como podamos. Quédate en el carruaje y mantente fuera de la vista. No queremos que te noten, o podrían no dejarme tenerla.

Oscar abrió la boca para protestar.

El duque levantó una mano para detenerlo. —Shh, muchacho. Confía en mí.

Redding habló con el cochero y se pusieron en marcha. A medida que el edificio se acercaba, el pánico de Oscar se duplicó. Era un lugar miserable. Demasiado tosco para su preciosa chica. Esperaba que Staines pudiera sacarla. Lo rogaba con todo su corazón.

El carruaje se detuvo y Redding bajó. Después de una larga espera, Staines lo siguió y se apresuró hacia la puerta principal con un paso ansioso. La puerta se cerró y su carruaje se alejó. Dieron la vuelta a la manzana como lo haría normalmente el cochero y se detuvieron en un

callejón lateral para esperar la señal del duque para regresar.

Oscar se deslizó hacia la ventana más cercana al burdel y miró hacia afuera. Apenas podía ver una ventana desde allí. No estaba ni cerca lo suficiente. Saldría a esperar. Puso su mano en la puerta cuando uno de los lacayos saltó. El mozo abrió la puerta y lo empujó más adentro del carruaje.

—¡Oye! —protestó Oscar.

El mozo lo ignoró, abrió un armario oculto y sirvió una bebida. Le entregó la copa de cristal a Oscar—. Redding insistió.

Una bebida podría calmar sus nervios.

Oscar tomó la copa y la bebió rápidamente. Mientras devolvía la copa, el mozo sacó algo largo de su bolsillo. La pistola de duelo de Oscar estaba en el regazo del mozo. Una amenaza silenciosa.

El mozo se encogió de hombros—. Me temo que Redding insistió en esto también, milord. El burdel de la señora Leyton no es un lugar apropiado para usted. El duque nunca se perdonaría si resultara herido. Es mejor quedarse aquí, ya que a Redding le agrada usted.

—Es encantadora. Tiene una piel muy suave, pero busco a alguien un poco más pura a la vista. Alguien que pueda causar una ola de envidia en mi brazo en el teatro. Quiero que todos estén locos por saber su nombre y por conseguir una presentación. Cuando descubran que es la última adquisición para el establo del Club de Caza, nos inundarán de solicitudes, todas las cuales debo rechazar con pesar, y así mantener nuestra popularidad. Usted, por supuesto, sabe lo que significa una reputación de exclusividad en nuestro mundo. Tengo la intención de terminar el año con un rugido triunfal.

Agatha escuchó la voz profunda fuera de su puerta y se estremeció. No entres. No te acerques a mí. No puedo ser esa mujer. Preferiría morir antes que ser la prostituta de cualquier hombre. Contuvo la respiración, pero los pasos no se alejaron.

—Bueno, eso hace que su bolsillo sea más pesado. No me importaría tener eso yo mismo — Hubo una pausa dolorosamente larga—. Si quiere pureza, entonces tengo justo la chica para usted. Eso sí, podría ser problemática. Las puras siempre lo son. Pero si el precio fuera el adecuado, estoy segura de que podríamos llegar a un acuerdo. Esta vale el doble que la chica anterior.

El pomo de la puerta de Agatha se agitó. Ella lo miró fijamente mientras comenzaba a girar y no pudo apartar la mirada cuando la abadesa entró en la habitación, con dos caballeros bien vestidos pisándole los talones.

Uno de ellos, el más alto, siseó.

El otro miró fijamente su pie—. Qué absolutamente delicioso.

A pesar de no querer reaccionar, Agatha apretó los dedos de los pies. Un destello de ira cruzó el rostro del hombre más bajo. Una de sus manos se cerró en un puño.

El hombre alto se acercó a la cama. Probó las ataduras en sus tobillos, pero afortunadamente no tocó su piel.

El más bajo le dio la espalda, con un brazo detrás, el puño aún cerrado—. Es perfecta, impresionante, pero creo que debería ser inspeccionada. Redding, sé un buen muchacho y échale un vistazo a sus dientes.

Redding hizo una mueca—. Por supuesto, Su Gracia. Debería haberlo pensado antes.

Agatha miró fijamente la espalda del hombre más bajo. ¿Un duque? Dios mío, nunca saldría de esto con su reputación intacta. Mientras el duque regateaba con la abadesa, el tal Redding se acercó. Él la miró a los ojos mientras alcanzaba su rostro.

Agatha movió la cabeza de un lado a otro.

La abadesa apareció junto a la cama—. Necesitará mano firme con esta. Es algo rebelde.

El duque alejó a la abadesa nuevamente—. Me gusta una mujer rebelde. Es mucho más divertido tenerla alrededor. Ahora, sobre el precio...

Agatha volvió su mirada hacia Redding justo cuando este le sujetó la mandíbula.

—No me resistas ahora, preciosa —susurró—. Abre la boca como una buena chica para que podamos llevarte a casa.

¿Preciosa? Solo Oscar la llamaba así. ¿Por qué este caballero conocería o usaría ese nombre? No dijo otra palabra. Su agarre se suavizó.

Ella dejó que su mandíbula se aflojara. Redding le abrió la boca suavemente e hizo una demostración de inspeccionar sus dientes. Pero susurró—: Sigue el juego con todo lo que el duque haga y diga. No nos resistas demasiado.

Redding se echó hacia atrás—. Tiene todos sus dientes, Su Gracia.

—Excelente. ¿Y su aliento?

—Bastante bien, también.

—Bien —El duque volvió su atención a la abadesa—. Me la llevaré ahora, y Redding entregará los fondos esta noche. No puedo esperar para comenzar su educación.

El duque parecía casi alegre de emoción. Se dio la vuelta, su mano cayendo sobre la atadura en su tobillo.

La abadesa puso una mano sobre su brazo para detenerlo—. La mitad ahora para asegurarla. La otra mitad después. Puede llevársela una vez que me haya pagado.

La sonrisa del duque desapareció—. Esperaba que me complaciera, señora Leyton. ¿Redding?

Redding se puso de pie y colocó la mano detrás de su espalda. Pero Agatha podía ver lo que la abadesa no. Algo voluminoso se ocultaba bajo la ropa de Redding. —¿Sí, Su Gracia?

—La abadesa es una dura negociante, pero exige el pago antes de que podamos llevarnos a la chica. Sé un buen muchacho y págale. Sabes que detesto manejar dinero.

—Con gusto, Su Gracia.

Redding se apresuró hacia adelante, sacando una pistola de la parte trasera de sus pantalones.

El duque se abalanzó sobre la abadesa al mismo tiempo y le tapó la boca con la mano. —Debería haber sido más amable conmigo, señora Leyton. No me gusta que me contraríen.

La señora Leyton graznó detrás de la mano del duque, con los ojos redondos como platos. Desafortunadamente, se cerraron hasta convertirse en rendijas después de un momento. Sus ojos recorrieron la habitación de una manera que asustó a Agatha.

Redding se apresuró a cerrar la puerta y luego se volvió hacia Agatha. Se quitó el abrigo de los hombros y lo colocó suavemente sobre ella. —Oscar nos envió.

Agatha cerró los ojos. A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas se escaparon. Redding le desató las manos y los pies y la puso de pie. Ella se aferró con fuerza al abrigo y buscó su propio vestido oscuro. Pero había desaparecido. No estaba a la vista.

Redding y el duque miraron a la abadesa. Redding miró fijamente a la señora Leyton, apretando y aflojando la mandíbula de una manera inquietante. —Creo que disfrutaré esto.

—Oh, no, Redding —replicó el duque—. El placer será todo mío. Ven a amordazarla mientras yo hago los honores.

Mientras la señora Leyton forcejeaba y se retorcía, el duque la despojó de su vestido y se lo ofreció a Agatha para que se lo pusiera. Luego, mientras Agatha lidiaba con la prenda más grande y sus manos temblorosas, los dos forzaron a la señora Leyton a la misma situación exacta en la que habían encontrado a Agatha, pero con un detalle adicional: la amordazaron para que no pudiera gritar.

Redding se acercó. —¿Puedo terminar de vestirla, señorita Birkenstock?

Aturdida, asintió. Todo había cambiado tan rápido, pero ¿por qué este duque y su sirviente la estaban rescatando en nombre de Oscar? No conocía a ninguno de los dos, y no podía recordar que Oscar hubiera mencionado a este duque tampoco. Redding la abotonó tan rápido como cualquier doncella que hubiera tenido, y cuando terminó, la llevó al lado del duque.

El duque le ofreció su brazo.

Desconcertada, ella lo miró con el ceño fruncido. —¿Quién es usted?

Él sonrió de manera traviesa y entrelazó el brazo de ella con el suyo. —Alguien con quien realmente no deberían meterse. —Miró con tristeza a la mujer que se retorcía violentamente en la cama—. La señora Leyton haría bien en recordar este incidente para futuras referencias. Cuido de los míos. No te metas en los asuntos de mi familia de nuevo, o te aplastaré hasta sacarte del negocio. ¿Está entendido?

La mirada de la señora Leyton voló hacia Agatha y un pequeño sonido, un gemido ahogado, escapó de su garganta.

¿Familia? Agatha miró al duque mientras él le daba unas palmaditas en la mano.

—Vamos, querida. Tenemos lugares más agradables que frecuentar. Debes venir a cenar pronto.

El duque la sacó de la habitación y bajó por la escalera principal como si hiciera ese corto trayecto todos los días.

Pero al llegar abajo, sonó un disparo y Redding cayó. Se desplomó en el suelo con un gemido. Su pistola rebotó inútilmente por el suelo.

Cuando Agatha miró alrededor, vio a Lady Prewitt de pie entre ella y la puerta, con la pistola apuntando directamente a la cabeza de Agatha.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

OSCAR GOLPEÓ EL costado del carruaje y miró con furia al mozo que bloqueaba la puerta. —Está tardando demasiado. ¿Qué los estará reteniendo?

El mozo se enderezó de repente, alerta una vez más. Oscar maldijo su falta de previsión. Si se hubiera quedado callado, podría haber logrado pasar y escapar antes de que lo detuvieran.

El mozo agitó la pistola en su dirección. —Vamos, mi señor. No me hable en ese tono. Tengo órdenes, ¿sabe? Y uno no se cruza con el hombre del duque a menos que quiera buscar empleo con los peces.

Oscar frunció el ceño al débil y cauteloso hombre. Si no tuviera una pistola, ahora apuntada directamente al pecho de Oscar, este habría salido de este carruaje hace diez minutos y habría entrado al edificio para encontrar a Agatha. Sin embargo, no podría hacer nada para ayudar si sufría otra lesión. Su mano ya le dolía bastante.

Aún esperaba convencer al lacayo de Redding de ser razonable y dejarlo salirse con la suya. Pero el hombre parecía totalmente opuesto a cruzarse con el hombre del duque. Habían hablado extensamente desde la partida del duque, y no había cedido ni un punto a favor de Oscar. Maldita lealtad insensata.

Oscar se desplomó en su asiento, imaginando la retribución que traería contra el hombre del duque si no regresaban con Agatha en los próximos cinco minutos. Sacó su reloj de bolsillo para marcar el tiempo. Un poco antes de las tres. Las tres en punto parecía una buena hora del día para dispararle a alguien.

Mientras guardaba su reloj nuevamente, un carruaje pasó por el final de su callejón.

Oscar se inclinó hacia adelante cuando el reluciente carruaje de la ciudad se detuvo frente a los escalones del burdel. Una sola dama descendió de él. Una dama elegante que reconoció demasiado bien.

Sin embargo, le costaba creer lo que veían sus ojos. —¿Lady Prewitt?

Ella subió majestuosamente la escalinata y desapareció en el interior sin mirar a izquierda o derecha. ¿Qué diablos hacía visitando un burdel en esta, o en cualquier, parte de la ciudad?

—¿La conoce?

—La hermana de la mujer con la que me engañaron para comprometerme. —Se frotó la cara con la mano—. Lord y Lady Prewitt tienen una relación con la señora Leyton. No me gusta esto.

Redding podría tener razón. Él había traído esta situación sobre Agatha.

En su momento, había descartado a la mujer Leyton, pero ahora... Ahora parecía que debería haber prestado más atención al por qué se conocían.

El mozo silbó. —Bueno, eso cambia las cosas un poco. —Le tendió el arma a Oscar—. Será mejor que vaya, milord.

—¿Por qué aceptas ahora?

El mozo saltó fuera. —Esa no está bien de la cabeza. Quiero decir, ¿quién lo estaría, cuando su marido se está tirando a su hermana pequeña delante de sus narices? Perturba la mente más que un poco. Incluso me revuelve el estómago, y eso que he visto mucho trabajando para el duque.

—Sabía que algo pasaba entre esos dos —gruñó Oscar. Todas sus sospechas habían sido confirmadas. Prewitt, eh. Eso explicaba su presencia posesiva alrededor de Penelope y su reticencia a que estuvieran a solas.

Prewitt podía quedarse con Penelope, pero él iría a recuperar a Agatha ahora.

El mozo mantuvo la puerta abierta. —No la mate. Es más difícil acallar ese tipo de cosas en Londres que en el campo. Demasiados testigos que sobornar en la ciudad.

Oscar se apresuró hacia la puerta del burdel, con la pistola escondida bajo su abrigo. Los dos lacayos le permitieron pasar sin cuestionarlo. Para ellos, debía de parecer un caballero ansioso que venía en busca de un polvo y nada más. Esperaba que todos los demás que se cruzara asumieran lo mismo.

Ralentizó sus pasos una vez que entró en la casa. Nunca había estado aquí antes y no tenía idea de la distribución. ¿Podría preguntarle al mayordomo que lo dirigiera a la adquisición más reciente? Probablemente no fuera una pregunta sabia para hacer de inmediato, dado que no era un cliente habitual. Pero el mayordomo no estaba a la vista para dirigirlo. El vestíbulo estaba vacío.

Avanzó con cautela hasta que oyó voces.

—Lady Prewitt, qué placer inesperado verla —ronroneó el Duque de Staines.

Oscar miró por la esquina justo cuando su tío tiraba de Agatha detrás de su espalda. El hombre del duque estaba en el suelo al pie de las escaleras, con la mano levantada hacia su cabeza en evidente dolor. Cuando Redding la retiró, la brillante mancha de sangre cubría sus dedos y el lado de su cara.

El pulso de Oscar se aceleró; su respiración se volvió laboriosa.

Volvió a mirar a Agatha. Hasta ahora parecía ilesa, pero el brazo de Lady Prewitt balanceando salvajemente la pistola lo hizo dudar. Le recordaba demasiado a su encuentro anterior con un hombre perturbado en la finca de Lord Daventry. Retrocedió, con la respiración entrecortada. Esta era su pesadilla que volvía a la vida. Solo que ahora Agatha estaba en medio de todo, y él tenía que salvarla.

Redding gimió, y cuando Oscar volvió a mirar, se había arrastrado hasta quedar sentado. Redding encontró la mirada de Oscar a través de la habitación, pero no hizo ningún otro gesto para mostrar que lo había reconocido. ¿Estaba aturdido?

—¿Estás bien, Redding?

Redding volvió a gemir. —Sí, Su Gracia. Es solo un rasguño. Siempre pasa cuando estoy cerca de usted. Debería estar acostumbrándome ya.

—Te estás volviendo lento, viejo amigo. Por cierto, todavía hay una pistola apuntándome. No es momento para ponerse cómodo en el suelo. En serio, Red, casi nunca hago nada para merecer tal indignidad.

Redding apoyó la mano en el suelo y comenzó a levantarse. —No me llame Red.

Lady Prewitt siseó: —Apunto a ella, si tan solo te quitaras del camino. No tengo nada en tu contra.

Oscar se arriesgó a echar otro vistazo y su mundo se ralentizó. Mientras recuperaba el sentido, Redding y el duque se habían reposicionado. Ahora tenía un tiro limpio hacia Lady

Prewitt.

Solo necesitaba el valor para apretar el gatillo y disparar contra otro ser humano de nuevo.

Oscar flexionó la mano alrededor de la pistola y respiró hondo, esperando que el duque pudiera resolver esto con palabras.

—¿A mi pequeña Agatha? Querida señora, ¿qué ha hecho ella para merecer tal hostilidad? —El tono tranquilizador del duque tuvo poco efecto en la mujer.

Lady Prewitt se irguió, afianzando su agarre en la pistola. —¡Está tras mi marido! ¡No compartiré más de él!

—¿Lord Prewitt? —El duque miró a Agatha.

Agatha negó con la cabeza violentamente. —No. No, por supuesto que no lo quiero.

Lady Prewitt se burló. —Eso es lo que ella dijo también. Ahora mira lo que pasa. Creen que no lo sé, pero tengo ojos en todas partes. Sé a dónde se escabullen en la noche. ¡Esto se acaba con ella!

Esto se acaba ahora. Oscar apuntó.

Redding se deslizó lentamente hacia atrás para apoyarse contra la pared, poniéndose más lejos del peligro. —Si eso fuera cierto, entonces todos podríamos tener miedo. Tal como están las cosas, no va a apretar ese gatillo.

Lady Prewitt miró a Redding de arriba abajo. —¿Y por qué no?

El duque empujó a Agatha dos pasos más atrás. —Porque, querida, has perdido.

Oscar apretó el gatillo.

Una bocanada de humo se elevó frente a él mientras Lady Prewitt se desplomaba en el suelo, la pistola girando lejos de su alcance. Se sujetó el brazo sangrante contra el pecho mientras gritaba de dolor por la herida que él le había infligido.

Oscar se tambaleó. La pistola cayó de sus dedos con un fuerte estrépito.

Agatha corrió hacia él y saltó a sus brazos. —Sabía que podrías salvarnos. Sabía que lo harías.

Lo besó, lo abrazó y le dijo muchas cosas halagadoras que fueron profundamente buenas para su ego. Él la abrazó contra su pecho y se desplomó contra la pared en busca de apoyo.

¿Y si no hubiera podido apretar el gatillo?

Eso no valía la pena pensarlo. Puso sus manos alrededor del rostro de Agatha y la besó de lleno en la boca.

—¿Redding? Creo que debemos casar a esta pareja hoy mismo, ¿no crees? —El duque se acercó, apoyando a su lacayo mientras cruzaban la habitación. Apoyó a su sirviente contra la pared junto a Oscar e inspeccionó el corte en su cabeza—. Red, hay bastante sangre saliendo de tu cabeza. ¿Qué debo hacer al respecto?

Redding apartó sus manos. —Se detendrá enseguida. No te preocupes. El señor Branxton estará esperando impacientemente para realizar las ceremonias de matrimonio. Me ocuparé de mi herida más tarde.

El duque parecía dispuesto a discutir hasta que Redding señaló a la mujer que lloraba en el suelo. —También hay que entregar a Lady Prewitt a su marido con una explicación. Deberías disfrutar eso, ¿no crees?

—Inmensamente, y sí, no hay necesidad de alertar a nadie sobre esta situación. —El duque sonrió—. ¿Estás bien, Oscar?

Oscar abrazó fuertemente a Agatha. —Lo estoy ahora, Su Gracia. Yo llevaré a Lady Prewitt al carruaje. Agatha, ve con Su Gracia. Me uniré a ti en un momento.

Agatha negó con la cabeza obstinadamente. —Yo también ayudaré. Me gustaría intentar

convencerla de que está equivocada sobre mí mientras tenga la oportunidad.

Juntos, vendaron la herida de Lady Prewitt lo suficiente para ralentizar el flujo de sangre, y la sostuvieron entre ellos mientras seguían al duque y a Redding, escuchando una vez más su intercambio de bromas.

—Bastante previsor de mi parte, ¿no dirías, Red, el haber arreglado lo del vicario?

Redding se agarró la cabeza. —No sé si llegaría tan lejos, pero si insistes.

El duque pasó su brazo alrededor de la espalda de su lacayo para apoyarlo durante el corto trayecto. —Oh, insisto, vaya que sí.

Redding miró al duque. —Carrington debería estar diciendo esas palabras. No puedes hacer todo por él.

Staines se rió. —Confío en que Carrington cumplirá mis deseos, pero anhelo escuchar a mi hermano decirlas. Pero primero deshagámonos de Lady Prewitt, y luego disfrutaremos de una agradable boda privada.

Los mozos del carruaje entraron en acción al ver a su maltrecho grupo. Ayudaron a Redding a subir al carruaje mientras murmuraba "por supuesto, Su Gracia" a otra de las declaraciones egoístas de Staines. ¿Es que nunca dejaba de hablar?

Lady Prewitt no dijo nada mientras la ayudaban a subir también.

Agatha tiró de la manga de Oscar y lo apartó un poco del carruaje. —¿Qué duque es ese?

—El Duque de Staines. —Oscar puso sus manos sobre las de ella y las apretó—. Mi tío, en realidad.

Ella frunció el ceño. —Pero nunca me dijiste que estabas emparentado con un duque. Pensé que no me guardarías secretos.

—Este es un secreto reciente. Había planeado contártelo después de que nos casáramos, por si tenías dudas sobre casarte con una familia tan escandalosa.

Agatha se aferró a las solapas de su chaqueta. —¿Exactamente cómo estás emparentado con el Duque de Staines? No recuerdo haber leído nada sobre eso en el libro de la nobleza.

Oscar acunó el rostro de Agatha con su mano y levantó sus labios hacia los suyos.

—Y nunca lo harás.

La besó rápidamente.

Agatha frunció el ceño.

—¿Entonces no eres el hijo de Lord Carrington? ¿No eres Lord Carrington en absoluto?

—Oh, legalmente sigo siendo Lord Carrington, pero mi padre era, de hecho, otro hombre —pudo ver la pregunta en sus ojos—. ¿Creerías que el muy propio señor Lynton Manning es mi verdadero padre? Te digo ahora, incluso yo no pude creerlo al principio.

—Oh.

—Oh, en efecto. Lynton también ama locamente a mi madre. El duque acaba de enterarse de mi paternidad y está empeñado en que se casen cuanto antes.

De repente, Agatha se echó a reír.

—Vaya. Realmente somos bastante mansos en comparación, ¿no es así, Oscar?

—Mansos por ahora. Pero tengo grandes planes para esta noche —posó sus labios sobre los de Agatha, anhelando el momento en que pudieran estar a solas de nuevo.

Alguien se aclaró la garganta detrás de ellos y se giraron. El duque había asomado la cabeza por la puerta del carruaje.

—Niños. Vamos a casarlos primero y luego pueden reanudar su cita privada. Siempre hay una bienvenida para la nueva familia. No duden en darle un hijo cuando sea conveniente. Pero Redding y Lady Prewitt están empapando mi carruaje en sangre. ¿Podemos continuar, por favor?

Oscar escoltó a Agatha hasta el carruaje y se apretujó a su lado.

—¿Así que le gustan los niños, Su Excelencia?

—Oh, sí. Manning me entregó siete ayer mismo. Dice que va a criar a los niños del orfanato como si fueran suyos —el duque se rio de repente—. Uno espera que se lo diga a tu madre después de la boda, o me temo que se desmayará de la impresión.

Una lágrima rodó por la mejilla de Agatha.

—¿Se los está llevando a todos? ¿Por qué?

—El orfanato cerró, querida, y dado el escándalo que ustedes dos provocaron, Lynton tuvo que hablar rápido para asegurar su cuidado —el duque tomó su mano y la frotó suavemente—. Pero no todos vivirán con él. Siete es una familia demasiado grande para un hombre de su edad con una nueva esposa. Pensé que quizás ustedes consentirían en criar a la pequeña Betty, Mabel y Kitty. Las pequeñas bribonzuelas suplicaron verlos antes de ser llevadas a mi propiedad, y luego los otros se unieron y crearon tal alboroto lloroso que tuve que cubrirme los oídos hasta que se detuvieron. Actualmente estoy inundado de pequeñines.

Agatha se volvió hacia Oscar, con una súplica en sus ojos. Él asintió.

—Esas tres, o todas, si usted no tiene objeción, Su Excelencia. Hablaré con mi padre al respecto.

Agatha abrazó a Oscar y luego volvió su mirada llorosa hacia el duque.

—Gracias, Su Excelencia. Su caridad hacia los huérfanos demuestra que los desagradables rumores sobre usted son falsos y completamente infundados.

Redding levantó la cabeza de los cojines.

—No cuentes con ello. Difícilmente es ajeno al escándalo. Corre en la familia.

Mientras el duque y Redding reanudaban su disputa, Oscar atrajo a Agatha fuertemente contra él.

—Podría haberte perdido hoy.

Ella sonrió suavemente y puso sus dedos sobre sus labios cuando él habría continuado expresando sus temores.

—No hay posibilidad de eso. Lo sé todo sobre ti, Oscar. Como la flecha de Cupido, tu puntería es certera.

Agatha lo besó, y aunque el duque se aclaró la garganta, Redding tosió y Lady Prewitt permaneció muda al otro lado del carruaje, no dejaron de besarse hasta que tuvieron que hacerlo. Exactamente el tiempo suficiente para decir "Sí, quiero".

EPÍLOGO

OSCAR ECHÓ OTRO leño al fuego y extendió sus manos hacia las llamas. Era una noche perfecta para la seducción. Había estado pensando en estar a solas con Agatha, lejos de los niños, durante todo el día. La deseaba tanto que le dolía.

—Apenas es justo, ¿sabes?

Oscar sonrió mientras se ponía de pie y admiraba la esbelta espalda desnuda de su esposa.

—Tonterías, es del tamaño perfecto para nosotros. Confía en mí.

Su mirada se deslizó más abajo. Agatha estaba sentada frente a su nuevo pianoforte, desnuda y tocando una suave melodía solo para él. Pero a este paso, nunca sería capaz de mantener sus manos lejos de ella por mucho tiempo. Su cuerpo era una delicia, y nunca podía tener suficiente.

—Pero es demasiado grande para que lo usemos todo.

Oscar se movió para poder ver sus pechos. Aunque cubiertos por su cabello suelto, los pezones erguidos se asomaban entre los mechones. Se le hizo la boca agua.

—Agatha, tienes que creerme. Esto es perfecto. Solo tienes que estar preparada para hacer el ajuste.

Agatha continuó tocando. Aunque temblaba, él no pondría fin a sus juegos todavía. Ella nunca había tocado desnuda antes, y la visión lo deleitaba. Se retorció en el banco y apretó las rodillas. Quizás deberían intentar esto otro día durante el verano.

Oscar puso sus manos sobre los hombros de ella. Su piel estaba fresca.

—Ven a la cama, preciosa.

Agatha aplastó sus manos sobre las teclas, haciendo que su preciada posesión emitiera un sonido discordante.

—Tenemos que hablar de esto. ¿Cómo podemos apoderarnos de la casa de Lord Lynton? No es justo de tu parte.

Oscar se arrodilló junto al taburete del pianoforte y llevó ambas manos de ella a sus labios. Agatha rápidamente se volvió para mirarlo.

—Por última vez, fue idea suya mantener a los niños juntos en lugar de dividirlos entre dos casas. Todos están felices como alondras arriba en el cuarto de los niños después de un día deambulando por la finca. Mi padre y mi madre están contentos en la casa de dote.

Agatha se puso de pie.

—Deberían estar aquí. Me duele que Lord Lynton tenga que dejar su hogar antes de acostumbrarse a vivir en él de nuevo.

Oscar bajó sus labios hasta la rodilla de ella. El resoplido de Agatha se convirtió en un gemido cuando él besó su muslo hasta que sus labios quedaron a la altura de su vientre.

—¿Has visto realmente a Lynton y a mi madre juntos, no vestidos para las visitas sino

cuando creen que están verdaderamente solos? Los niños adoran pasar tiempo con ellos, pero es mejor que no los sorprendan en un abrazo íntimo. Honestamente, pensarías que a su edad sus apetitos habrían disminuido.

Los dedos de Agatha se enredaron en el cabello de Oscar mientras él presionaba suaves besos en su monte de Venus.

—Se aman mucho el uno al otro.

—Tanto como yo te amo a ti, por eso accedí a darles toda la privacidad que necesiten. Solo piensa en todas las noches que perdieron cuando podrían haber estado juntos.

La palma de Agatha se posó en su cabeza y lo empujó hacia abajo. Tenía razón, demasiada charla sobre los demás era innecesaria. Tenía una esposa que seducir y estaba impaciente por comenzar. Aspiró profundamente su aroma en sus pulmones y hundió su lengua entre sus labios inferiores. Sin embargo, no podía alcanzar lo que quería en esta posición.

Oscar se puso de pie, levantó a Agatha y se dirigió con ella hacia la cama.

—Basta de hablar de todos los demás.

Agatha intentó resistirse. Cuando Oscar separó sus piernas y se inclinó para probarla, ella trató de apartarlo.

—No puedo evitar preocuparme por Lady Prewitt en ese lugar terrible. Se equivocó conmigo, pero no sobre su marido y su hermana. Nadie merece ser enviado a Bedlam. Qué triste que su marido y su hermana la encerraran después de lo que le hicieron. Es trágico.

Adiós a la idea de seducirla inmediatamente. Estaba decidida a preocuparse por todos los que conocían esta noche. Se tiró en la cama junto a ella y tomó su mano.

—¿Qué quieres? No es posible que quieras visitarla, ¿verdad? Podría haberte matado.

Agatha se sentó a horcajadas sobre él.

—Tal vez sí. ¿No vale la pena hacer el esfuerzo por el bien de su alma?

Meneó las caderas seductoramente. Cautivado por su hechizo, él asintió distraídamente, pero su mente estaba fija en deslizar su miembro dentro de su cuerpo. Envolvió sus manos alrededor de sus caderas y luego la levantó hasta que su cuerpo se abrió para él.

Mientras se unía a ella, se incorporó y rozó sus labios contra los de ella.

—Hablaremos de ello mañana, o cuando te deje salir de la cama.

Sus dedos se apretaron en su cabello mientras ella comenzaba a moverse sobre él.

—Te amo, Oscar.

Él gimió cuando sus uñas arañaron su cuero cabelludo y la besó ferozmente. Cuando se apartó, los ojos de ella estaban cerrados, su rostro elevado.

—Te amo a ti y a nuestra pequeña familia.

Ella se quedó quieta.

—Mabel necesita zapatos nuevos.

Oscar maldijo su lengua por mencionar a los niños en un momento así y tiró a Agatha sobre su espalda. Separó ampliamente sus piernas y se deslizó hacia abajo en la cama. Cuando pasó su lengua por su hendidura, ella gimió y se estremeció. Encontró su mirada a lo largo de la suave extensión de su pecho, vio el rápido subir y bajar de sus senos, y sonrió al ver lo fácilmente que podía excitarse. Eran exactamente iguales. Una pareja perfecta y escandalosa.

Oscar inclinó la cabeza de nuevo hasta que Agatha olvidó todo excepto a él. De hecho, olvidó por completo cualquier cosa civilizada. Lo cual había sido el plan de Oscar para la noche desde el principio.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

